

M E M O R I A S
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

TOMO XXII

[1973-1975]

MÉXICO, 1976

M E M O R I A S
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

Derechos reservados © Academia Mexicana,
Donceles 66, México 1, D. F.

TOMO XXII
[1971-1972]

PP

4066

AXA.m.

T.22

E1.2

MEXICANA

ACADEMIA MEXICANA

Director, D. AGUSTÍN YÁÑEZ.
Secretario perpetuo, D. J. IGNACIO DÁVILA GARIBI.
Prosecretario, D. JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS.
Tesorero, D. MIGUEL ALEMÁN.
Censor, D. OCTAVIANO VALDÉS.
Bibliotecario, D. ANDRÉS HENESTROSA.

Académicos por orden de antigüedad:

D. FRANCISCO MONTERDE.
D. MARTÍN LUIS GUZMÁN.
D. ANTONIO CASTRO LEAL.
D. MIGUEL ALEMÁN.
D. AGUSTÍN YÁÑEZ.
D. CARLOS PELLICER.
D. J. IGNACIO DÁVILA GARIBI.
D. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO.
D. JESÚS GUIZA Y AZEVEDO.
D. JESÚS SILVA HERZOG.
D. OCTAVIANO VALDÉS.
D. MAURICIO MAGDALENO.
D. JOSÉ LUIS MARTÍNEZ.
D. FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO.
D. JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS.
D. MANUEL ALCALÁ ANAYA.
D. MIGUEL LEÓN-PORTILLA.
D. RUBÉN BONIFAZ NUÑO.
D. SALVADOR AZUELA.
D. ALÍ CHUMACERO.
D. ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO.
D. ERNESTO DE LA TORRE VILLAR.
D. EDMUNDO O'GORMAN.
D. ALFONSO NORIEGA.
D. IGNACIO BERNAL.
DA. MARÍA DEL CARMEN MILLÁN.
D. JOSÉ MARTÍNEZ SOTOMAYOR.
D. SERGIO GALINDO.

Electos:

D. PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA.
D. SILVIO ZAVALA.
D. JUAN RULFO.
D. SALVADOR ELIZONDO.
D. MANUEL PONCE.

ACADÊMICA

NUEVO DIRECTOR

En sesión del 12 de enero de 1973, presidida por don Alfonso Junco, decano de la corporación, fue electo director de la Academia Mexicana don Agustín Yáñez, quien tomó posesión del cargo el viernes 26 del mismo mes, con asistencia de los académicos Alfonso Junco, Francisco Monterde, Martín Luis Guzmán, Antonio Castro Leal, Jaime Torres Bodet, Miguel Alemán Valdés, Daniel Huacuja, Luis Garrido, Jesús Guisa y Azevedo, Octaviano Valdés, Mauricio Magdaleno, Francisco Fernández del Castillo, José Rojas Garcidueñas, Miguel León-Portilla, Rubén Bonifaz Nuño, Salvador Azuela, Andrés Henestrosa, Alí Chumacero, Antonio Acevedo Escobedo, Ernesto de la Torre Villar; por hallarse ausentes o enfermos, enviaron mensajes de adhesión y parabienes los académicos Jesús Silva Herzog, Edmundo O'Gorman, José Luis Martínez, Antonio Gómez Robledo, Manuel Alcalá, José Gorostiza, José Ignacio Dávila Garibi y Efrén Nú-Mata.

Don Francisco Monterde, director saliente, dio cordial bienvenida y deseó éxito al electo, quien hizo el elogio de la labor realizada por su antecesor durante tres periodos en el cargo, y esbozó proyectos a realizar, especialmente relacionados con la conmemoración centenaria de la Academia en 1975 y el empleo de medios masivos de comunicación: TV, radio, cine, prensa, en torno a problemas del idioma.

SECRETARIO AD INTERIM

La renuncia, por motivo de salud, presentada por don José Ignacio Dávila Garibi, secretario perpetuo, no fue aceptada, y se designó secretario *ad interim* a don José Rojas Garcidueñas.

COMISIONES

En la sesión del 26 de enero, el nuevo director propuso la integración de las siguientes comisiones: 1) *De Diccionario y Consultas*: académicos Francisco Monterde, Octaviano Valdés, Francisco Fernández del Castillo, Miguel León-Portilla, Rubén Bonifaz Nuño, Andrés Henestrosa y Ernesto de la Torre Villar; 2) *De asesoría y empleo de medios masivos de comunicación*: académicos Antonio Castro Leal, Salvador Novo y Mauricio Magdaleno; 3) *De Reglamentos*: académicos José Rojas Garcidueñas y Antonio Gómez Robledo; 4) *De Finanzas y Arbitrios*: académicos Miguel Alemán Valdés y Luis Garrido; 5) *De celebración centenaria*: académicos Agustín Yáñez, Jaime Torres Bodet, Martín Luis

Guzmán, José Rojas Garcidueñas y José Luis Martínez; 6) *De Premios, Estímulos y Becas*: académicos Jesús Silva Herzog, José Gorostiza y Ernesto de la Torre Villar; 7) *De Candidaturas*: académicos Jesús Guisa y Azevedo y Salvador Azuela; 8) *Editorial*: académicos José Luis Martínez, Antonio Acevedo Escobedo y Alí Chumacero; 9) *Museo de la Academia*: académicos Francisco Monterde, Carlos Pellicer y Edmundo O'Gorman.

NUEVO TESORERO

En sesión del 25 de enero de 1974 fue electo por unanimidad el académico Miguel Alemán Valdés como tesorero de la corporación, para sustituir a don Luis Garrido, fallecido el 19 de octubre de 1973. Ha de recordarse que don Miguel Alemán Valdés, cuando fue Presidente de la República Mexicana, patrocinó generosamente el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, reunido en México (1951); auspició la residencia y trabajos en México de la Primera Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española; fincó cuantioso fideicomiso a favor de la Academia Mexicana y le donó el edificio que hoy ocupa; es uno de los académicos que con mayor puntualidad cumple el encargo de revisar el diccionario y entregar las papeletas correspondientes.

DICCIONARIO DEL ESPAÑOL EN MÉXICO

Con los auspicios del Gobierno de la República, El Colegio de México ha emprendido la elaboración de un Diccionario de la Lengua Española hablada en México, con participación de la Academia Mexicana, que ha designado a don Martín Luis Guzmán para figurar en el Consejo de Redacción y a don Andrés Henestrosa en el Consejo Consultivo y en el Equipo Lexicográfico. En este volumen se recogen los documentos promocionales del proyecto.

EL IDIOMA ESPAÑOL. ENCUENTROS EN MÉXICO

Como iniciación de los programas audiovisuales destinados a difundir el buen uso del idioma, la Academia Mexicana organizó, con apoyo de la Empresa Televisa, dos programas acerca del idioma español, el 9 y el 16 de junio de 1973, por televisión, en red nacional, con gran publicidad.

Participaron Dámaso Alonso, director de la Real Academia Española; Germán Arciniegas, de la Colombiana; Atilio Dell'Oro Maini, de la Argentina; Samuel Arguedas, de la Costarricense; Aurelio Tió, de la Puertorriqueña, y Agustín Yáñez, de la Mexicana. Por causas fortuitas no asistieron los invitados de las Academias Filipina y Venezolana.

Ambos programas han sido retransmitidos en los países de habla española. Los innumerables comentarios en órganos de publicidad, comunicados y consultas, acreditan el interés despertado en amplios ámbitos.

En honor de los académicos concurrentes, la Academia Mexicana celebró sesión solemne el 15 de junio de 1973 y los designó miembros honorarios.

DÁMASO ALONSO EN EL COLEGIO NACIONAL

Invitado para ocupar su cátedra en El Colegio Nacional y presentado por el oferente, don Agustín Yáñez, don Dámaso Alonso disertó en el aula magna de la institución, como profesor huésped, acerca de la Generación Española de 1928, con asistencia profusa y reiterados aplausos. (18 de junio, 1973.)

OTROS PROGRAMAS DE DIVULGACIÓN

También con la cooperación de Televisa, se ha grabado una serie intitulada *Diálogos de la Lengua*, con duración de media hora, en los que intervienen miembros de la Academia Mexicana y se aprovecha la presencia de colegas, huéspedes, alternando con hablantes de distintos niveles culturales, en torno a cuestiones idiomáticas.

El Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa —ILCE—, dependiente de la UNESCO y del Gobierno Mexicano, ha grabado para radio y difundido en países de habla española breves mensajes (3 a 5 minutos) con ejemplos y correcciones del habla corriente.

Para difusión en periódicos y revistas, se han redactado textos de 5 a 10 líneas con los rubros: *Diga usted — No diga usted*, semejantes a los mensajes radiofónicos.

PREMIOS NACIONALES DE LETRAS

En el periodo a que se contrae la presente *Memoria* obtuvieron los Premios Nacionales de Letras los siguientes académicos: Agustín Yáñez (1973), Rubén Bonifaz Nuño y Edmundo O'Gorman (1974), Francisco Monterde (1975).

Desde la fundación, por ley, del Premio Nacional, han obtenido el galardón los académicos Alfonso Reyes (1945), Martín Luis Guzmán (1958), Jesús Silva Herzog (1962), Carlos Pellicer (1964), Ángel María Garibay (1965), Jaime Torres Bodet (1966), Salvador Novo (1967), José Gorostiza (1968), Ignacio Bernal, Justino Fernández y Silvio Zavala, académico electo (1969), Juan Rulfo, académico electo (1970).

SESIONES CONMEMORATIVAS

La Academia dedicó sendas conmemoraciones el 22 de febrero y el 13 de diciembre de 1974.

La primera para recordar el centenario natal del académico don Federico Escobedo; el cincuentenario mortal de don José López Portillo y Rojas —octavo director de la Corporación—; y a los académicos don José Gorostiza y don Luis Garrido fallecidos el año anterior. Las oraciones respectivas estuvieron a cargo de don Octaviano Valdés, don Mauricio Magdaleno, don Jesús Guisa y Azevedo y don Antonio Castro Leal.

La segunda en homenaje a los académicos Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Daniel Huacuja, Efrén Núñez Mata y Alfonso Junco, fallecidos en ese año,

cuyos elogios estuvieron a cargo de don Ali Chumacero, don Mauricio Magdaleno, don Francisco Monterde, don Andrés Henestrosa y don Octaviano Valdés.

SESIONES ACADÉMICAS EN PROVINCIA

Continuando saludable tradición, la Academia ha celebrado sesiones públicas, solemnes, en la ciudad de Veracruz, el 25 de agosto de 1973, y en la de Toluca, el 17 de enero de 1975.

La primera tuvo por ocasión asociarse a los festejos por el cuadragésimo aniversario del Ateneo Veracruzano y para honrar la memoria de los académicos nacidos en el Estado de Veracruz. La sesión fue presidida por el director don Agustín Yáñez, por don Rafael Murillo Vidal, Gobernador del Estado, y por don Francisco Broissin, Presidente del Ateneo Veracruzano. Tuvo lugar en el auditorio del edificio del Registro Civil, con asistencia de quinientas personas aproximadamente. Don Aureliano Hernández Palacios, académico correspondiente con residencia en Jalapa y Presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado dio la bienvenida a los académicos asistentes; don Agustín Yáñez leyó un trabajo sobre la tradición y el ambiente culturales del Estado de Veracruz; don Andrés Henestrosa hizo el elogio de los veracruzanos que han ocupado sitios en la Academia: Sebastián Lerdo de Tejada, Francisco de Paula del Paso y Troncoso, Erasmo Castellanos Quinto, José María Roa Bárcena, José de J. Núñez y Domínguez, Carlos Díaz Duffoo, Salvador Díaz Mirón, Rafael Delgado, Joaquín María de Castillo y Lanzas, José Bernardo Couto, José Sebastián Segura; se incorporó la lectura parcial de un ensayo del académico don Miguel Alemán sobre Silvestre Moreno Cora que, si bien no nacido en el Estado, allí vivió la mayor parte de su vida, realizó sus importantes trabajos literarios y jurídicos, y murió en Orizaba; también se hizo mención de don Joaquín Arcadio Pagaza, nacido en el Estado de México, pero que vivió largos años como obispo y murió en Jalapa. A continuación, don Mauricio Magdaleno disertó sobre la novela de Rafael Delgado y don Alfonso Junco puso fin a la sesión con una poesía. Además de los académicos citados, concurrieron don Antonio Acevedo Escobedo, don Francisco Monterde, don Francisco Fernández del Castillo, don Daniel Huacuja y los correspondientes en Puebla don Enrique Cordero y don Salvador Cruz.

La sesión en Toluca tuvo por objeto rendir homenaje a los académicos oriundos del Estado de México y formó parte de la conmemoración sesquicentaria de haber sido erigida la entidad federativa. Asistieron el Presidente de la República don Luis Echeverría, el Gobernador del Estado don Carlos Hank González, el Secretario de Educación don Víctor Bravo Ahuja y el Rector de la Universidad del Estado don Jesús Barrera Legorreta. Nutrida concurrencia llenó el aula magna de la Universidad. La sesión fue dirigida por don Agustín Yáñez y se desarrolló en este orden: 1, Elogio de Francisco de P. Labastida, por don Andrés Henestrosa; 2, De Joaquín Arcadio Pagaza, por don Octaviano Valdés; 3, De Miguel Salinas Alanís, por don Ernesto de la Torre Villar; 4, De Isidro Fabela por don Manuel Alcalá; 5, De Ángel María Garibay, por don Mi-

guel León-Portilla; el Gobernador Hank González hizo uso final de la palabra. Los discursos anteriores fueron recogidos en un folleto editado por el Gobierno del Estado de México, Toluca, 1975. Además de los académicos citados, concurrieron don Miguel Alemán, don Francisco Monterde, don Carlos Pellicer, don José Luis Martínez, don Antonio Acevedo Escobedo y don Alfonso Noriega. Díaz antes había sido inaugurada la Rotonda de los Hombres Ilustres del Estado de México y trasladados los restos de los académicos Joaquín Arcadio Pagaza, Miguel Salinas Alanís, Isidro Fabela y Ángel María Garibay.

VIAJES DEL DIRECTOR

Invitado por el Instituto de Cultura Hispánica para inaugurar el ciclo *La literatura hispanoamericana comentada por sus autores*, Agustín Yáñez sustentó un cursillo de tres conferencias en el aula máxima del Instituto (Madrid, 10, 11 y 13 de abril de 1973), presentado por el académico Luis Rosales, director de actividades culturales del ICH, con asistencia de distinguidas personalidades y numeroso auditorio. Sucedieron en el ciclo los escritores Jorge Luis Borges (argentino) y Juan Carlos Onetti (uruguayo).

El académico mexicano sustentó conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense (Madrid, 11 de abril) presentado por el decano don Francisco Sánchez Castañer; en el aula Miguel de Unamuno, de la Universidad de Salamanca (12 de abril), presentado por el académico Luis Rosales; en el Ateneo Barcelonés (26 de abril) presentado por el académico Guillermo Díaz-Plaja; fue recibido por la Real Academia Española, con salutación del director don Dámaso Alonso (sesión del 5 de abril); la Corporación le brindó un almuerzo y excursión a Toledo (10 y 14 de abril).

Invitado de honor y participante en el Tercer Congreso de la Nueva Narrativa Hispanoamericana, bajo los auspicios de la Universidad de Nueva York, en cuya Escuela de Graduados y en la Librería de las Américas, sustentó sendas conferencias (25 a 30 de octubre).

Invitado por la Organización de los Estados Americanos (OEA) participó en la Mesa Redonda sobre Política Cultural, alternando con Julián Marías (español), Pedro Calmón (brasileño) y Robert Davis (norteamericano), y fue recibido por la Academia Dominicana de la Lengua (Santo Domingo, 28 y 29 de enero de 1974).

En Puerto Rico fue recibido en sesión conjunta de las Academias de la Lengua Española, de Historia y de Ciencias y Artes, que lo designaron Correspondiente de cada una. Conferencia en el Ateneo Puertorriqueño (30 de enero a 1º de febrero de 1974).

Invitado de honor al Cuarto Congreso de la Nueva Narrativa Hispanoamericana (Cali, Colombia, 14 a 17 de agosto de 1974), participó en la Mesa Redonda sobre la evolución del lenguaje en la nueva narrativa hispanoamericana, alternando con Mario Vargas Llosa, Fernando Alegría, Mario Benedetti, Eduardo Edwards y otros novelistas, con Zunilda Gertel como moderadora.

En sesión solemne don Agustín Yáñez es recibido por la Academia Colom-

biana (Bogotá, 19 de agosto de 1974), y en el magno auditorio de la Corporación, mediante palabras del Director, don Eduardo Guzmán Esponda, diserta sobre la defensa del idioma. El 20 de agosto visita el Instituto Caro y Cuervo, asistido por su director don José Rivas Sacconi, Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana.

Invitado de honor por el Comité Organizador del XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, que se reúne por primera vez en España: Alcalá de Henares, Universidades de Madrid y Sevilla (20 a 26 de marzo de 1975), pronuncia el discurso de clausura en Huelva, que con el título de *Plus Ultra* figura como número 15 de las Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana. Participa en la clausura del Seminario sobre Indigenismo Americano del Instituto de Cultura Hispánica (Madrid, 27 de abril de 1975.)

Invitado de honor al Congreso de Escritores Hispanos en la Universidad de California, Los Ángeles, participa en los coloquios del Departamento de Español y sustenta lecciones en diferentes instituciones de cultura superior (19 a 5 de noviembre de 1975).

HOMENAJE AL POETA LEÓN FELIPE

Organizado por la Academia Mexicana, bajo el auspicio del Gobierno de la República se rindió un homenaje y fue descubierta en el Bosque de Chapultepec —10 de abril de 1974— una estatua sedente del poeta español León Felipe, con cuyo motivo fueron invitados múltiples escritores de diversos países, especialmente de habla hispana, que de algún modo cultivaron relaciones y amistad con el homenajeado. Con este motivo el Presidente de México, don Luis Echeverría, sirvió a los asistentes un desayuno en los patios del Museo Nacional de Antropología, que fue ofrecido por el director de la Academia Mexicana, don Agustín Yáñez, a quien contestó el académico español don Camilo José Cela; en el descubrimiento de la estatua de León Felipe, habló el académico Carlos Pellicer. El Presidente Echeverría, en el propio acto, hizo pública entrega a la Academia Mexicana de manuscritos de León Felipe.

ACADÉMICOS FALLECIDOS

- Don José Gorostiza, 16 de marzo de 1973.
- Don Luis Garrido, 19 de octubre de 1973.
- Don Salvador Novo, 13 de enero de 1974.
- Don Jaime Torres Bodet, 13 de mayo de 1974.
- Don Daniel Huacuja, 28 de mayo de 1974.
- Don Efrén Núñez Mata, 17 de agosto de 1974.
- Don Alfonso Junco, 13 de octubre de 1974.

NUEVOS ACADÉMICOS

Numerarios:

Don Alfonso Noriega Cantú, electo el 8 de marzo de 1974, para ocupar el sitial XXII, en substitución de don Luis Garrido. Pronunció su discurso de ingreso el 7 de marzo de 1975, que le fue contestado por don Octaviano Valdés.

Don Ignacio Bernal, electo el 26 de abril de 1974, para ocupar el sitial IX, por vacante de don Eduardo Luquín Romo. Pronunció su discurso de ingreso el 22 de noviembre de 1974, que le fue contestado por don José Luis Martínez.

Doña María del Carmen Millán, electa el 28 de junio de 1974, para ocupar el sitial XII, por fallecimiento de don Julio Torri. Pronunció su discurso de ingreso el 13 de junio de 1975, que le fue contestado por don Agustín Yáñez.

Don José Martínez Sotomayor, electo el 26 de octubre de 1974, para ocupar el sitial X, por vacante de don Ermilo Abreu Gómez. Pronunció su discurso de ingreso el 23 de enero de 1976, que le contestaría don Francisco Monterde.

Don Sergio Galindo Márquez, electo el 10 de enero de 1975, para ocupar el sitial XXVI, en substitución de don Justino Fernández. Pronunció su discurso de ingreso el 25 de julio de 1975, que le fue contestado por don José Luis Martínez.

Don Porfirio Martínez Peñaloza, electo el 11 de julio de 1975, para ocupar el sitial XXV, por vacante de don Amancio Bolaño e Isla.

En fecha posterior han sido electos don Silvio Zavala, don Juan Rulfo, don Salvador Elizondo y don Manuel Ponce Zavala, para sustituir a los académicos don Efrén Núñez Mata, don José Gorostiza, don Jaime Torres Bodet y don Alfonso Junco.

Correspondientes:

Don Enoch Cancino Casahonda, con residencia en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, electo el 28 de septiembre de 1973. Pronunció su discurso de ingreso el 3 de mayo de 1974, que contestó don Mauricio Magdaleno.

Don Salvador Cruz, con residencia en Tehuacán, Puebla, electo el 28 de septiembre de 1973. Pronunció su discurso de ingreso el 6 de septiembre de 1974, que contestó don José Rojas Garcidueñas.

Don Ernesto Ramos Meza, con residencia en Guadalajara, Jalisco, electo el 28 de septiembre de 1973. Pronunció su discurso de ingreso el 22 de marzo de 1974, que contestó don Agustín Yáñez.

Don Miguel de Anda Jacobsen, con residencia en Ensenada, Baja California Norte, electo el 10 de enero de 1975.

Honorarios:

Don Dámaso Alonso, director de la Real Academia Española, con residencia en Madrid, España.

Don Atilio Dell'Oro Maini, con residencia en Buenos Aires, Argentina.

Don Aurelio Tió, con residencia en Puerto Rico.

Don Samuel Arguedas, de la Academia Costarricense, con residencia en Iguala, Guerrero, México.

Los anteriores fueron electos académicos honorarios y tomaron posesión en sesión solemne de la Academia Mexicana, el 15 de junio de 1973.

CENTENARIO

Desde 1973, la Academia Mexicana empenó actividades para celebrar el primer centenario de su establecimiento.

Desde luego se propuso un Congreso extraordinario de la Asociación de Academias de la Lengua Española, iniciativa que halló reparos por parte de don Luis Alfonso, secretario de la Comisión Permanente, y se substituyó por la convocatoria a un Coloquio sobre los problemas actuales del idioma español.

El centenario (10 a 15 de septiembre de 1975) se celebró magnamente, bajo los auspicios del Gobierno de la República, el Consejo Nacional de Turismo y los órganos de publicidad.

Asistieron delegados de la Asociación y de las diversas academias, excepto, por causas fortuitas, la Cubana y Chilena; estuvieron representadas, por especial invitación, la Francesa, Portuguesa y Brasileña.

Tuvo mundial éxito el Concurso Literario, con dos premios de cincuenta mil pesos mexicanos (cuatro mil dólares cada uno), que se adjudicaron a investigadores rumanos y a un escritor boliviano.

Los viajes al exterior del director de la Academia cumplieron el encargo de invitar a las academias frateras y difundir la convocatoria del Concurso Literario.

Se inició una serie conmemorativa de veinte volúmenes; fueron emitidas medallas y sellos postales; prensa, televisión y radio cooperaron con eficacia.

El próximo volumen (XXIII) de las *Memorias* será dedicado a la reseña centenaria, compilará los discursos emitidos y el Coloquio sobre los problemas actuales del idioma español.

PREMIO DE LA ACADEMIA MEXICANA, 1976

Con motivo del bicentenario del nacimiento de José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, la Academia Mexicana dedica su premio anual —1976— a trabajos de investigación sobre nuevos aspectos de la vida y la obra de Lizardi, con dos premios, de diez mil y cinco mil pesos. El plazo para la recepción de trabajos expira el 31 de diciembre de 1976.

DISCURSOS DE RECEPCIÓN

ARQUEOLOGÍA ILUSTRADA Y MEXICANISTA EN EL SIGLO XVIII *

Por don IGNACIO BERNAL

Señor director de la Academia, don Agustín Yáñez; señores académicos, señoras y señores.

Cuando gracias a muy dilectos amigos y a la benevolencia de los académicos de esta ilustre casa tuve la sorpresa de haber sido electo miembro de número, fueron grandes mi euforia y mi gratitud. Antes que nada deseo expresarles mi profundo agradecimiento por honor tan inmerecido. Pero grande también fue mi confusión al pensar que, entre mis numerosos trabajos editados, ninguno ha sido de carácter literario. La pésima tradición que supone sin importancia el estilo en que escribe un arqueólogo y de la que frecuentemente he aprovechado, ahora me pone ante un serio problema.

No es el único; tal vez menor pero real, otro consiste en que desgraciadamente nunca traté a mi predecesor en esta silla y apenas si había leído algunas de sus obras. Difícil resulta así hacer el debido elogio. Ya que es imposible conocer al hombre desaparecido, recorrí las más de sus publicaciones no con miras a hacer una crítica literaria sino esperando entresacar algunos elementos que me ayudaran a recrear su personalidad. Pronto descubrí tras la fachada del escritor a un Eduardo Luquín Romo, no sólo simpático sino interesante.

En sus memorias de juventud relatadas en dos volúmenes de fechas distintas aparece el joven inquieto y aventurero que sin mayor causa y sin recursos abandona la casa paterna; a los 19 años, en 1915, ya iniciados los estudios de Leyes en su Jalisco natal, se suma a las filas del ejército Constitucionalista. Tres años después reanudaba, en la ciudad de México, sus cursos de Jurisprudencia. A poco se lanza a París donde apenas sobrevivió con vagos artículos periodísticos. Se mueve de un lado para otro en busca de ventajas que nunca consigue. Con razón José Gorostiza le aconseja en carta de 1922: "Necesitas, en mi concepto, tomar un rumbo franco en la vida."

De regreso a México, después de trabajar en varios lados presentó exámenes para el servicio exterior al cual fue admitido en 1932. A partir de entonces ocupa una serie de cargos tanto en el extranjero —Quito, Río de Janeiro, Valencia— como en la secretaría del ramo. Vuelve después a numerosos otros puestos en el

* Leído en la sesión pública efectuada el 22 de noviembre de 1974.

exterior, Holanda, El Salvador en dos ocasiones, Inglaterra, Suiza y de nuevo El Ecuador. De este ir y venir extrae un gran número de experiencias valiosas y de observaciones finas sobre el carácter humano que le permiten urdir con maestría la trama de sus novelas, y mover a sus personajes en ambientes con toques de realidad. De aquí también sus numerosos ensayos que muestran lo profundo de sus vastas lecturas. Sugieren éstas una preparación más en el campo de la filosofía o la sociología que un interés por el derecho o la diplomacia. Pero es evidente que en todas se movía con singular facilidad. A pesar de que muchos de los autores que cita con frecuencia, españoles como Ortega y Gasset o Menéndez y Pelayo o alemanes del siglo XIX, no son de fácil comprensión, para definir al criollo mexicano recurre a Hegel —aunque también utiliza a Justo Sierra— en lugar de fuentes obvias y tal vez por ello menos sutiles.

Más que en otra parte Luquín se pinta en el libro que publicó en 1957 bajo el título de *La profesión de hombre*. Vemos a un optimista. Notamos asimismo que aún después de los 20 años pasados entre las fechas cuando dictó las conferencias que forman el grueso del volumen y su publicación, éste se conserva fresco y tiende a despertar el optimismo en la juventud del continente. Dice en su ensayo sobre Rodó, que la actualidad del pensamiento del uruguayo se debe a que enfoca los problemas que nacieron con el hombre y morirán con él. Luquín hace lo mismo. Predica las más altas cualidades —aunque nunca predica. Hay que leer lo que piensa de la educación, del destino, del dominio de sí mismo. Tiene una filosofía estética internacional por mucho que sólo hable del "hombre americano". No quiere entonces vivir en la pequeñez comodina. Ansía la serenidad que sólo logran algunos hombres excepcionales.

Termina el segundo volumen de memorias redactado en la madurez escribiendo con excesiva modestia: "He procurado exhibir la inquietud, la desazón, la amargura, y los fracasos que suelen acompañar los pasos de la mayoría de los hombres por el camino de la juventud. En el taller que forja los destinos humanos, mi estrella encontró para mí más coronas de espinas que de rosas. Aunque no haya alcanzado la cima de ninguna consagración, no me atrevería a acusarla de malquerencia."

Para un arqueólogo como yo, que por necesidad piensa en términos de cultura, fue fascinante descubrir hasta qué punto Luquín refleja al mexicano de su tiempo y condiciones, observar su invariable deseo de saber en qué nos distinguimos de los otros hombres del planeta y —¿por qué no confesarlo?— advertir hasta qué punto las opiniones del novelista diferían de las mías en cuanto a la forma en que nació México. Menciona Luquín por aquí y por allá a Coatlícue o al cruel Huitzilopochtli pero para él el mundo prehispánico no influencia al México de hoy. Sugiere que nuestras raíces no penetran más allá de la época de la conquista española, o son posteriores. Dice por ejemplo que sólo con la Revolución "brota en el mexicano el orgullo de ser mexicano". Por mi parte considero esta tradición ya clara desde cuando menos la segunda mitad del siglo XVIII. Tal vez discrepamos porque Luquín piensa en independencia política o económica, mientras yo me ocupo de cultura social.

La diferencia entre el literato y el arqueólogo me sugirió el tema de hoy

pero considerándolo únicamente hacia los fines del Virreinato. Ha sido discutido muchas veces y algunas muy bien, por lo que me propongo tratarlo desde un aspecto limitado: el del interés arqueológico o más bien anticuario que surge entonces estudiando hasta donde se relaciona con el origen de la mexicanidad.

Pensé desde hace mucho basándome en aquellas frases un tanto cuanto declamatorias de Clavijero, de Eguilera, de Maneiro y de otros hombres de la época que el móvil principal que los empujaba a estudiar al mundo precortesiano era la necesidad de conocerlo para explicar al México de su tiempo y al que le seguiría, destruyendo las leyendas adversas que la ilustración había creado sobre América tanto en lo físico como en su historia indígena. Esto llevaba de paso a la desaparición del pesimismo que dificultaba el nacimiento de la nueva cultura mexicana. Todo, sin duda, ocurrió pero pienso ahora que atrás de ello y dándole su base profunda están ante todo las ideas de la época, la nueva filosofía de las luces.

Hace casi siglo y medio Alamán escribió: "En la República Mexicana se ha pasado de unas ideas excesivas de riqueza y de poder, a un abatimiento igualmente infundado, y porque antes se esperó demasiado, parece que ahora no queda nada que esperar." En la forma perspicaz que acostumbraba, el historiador señaló estos cambios de opinión tan característicos de México que llevan de un optimismo exagerado a un pesimismo sin base real. En términos populares, y ya sin periodificación ello corresponde a "como México no hay dos" o al malinchismo opuesto. Las postrimerías del Virreinato pertenecen a una de estas épocas de optimismo que prefiero a las pesimistas.

Un antecedente ilustre, fue Carlos de Sigüenza y Góngora. Es el primero, hasta donde hay memoria, que efectuó una exploración arqueológica en México. Es desgracia que sólo sepamos de ella indirectamente, ya que gran parte de sus escritos se han perdido. Casi medio siglo después Boturini escribió refiriéndose al basamento de la pirámide del Sol en Teotihuacan "...rodeándole vi, que el célebre don Carlos de Sigüenza y Góngora había intentado taladrarle pero halló resistencia. Sábese que está en el centro vacío..."

Humboldt, más tarde, interpreta este dicho diferentemente. Piensa que Sigüenza se interesó en averiguar si la pirámide fue totalmente construida por mano de hombre o si habiendo recubierto un cerro natural se redujo en mucho la importancia y el monto de la obra humana. Cualquiera que haya sido la idea de Sigüenza, lo importante es que investigó un punto histórico basándose para ello en un monumento: es decir que estaba haciendo arqueología, por ingenua que ésta fuera. Se adelantaba en casi cien años a lo que habría de venir.

El gran erudito frecuentemente habla de que es mexicano y "del amor que a su patria tiene" pero sin expresar la necesidad de redescubrir el mundo antiguo como una de las columnas de su incipiente mexicanidad.

Cuando menos otros dos mexicanos en embrión, Agustín de Betancourt y Francisco de Florencia, con modalidades distintas están en el espíritu de Sigüenza. Lo mismo ocurrió a dos italianos notables, Gemelli Carreri y Boturini. Ninguno de ellos hace propiamente arqueología o la integra a un futuro contexto

de cultura mexicana —ya no indígena— por mucho que se interesen en investigar al México antiguo.

Tendremos que esperar hasta la segunda mitad del siglo XVIII para ver aparecer con alguna claridad la idea de que esta nueva cultura mexicana, la nuestra hoy, está formada por la unión de nuestras dos raíces, en la fusión de dos civilizaciones, la europea y la indígena. Surge aunque sólo en potencia el concepto fundamental de que la historia de México no empieza con la llegada de Cortés, sino mucho antes, con esos pueblos tan ignorados y por ello confusos, que a lo largo de milenios formaron la civilización indígena. De aquí lo primero fue demostrar los avances de esa civilización. A tan importante tarea se consagró un grupo notable de individuos.

Sin lugar a duda son los historiadores los que se ocupan más del aspecto mexicanista en su preocupación por entender la nueva nacionalidad precisamente a base de cultura, y por lo tanto sienten la necesidad de conocer primero el mundo prehispánico. Son también los que emprenden la campaña de reivindicación de la cultura nacional tanto antigua como contemporánea a ellos. No debemos olvidar que el más ilustre representante del grupo, Clavijero, es un desterrado debido a la decisión de suprimir la Compañía de Jesús. Lejos de México desde Italia, mal podía dedicarse a una labor anticuaria y visitar monumentos para describirlos. En cambio los que radican aquí como Alzate o León y Gama, aunque no tan teorizantes y declamatorios sobre el tema de su amor a México, son los que inician esa labor de arqueólogos o cuando menos de prearqueólogos.

El problema es difícil porque las raíces de nuestros estudios arqueológicos no parten sólo del nuevo concepto del mexicano sino de otros factores que se entremezclan y explican por qué algunos hombres de aquella época se interesaron en el conocimiento y conservación de ruinas y esculturas indígenas.

Veo dos corrientes principales que motivan las exploraciones y el interés en los objetos. A ellas hay que añadir otros aspectos.

La primera que podríamos llamar privada ya que la practican individuos aislados aunque conectados entre sí por un hilo fino, está representada por Sigüenza como un predecesor en el XVII y más tarde en el XVIII, por hombres como Alzate y León y Gama.

De la obra publicada de este último, nos interesa la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras* aparecida en 1792. No tengo que decir que se refiere a la estatua de Coatlicue y a la Piedra del Sol. Por primera vez dos monumentos —además tan importantes— son descritos con cuidado y considerable erudición. En respuesta a una de las numerosas y mal planteadas críticas que más tarde le haría Alzate, León y Gama nos informa cómo, desde 40 años antes, dedicó su poco tiempo libre a estudiar los documentos que había podido encontrar. Documentos notables. Algunos provenían del archivo de los Ixtlilxóchitl que había heredado y utilizado Sigüenza y formaron posteriormente parte del museo Boturini. Gracias a ellos y a sus largos desvelos sobre religión y calendario, Gama interpreta las dos piedras. Confunde es verdad a Coatlicue con otra deidad. En su más largo texto sobre el sistema indí-

gena de medir el tiempo, corrige algunas opiniones de Boturini y de Clavijero a pesar de caer en numerosos errores. La mayor parte fueron descubiertos casi un siglo después por Orozco y Berra, aunque las ideas de este último también habrían de sufrir rectificaciones de varios autores, particularmente de Alfonso Caso.

La segunda parte de su libro, que León y Gama dejó inédita y Carlos María de Bustamante publicó cuarenta años más tarde, contiene la descripción de otras esculturas encontradas posteriormente en la Plaza Mayor o que existían en diferentes lados de la ciudad. Su opinión sobre el monumento a las victorias de Tizoc es incorrecta y sólo mucho tiempo después encuentra José Fernando Ramírez el verdadero significado.

Con todo y que hoy en día son insostenibles las tesis de Gama, su obra no se basa sólo en teorías fantasiosas o en las narraciones de los cronistas del *xvi*, sino en un documento irrefutable como es la piedra del Sol. De aquí que se le haya llamado "el primer arqueólogo mexicano". El interés de "publicar la descripción de ambas piedras para dar algunas luces a la literatura anticuaria que tanto se fomenta en otros países y que nuestro católico monarca el señor D. Carlos III siendo rey de Nápoles, promovió..." señala la postura ilustrada de Gama. De paso demuestra hasta qué punto eran desconocidas en México las exploraciones de Palenque ordenadas antes por el mismo Carlos III. Tal vez porque aún permanecían inéditas, Gama jamás las menciona.

Quiere Gama con el estudio de las piedras esculpidas aportar luces a la historia y mostrar la altura de los conocimientos matemáticos y calendáricos indígenas. Pero nunca habla de "amor a la Patria" o emplea frases similares...

Entre los numerosos opúsculos de José Antonio de Alzate y Ramírez nos interesa sobre todo el que publicó como suplemento a su *Gaceta de Literatura* en 1791. Se refiere a Xochicalco. Es la primera vez que esta ruina famosa es visitada y descrita. Alzate en dos expediciones levanta mapas y dibuja los bajos-relieves de la pirámide principal. Su interés es mucho más mexicano que el de León y Gama. Dice: "los monumentos de arquitectura manifiestan el carácter de las naciones. El que voy a describir hará patente el poder y cultivo de los mexicanos". En la dedicatoria expresa sin ambages que sale en defensa de la cultura de los antiguos indios vilipendiada entonces por extranjeros y aun nacionales. Juzgó que era necesario añadir pruebas convincentes sacadas de los mismos monumentos. No teoriza, precisamente para no caer en la habitual costumbre de su época y de tantas otras...

Quiero mencionar además a Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de México, quien añade páginas del Códice Mendocino a su edición de las cartas de Cortés. Purchas por primera vez publicó en Londres en 1625 este manuscrito indígena, mientras que en Francia salía cuarenta y un años más tarde. Pero las láminas de la edición del futuro cardenal primado de España, primera en castellano, aunque sin el menor intento mexicano, señalan el uso histórico de un documento antiguo, idea básica en la arqueología futura.

Las exploraciones del tipo que llamaremos oficial, forman la segunda corriente. Entresaco las dos más interesantes. La primera en tiempo se refiere a Palenque.

No es este el momento de entrar en detalles. Lo importante es mencionar cómo después de un descubrimiento accidental llega información a José de Estachería, Presidente de la Real Audiencia de Guatemala, del encuentro de unas "casas de piedra". Inmediatamente envía una tras otra dos expediciones con resultados modestos. Pero Estachería, un ilustrado, había comprendido la importancia del hallazgo e informa de él al visitador general, futuro Marqués de Sonora, quien remite la noticia a España. Con rapidez inesperada y gracias a la intervención de Juan Bautista Muñoz, Carlos III ordena una nueva expedición a cargo de Antonio del Río, el cual rinde su bien conocido informe en junio de 1787. Las técnicas de exploración no pudieron haber sido más elementales. Es gran suerte que Del Río haya exagerado tanto la importancia de sus trabajos, porque de ser cierto lo que relata, tiembla uno de pensar en los desastres sufridos por la espléndida ciudad. Los objetos que Del Río pudo sacar fueron remitidos a España.

Si los datos obtenidos en Palenque no son relevantes, sí lo es el hecho de la exploración misma y los móviles que llevaron a ella. Tanto Carlos III como la reina María Amelia, cuando reinaba en Nápoles, habían dado gran impulso a las exploraciones de Pompeya. Para siempre les quedó el interés anticuario y el amor por los objetos excavados. A esto se une el interés más serio de Muñoz que era entonces Cosmógrafo Mayor del Nuevo Mundo.

Más tarde Carlos IV ordena un recorrido arqueológico de Nueva España, dirigido por el capitán Guillermo Dupaix, acompañado del dibujante Luciano Castañeda. Los viajes se realizan entre 1805 y 1808. Visitan gran parte del país anotando cuanto monumento y objeto les parece de interés. Por mucho que Dupaix no tuviera una preparación adecuada, sus notas y los dibujos de Castañeda son importantes aún hoy. Apenas regresa cuando se inician las guerras de Independencia y sólo se publican sus hallazgos mucho más tarde y en Francia. Así, al igual que las exploraciones de Palenque, la información quedó oculta salvo para algunos investigadores acuciosos como Humboldt que pudieron consultar los manuscritos.

Es obvio que estas investigaciones oficiales patrocinadas por el rey no pudieron inspirarse en ideas mexicanizantes.

Debe ser juzgada de igual manera la actitud de dos virreyes ilustres. Bucareli ordena, para su mayor cuidado y estudio, el traslado de los documentos de Borurini a la Universidad mientras Revillagigedo desea la conservación de los grandes monolitos encontrados en la Plaza Mayor a partir de 1790. En la decisión de Bucareli intervino también el rey.

La tan nueva como notable actitud es aprovechada por varios divulgadores. El más conocido es Humboldt. Hace mucho que a propósito de un homenaje al célebre Barón, señalé que durante el año de su estancia en México sólo visitó un sitio: Cholula. Pero examinó en la capital alguna que otra pieza notable, como Coatlicue, que logró desenterrar de su escondrijo los profesores de la Real y Pontificia. A su regreso a Europa se llevó algunos objetos que están hoy en el Museo de Berlín. Luego estudió códices pictóricos como el Borgia que vio en Roma. Pero gran parte de los datos que publica en las *Vistas de las Cordi-*

lleras, están tomados de documentos antiguos o de los trabajos de los primeros estudiosos —Alzate, León y Gama o Dupaix— añadiendo muy poco nuevo de su mano. En cambio su merecida fama personal causó la inmensa repercusión de sus obras, influyó sobre numerosos estudios posteriores y los centros de cultura de Europa por primera vez se ocuparon de este tema. La Sociedad de Etnografía de París instituyó un premio al mejor trabajo sobre México antiguo. La repercusión posiblemente continuó hasta después cuando Napoleón III constituye la *Comission Scientifique du Mexique*. Se dice que lo hizo en imitación de la que en Egipto había organizado su célebre tío. Pero la inspiración básicamente arrancaba en el descubrimiento para Europa del pasado precolombino aunque no sea sino en estudios estéticos y documentales. Sea como fuere, a Humboldt no se le ocurrió relacionar las ideas de cultura antigua con las de nacionalidad.

En mucho menor escala, Pedro José Márquez fue otro divulgador y parcialmente autor. También jesuita desterrado en Italia, tradujo y publicó en Roma el opúsculo de Alzate sobre Xochicalco, la reseña de Tajín aparecida en la *Gaceta de México*, y las dos piedras de León y Gama. Márquez es mucho más mexicanista y expresa el deseo de que los europeos conozcan y admiren las grandezas pasadas de su patria.

Así como dije, estos prearqueólogos de un tipo o de otro —con algunas excepciones— no aparecen tan interesados como los historiadores en ligar sus estudios anticuarios con la mexicanidad naciente. Estudian monumentos y objetos; a veces, como en el caso de León y Gama, los interpretan.

Los datos que aportan son usados por otros estudiosos "a la mayor gloria de México". Estos criollos, que como ha dicho muy bien Luis González son el verdadero sujeto de la historia colonial, admiran la cultura precortesiana y comprenden su importancia para entender al México que ellos ambicionan. Sin embargo no dan crédito al indígena contemporáneo, porque saben que de él solo no ha de salir el mexicano, quien será el heredero de lo que ha sobrevivido de la antigua civilización y de tantas formas culturales del español. La mezcla de tan distintas herencias formó la cultura nueva.

Más claro aún queda el caso si ampliando el marco y saliendo de México vemos cómo el interés arqueológico surge en otras partes. Para no ir muy lejos ni extendernos fuera del Continente, basta considerar el ejemplo notable de Tomás Jefferson. El que sería tercer presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, se adelantó en más de un siglo a cualquiera otra exploración seria al excavar en 1784 unos mogotes en Virginia, con técnicas extraordinarias para la época. Este hombre interesado en todo efectúa como dice Wheeler "la primera exploración científica en la historia de la arqueología". En su caso, país y condiciones no hubo el menor asomo de ideas nacionalistas. Ya desde 1727 se había creado la Sociedad Filosófica Americana y la más directamente conectada con nuestro tema, la Sociedad Anticuaria Americana nace en 1812. Son ambas el resultado de ideas locales pero derivadas de los ilustrados del XVIII.

Es el apogeo de la época optimista y de la ilustración. Ello explica que dos reyes de España y cuando menos dos de sus virreyes, varios personajes mexicanos, un científico alemán, un arzobispo y un futuro presidente de los Estados

Unidos se interesaran en el mismo asunto. Por tanto la instigación para los principios de nuestra arqueología radica en el espíritu renovador de la época, si bien se le une en varias ocasiones el interés de aprovecharla para crear la cultura nueva, mexicana, distinta de cualquier otra y basada en nuestra doble herencia.

El impulso inicial dado a la arqueología había de fructificar. Convertida en ciencia social y no sólo en anticuarismo, se extiende y se estudia por todo el mundo. Mientras que en algunos lugares sólo forma parte de intereses académicos en otros —como en México— está unida a las raíces de nuestra nacionalidad.

Señores Académicos. Si seré hoy el único arqueólogo en esta casa, no seré el primero. Tuve ilustres predecesores: José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Francisco del Paso y Troncoso, Alfredo Chavero y muchos otros que si no arqueólogos estuvieron en distintas formas conectados a estudios del antiguo México. A todos ellos mi respeto y admiración.

Quisiera terminar con un recuerdo emocionado de mi bisabuelo quien hasta su muerte, hace exactamente ochenta años, presidió esta Academia. Si aún puede alegrarse de los asuntos de los vivos, grande será su regocijo ante el honor que ustedes me dispensan hoy.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Si no fuésemos deudores antiguos de los estudios de Ignacio Bernal, bastaría haber escuchado su discurso de recepción en esta noche para persuadirnos de que ingresa en la Academia Mexicana un hombre eminente en su ciencia y un escritor que ha señoreado, al mismo tiempo que sus ideas, el lenguaje con que las expresa. Ha tenido, además, el acierto de exponer un tema que interesa por igual a la antropología y a las humanidades. Su disertación acerca de los orígenes que tuvo la investigación arqueológica del México prehispánico nos revela, en efecto, aspectos importantes y mal conocidos de escritores como Sigüenza y Góngora y Alzate, interesados en el estudio de nuestros monumentos antiguos; subraya la importancia del estudio sobre "las dos piedras" de León y Gama, "el primer arqueólogo mexicano", y enlaza estos y otros pasos iniciales de aquellas investigaciones con la formación de la idea de la mexicanidad en la segunda mitad del siglo XVIII. La *Historia* del padre Clavijero es la culminación de esta corriente de reivindicación de la cultura antigua. Lejos de su patria, era natural que se avivara en el sabio jesuita su amor por México. La nostalgia y el despecho suelen enardecer los sentimientos. Pero él no se limitó a voces declamatorias sino que salió al paso de los detractores de las antiguas civilizaciones americanas y realizó la primera síntesis de cuanto en su tiempo podía saberse acerca de nuestra historia antigua.

En realidad, arqueólogos y humanistas tenían un mismo objetivo, el del conocimiento y ponderación de la cultura antigua como base de la mestiza que entonces se creaba. Así lo reconoció también Ignacio Bernal cuando, a propósito del indigenismo de su maestro Alfonso Caso, definió rotundamente el móvil social y aun patriótico que mueve al investigador de los monumentos de nuestra antigüedad india:

la arqueología en México —escribió Bernal— no es simplemente una investigación histórica o académica, por mucho que ello es suficiente razón para hacerla, sino que al descubrir la civilización indígena se demuestra mejor que en ninguna otra forma la capacidad de los herederos de quienes pudieron erigirla. Es además obra eminentemente patriótica no sólo porque destaca una de las más puras glorias mexicanas sino porque nos permite, al entender esa otra mitad de nuestro ser, entendernos mejor a nosotros mismos y al México que nos toca vivir.

Desde hace un poco más de un cuarto de siglo, cuando aún preparaba su doctorado en arqueología, hasta la fecha, nunca ha interrumpido Ignacio Bernal la publicación de sus estudios y nada lo ha desviado de la especialidad que eligió tras breves titubeos juveniles. Ni las labores académicas, administrativas y diplomáticas a que se ha visto llamado, y que en algunos casos han sido absorbentes y de responsabilidad, ni los honores que ha recibido ni la solicitud que hacen de sus luces tantas instituciones del mundo, nada lo ha distraído de la fidelidad a su vocación. Y desde el principio de su carrera, como si fuera una regla de salud intelectual, ha alternado las exploraciones de campo con los escritos y las actividades académicas. Esta fidelidad y esta laboriosidad, en verdad excepcionales, donde lo habitual suele ser la inconstancia y la versatilidad, este saber rehuir las tentaciones del poder o la dulzura de la molición son el secreto que explica, al cabo de los años, una obra y una autoridad.

Pero si los dos centenares de trabajos, mayores y menores, publicados por Ignacio Bernal tienen una significación, existen entre ellos algunos que, a mi parecer, concentran sus aportaciones más destacadas a la antropología y a la arqueología mexicana. El primero de estos trabajos es una visión panorámica de la cultura del México antiguo, que su autor ha venido rehaciendo, rectificando y ajustando, al menos en cuatro versiones. Aunque cada una de ellas responde a exigencias diversas, su propósito principal sigue siendo el mismo: exponer los orígenes, el desarrollo y el fin de las culturas prehispánicas de Mesoamérica, entendidas como una sola civilización. La primera de estas versiones, el *Compendio de arte mesoamericano* (1950), que es también el primer estudio extenso de Bernal, ofrece una interpretación unitaria y audaz para las ideas de la época, de una evolución múltiple y compleja. Esta misma interpretación, más ajustada en su aspecto documental, reaparece en *Tenochtitlan en una isla* (1959) y, en la versión corregida de este ensayo, de 1972, se ha convertido en una de las síntesis más afortunadas sobre el tema. Casi todo lo importante que se sabe acerca de nuestras antiguas culturas se ha reducido a sus líneas esenciales en las que no se advierte a pesar de ello ningún esquematismo y, por el contrario,

sólo se presenta un relato terso y vivaz, animado por divertidos o dramáticos pasajes de documentos indígenas. El acento se ha puesto sobre todo en las culturas olmeca, teotihuacana y mexicana. Este mismo esquema básico aparece ya en un texto de 1961, "El arte antiguo", que escribió Bernal para la segunda edición de la obra colectiva *México y la cultura*, y ordena también la más reciente versión de este panorama, que inicia la excelente *Historia mínima de México* (1973). Bernal tuvo en este caso la exigencia de exponer, en un texto breve, "única y exclusivamente lo que consideramos el cauce central de nuestra historia", como dice la Explicación del volumen. Tal exigencia requería un enorme esfuerzo de simplificación. Sin embargo, mientras en las versiones anteriores había aún un lugar para la cultura maya, en esta síntesis se la ha dejado a un lado. Una de las concepciones más importantes, y sin duda discutibles, del doctor Bernal acerca del desarrollo de la civilización mesoamericana es precisamente que esta civilización se articula en torno a tres culturas principales, a la olmeca, la teotihuacana y la mexicana, y que la maya no es un tronco autónomo sino una cultura posiblemente descendiente de la olmeca y paralela y en muchos aspectos ligada a la de Teotihuacan. Sólo el tiempo y un conocimiento más preciso de estas cuestiones decidirán la validez de tal interpretación.

Después de este ciclo de panoramas, la segunda obra de Bernal cuya importancia deseo subrayar es otra de índole muy diversa, pues mientras aquéllas eran obras de divulgación ésta es puramente académica, una obra de consulta para investigadores, en suma, la enorme *Bibliografía de arqueología y etnografía* (1962) de Mesoamérica y el norte de México. Refiere su autor que en 1952 se propuso elaborar una modesta bibliografía para su uso personal, que le ahorrase el tiempo que suele perderse "en buscar y rebuscar una referencia a lo largo de infinitos tomos". Pero una vez iniciados los apuntes, que pensaba concluir en un fin de semana, percibió la exigencia de aumentar las pretensiones de su empresa, que llegaría a contener cerca de 14 mil fichas y que sólo concluiría y publicaría diez años más tarde. El gracioso epígrafe que lleva la introducción de la obra dice que no hay en el mundo suplicio que castigue mejor a quien haya cometido los más odiosos crímenes que ponerlo a componer un diccionario. Con todo, podría añadirse que cuando estas obras ingratamente laboriosas que son las bibliografías están hechas con tanto cuidado y tan bien organizadas como la de Ignacio Bernal, ganan para su autor un múltiple y silencioso reconocimiento. No es costumbre citar entre las fuentes de un estudio la bibliografía que lo guió pero sí servirse de ella. Y tiene razón Bernal en recordar a su ilustre antepasado don Joaquín García Icazbalceta, autor de la memorable *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, como inspirador de su obra.

Quiero mencionar también, entre las obras representativas del doctor Bernal, el ensayo titulado "Notas preliminares sobre el posible imperio teotihuacano" (1965), que, a pesar del carácter de esbozo que su autor le reconoce, ofrece concepciones cuya lucidez está siempre atemperada por el rigor lógico y por un conocimiento entrañable del problema. Acaso los tratamientos posteriores más severos tengan que ajustar aquí y allá este esbozo que seguirá siendo un excelente ensayo de especulación científica.

El último libro de Ignacio Bernal que deseo destacar es una obra de madurez, la monografía que dedicó a *El mundo olmeca* (1968). La más antigua de nuestras culturas es también la más recientemente descubierta, y por ambas razones, de la que se tienen nociones más escasas. En este volumen su autor acopia y organiza el cúmulo de investigaciones y teorías parciales que se han escrito sobre el tema a partir de 1929, y sobre todo, propone una visión unitaria acerca de esta cultura y su posible significación como antecedente de la teotihuacana y la maya. Por hoy, es el estudio más importante que existe acerca del mundo olmeca y el que ha integrado una imagen, tan completa como lo permiten los datos conocidos, acerca del singular pueblo que fue probablemente iniciador de la civilización mesoamericana.

Al principio de este volumen, el doctor Bernal nos informa que contempla la redacción de una historia de la civilización mesoamericana, desde sus inicios hasta su fin en 1521 y que, dentro de este proyecto, el estudio de *El mundo olmeca* es la primera parte a la que seguirán otros tomos que tratarán del mundo clásico, de la época tolteca y la final. Hacemos votos porque la laboriosidad que lo distingue le permita coronar su obra y dar fin a este proyecto tan importante y en el que en realidad ha trabajado desde hace un cuarto de siglo.

Algunos expositores de cuestiones antropológicas o arqueológicas suelen inclinarse en ocasiones hacia dos extremos por igual inoperantes. Unos prefieren cierto esquematismo científico que todo lo reduce a horizontes, periodos, cultivos, construcciones, utensilios y técnicas de elaboración y diseño, mientras que otros se entregan a la fascinación de la búsqueda de las estructuras míticas, de las significaciones simbólicas y de las sutiles correspondencias que de pronto transfiguran en complejos sistemas mentales los hechos o rasgos aparentemente más nimios. Que es con mucho preferible un equilibrio entre los excesos de una y otra tendencia lo muestran en la práctica estudios como los de Ignacio Bernal. Ciertamente, él se muestra más bien cauto con el resbaladizo mundo de la simbólica y de las interpretaciones psicológicas, pero en cambio, en esferas más amplias, nos propone secuencias y evoluciones de culturas dentro del ámbito mesoamericano que concibe como un continuo. Y en lugar de las descripciones y las enumeraciones impersonales, prefiere una ciencia que no aisle la arqueología de la vida que una vez tuvieron vestigios y testimonios. Felizmente para sus lectores, el doctor Bernal es un científico que considera el mundo remoto que estudia con minucioso conocimiento, pero también con entusiasmo, con amor, y con humor e ironía si vienen al caso. Es un testigo que reacciona constantemente ante un mundo que nunca deja de ser viviente para él.

Adviértase, por ejemplo, en el siguiente pasaje acerca de las figuras femeninas de Tlatilco, cómo va animando la descripción tipológica con observaciones que devuelven vida, pasiones y alegría a los objetos del pasado.

Las figurillas de esta época y de la siguiente —escribe— son pequeñas, casi siempre sólidas, hechas a mano. Los rasgos de la cara se señalan por medio de incisiones más o menos anchas, o bien añadiendo al núcleo de barro que forma el cuerpo y la cabeza, pequeños fragmentos, "pastillas",

que indican los ojos, la nariz, la boca o cualquier otro elemento que se desea resaltar. Están casi siempre desnudas; hay algunas, por ejemplo, que sólo tienen un collar; otras más púdicas llevan un taparrabo o una pequeña enagua. A veces más coquetas, se adornan con pulseras, ajorcas y orejeras. Es indudable que a las mujeres de todos los tiempos les ha gustado pintarse: algunas figuritas arcaicas tienen los labios rojos, la cara amarilla y en el cuerpo dibujos de diversos colores. El pelo está cuidadosamente peinado y frecuentemente llevan encima un turbante, a la manera oriental. Una mujer del valle de Puebla evidentemente se vestía con modistos caros: lleva sombrero adornado con flores y pájaros.

El pasaje que acabo de citar es un buen ejemplo de descripción científica "animada", pero pudiera serlo también de estilo literario. Uno es ciertamente el lenguaje artístico que comunica intuiciones emotivas e imaginativas y aspira a ser en sí mismo una creación, y otro el lenguaje de la comunicación racional que transmite, al través del cristal de un lenguaje más o menos invisible, la realidad o los conceptos. Pero aun el científico, como lo señaló muy bien Alfonso Caso, puede recurrir al lenguaje de "la imaginación y la pasión para reconstruir, aunque sólo sea en la mente de los demás, un mundo cargado de vida que ya no es". Así pues, tanto para la expresión científica como para la propiamente literaria se requiere un estilo y es preciso en ambos casos resolver problemas de lenguaje para decir clara, orgánica y expresivamente lo que se pretende.

Al principio del discurso que acaba de pronunciar, el doctor Bernal se refiere con cierta ironía a "la pésima tradición que supone sin importancia el estilo en que escribe un arqueólogo"; pero en realidad, él nunca ha olvidado que la pulcritud científica implica también la del lenguaje y que para lograrla se requiere una ardua lucha que nos libre de los riesgos del desaliño y la confusión.

Por la importancia científica que han alcanzado sus obras para el conocimiento de nuestro pasado y por la limpieza y eficacia de su estilo, la Academia Mexicana vuelve a una tradición y recibe con honor y júbilo al arqueólogo Ignacio Bernal.

DERECHO Y ARTE LITERARIO *

Por don ALFONSO NORIEGA

Señor Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, señores académicos, señoras y señores.

El más inteligente de los escritores del Siglo de Oro de la literatura española, don Francisco de Quevedo, dijo en uno de sus agudos aforismos que "casi siempre se sueña en lo que se desea o en lo que se teme, y no damos en que es mofa de la naturaleza darnos esos sueños". Y en este momento en que logro hacer realidad uno de esos sueños, como compensación de la evidente mofa de la naturaleza quiero recordar, asimismo, al más inteligente de los escritores alemanes, Goethe, quien afirmó que "cada momento tiene un valor infinito, pues representa toda una eternidad".

Señores académicos, señoras y señores, he querido iniciar con estas frases mi disertación, ya que considero que en gran parte expresan mis más caros sentimientos al traspasar los umbrales de esta docta institución, a la que llego, merced al generoso consenso de sus ilustres miembros, con el convencimiento muy firme de que la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la española, no es únicamente la conjunción rutilante de las estrellas de primera magnitud del firmamento literario de nuestra patria, puesto que si así fuera, no tendría nada que hacer entre ustedes, sino que es —o más bien debe ser— un cuerpo colegiado de auténticos representantes de las diversas disciplinas humanísticas, que reunidos en un laboratorio de trabajo, tienen como misión preservar la pureza, la propiedad y la elegancia del idioma castellano que se habla en México; un laboratorio de trabajo dedicado al estudio, investigación y análisis del idioma que heredamos como una parte de nuestro ser social, de nuestra nacionalidad, con el fin de defender su pureza y procurar su perfeccionamiento, respetuosos de su tradición, pero nunca en actitud de estéril tradicionalismo.

Así pues, como modesto escritor, profesional del Derecho, he sido aceptado por ustedes, gracias a la generosa proposición de amigos cordiales a quienes ofrezco en este momento el testimonio más emocionado de mi gratitud y por ello, evoco desde luego a ese espíritu de finura extraordinaria, ser de excepción por su talento y grandes capacidades literarias, dueño y señor de nuestro idioma,

* Leído en la sesión pública efectuada el 7 de marzo de 1975.

que fue Salvador Novo, que de Dios goce, y que encabezó la proposición en mi favor.

Y distingo con matices especiales de fraternal amor —que eso es la esencia de la amistad— a otros hombres extraordinarios que avalaron dicha propuesta: el doctor Octaviano Valdés, así como Andrés Henestrosa, Antonio Gómez Robledo y Miguel León-Portilla. Ellos, a quienes la vida ha concedido con abundancia la grandeza de espíritu, el talento y la generosidad, en su desinterés y benevolencia, son los responsables de que esta noche —inolvidable para mí— ingrese como académico de número en esta benemérita institución.

Ocupo por primera vez un sitio entre ustedes, señores académicos, sin atisbo de vanidad, ni cualquier otro sentimiento de auto estimación, sino con plena conciencia de lo que soy y puedo valer. He recibido un honor y tengo la convicción de que cuando provienen de personas o instituciones de superior calidad, como en el presente caso, deben aceptarse porque engrandecen y confieren mejores valores a nuestra pobre substancia de seres humanos y porque rechazarlos, es un acto evidente de soberbia o de rebuscado exhibicionismo, que debe quedar reservado a los resentidos, a los amargados, a quienes no tienen —ni pueden tener— grandeza de espíritu y viven alimentados por la tristeza del bien ajeno.

Los hombres —pienso yo— nacemos desnudos, indefensos, provistos únicamente de una dotación suficiente de miedo, de cólera y de instinto de sobrevivir, que es todo nuestro patrimonio cuando hacemos acto de presencia en la vida. Quizá sería muy útil y agradable que al nacer, también se nos diera una dosis, aun cuando fuera pequeña, de sabiduría; pero, desgraciadamente, no es así; ésta debemos conquistarla día a día, minuto a minuto, durante el curso de nuestras vidas. Y es de esta manera, precisamente, como nuestro ser cumple su vocación natural y procura, con trabajo y sacrificio, perfeccionarse. Nos realizamos con los honores que conquistamos y con la honra que nos otorgan. Es por ello que los honores que nos confieren, por más que en el fondo de nuestras conciencias algo nos diga que provienen de la generosidad de los demás, y no, íntegramente, de nuestros propios méritos, debemos aceptarlos, y disfrutarlos; porque nos honran, nos perfeccionan y nos realizan, por lo menos en el consenso de quienes nos conocen y nos aman, de quienes teniendo valor propio auténtico, nos honran, reconociéndolo, aun cuando sea en pequeña parte, en nosotros.

Así pues, señores académicos, os saludo con fervor y entusiasmo y en medio de tantos valores literarios e intelectuales, ocupo —pretendo hacerlo con la mayor discreción— mi puesto de obrero de la Academia, de trabajador, ya que no de artífice de nuestro grandioso y preclaro idioma nacional.

Tengo el honor de suceder en el sillón número XXII de esta Academia a un distinguido intelectual, el señor doctor Luis Garrido, quien fue eminente jurista, distinguido hombre de letras y probó así como sabio maestro. El señor doctor Luis Garrido nació en nuestra ciudad capital el 15 de mayo de 1898 y, después de cursar sus estudios primarios se inscribió en el venerable y glorioso colegio de San Ildefonso, en las últimas épocas de la enseñanza —fecunda sin duda alguna en muchos aspectos— del positivismo barrediano; pero, ahí para alimentar una parte muy importante de sus inquietudes intelectuales, recibió las enseñanzas

de dos grandes poetas de México, Luis G. Urbina y Ramón López Velarde: "Corrían los años floridos de la Revolución —dice el propio Garrido—, en la vieja Preparatoria veíamos con melancolía, en las tardes lluviosas, saltar el agua de las gárgolas en espera del profesor de Literatura. El cargo lo desempeñaba el viejecito don Luis G. Urbina..."

Más tarde, el año de 1917, Garrido se inscribió en "la siempre erguida Escuela Nacional de Jurisprudencia", en la que obtuvo el grado de abogado en el año de 1922, habiendo logrado relevantes distinciones por su dedicación al Derecho y a la Economía. Estas dos disciplinas le ganaron sus preferencias intelectuales. A estas ciencias les dio la mejor cosecha de sus estudios y de su prolongada reflexión. En la Escuela de Jurisprudencia Garrido vigorizó sus inquietudes intelectuales al beneficiarse con las extraordinarias enseñanzas de Antonio Caso y de Alejandro Quijano, quienes señalarían para el novel abogado las dos vertientes de su vida: una filosofía hondamente humanista y un culto predilecto por nuestro idioma.

Su vocación de maestro lo llevó a investigar con profundidad la ciencia jurídica, a estudiarla con verdadera pasión y a expresar de manera clara y elegante sus doctrinas personales. El Derecho Penal fue la disciplina a la que dedicó sus mejores afanes y sus más caros anhelos y fue, precisamente, en esta rama del derecho en la que nos legó una sabia y congruente doctrina, en las siguientes obras, fundamentales hoy día en la bibliografía jurídica nacional: *La Ley Penal Mexicana*, *La delincuencia infantil en México*, la *Doctrina Mexicana de nuestro Derecho Penal*, *Notas de un Penalista*, *Ensayos Penales* y *La Reforma Penal Mexicana* de 1949.

Vastísima erudición, orden y método en la exposición y una prosa castigada y elegante en el estilo, son las características de estas obras, en las que Garrido no se limitó a difundir la ciencia penal, sino que hizo más ambiciosa su acción, pretendió y encauzó sus esfuerzos hacia una positiva reforma penal en México.

Luis Garrido, lo he afirmado con anterioridad, además de jurista eminente fue un distinguido e importante escritor literario. De su producción literaria merecen recordarse, entre otras, las siguientes obras: *Los apólogos de mi breviarío*, *Meditaciones de un idealista*, *El amor inglosable*, *En torno a la paradoja*, *El espíritu de Francia*. Para juzgar y valorizar la obra literaria de Luis Garrido, en busca de la mejor expresión, cedo la palabra a un distinguido miembro de esta Academia, desgraciadamente fallecido, Francisco González Guerrero, quien al enjuiciar este aspecto de la personalidad de mi antecesor dice:

"...Desde muy joven inició sus trabajos literarios y periodísticos... Sus artículos se caracterizan por la riqueza de sus contenidos y la tersura de su forma. Aun los más ocasionales escapan de la inconsistencia de lo efímero; la ocasión sólo es pretexto para la síntesis sagaz o la divulgación inteligente; en pocas líneas dice lo más jugoso de los asuntos escogidos, y siempre con atisbos originales que son propios del escritor de fina sensibilidad y amplia cultura. En realidad, cada artículo vale como un pequeño ensayo y todos ostentan por algún modo belleza literaria. Puede decirse que es un ensayista a quien el periodismo ha transformado en misionero que cumple nobles fines de cultura y mejoramiento social.

Pero si su preferencia va hacia el ensayo, quizás por ser el género literario más eficaz para la difusión de las ideas, Garrido se ha acreditado también como autor de obras de ficción y precisamente entre sus primeras producciones se hallan apólogos, cuentos y novelas."

Pero, al lado del jurista y del literato, en Luis Garrido destacó el universitario, el maestro auténtico. Su vida toda se halla íntimamente ligada a la Universidad Nacional Autónoma de México. A partir del año de 1929 en que se le llamó para ocupar la Cátedra de Derecho Penal en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, siempre estuvo vinculado con esta Escuela y, más tarde, con la de Economía, en la que impartió varias cátedras siendo, por cierto, uno de los fundadores de esta Facultad. Pero, su obra magna, su tarea heroica de amor, devoción, sacrificio y eficacia la llevó al cabo en su carácter de Rector de nuestra máxima Casa de Estudios.

Como buen jurista, como verdadero devoto del Derecho, Garrido mantuvo la vida de la Universidad dentro de los amplios cauces del Derecho Universitario y supo, en aciagos momentos, mantener el orden y elevar el nivel académico de la institución, de tal manera que llegó a convertirse en un verdadero guía espiritual de ella.

Éste fue a grandes trazos el doctor Luis Garrido, que ocupó por derecho propio y con gran dignidad, la que lo acompañó en todos los actos de su vida, el sillón XXII de esta Academia con que el destino ha querido honrarme al ocuparlo en este acto.

A él, hombre bueno, dotado de las más exquisitas cualidades humanas, quisiera ofrendar mis más acendrados elogios y, por ello, aprovecho las expresiones que él mismo dedicó a don Antonio Caso, para atribuírselas esta noche con absoluta justicia: "En estos tiempos de gran corrupción moral y desorientación de las ideas, en que es imperioso presentar a la juventud ejemplos que imitar por la pureza de su vida, por su desinterés y patriotismo, podemos señalar la vida y la obra de Luis Garrido, como un modelo que debe enorgullecer a México..."

Al iniciar este discurso, reconocí que soy un profesional del Derecho, y tengo el honor, lo he comentado con anterioridad, de suceder en esta Academia a un distinguido jurista; por ello he estimado pertinente discurrir ante ustedes sobre las relaciones que existen —o pueden existir— entre esas dos vertientes de mi vida: la de mi vocación y la de mi afición. La de mi vocación por la ciencia del Derecho y la de mi afición entrañable por las letras. Con esta inspiración someto ante ustedes mis modestas reflexiones sobre un tema que he rotulado *Derecho y Arte Literario*.

En primer lugar, me pregunto: ¿Existe alguna vinculación entre Arte y Derecho? ¿Puede tener relación una disciplina, al parecer calificada por muchos como utilitaria, preocupada constantemente de los conflictos de interés entre los hombres, árida y formalista, con el arte, que de acuerdo con la clásica definición de mi inolvidable maestro don Antonio Caso, es una actividad en la que "se rompe el círculo del interés vital y, como consecuencia inmediata, el alma se desliga de su cárcel biológica y refleja el mundo que se ocultaba a su egoís-

mo"; de tal manera que "tal es la primera de las victorias del alma sobre la vida, la victoria estética, el principio de la vida superior humana, la existencia como desinterés". Mas en contra de una respuesta fácil y superficial de muchos, que ante estos datos, niegan que entre ambas entidades —el Arte y el Derecho— exista relación alguna, otros tantos juristas y filósofos han considerado que entre ellos existe una íntima vinculación: estudiar el derecho y el arte —se ha afirmado sin reticencias— significa atacar dos lados diversos del mismo problema.

¿Existe —insisto en ello— relación entre Arte y Derecho, entre estas dos categorías o ideales, entre estas dos fases de la vida del espíritu? ¿el Arte en el sentido de Arte-bella, y el Derecho como un orden de justicia? Ha sido uno de los más eminentes juristas contemporáneos, al mismo tiempo eminente escritor, ensayista y aun poeta en prosa Francisco Carnelutti quien, en mi opinión, ha visto con mayor perspicacia filosófica y jurídica esta apasionante cuestión.¹

Carnelutti, en el homenaje que se rindió a otro gran jurista, su maestro, Vittorio Scialuja, lo calificó de gran artista del Derecho, y de esta afirmación derivó su espléndido ensayo sobre el arte y el derecho. "Para mi sorpresa —dice— encontré que los mismos conceptos sirven para representar ambos fenómenos del arte y del derecho, y de ello inferí la proposición siguiente: Estudiar el derecho y el arte significa atacar desde dos lados diversos el mismo problema." "El mismo problema —agrega— bajo el perfil de la función y de la estructura."

El arte, como el derecho, sirven para ordenar el mundo. El derecho, como el arte, tiende un puente desde el pasado hacia el futuro. El pintor —ejemplifica Carnelutti— cuando escrutaba el rostro de mi madre para pintar su retrato, no hacía más que adivinar. Y el juez, cuando escruta en el rostro del acusado para conocer la verdad de su vida, para saber lo que la sociedad debe hacer de él, no hace más que adivinar. La dificultad y la nobleza, el tormento y el consuelo del derecho, como del arte, no pueden representarse mejor que con esa palabra. ¡Adivinar! Con ella se indica la necesidad y la imposibilidad del hombre de ver lo que ve únicamente Dios!

Tanto el derecho como el arte pretenden ordenar el mundo; tienen una misma y semejante finalidad. Y por ello, ambos adivinan, al tratar de realizar dicha finalidad; pero la diferencia entre ellos está en su función y en su estructura. Para demostrar su punto de vista, el insigne autor parte de una investigación, primera: precisar qué es el Derecho y, ante esta interrogación, afirma: "Antaño, cuando yo era todavía joven, y, como se dice, mis estudios estaban frescos, a una pregunta semejante hubiera contestado con una definición muy precisa; pero mudaron muchas cosas a lo largo de mi vida. Acaso yo no olvidé todavía la definición que me enseñaron en la Universidad; pero lo que se debilitó en mí es la fe en el objeto de la definición. Y por ello, creo no poder contestar la pregunta sino con un parangón."

El derecho —dice— se realiza en el Estado y es evidente que el pueblo, cuan-

¹ Francisco Carnelutti. *Arte del Derecho*. Ediciones Jurídicas Europa-América. Buenos Aires, 1948.

do logra una cierta firmeza, se transforma en Estado. Entre el pueblo y el Estado se encuentra la misma diferencia que entre los ladrillos y el arco de un puente. El Estado es verdaderamente un arco que une dos riberas. Existe, sin duda, una fuerza que mantiene a los ladrillos unidos en el arco, pero esa fuerza no obra hasta que el arco se ha terminado. ¿Y cómo se hace para terminarlo? He aquí el problema: los ingenieros saben que el arco, mientras se construye, necesita la armadura. Sin armadura el arco puede resistir, después que lo han hecho; pero antes, si la armadura no lo sostuviera, el arco se precipitaría a tierra.

Ayudados por este parangón, se puede concluir que el derecho es la armadura del Estado. El derecho es lo que se necesita para que el pueblo pueda alcanzar su firmeza, para que el arco no venga a tierra.

Y, entonces, la luz se hace, la humanidad no puede traspasar el abismo que separa las dos riberas —la economía y la moral— sin un puente tendido de la una a la otra. Este puente atrevidísimo toma el nombre de Derecho. Precisamente una línea recta que une dos puntos, que en el fondo eso significa según su etimología. El derecho, en resumen, es una fuerza.

Pero, no es la fuerza original, sino una fuerza secundaria; y entonces: ¿cuál es la fuerza original? Aquí los juristas necesitan mirar la verdad cara a cara. Cuando en una familia, en una comunidad de personas, el derecho llega a ser superfluo, es decir cuando la armadura puede caer, sin que caiga el arco, existe algo que ocupa el lugar del derecho y esta es, precisamente la fuerza original, que mantiene en pie a la familia y a la comunidad; esta fuerza tiene un nombre sencillo y grandioso, se llama *amor*. Una verdad pura, sin duda, que al igual que el sol, alumbra las cosas, mas deslumbra los ojos. La fuerza original es el amor, y se tiene que reconocer que mientras los hombres no sepan amar, necesitarán juez y gendarme para tenerlos unidos. Es decir, mientras los hombres no sepan amar hay que obligarlos y entonces interviene el derecho, para restituirlos al orden social.

Pero en mi opinión, este concepto del derecho derivado del parangón inicial, nos deja a los cultivadores de la ciencia jurídica un poco dudosos, ya que la conclusión es más bien la de un cristiano o de un poeta, que la de un docto jurista. Carnelutti mismo tampoco está conforme por completo, y aclara que precisamente en esto se encuentra la diferencia entre su juventud y su vejez de jurista, y afirma, con palabras que hago mías y comparto sustancialmente: El joven tenía fe en la ciencia; el viejo la perdió. El joven creía saber, el viejo sabe que no sabe. Y cuando al saber se junta el saber que no se sabe, entonces la ciencia se convierte en poesía. El joven se contentaba con el concepto científico del derecho; el viejo siente que en este concepto se pierde su impulso y su drama y, por tanto, su verdad. El joven quería los contornos cortantes de la definición: el viejo prefiere los matices del parangón. El joven no creía sino en lo que veía; el viejo no cree más que en lo que no puede ver. El joven, quizá estaba a un lado del puente; el viejo pasó al otro lado del mismo. Y, para representar esta tierra donde los hombres se aman y amándose logran la libertad, el arte se torna necesario porque es el único capaz de interpretar esta plenitud por medio de la poesía, la pintura y la música.

El Derecho considerado tal y como he dicho, como una fuerza secundaria que suple a la fuerza original que es el amor, se transforma, felizmente, en una forma de la belleza, en una expresión artística. La belleza —dice Gallego Morell— tiene su bondad y la estética su ética. El arte no es un simple juego, como pretendieron algunos filósofos, Schiller entre ellos. El arte es un modo de libertarse de la vida, para poder sentir la vida. Y también el deber tiene su belleza. —La virtud es un género de arte, un arte divino.²

Una correspondencia análoga a la que se da entre el placer estético y el deber moral, la hermosura y la virtud, la belleza y el bien, puede establecerse entre lo jurídico y lo artístico, la idea de lo justo y el juicio del gusto, la jurisprudencia y la literatura.

Así pues, la razón de la concordancia entre Arte y Derecho y, más aún su vinculación, no se necesita buscarla fuera, en algo trascendente y circunstancial; radica en algo más íntimo; en la indivisible vida del espíritu.

El arte, de acuerdo con la tesis de Antonio Caso, es una forma superior del espíritu, superación del concepto de la existencia como economía, por la realización del desinterés y, en el mismo sentido, Maritain postuló que el arte es una "sobreelevación intrínseca de la espontaneidad viviente; un desenvolvimiento vital que hace el alma mejor en su orden dado". En resumen bello es lo que es grato ver —decía Santo Tomás—; es decir, lo bello es lo que nos proporciona gozo; pero no todo gozo sino el gozo en el conocer. Si una cosa exalta y deleita el alma, por el hecho de contemplarla, es bella. El arte y la belleza pertenecen, estrictamente, al orden del espíritu, por eso tienden de suyo a elevar el alma más allá de lo creado.

Por otra parte, el Derecho, ese puente atrevidísimo tendido entre el mundo de la pura economía y el de la moral, esa ayuda que recibe el hombre en su camino fatigoso, que asciende de la tierra al cielo, es, sin duda alguna, una garantía social del deber, un grado de moralidad prácticamente exigible, por versar sobre relaciones o realidades económicas necesarias para la convivencia. El Derecho, en resumen, al igual que el Arte, es una actividad del orden del espíritu, puesto que actúa sobre una necesidad social; pero reconociendo siempre una inspiración y una finalidad ética.

En consecuencia, volvemos a nuestro postulado inicial; analizar Derecho y Arte es atacar desde dos lados diversos el mismo problema que tiene como materia dos categorías de obras del espíritu distintas desde el perfil de la función y de la estructura. El Arte como el Derecho, sirven para ordenar el mundo; pero no únicamente eso; el Derecho además de cumplir con esta función cotidiana, se enlaza a concepciones de sociedades más justas, más amables, más fraternales, y entonces el Derecho, como el Arte, recae en la contemplación y en el desinterés, en pura actividad del espíritu. Así pues, el Derecho, como el Arte, tiende un puente desde el pasado al futuro. ¡Eterna hermosura del derecho que nos arrastra a atacar un problema sin solución, sin principio ni fin, lleno de peligros y dificultades, pero hermoso, en el que juegan y se entrecruzan con raíces profun-

² Manuel Gallego Morell. *Arte y Derecho*. Instituto Editorial Reus. Madrid, 1963, p. 5.

das, de tierra y vida, los conceptos de lo justo, lo bueno, lo verdadero y lo bello!

En esta situación es posible imaginar, pues, que el derecho tiene su poesía, su belleza, su arte, su lenguaje y que el arte —y aun la poesía— tiene su derecho, su justicia, su orden, su ley. La mítica griega unió en un solo concepto derecho y poesía, al representar a Apolo como inventor de la Ley y de la Lira y a Orfeo, edificador de ciudades "atrayendo a los hombres al calor de la vida civil y construyendo repúblicas sin más arte ni auxilio que los mágicos acentos de la música".

En aquella edad poética del derecho, una misma palabra designaba las normas jurídicas y los cantos, y una misma persona era sacerdote, vate, legislador y juez. La relación jurídica se manifestaba, práctica y figuradamente, mediante las formas poéticas del símbolo, de la alegoría y de la ficción y los preceptos se cantaban o escribían en versos a fin de que el ritmo los conservara más fácilmente en la memoria de las gentes.

Cicerón, en su tratado *De Legibus*, encontraba la etimología de la Ley en *leyenda* y cuando San Agustín enseñó que "nada hay ordenado que no sea bello" y Santa Teresa postuló que el orden conduce a la belleza infinita, a Dios; no hicieron sino refrendar la tradición de un viejo pensamiento. Platón mismo, por otra parte, en varios lugares habló del orden y la simetría, como productores de la verdad y la belleza, y Aristóteles en su *Poética* sintetiza un concepto de lo bello en la grandeza y el orden. Y, por último, Alfonso X, el rey Sabio —poeta y jurista— define la Ley: "*Leyenda* en que yace enseñamiento e castigo escrito."

En fin, si al hombre de letras se le llamó *literato*, al hombre de leyes se le denominó *letrado*. Y, sin embargo, como dice Hinojosa, ¿quién al observar ese carácter árido, seco y frecuentemente iliterario de nuestros Códigos y leyes, habría de imaginar ni creer que hubo un tiempo en que el Derecho y el Arte se hallaban estrechamente unidos, se mecían en la misma cuna y vivían, por así decirlo, una misma vida?

En estas condiciones, conviene volver a preguntarnos: ¿Existe, en consecuencia, belleza en el Derecho? El derecho, no es el caso de revisar doctrinas y teorías, tal y como he establecido, es una norma de conducta social. Es la vida social, la vida de los hombres, de las personas humanas, lo que constituye el material que debe ordenar y regir el derecho, de tal manera que éste no es sino una garantía social del deber por realizar, de cada una de estas personas que viven en comunidad.

El derecho actúa sobre una necesidad social; pero reconociendo siempre una inspiración y un trasfondo éticos. Pero, esta finalidad ética apunta y señala, como la flecha que da en el blanco, a la meta última y definitiva del derecho: servir a un valor supremo, tan sublime, que se le representa como uno de los atributos mismos de la individualidad: La Justicia, El Derecho, en esencia, es un orden de justicia.

De acuerdo con estas consideraciones, el derecho puro, el derecho en sí mismo, antes de exteriorizarse en formas visibles —leyes, códigos, tratados, sen-

tencias— tiene la belleza, el valor estético, que ofrece el orden social que condiciona y estatuye. Pero, aún más, el derecho en sí mismo, tiene su belleza natural: la belleza esencial del derecho, es su justicia.

Pero, en el momento en que el derecho se exterioriza y se registra, adquiere la posibilidad de ostentar una nueva belleza artística, sobre la naturaleza que le es consustancial, según he precisado. En realidad, el que el derecho esté bellamente expresado o no, es una *posteriori*. Y aquí llegamos a un punto esencial: Cuando el derecho adquiere categoría artística, se desprende de su esencia propia y su belleza radica en el lenguaje; ya no se trata, estrictamente, de una cosa jurídica, sino estilística, gramatical: "sólo cuando el derecho se ha formulado de modo que la relación entre el signo gramatical y lo significado, sin dejar de ser estéticamente expresiva, tenga una significación jurídica, es cuando se puede hablar de la belleza artística y el arte del derecho, de la forma bella, de la norma justa. La belleza aparential del derecho está en su fórmula."³

Y las fórmulas jurídicas, plasmadas en forma de leyes, de estudios jurídicos, de doctrina jurisprudencial, son las herederas de otras fórmulas, las que en un principio fueron símbolos plásticos, metáforas: como el agua, el fuego, la mano y la sangre; el bastón, el cetro, el arco y las flechas, la balanza. Estas expresiones primitivas necesarias para satisfacer las necesidades religiosas y culturales de los pueblos dejan de existir cuando aparecen las fórmulas jurídicas.

Es incuestionable que la literatura jurídica en sus orígenes fue heredera directa de la literatura didáctica y como tal nació con una forma literaria autónoma. Así pues, lo literario del Derecho lo encontramos en las *fórmulas jurídicas* y en la literatura jurídica. El símbolo, el emblema, el mito, la marca o señal, la alegoría, la parábola, la metáfora, la sentencia, la máxima, la fórmula y todas cuantas manifestaciones jurídicas, que son figura de relaciones jurídicas: imagen, signo de estados de dichas relaciones, únicamente cuando se han vertido en palabras, merecen ser comprendidas bajo el dictado de la poesía del derecho, de literatura artística. Queda en pie una conclusión indiscutible: Es en las fórmulas jurídicas, legales, judiciales, que en un principio fueron signos del lenguaje mórfico, es decir metáforas y símbolos plásticos, en donde acaba por traducirse el lenguaje literario y artístico, cuando dichas fórmulas se convirtieron en palabras.

Hombres de letras —poetas, novelistas, dramaturgos— y juristas, trabajan con la misma herramienta, con las palabras, esas mágicas entidades —átomos o mónadas creadoras de belleza que a falta de galas propias para referirme a ellas, a las que nos legaron los conquistadores españoles, quiero adornarlas en estos momentos con luces ajenas y recordar los brillantes y luminosos conceptos del más grande poeta contemporáneo de habla española, de Pablo Neruda, que ha dicho:

"...Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... éstos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, tabaco negro,

³ Manuel Gallego Morell. *Ob. cit.*, p. 10.

oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo. Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas. Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra, pero a los bárbaros se les caían, de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... El idioma... Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras..."

Las palabras están en el principio de todas las cosas; he aquí su secreto y su magia: La palabra, nada, un poco de aire estremecido que desde la mañana confusa del génesis, tiene poder de creación.

En el mundo literario y en el mundo del Derecho, la palabra es indispensable, es nuestra herramienta de trabajo, al igual que la de los cultivadores de la literatura. Las palabras son para los juristas, precisamente, la materia prima de su acción. Las leyes están hechas con palabras, como las casas lo están con ladrillos. Los hombres de leyes somos, en verdad, ingenieros de las palabras.

En los balbuceos de nuestro idioma, en el siglo XIII, el Rey Alfonso X —poeta y jurista—, en la Tercera Partida, dice en sabrosa, elocuente frase, refiriéndose a las palabras:

Singular herramienta de trabajo
bien y cumplidamente
con voces y con palabras
mandar y hacer derecho
de mander buena, llena y paladina.

Quizá por esto, en la misma Tercera Partida del Rey Sabio, se alterna el nombre o título de abogado con el de *Bozero*, que se define: "Bozero es ome que razona pleyto de otro en juyzio, o el suyo mismo, en demandando o en respondiendo. E ha así nome porque con bozes e con palabras usa de su oficio." Es decir, comento por mi parte, con razones y no simplemente con voces como alguien ha entendido reduciendo al abogado a la condición de voceador. Las *Partidas*, que plasman el origen riquísimo de nuestro idioma, llamaban, con gran expresividad, *vocero* al abogado, *oidor* al magistrado y, *audiencia*, al acto en que se desenvolvía el proceso, así como al edificio destinado a celebrarlo.

Así pues, estimo que es necesario concluir que en la elaboración de la expresión deseada, en la ordenación y construcción de los conceptos del Derecho, el jurista —legislador, abogado, magistrado o tratadista— hace surgir y realiza lo que considero fundamental reconocer y postular enfrente de los literatos; surge con personalidad propia, y autonomía auténtica, lo que se llama el *estilo jurídico*. Para él no existe posibilidad de reglas, porque es —o más bien, debe ser— un acto de libre creación. En este punto el Derecho se coloca en situación paralela a la obra de arte y en especial a la creación literaria. Juristas y literatos se identifican por el instrumento de trabajo y por la creación, mediante las palabras, de un estilo, general y personal.

El estilo jurídico es una especie del género estilo literario. El jurista —el hombre de ley— se vincula e identifica con el literato. Derecho y literatura forman parte de un mismo género. El arte, la literatura, realizan un orden estético —y el Derecho realiza un orden de justicia. Órdenes normativos ambos que, como he afirmado con anterioridad, se refieren a la libre actividad humana; arte y literatura que regulan sus obras para un fin bello y justo, y Derecho que regula sus acciones para la realización de un fin jurídico. Origen y fin de Arte literario y Derecho, reitero, es la propia vida del espíritu. Nacen juntos como primer germen de la vida humana y se abrazan en las alturas. He aquí —señores y señoras— como en mi opinión se hermanan, en total concordancia, el arte literario y el Derecho.

Señoras y señores:

Debo concluir, tanto más que he usufructuado por bastante tiempo vuestra atención; pero, reclamo también, con humildad, vuestra benevolencia para hurtaros unos breves momentos más, con el fin de hacer el elogio y quizá la defensa del estilo jurídico que se cristaliza en las leyes, en los alegatos de los abogados —orales y escritos— y en las sentencias de los tribunales; y, por tanto, el elogio y la defensa de los hombres de ley, autores de dichas producciones, tan despreciados, denostados y vilipendiados, precisamente por culpa de sus congéneres los literatos, desde los tiempos del venerable Aristófanes, en sus incisivas y venenosas *Avispas*, hasta José Joaquín Fernández de Lizardi —patriarca y profeta en el santoral de la patria— en su inmortal *Periquillo*.

Es, pues, en el estilo jurídico como he dicho, en el que se expresa la belleza del Derecho y, como ejemplo de ello existen a través de los siglos y en todas las civilizaciones juristas, célebres u oscuros, sutiles o torpes, que han llevado al cabo su tarea de contribuir a enriquecer el estilo jurídico al crear obras de verdadero valor literario, aun cuando, en muchas ocasiones, sin pensar que tal obra era la que realizaban: Papiniano y Bartolo, Graciano y Pothier, San Raymundo de Peñaflor y Covarrubias, Windscheid y Ihering, Carnelutti y Calamandrei, para recordar celebridades de diversas épocas históricas y diversos países, han dejado obras insignes del más puro estilo jurídico y la más auténtica literatura.

Desde este punto de vista el lenguaje del Derecho, el estilo jurídico puede presentarse como paradigmático, aun por los mismos literatos. Y, en este aspecto, viene a cuento recordar la conocida anécdota de Stendhal, quien reconoció que solía leer de cuando en cuando, con el fin de conservar depurado su estilo, el Código Civil de Napoleón y, aún más, aconsejaba a los escritores jóvenes, la lectura y estudio de este cuerpo de leyes, con el fin de lograr un lenguaje sobrio y funcional y perfeccionar su estilo.

Y, en México —valga la escueta enumeración de algunos nombres egregios—: don Francisco Javier Gamboa, en el siglo XVIII, tratadista, magistrado y abogado; don Ignacio L. Vallarta, el más grande de nuestros jueces federales y asimismo legislador y abogado; en el siglo XIX y en el nuestro, que está agotándose rápidamente, en este siglo XX terrible, sangriento y esperamos que fecundo, dos

hombres gigantes: Emilio Rabasa, el primero de nuestros constitucionalistas y al mismo tiempo magnífico literato, y Luis Cabrera, por derecho propio el jurista de la Revolución, infortunadamente olvidado hace poco tiempo, en que se celebró el sexagésimo aniversario de la Ley agraria de 6 de enero de 1915, de la que fue autor. Ellos son modelo, prototipo, ejemplo vivo del más puro y excelente estilo jurídico o bien, lo que es lo mismo, de arte literario jurídico.

Los juristas —los abogados— han sido en México, sin duda alguna por mucho tiempo, los difusores naturales de la cultura. O, para decirlo con un vocablo que no perderá nunca su seducción, *letrados*, por excelencia. Abogados y aun jueces, han sido muchos de los más distinguidos literatos mexicanos, desde Juan Ruiz de Alarcón hasta Manuel José Othón y Alfonso Reyes. En nuestra patria, el jurista es por derecho propio un hombre polivalente. Por su profesión, debe conocer la ley, por los cargos que ocupa, suele aplicarla, y a menudo también la escribe; ya sea desde una curul si la política le interesa —o él le interesa a la política—; ya sea desde una oficina pública, si un Secretario de Estado lo nombra consejero. Agregad a lo que antecede que el abogado es, por definición, profesor *in-partibus*, cuando no consultor de industriales, banqueros y comerciantes... Y percibiréis hasta qué punto la vida nacional se halla estrechamente vinculada con nuestra profesión.

En memorable ocasión, cuando la Escuela Nacional de Jurisprudencia de nuestra Universidad cumplió sus primeros cuatrocientos años de vida, un gran mexicano, distinguido miembro de esta Academia, desgraciadamente fallecido, don Jaime Torres Bodet, en un mensaje —lúcido y brillante, como todo lo que salía de su pluma— nos dijo a los abogados que un día, en el Museo del Louvre, al admirar la concentración lineal del célebre escriba egipcio, le ocurrió pensar en todos esos escribas, famosos unos y otros anónimos, que la vida de México ha movilizad, de escritorio en escritorio y de combate en combate; a caballo, junto con las fuerzas de Morelos; en polvosos coches decimonónicos, durante la presidencia de Juárez, y en los vagones que transportaron, sobre las vías férreas de la Patria a los hombres de la Revolución. Nuestra historia, agregó el exquisito pensador, está escrita en gran parte por abogados. Y aclaró que no pensaba en esos instantes en los abogados-historiadores, entre los cuales los hay insignes, sino en los abogados no historiadores. De muchos de ellos —concluyó— podría decirse lo que de ciertos estrategos afirmaba Jean Giraudoux: que no leían sus victorias, al día siguiente de la batalla, en las columnas de los periódicos, sino la víspera, en el cintilar promisorio de las estrellas.

Desde este punto de vista, sería en extremo sugestiva una historia de México, pensada no con criterio exclusivamente jurídico, ni exclusivamente político, ni exclusivamente militar, sino en forma capaz de fijar una relación precisa —y proporcional— entre los movimientos sociales que dieron origen a algunas de nuestras leyes más importantes y las leyes que provocaron algunos de nuestros movimientos sociales más decisivos. Se vería, entonces, al lado del retrato del caudillo, afortunado o infortunado, el rostro del jurista siempre muy próximo; esto es, el rostro del hombre de mente organizada por el derecho y para el derecho, cuya existencia toda termina, tarde o temprano, por un proyecto de

ley. Recuérdense únicamente, al lado del retrato de Venustiano Carranza, sosteniendo entre sus manos la Constitución de 1917, los rostros de Luis Cabrera y José Natividad Macías.

En los mejores textos, ya aparecen algunos de esos juristas ante la eternidad; pero suele incluirlos el escritor —siempre despectivo para con la creación jurídica— como si se tratara de simples epígramas. Y no fue ésta, lo sabemos perfectamente —y, cuando no lo sabemos, lo presentimos— la significación verdadera de sus figuras.

México es un país que ha vivido buscándose en la definición de una estructura legal. Sin considerar, por lo pronto, si esa legalidad a la que aspiramos se ha cumplido en todos los casos con estricto rigor, importa desde luego reconocerlo: nuestra concepción de la vida es una concepción de carácter jurídico; pensamos habitualmente en fórmulas de decreto y, cuando las cosas no marchan del todo bien, lo primero que se nos ocurre es proponer una nueva ley o modificar el texto de algún reglamento.

Desde antes de alcanzar nuestra independencia política el mexicano existió dentro de una forma legal. Basta hojear los volúmenes que contienen la recopilación de las *Leyes de Indias* para apreciar la cantidad de jurídica tinta en que hubieron de humedecerse las plumas de la Colonia. Y desde entonces... No contemos nuestras Constituciones, ni las Constituciones de los Estados. Consultemos únicamente la lista cronológica de nuestros Códigos, de nuestros Reglamentos, de las enmiendas a nuestros Reglamentos, de las modificaciones a esas enmiendas y de las adiciones a esas modificaciones. ¡Cuántos artículos! y de nuevo ¡cuánta tinta jurídica!... ¡Cuánta literatura jurídica!... ¡Qué diversos estilos jurídicos, excelentes, buenos y malos; pero todos auténticos y entusiastas! Pero no sonriamos a la ligera ante tal profusión. Algunos de esos artículos —como quería Nietzsche que lo estuvieren los grandes libros— fueron escritos con sangre de la Independencia. Sangre de la Reforma. Sangre de la Revolución...

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don OCTAVIANO VALDÉS

La profunda disertación que hemos escuchado, ha sido, en resumen, una alabanza a la belleza de la Justicia. Esta noche, nuestra Academia hace suyo el elogio con la práctica de un acto de justicia, recibiendo en su seno al doctor don Alfonso Noriega, en reconocimiento de su sabiduría jurídica y literaria, y de sus altas virtudes humanas.

El maestro don Alfonso Noriega ha tenido la elegancia de disimular en el diálogo cotidiano su gran valía como intelectual, ayudado por un atributo muy característico de su individualidad. Atributo éste calificado por Santo Tomás de Aquino y Aristóteles, como virtud moral, denominada por ello "eutrapelia". Virtud social y cristiana, que propicia el solaz y descanso del espíritu, divirtiénd-

dolo con la moderada alegría del dicho ingenioso, el donaire y el gracejo. "Eutrápelas", dice el Santo Filósofo, "es el hombre de trato y conversación agradable, que convierte dichos y hechos en solaz" (2-2ae, a. 11).

Don Alfonso Noriega es afortunado poseedor de esta virtud, "eutrapelia". Virtud que es *esprit*, humor inglés, capacidad de reírse hasta de sí mismo.

No faltará quien por no saber reír, tome a la "eutrapelia" por frivolidad. A este tipo de gente dice Santo Tomás: "todo lo que está contra la razón, en las cosas humanas, es vicioso", y están contra la razón "aquellos que se niegan al pasatiempo de expresar algo risible y se muestran molestos a quienes lo prefieren". Éstos, opina Aristóteles, "son rudos y agresivos". Ojalá que abundaran más los cultivadores de alegría en este tiempo nuestro, colérico y rencoroso.

Pero además otras virtudes sustanciales le han ganado al doctor Noriega amistad y cariño: su honradez de vida, su generosidad de espíritu, dispuestos siempre a ayudar a los amigos y a los que no lo son.

Mas el doctor Noriega es sobre todo un docto calificado en la ciencia del Derecho y conocedor de Historia y Literatura, especialmente de la castellana. Maestro Emérito de la UNAM durante ya largos años, han desfilado por su cátedra generaciones de futuros abogados, para los cuales es "El Maestro" respetado por su saber.

En su discurso nos ha dado la distinción que existe entre "letrado" y "literato". Él se considera "letrado", no "literato", cuando en verdad participa también de lo segundo, como lo prueban sus ensayos y mayores estudios puramente literarios.

Firme aval de estos elogios es el elevado discurso que acabamos de escuchar.

Entre quienes somos profanos en el conocimiento del Derecho, con frecuencia es muy pobre la comprensión que se tiene acerca de esta noble ciencia, limitándola a los litigios y alegatos en cortes y juzgados, ignorando que forma parte importantísima del patrimonio conquistado por la inteligencia humana. Ya es historia multisecular de elevadas y profundas especulaciones, destinadas a definir cada vez con más perfección la esencia de la Justicia y a explicar la riqueza de sus proyecciones hacia las interrelaciones humanas, cada vez más complicadas.

El tema desarrollado por el doctor Noriega se emparenta con los elevados temas de las grandes épocas de la filosofía, en las cuales la inteligencia humana, desasida de ambiciones y pasiones materialistas, especulando en las puras regiones del espíritu, ha fundado los cánones supremos de la Verdad y de la Belleza.

¿Puede haber alguna relación entre el Derecho y el Arte, entre la Justicia y la Belleza? Respuesta difícil que no podrá ser nunca apodíctica, como se da en las ciencias físicas, que se basan en hechos sensibles y tangibles. No, como en este caso, en abstracciones que escapan de la experiencia de los sentidos. Mas si la respuesta no puede ser apodíctica, sí convincente, fundándose en razonamientos, digamos mejor en felices intuiciones que en graduales vislumbres nos aproximen al conocimiento del objeto. Por ésto, con justa razón, el maestro Noriega, citando palabras de Francisco Carnelutti, dice que el Derecho como el

Arte es una adivinación. A través de esas adivinaciones llegamos a la contemplación del puente que se tiende entre el mundo de la economía y el mundo de la ética. El Derecho es la armadura de ese puente que es el Estado, sin la cual vendría el derrumbe. Pero al mismo tiempo, la armadura que en la comparación de Carnelutti es el Derecho, resulta ser ente ordenadora de los elementos, causa de la unidad, de la armonía y belleza del puente.

Derecho y Arte pretenden ordenar el mundo, afirma el maestro Noriega. Corroborando esta tesis recordemos que ya Pitágoras afirmaba que el universo y cada una de las cosas es un "Cosmos". "Cosmos" significa orden con belleza, armonía de elementos dispares y aun contrarios. Mas la idea del "cosmos" en el concepto pitagórico se extiende no sólo al universo físico sino, lo que es más interesante, al orden de la ética. El "cosmos" pitagórico es también armonía, norma y ley, orden con belleza.

Pitágoras es quizá el primero en relacionar la norma, la ley, con el arte y la belleza. La ley en sí misma es arte que impone un orden, una armonía, que es belleza, no sin razón Pitágoras transfiere su idea del "cosmos" al de norma y ley.

En abono de la tesis del doctor Noriega, ¿qué es el Derecho sino suma de normas que ordenan y armonizan las complejas relaciones humanas? ¿qué es sino un arte ordenador de nuestro mundo ético, como el arte creador de belleza es ordenador de ideas, de intuiciones y emociones del artista? Más aún —piensa el doctor Noriega—, el Derecho lleva en su misma naturaleza el intrínseco apetito de un bello ideal, del arte de adivinar constantemente sociedades más justas y fraternales.

El doctor Noriega señala la coincidencia de que Derecho y Arte, ambos se desarrollan con el desinterés por la cotidiana economía, en la pura contemplación de su objeto, en el ámbito de pura actividad del espíritu.

Cabría objetar que otras actividades del espíritu pretenden ordenar el mundo: las ciencias, por ejemplo. Así es, pero con una gran diferencia. Una observación inédita e inteligente del licenciado Fausto Vega nos da la respuesta: "Aquellas actividades del espíritu [las ciencias] carecen del soporte amoroso que funda al Arte y al Derecho, y sólo a ellos; a éste por su apetito de Justicia y a aquél por su apatencia de participación de lo bello." Aunque otras sabidurías requieran también amor por la Verdad y la certidumbre, por ejemplo las matemáticas, sin embargo, "éstas no requieren de las tensiones del espíritu para salir de las sombras, sino sobre todo del discurso. El Arte y el Derecho, en cambio, son aspiraciones cordiales para que el mundo adopte proporción y medida". Finalmente dice el maestro Noriega, sobre la Belleza intrínseca a la misma esencia del Derecho se agrega la Belleza exterior de la palabra, cuando el concepto jurídico se vierte en fórmulas. Es decir, la belleza del Derecho se consuma cuando el arte consigue que el concepto jurídico halle en la fórmula gramatical, su justo troquel. Desde ese momento el Derecho es "Cosmos, Armonía, Norma y Ley".

En consecuencia, analizar Derecho y Arte —resume don Alfonso— es atacar desde dos lados al mismo problema, cuya materia pertenece a dos categorías de

obras del espíritu, distintas en su formación y estructura, y coincidentes en el vértice del arte y la belleza. "Arte y Derecho —dice en hermosa frase el maestro Noriega— nacen juntos como primer germen en la vida y se abrazan en las alturas."

El discurso que acabamos de escuchar, es sobrado testimonio de alta categoría intelectual del maestro don Alfonso Noriega. Al principio notamos que él no es sólo letrado, sino también literato, pues así lo habla su obra escrita.

En su obra *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, expone en dos nutridos volúmenes el pensamiento y acción de los conservadores mexicanos desde que comenzaron a ser factor político, luego después de la Independencia hasta nuestros días.

El historiador P. Mariano Cuevas, en una de sus características frases sumarias, afirmaba que en México "los intelectuales" son de media lectura, de media escritura y de media cultura. Aun cuando no sea justo generalizar esta calificación del ilustre y apasionado historiador, no es raro en nuestro medio intelectual encontrar exhibiciones de "medias culturas", zurcidas con lecturas de revistas y de autores de segunda y tercera mano. Por ello son grata sorpresa obras como ésta de don Alfonso Noriega, construida con sólida y erudita investigación e iluminada con pensamiento propio. Ideas y actuaciones del conservadurismo mexicano aparecen en ella lúcidamente explicadas, cotejadas con sus fuentes de inspiración, y caracterizadas según la mentalidad y motivaciones de cada época de su desarrollo.

Asuntos como el de esta obra llevan el peligro de correr en mera crónica de acontecimientos o seca exposición de ideas jurídico-sociales y, también, en superficial demagogia. Pero el doctor Noriega consume su labor con maestría de diestro escritor. Su relación e interpretación objetivas nos hacen sentir al mismo tiempo la emoción de aquellas luchas que en ascendente movimiento apasionado, culminan con intensidad de tragedia griega en el Cerro de las Campanas. Es historia viva encarnada en la conducta de los hombres. A quienes no somos profesionales de la historia nos revela lúcidamente, con propósito consciente, el contexto de esos capítulos de nuestra historia nacional.

La técnica literaria del maestro Noriega construye exitosamente ese contexto histórico. Su análisis e interpretación de ideas y acontecimientos no se desvían en erudiciones farragosas, ni en disquisiciones ajenas a su argumento. Como en las buenas obras dramáticas —¿qué es la historia humana sino el más auténtico drama?— la evolución del conservadurismo mexicano aparece en esta obra, con sus personajes y episodios, unidos por la secuencia lógica de las ideas motrices de la acción.

Obras como ésta de don Alfonso Noriega, contribuyen a la enmienda de nuestros desaciertos políticos, e iluminan la búsqueda difícil del bienestar nacional.

Brevemente aludimos a otros trabajos del doctor Noriega.

Vida y obra del doctor Gabino Barreda es un concienzudo estudio de la personalidad de don Gabino, principalmente como ideólogo renovador de los

planes de educación, inspirado en las ideas positivistas. Esta obra complementa la que acabamos de comentar, aun cuando la precede en fecha de edición.

Próximamente saldrá a la luz *El humorismo en la obra de Lope de Vega*, estudio nada superficial sino de un conocedor amoroso del teatro del "Monstruo de los ingenios". Su detenido y sólido análisis —en doscientas cincuenta cuartillas— ilumina este aspecto poco conocido del gran dramaturgo y poeta.

En prensa también su obra *Lecciones de Amparo*, obra ésta que será seguramente testimonio luminoso de su sabiduría jurídica.

Otros títulos más enriquecen la bibliografía de don Alfonso Noriega: *Goethe y sus ideas filosóficas*, y varias publicaciones de materias jurídicas, tratadas con la competencia característica de sus trabajos, y que por su estilo se hacen leer aun por los que no somos peritos en la ciencia del Derecho.

Finalmente, el maestro Noriega ha sido por largos años distinguido periodista, muy solicitado por sus opiniones insobornables y por la valentía de su palabra.

Esta noche, maestro don Alfonso Noriega, bien probados sus merecimientos, viene usted a sumarse a la serie de eximios cultores del idioma y a la vez sabios jurisconsultos, cuyos ilustres nombres han sido y son prestigio y honor de nuestra Academia, la cual hoy lo recibe a usted con la más cordial bienvenida.

TRES ESCRITORAS MEXICANAS DEL SIGLO XX *

Por MARÍA DEL CARMEN MILLÁN

I

Señor director, señores académicos, señoras, señores:

Por el gran respeto que me ha merecido siempre la Academia Mexicana; por la firme creencia que tengo en la eficacia de la lengua como lazo de unión, como elemento de comprensión, como señal de identidad, como organismo vivo, como la materia de mayor potencialidad creadora con que cuenta el hombre, acudo a esta cita con emocionada gratitud.

He querido entender que el caso presente, el de mi ingreso en esta Institución, es más un acto simbólico que una distinción personal. Lo que en otras palabras significa que las puertas de la Academia Mexicana se han abierto ahora, no para dar entrada a una mujer sino a tantas mujeres mexicanas con merecimientos, dedicadas a los quehaceres de la cultura.

Evidente es que, en nuestro medio, inestable y cambiante, no caben los moldes rígidos ni las instituciones inmutables. La imagen del jardín abierto donde floreció la sabiduría platónica fue suplantada un tiempo por la que se convirtió en tradicional: la del grupo exclusivo de inmortales solemnes. Mas ahora la Academia debe entenderse como un concierto de experiencia, erudición y voluntad, orientado hacia metas concretas y cuyos logros puedan ser aprovechados en beneficio de la sociedad, necesitada siempre de las luces de sus miembros mejor dotados. La prueba de que se ha renovado en la prolongación y continuidad de su obra de cultura es que ha sabido sortear las borrascas de cien años de vida consagrados a la noble tradición de preservar el lenguaje, nuestro más entrañable patrimonio. Y que, atenta a los cambios, da ya en su seno cabida a las mujeres.

II

Cerca de la personalidad de Julio Torri, a quien debo evocar esta noche, aparecen otras imágenes, las de mis ilustres maestros presentes y ausentes, a quie-

* Leído en la sesión pública efectuada el 13 de junio de 1975.

nes igualmente debo estímulo, enseñanzas, amistad. Gracias a dádiva tan generosa, a ejemplo tan alto, a tan inmerecido afecto, mi camino ha sido más despejado y mi rumbo mejor definido. En este acto tan importante para mí, no puedo dejar de sagrarles un conmovido recuerdo.

Originario de Saltillo, Julio Torri estudió en la ciudad de México la carrera de abogado y en 1909 se unió al grupo del Ateneo de la Juventud en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. La inconformidad que reunió a estos jóvenes: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Jesús T. Acevedo, partía de la incapacidad de la educación positivista para enfrentar una realidad en crisis. De ahí que al mismo tiempo que señalaron los errores del régimen político e intentaron la comunión con el pueblo, procuraron llenar por cuenta propia las fisuras de su precaria cultura con accendrado espíritu de responsabilidad y con la certidumbre de que, como decía Caso, la importación de culturas extranjeras y la imitación de sistemas foráneos para resolver nuestros problemas particulares, no podrá ser nunca una verdadera solución.

Las nuevas corrientes de la filosofía europea y las fuentes clásicas del humanismo, afinaron el espíritu crítico de los ateneístas, en relación con los problemas políticos y sociales de su momento. En la búsqueda de una renovación, promovieron la creación de la cátedra de filosofía en la Universidad; la fundación de la Universidad Popular y la de la Escuela de Altos Estudios. Un sagaz escritor definió al Ateneo de la Juventud como la reunión de varios ingenios empeñados en la construcción de un mundo nuevo, en el cual Vasconcelos, con su intuición y su fuerza, representa al creador; Caso impone el rigor y el orden, y Reyes le otorga la merced de iluminarlo. La misión de Torri sería la del perturbador: espíritu inconforme, inaprehensible, perfeccionista, sabía de la esterilidad que ocasiona asentar todo "en el movedizo terreno de la complacencia y de las concesiones mutuas".

Cuando, en 1921, Vasconcelos se hace cargo del Ministerio de Educación, los ateneístas continúan, de alguna manera, juntos en la reestructuración de la educación nacional. Julio Torri contribuyó en buena medida a la difusión de los clásicos antiguos y modernos y participó del entusiasmo hispanoamericanista de aquellos años.

La actividad que Torri desempeñó ininterrumpidamente fue la de maestro de literatura española y francesa. Y es éste el aspecto más conocido y comentado de su vida. "Con el crear, es el enseñar la actividad intelectual superior", afirma. Sin embargo, son éstas actividades que se oponen. Más aún: si el creador se somete al sacrificio de perder sus cualidades inefables —sus alas de mariposa—, estará en posibilidad de ser maestro de jóvenes, pero... convertido en algo así como un gusano nostálgico de horizontes abiertos y voces misteriosas. Torri fue maestro de minorías y de selección. Elegía sus alumnos, sus temas, sus autores. En la explicación de un texto parecía interesarse más por el contexto, revelador de sus simpatías y de sus diferencias, o por los fugaces matices que quizá le trajeran a la mente el recuerdo de alguna experiencia personal. El esotérico mun-

do medieval con su mezcla contradictoria de aspiración espiritual y de arraigo carnal, de mortificación y desenfreno, de devoción y cinismo; la limpieza formal y la finura interna de la literatura francesa; el humor intelectual de la literatura inglesa; el realismo trascendente de la española. El Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Bertrand, Baudelaire, Wilde y Charles Lamb, formaron parte del mundo de sus preferencias.

Por decidida elección asumió su vida de hombre solitario. Quizá para escapar a la condena de una felicidad que envejece, engorda y se destruye; quizá porque conocía que el prestigio de la intimidad está a un paso de la rutina grosera; quizá porque el misterio femenino sólo perdura en la distancia, en la superficie o en la fugacidad. Quizá también porque entre la soledad fecunda y la soledad en compañía no puede haber opción, aun siendo como son, en algún momento, amargas ambas. Discreto, reprimió sus impulsos y guardó su pasión sólo para sus libros: universo ilimitado, voces amigas, curiosidad renovada, exigente acicate intelectual. Torri fue al mismo tiempo lector ávido y relector moroso. Por eso su acción de escribir resultó tan ardua, tan ceñida, tan críptica. Sus obras son como la imagen de un diálogo presupuesto, del que quedan sólo los hitos, las señales. No resulta tan difícil, en cambio, advertir que en cada prosa breve existe el reflejo, la imagen de sí mismo. Y fue la prosa breve, el poema en prosa, el género que Julio Torri eligió en sus *Tres libros* (1964), que comprenden: "Ensayos y poemas" (1917), "De fusilamientos" (1940) y las prosas dispersas agrupadas después en "Fantasías".

Murió en mayo de 1970, poco antes de cumplir ochenta años de edad. La interesante paradoja que fue su vida podría resumirse así:

- Vivió solo, pero en compañía de los mejores y más hermosos libros de todos los tiempos.
- Amó a todas las mujeres, pero se sintió perseguido por la más espantable zoología femenina.
- No se privó de los goces del mundo, pero se impuso rigurosa disciplina en su obra artística.
- Poseyó una vasta y profunda erudición literaria, pero renunció a dar por escrito las explicaciones de cada descubrimiento.
- Fue profesor durante toda su vida, pero decidió que pocos, en realidad, fueran sus discípulos.
- Supo despertar inquietudes literarias, pero no por lo que revelan sino por lo que esconden.
- Mostró la eficacia de las palabras, pero no por lo que dicen sino por lo que sugieren.
- No fue, en verdad, ni el maestro solemne ni el escritor generoso. Su verdadera historia la constituye "el rosario de horas solitarias o de embriaguez (embriaguez de virtud, de vino, de poesía, ¡oh Baudelaire amado!), en que nos doblega el estrago de una plenitud espiritual. Lo demás en las biografías son fechas, anécdotas, exterioridades sin significación."

Por derecho y por deber, en esta ocasión habré de referirme a mujeres escritoras. Rehuye la designación de "literatura femenina" por ambigua e inexacta. Y porque la considero como una manera amable de rechazo, o al menos una aceptación condicionada, un modo de dar a entender que las escritoras permanecen en grupo aparte, desligadas del proceso histórico y de los problemas trascendentes de la estética. No pretendo hacer una relación completa del asunto sino sólo presentar a tres escritoras mexicanas cuya obra, además de pertenecer a nuestro siglo, es de validez reconocida; corresponde a etapas diferentes de nuestro desarrollo y, por tanto, tiene características peculiares en cada caso.

Como antecedente, debo señalar que casi desde la fundación de nuestra Academia, en 1875, los académicos han producido muchos y valiosos trabajos acerca de la actividad literaria femenina. En 1883 su cuarto presidente, don José María Vigil, presenta a esta corporación el "estudio biográfico y literario" que aparece al frente de la edición de las *Obras poéticas de doña Isabel Prieto de Landáuzuri*. Antes, en 1866, había escrito un ensayo sobre *Las flores silvestres* de Esther Tapia, y en 1893, publica su famosa antología: *Poetisas mexicanas, siglos xvi, xvii, xviii, xix*. En todos los casos se trata de trabajos serios y cuidadosos de investigación que han quedado como obligada fuente de consulta sobre esos temas. Pero independientemente de la profundidad del Estudio, de la amplitud de la nómina en la Antología y de la profusión de datos que respaldan los trabajos de Vigil, son reveladores sus conceptos acerca del tema.

El punto de partida y permanente referencia para explicar los casos extraordinarios es, por iniciativa de Vigil, desde entonces y siempre, Sor Juana Inés de la Cruz; sobre todo para aceptar que puedan darse en una mujer la afición a estudios serios y la viveza de una imaginación ardiente; el buen sentido y el vuelo caprichoso de la fantasía; el sentimiento de la pasión y la ternura, y la intuición realista de la vida ordinaria. Después de que, en su recorrido, Vigil conoció y se explicó todas las imposibilidades para cultivarse que desde los tiempos coloniales tuvieron las mujeres, encuentra que su producción es indicadora, no sólo de la índole de la sociedad en la que se dio, sino también de la capacidad de éstas para expresar la variedad de tonos y matices del espíritu. Concluye, entonces, que no se trata de un problema de sexo sino de estructuras sociales, y que mientras la instrucción no alcance en México la amplitud y la profundidad necesarias no habrá una completa reforma social. Acepta que se han hecho esfuerzos para que la mujer pueda adquirir educación al igual del hombre, pero indica que para conseguir buenos resultados hay que luchar contra las preocupaciones tradicionales, como la de considerar una profanación que la mujer tras-pase los límites del hogar doméstico y comparta con el hombre el cultivo de la inteligencia.

Cuando algunos años después, desde el Ministerio de Educación, Vasconcelos propició una obra cultural de grandes alcances, colaboraron con él no solamente sus compañeros ateneístas —los que no se ausentaron del país por causa de la Revolución, y los que aceptaron regresar a México como Pedro Henríquez Ure-

ña— sino todos los intelectuales y artistas de buena voluntad, entre los cuales figuraban también mujeres: educadoras, promotoras del teatro y del arte en general, escritoras nacionales y extranjeras. Gabriela Mistral se sumó a este grupo.

La presencia de la escritora chilena en México contribuyó a modificar el concepto que se tenía de las intelectuales y al conocimiento de otras escritoras latinoamericanas de renombre. Juan B. Delgado, en su discurso de ingreso a la Academia, en 1924, se ocupa de las *Nuevas orientaciones de la poesía femenina*. Descubre, entre otras cosas, que las comunicaciones han empezado a cambiar los modelos de conducta que durante largos años rigieron las costumbres y el ritmo de la vida. Ahora —dice— las mujeres, "emancipadas" de los prejuicios que las ataban al oscurantismo pueden ya expresarse sin enmascarar sus emociones y pensamientos, por lo cual la poesía femenina ha ganado en vigor y se ha enriquecido en inspiración". Para ejemplo del movimiento renovador, están las diferentes vibraciones del sentimiento amoroso: pasión en Juana de Ibarbouro, desencanto en Delmira Agustini, ternura en Alfonsina Storni, maternidad en Gabriela Mistral, ardor en Gilka Machado, sencillez en María Enriqueta, sensualidad en Alice Lardé.

En su respuesta al discurso de Delgado, Victoriano Salado Álvarez explica que para él las poetisas latinoamericanas han pasado de la "gazmoñería dulzona" a las "indiscreciones rimadas", lo cual no significa avance alguno, puesto que en el descubrimiento del erotismo no se acercan siquiera a Safo o a Mariana Alcorado.

Acepta, sin embargo, que, en ese medio y en aquellos años, hay voces femeninas cuya perfección y hondura, ajena a excesos y artificios, tienen validez para superar su tiempo. Así lo demuestra en otros momentos en que se ocupa de la obra de Gabriela Mistral y de María Enriqueta.

La atención que las academias de la lengua han puesto en la obra de las mujeres escritoras se puede comprobar también en la acogida que han dado a elementos femeninos en sus instituciones. En el momento presente hay académicas en Bolivia, Cuba, Ecuador, Filipinas, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico y Uruguay, con el dato curioso de que, con excepción de México y Perú, las otras academias que se mencionan fueron fundadas de 1924 en adelante.

IV

Guirnaldas poéticas, antologías, calendarios, revistas femeninas, traen ecos de quejas amorosas o nostálgicas; recuerdos domésticos de las calandrias y alondras que abundaron en el Parnaso romántico femenino, no notablemente diferente, por cierto, de la mediana calidad que caracteriza a la poesía romántica mexicana en general. La fiebre de la poesía erótica se propagó en el continente como consecuencia del sensualismo modernista. Produjo algunas muestras recias y honradas de la poesía femenina, pero el círculo estrecho en el cual quedaba confinada la expresión de las mujeres en verdad no se había roto, como no se habían

roto tampoco las trabas sociales para permitirles asumir la vocación literaria como impostergable necesidad vital, para cuyo ejercicio y perfeccionamiento se requiere un clima propicio y un instrumento capaz de traducir la experiencia particular en lenguaje universal y trascendente.

Circunstancias especiales han contribuido a dejar en el olvido a muchos escritores que, como María Enriqueta Camarillo de Pereyra (1872-1968), se ausentaron por mucho tiempo del país y publicaron la mayor parte de sus libros en el extranjero, donde fueron comentados y traducidos a otras lenguas. María Enriqueta regresó ocasionalmente a México en su época de triunfos, pero su vuelta definitiva no la decidió sino hasta que le fue permitido traer consigo los restos mortales de su compañero; en la decadencia, y para vivir en la soledad sus últimos y lentos veinte años de vejez. En el pecado de sobrevivirse tuvo la inmediata penitencia del olvido.

¿Quién fue María Enriqueta? ¿Acaso sólo la autora de los libros de lectura *Rosas de la infancia*? En 1972 se celebró discretamente en México el centenario de su nacimiento, ocurrido en Coatepec, Veracruz. De sus años en aquel florido rincón hay muchas reminiscencias en su obra; pero sobre todo ahí está la raíz de lo que significó en su vida el núcleo familiar: respeto, obediencia, cariño entrañable, unidad que nada ni nadie debería romper. Espíritu orientado al cultivo de la música, la pintura y las letras, encontró en la ciudad capital, donde pronto se trasladó la familia, las oportunidades para alcanzar, con honores, su diploma de maestra de piano. Audiciones, conciertos y sobre todo las lecciones que desde luego pudo ofrecer, le dieron, si no el dinero necesario para sentirse independiente, sí cierta seguridad en su capacidad para enfrentarse a las contingencias de la vida. No le bastó, sin embargo, este camino. Consideraba que escribiendo podía expresarse mejor que en la pintura y en la música. Quiso probar sus fuerzas sin más ayuda que la de un seudónimo masculino, Iván Moscovsky, y en 1894 envió un poema a la sección literaria de *El Universal*, que fue bien recibido. Al año siguiente dio a la *Revista Azul* su primer cuento, firmado ya con el nombre que adoptaría para siempre: "María Enriqueta". Después de su matrimonio con el historiador Carlos Pereyra, en 1898, la escritora dio a conocer sus primeros libros: *Las consecuencias de un sueño*, en 1902 y, en 1908, *Rumores de mi buerto*.

Vale la pena detenerse a considerar cómo fueron los treintaicinco años que María Enriqueta vivió en el extranjero: Cuba, Washington, Bélgica, Portugal, Suiza y, sobre todo, España. Si bien las comisiones diplomáticas de Pereyra fueron la razón principal del exilio, lo cierto es que de 1910 en adelante hubo muchas circunstancias de diferentes órdenes que pusieron a prueba la estabilidad de la familia. En enero de 1910 se inician los viajes del matrimonio con una estancia en Cuba. Debido a un encargo diplomático de Pereyra se instalan en Bruselas, donde muere la madre de María Enriqueta, que los acompañaba. Al estallar la Primera Guerra Mundial, en 1914, ocurre la ocupación alemana de Bélgica, y en consecuencia el desmembramiento de la legación mexicana. Sobreviene para la familia un prolongado tiempo de angustia hasta el traslado a Suiza, donde vivieron con enormes privaciones, sosteniéndose con clases de

español mientras pudieron llegar a España, en 1916. En Madrid, María Enriqueta se dedicó por intermedio de Rufino Blanco-Fombona a la traducción de obras francesas para la serie de la "Biblioteca de Autores Célebres". Y poco tiempo después dio a la estampa su primera novela, *Mirlitón*, que recibió la atención de los críticos y fue traducida al francés en 1922.

Ésta fue una época de gran actividad creadora para María Enriqueta: novelas, cuentos, crónicas, poesías. Las revistas de México y de otros países latinoamericanos publicaban sus colaboraciones y la crítica recibía con interés cada una de las novedades que la escritora entregaba a las prensas. Con una invitación semejante a la que recibió Gabriela Mistral, Vasconcelos propuso a María Enriqueta que regresara al país y colaborara con él en la obra educativa del Ministerio de Educación.

A pesar de la pena de no poder repatriarse, de los problemas políticos que tanto la afectaron, de los años de zozobra y de inseguridad durante las guerras, de las enfermedades y muerte de los seres que la rodeaban —su madre, su hermano y finalmente su marido—, tanto en la triste pobreza de un pequeño departamento como en la Villa de las Acacias, su interés por escribir sobrepasó cuanta prueba se le impuso. Había adquirido desde su niñez una voluntad poco común, un sentido del orden y un culto a la laboriosidad, que explica la amplitud y el buen éxito de su obra. Su espíritu cristiano y su estricto sentido del deber, su apego al círculo familiar, su carácter retraído, quizá como resultado de su larga estancia en países extranjeros, no siempre en buena situación, la condicionaron a largos encierros más que a excursiones placenteras. Estas circunstancias convirtieron la tarea de escribir en el mejor medio para desahogar su inquietud creadora, para comunicar a un público con el que evidentemente contaba, sus impresiones de la historia y fisonomía de las ciudades que conoció, de sus artes y costumbres.

La sombra dolorida de Rodenbach acompaña a María Enriqueta por la ciudad de los puentes y canales: "«Brujas la muerta» permanece silenciosa, amortaljada en su nebulosa melancolía, envuelta en su enigmática luz.» Lisboa, antigua y romántica, sueña sus glorias arropada en el musgo que sube por sus muros, borda sus tejados, acaricia los troncos de los árboles.

En Madrid una cálida simpatía humana envuelve a María Enriqueta en innumerables incidentes de la vida cotidiana. La calle, ancha nave en la que el pueblo descansa, reza o baila, es sitio ideal para conversar y discutir o para realizar operaciones de compraventa. María Enriqueta no pudo sustraerse a la gracia, al sabor del lenguaje del pueblo español, tan intencionado y típico en los pregones de los vendedores ambulantes, en las proclamas de las murgas callejeras, en las respuestas de los cocheros, en los diálogos de los muchachos, en la queja de los pordioseros.

En contraposición a las imágenes de las ciudades que va descubriendo, iba atesorando también muchos recuerdos, múltiples detalles de su pueblo y su gente. Quedaron tan vívidamente grabados rostros y conversaciones, es tan dolorosa aún la huella de los sobresaltos y angustias de su niñez, que la evocación es un movimiento natural con virtud para ennoblecer, delinear, revivir en sus

originales colores y con limpia pincelada el remoto pasado; rescatarlo y hacerlo permanente. Uno de los mejores cuentos de *Enigma y símbolo*, titulado justamente "El pasado", se refiere al desconcierto de una mujer que después de veinte años regresa a su pueblo, con la ilusión de hallar lo que había dejado. Nada encontró: ni personas, ni casas, ni río, ni siquiera el sabor de las comidas. Una ciudad distinta, desconocida, extraña y fría la rechazó desde el primer momento. Torreblanca no existía más que en su recuerdo. Con ese deseo casi enfermizo de detener el paso del tiempo, en *El tapiz de mi vida*, los elementos del presente le sirven de anzuelo para atraer el ayer: las aspas de los molinos holandeses le parece que señalan, con la misma seguridad que lo hicieron las manos de su padre, los caminos y rumbos del cielo. El color del mar en julio, el mes de los viajes, le recuerda las tantas travesías. La contemplación de las mariposas en El Retiro, el inicio de la primavera, el renovado ciclo de la vida.

Sensible a la riqueza expresiva de la lengua, María Enriqueta participa en experiencias diarias que van matizando, afinando, sus personales modos de traducir e interpretar la realidad. A ese contacto se debe sin duda el cuidado, la limpieza, la corrección, la difícil sencillez de sus escritos.

Si bien María Enriqueta pasó, como era de rigor, de las manos del padre a las del marido, el hecho de que Pereyra fuera un intelectual ocupado y preocupado con sus investigaciones históricas; que la pareja no tuviera hijos; que ella fuera conocida como escritora con anterioridad a su matrimonio; que su colaboración profesional hubiera sido en varias ocasiones necesaria para resolver las crisis económicas que sufrió la familia en el extranjero, explica que el desarrollo de su vocación se diera como un fenómeno más o menos normal.

María Enriqueta entiende sus experiencias literarias como un ejercicio previo, como una necesidad para temprar su sensibilidad y llegar a la comprensión de los seres humanos. Nunca como un ejemplo que pudiera exhibirse. Por otra parte, aunque está consciente de sus deficiencias, también está segura de haber encontrado un camino y logrado un estilo.

La obra de María Enriqueta conserva una sobriedad elegante, una rigurosa unidad. Descubre el paisaje exterior cuando está acorde con el de su corazón. De la felicidad conoce sólo el rumor cuando pasa cerca, pues casi siempre lleva camino diferente. Aunque es demasiado celosa de su intimidad, hay, a pesar suyo, la revelación de ciertos sentimientos que constantemente se hacen presentes en su obra tanto en prosa como en verso: la nostalgia, la soledad, la desilusión.

Los comentarios elogiosos que recibió se refieren a la sencillez y pulcritud de su expresión, a la nobleza del contenido, a su interés por los valores duraderos del sentimiento amoroso más que a los brillos fugaces de la pasión; a su henchida fuente de nostalgia por la tierra lejana, que mantiene y hace florecer el pasado en aquellos detalles de más honda significación; a su cuidado para esconder su insatisfacción o sus lágrimas.

El ejercicio de la poesía fue permanente en María Enriqueta. Tenía gran facilidad para expresarse en renglones cortos, pero un pudor natural la alejó de la tentación anecdótica y del desaliño en que cayeron algunas versificadoras.

Buscó en cambio, en la nobleza de la forma, trascender su dolor, apaciguar el desorden de su espíritu. El símbolo, la imagen, la alusión revelan en este caso con sin igual eficacia la hondura del sentimiento; aun en el melancólico paseo por el *Album sentimental* de María Enriqueta hay, más allá de la morbilidad de las hojas amarillas, del cielo gris, de las habitaciones desiertas, del jardín helado, de la ausencia interminable, de la espera inútil, una gran serenidad, como una fortaleza interior que no se deja abatir. Dueña de su propia expresión, delicada en el tono medio en el que supo cantar todos los matices, encontró en su profunda fe en el arte, como dice Salado Álvarez, "el medio de llenar la vida y satisfacer el afán de perfección espiritual y material".

V

María Enriqueta produce la mejor parte de su obra en España durante los años de 1918 a 1933, con una temática que deja ver, sobre todo en la poesía, claros ecos de un romanticismo pulcramente afinado. Mientras tanto en México, la actividad literaria posterior a 1921 da como resultados cumplidos la novela de la Revolución y la colonialista. Los escritores del grupo Contemporáneos publican: *Cripta y Muerte de cielo azul*, en 1937; *Nostalgia de la muerte*, en 1938; *Muerte sin fin*, en 1939. El teatro de Ulises está en auge y en 1938 se conoce *El gesticulador*. La cultura nacional se enriquece con la contribución de los intelectuales españoles exiliados. Todas estas inquietudes, nacionalistas unas, universalistas otras, se canalizan al través de revistas literarias o de grupos teatrales que surgen en instituciones oficiales o universitarias y se caracterizan por su preocupación humanística, por el conocimiento del arte y de las literaturas europeas contemporáneas y, sobre todo, por una saludable actitud crítica hacia la realidad mexicana.

Con estos antecedentes es de suponerse que sólo por su excelencia pueden haber llamado la atención los poemas de una joven originaria de Morelia que, a fines de la década de los años treinta, publicaba en periódicos de provincia y revistas de la capital. Era notable, en efecto, la diferencia que podía observarse entre las composiciones de Concha Urquiza (1910-1945) y las de otras poetisas. El cambio se podía advertir en los temas, en el tono y en el tratamiento. La aparición de Concha Urquiza acabó con el anecdótico sentimental de las mujeres escritoras; con el camino fácil de la improvisación; con el mito de la poesía femenina, blanda o apasionada pero nunca noble, poderosa, madura.

La cultura de Concha Urquiza debió ser amplia en el campo de la historia, la literatura, la filosofía, ya que ofreció clases de estas disciplinas en diferentes colegios de San Luis Potosí (1939-1944). También adquirió desde muy joven destreza en el manejo de las lenguas española e inglesa, en los trabajos que desempeñó durante cinco años como publicista de la Metro Goldwyn Mayer en Nueva York (1928-1933) y en las adaptaciones de obras literarias que realizó para el cine mexicano.

Encontró algunos momentos de paz, pero espiritualmente insatisfecha probó

diferentes orientaciones filosóficas: comunismo y catolicismo; distintos puntos geográficos para vivir: Morelia, ciudad de México, Nueva York, San Luis Potosí; actividades variadas como el estudio sistemático, la enseñanza, la burocracia, e incluso la vida monástica, sin que se apagara su inquietud interior. Confiada en la amistad comprensiva del sacerdote Tarsicio Romo, le escribió sobre sus dudas, su rebeldía y su angustiosa búsqueda de los caminos de Dios. Estas cartas, más setenta poemas, fueron recogidos por Gabriel Méndez Plancarte, después de la muerte trágica de Concha en las aguas del Pacífico, cerca del puerto de Ensenada en 1945.

Aparecen en edición de *Abside* en 1946, ahora agotada, lo mismo que una antología posterior, preparada por Antonio Castro Leal, que comprende veintisiete poemas. Tal parece que los amigos de Concha, en su celo por conservar sólo para ellos cartas, poemas, ensayos que en algún momento les confiara, han propiciado el desconocimiento de una escritora de altísima calidad.

Inquieta y andariega como Santa Teresa, herida y tierna como San Juan de la Cruz, desgarrada como Fray Luis por la nostalgia de Dios, atraída por el goce de la inteligencia en el saber y en el crear, alimenta su lucha interior entre la angustia y la esperanza; entre el anhelo de Dios y la resistencia de su carne que busca lo terreno:

*...Mas ¿qué mucho, mi Dios, si me quisiste
de contrarios principios engendada?
Cielo y tierra es el ser que tú me diste
y cuando busca el cielo su morada
primera y va a subir, se le resiste
la tierra de la tierra enamorada.*

La tierra enamorada, 1939.

Concha Urquiza recibió la influencia de la poesía intensa de Gabriela Mistral, quien le revela el "río de fuego" de los Salmos en el que ella enciende y calcina su corazón. En su manera de dirigirse a Dios, aparece el mismo tono fervoroso de la oración que se vuelve en ocasiones imprecación o ruego perentorio. Gabriela dice: "Padre nuestro que estás en los cielos, ¿por qué te has olvidado de mí?"... "Tú no esquives el rostro, tú no apagues la lámpara, tú no sigas callando", y Concha: "*Creo, ayuda mi incredulidad, te amo, ayuda mi desamor*".

De la mano de Fray Luis, su mejor guía, se acerca a la Biblia, al descubrimiento de su "doble poder de sabiduría y lirismo". Entre los libros del Antiguo Testamento, Concha se detiene en el de Ruth, en el de Job y en el Cantar de los Cantares. Del Nuevo, prefiere los Evangelios. En ocasiones, y como una disciplina, se apegaba al texto bíblico; en otras se vale de la capacidad alegórica de las imágenes para ilustrar sus propios conflictos.

De Ruth y Betsabé rescata sólo el pasaje, en el que se dibuja un destino. En Job, ilumina la terca chispa de la fe, sobre las abrumadoras calamidades que afligen al Santo. En el Cantar de los Cantares, donde, como decía Fray Luis, están pintados al vivo "los amorosos fuegos de los divinos amantes, los encendidos

deseos, los perpetuos cuidados...", ha visto reflejada la intensidad del desgarramiento: las sutilezas y gradaciones de la pasión, el aliento de la esperanza, la agonía de la desilusión, el gozo del reencuentro.

El Virgilio de *La Eneida*; Bión, el bucólico griego, Homero y Esquilo, Berceo, los místicos, el romancero, García Lorca, Herrera y Reissig, Othón, le ofrecen sugerencias, caminos, analogías. En todos encontró dificultades que vencer, riquezas que compartir, ejemplos que igualar. Y en el ejercicio de versificar, ¡cuánto cuidado en la tarea de labrar el soneto, pulir el clásico terceto, conformar las églogas, pulsar las liras, cantar el romance, para alcanzar la ductilidad, la disposición de armonía y equilibrio que pedía el maestro!

Si fue tan grande su anhelo de perfección y "casi" lo alcanzó, en su problema esencial, el de su salvación, el de su identificación con Dios, que creyó "casi" resuelto, vacila a la orilla del camino y finalmente, sin esperanza, se encuentra perdida:

*Universo sin puntos cardinales.
Negro viento del Génesis suplanta
aquel rubio ondear de los trigales,*

*y un vértigo de sombras se levanta
allí donde tus ángeles raudales
tal vez posaron la serena planta.*

Nox, 1945.

IV

Hacia 1950 es difícil seguir insistiendo en la existencia de una denominación especial para la literatura escrita por mujeres. De una manera natural las generaciones literarias se forman con jóvenes de uno y otro sexo, y las revistas en las que se dan a conocer publican indistintamente las colaboraciones de sus miembros. La *Revista Antológica América* reúne a un brillante grupo de escritores encabezados por Efrén Hernández. Entre sus obras destaca con luz propia la poesía de Rosario Castellanos (1925-1974). Nacida en esta capital, pero procedente de una familia chiapaneca, pasó su infancia en Comitán de las Flores. Sus estudios, realizados en la ciudad de México, culminan con la obtención de su título de maestra en filosofía, en la Universidad Nacional. Su vocación literaria se encauzó por dos vertientes: la enseñanza y, sobre todo, su tarea de escritora, que profesó con intensa lucidez, laboriosidad sin tregua, constante búsqueda de perfección, generosa simpatía humana y agudeza singular.

Desde 1971 desempeñaba funciones de embajadora de México en Israel. Nuevas experiencias estimularon su capacidad creadora y su sentido crítico, como lo atestiguan su producción periodística y posteriormente los libros en que ésta se recogió. Un accidente truncó prematuramente tan espléndida carrera en el momento de la pródiga madurez, el 7 de agosto de 1974. Frente a una obra tan variada y abundante, realizada en escasos años de intensa actividad literaria,

quizá pudiera pensarse que en su avidez se encuentra el presentimiento del fin cercano. Poesía, ensayo, cuento, novela, periodismo, teatro en verso y en prosa, fueron los géneros que manejó con habilidad y buen éxito.

En sus ensayos, trátese de temas clásicos o modernos, existe la base de una nutrida información y el análisis certero y personal, sin que en el momento oportuno deje de hacerse presente su inconformidad por la situación de un país no integrado cultural ni socialmente y por las consecuencias que de ello se derivan.

Con base en sucesidos cotidianos encamina sus artículos periodísticos a buscar explicaciones a las incongruencias de la conducta humana, con tono festivo, profunda perspicacia y oportuna ironía. Y ¿qué son sus relatos —incluidos en *Los convidados de agosto* y en *Album de familia*— sino diferentes imágenes de una misma mujer, la mexicana, que colocada en diferentes ambientes y circunstancias no acierta a manejar su realidad, porque carece de elementos que la orienten en un mundo hecho al parecer para dimensiones que no son las suyas, y en el que no cabe otra actitud, para aspirar a la supervivencia, que no sea la del sometimiento? Ahí encuentra Rosario Castellanos la explicación de los pasos falsos de su protagonista, de sus torpes e ingenuos subterfugios, de sus elaborados desahogos.

En las obras narrativas que se refieren a las tierras de Chiapas, que ella tanto amó, Rosario Castellanos está considerada como la escritora que con mayor penetración ha profundizado en el problema indigenista. ¿Qué imagen reflejan sus cuentos de *Ciudad Real*? ¿Es *Oficio de Tinieblas* una obra desgarradora sólo porque la anécdota recrea sucesidos reales? Y *Balún Canán*, ¿pretende acaso sólo aglutinar las memorias de sus experiencias personales? Habrá que recordar cuál es el tono, cuál la situación del escritor, del antropólogo, del sociólogo, que se acerca a estos temas. Puede existir una verdadera simpatía para tratar de comprender las costumbres, las reacciones, la lengua, la historia de los pueblos indios; puede haber un verdadero interés científico por clasificar sus peculiaridades o para protegerlos de sus enemigos naturales: la enfermedad, la miseria y la ignorancia. Pero es más difícil entenderlos como seres humanos, con las necesidades y preocupaciones de tal naturaleza, y no de aquella otra derivada de su condición particular de indígenas, o sea de seres marginados que corresponden a una categoría casi del todo diferente.

Porque resulta que lo que en realidad interesa a Rosario Castellanos es ahondar en la tragedia de una indígena estéril, ya que nunca se ha recogido su verdadero testimonio; en la del hombre indígena, ante otra disyuntiva universal: la de pretender que con el ficticio poder que puede dar el mando se haga cumplir la justicia; en la de la incomunicación por causa del manejo de diversos lenguajes y diferentes conceptos de las cosas. La conclusión de la autora es que a fuerza de presiones el hombre queda reducido al ensimismamiento. Que los sistemas de relación han agotado su sentido, se han convertido sólo en envolturas vacías e inservibles. De ahí que ninguna respuesta corresponda a la pregunta formulada, y ninguna plegaria tenga eco.

La selección de los poemas de Rosario Castellanos *Poesía no eres tú* contiene

su producción de 1948-1971. Lleva cronológicamente una continuidad y, al parecer, cumple un ciclo que comprende la reunión de sus libros, desde los *Apuntes para una declaración de fe*, de 1948, hasta *Materia memorable*, de 1969, más los poemas no recogidos en libros, posteriores a esta fecha.

El abundante material poético presenta los pasos de un camino de perfección y madurez; un largo itinerario sin descanso para encontrar su propia voz, su razón de ser, la justificación de su existencia. Ella es como tierra propicia, rica en jugos naturales, que alimenta su semilla con años de incansable lectura: la recia emotividad de Gabriela Mistral, la sabiduría bíblica, la lucidez de *Muerte sin fin*, y del *Primero sueño*. Aguas de muchos ríos humedecieron sus raíces y vientos de lejanos horizontes mecieron las ramas de este árbol de muchos pájaros que es la poesía de Rosario Castellanos.

Convencida —salvo instantes de honda amargura— de que la poesía no es un desahogo personal, descripción de pasajeros estados de ánimo, busca temas perdurables, que correspondan a la condición humana. Y entre éstos prefiere el de la soledad, la muerte, el destino.

Desde *Apuntes para una declaración de fe* se anuncia el tono que le será más grato. El color gris, en sus matices metálicos, presidirá el "paisaje de escombros" que trazó la soledad original del mundo. Silencio expectante, cielo mudo; asombro frío; desnudez hostil. La carga de emoción en el dibujo sobrerrealista sugiere no sólo el abandono, sino también la carrera angustiosa y fatal hasta el único límite posible que es la muerte. De igual intensidad desolada está penetrado "Eclipse total":

*Entré en una región donde el ala no vuela,
al dominio de un dios solitario y nocturno,
a la órbita de un astro ya eclipsado.*

El sentido trágico es frecuente en la poesía de Rosario Castellanos, y tiene su culminación en "Lamentación de Dido", una de sus mayores obras, donde su voz alcanza los hondos y matizados ecos del gran poema virgiliano. La reina Dido, "arrastrando la oscura cauda de su memoria", habla de su vida, de su amor desventurado y de su lamentable fin por causa del abandono de Eneas, el héroe troiano: aquél que tiene como único horizonte una ciudad coronada de torres —como la cabeza de Cibeles—, aquél que sin mirar atrás va derecho a cumplir su destino. Dido, enamorada y desdeñada, no es más que una mujer indefensa vencida por los dioses, que como "rama de sauce llora en las orillas de los ríos".

Pero Eneas partió a pesar de las súplicas y de las lágrimas, porque nada detiene al viento: ¡Cómo iba a detenerlo la rama de sauce...!

En esta recreación del famoso pasaje de la *Eneida*, se pone en boca de la propia reina la historia de su vida y la relación de sus desgracias. El tono solemne del versículo recoge con nostalgia la vida fatigosa de una mujer que debe ganar su sitio paso a paso, atenta a los problemas domésticos, a las celebraciones rituales y a las responsabilidades civiles.

Mas todo aquello que tan difícilmente ha logrado obtener se ve arrasado por el veneno letal de la pasión inútil. A la ferocidad de la desesperación seguirá seguramente la locura. ¿Cómo escapar de la vergüenza? ¿Cómo evitar el espectáculo de la desgracia? Dido se identifica finalmente con el dolor sin consuelo desde la alta pira del sacrificio, iluminada por los siniestros reflejos del incendio.

En las "Memorias del augur" de nuevo aparece el destino ya consumado. Es la historia. Hombres dispersos y miserables a los que une el temor, a los que empuja la débil esperanza de un dios o de una profecía. En el afán de comprender al mundo, arrancan sus secretos al viento, a la ceniza o a los corazones y vísceras de animales y hombres. Unos, los que hablan, se vuelven superiores; los otros, siervos; algunos descubren leyes y se vuelven sabios. La marcha se detiene cuando suena la hora de las fundaciones. Después viene el tiempo del asentamiento y más tarde el de la expansión a costa del vecino, para crecer en tierras y en poder. Llegamos al momento del trabajo, de la acción, de la riqueza y de la sangre. Pero los adornos y las flores se marchitan cuando el presagio funesto anuncia que el fin vendrá del mar.

En los *Misterios gozosos*, Rosario Castellanos canta al contorno de su mundo con la alegría de poder dar peso y sitio a las cosas cercanas, en el tacto, en la contemplación o en la entrega, y clausura la nostalgia. Plena de un amor rebozante de gratitud por los dones recibidos, exclama: "¡Yo ya no espero, vivo!"

*... Feliz de ser quien soy.
Sólo una gran mirada,
ojos de par en par
y manos despojadas.
Seno de Dios, asombro
lejos de las palabras...*

Por medio de imágenes evocadoras y nítidas en las que el ritmo poético se acelera, se fracciona o se frena, se hace posible esta comunicación de sentimientos que acrecientan y colman la emotividad.

Para Rosario Castellanos la experiencia poética fue al mismo tiempo experiencia de lucidez, de inteligencia y desafío. Cuanto descubre lo hace suyo para devanar en su interior, hilo tras hilo, la compleja trama de su textura hasta entenderlo y aceptarlo como parte suya. Por ello, una pasión fraterna inflama sus reflexiones sobre la desgracia de otros hombres: "Mira a tu alrededor: hay otro, siempre hay otro. Lo que él respira es lo que a ti te asfixia, lo que come es tu hambre." La misma angustia la aflige sobre la inminencia de un desastre total, y ante la evidencia de la futilidad y de lo perecedero. Por ello le parece tan desolada la contemplación de un mundo que se devora a sí mismo y tan grande el tamaño del miedo que preside el nacimiento del hombre.

En los poemas de *En la tierra de en medio* (recuerdo de Sor Juana), *Diálogos con los hombres más bonrados*, *Otros poemas* y *Viaje redondo*, se advierte la intención de cerrar el círculo que se inició con el preludio de un desastre. La soledad ocupaba la escena; el fuego del amor se retorció en cenizas mientras la muerte acechaba. Cerca de la primera imagen se va perfilando otra. Realidad

desnuda y miserable como esa ronda de enfermedad y harapos que se arrastra en *Los sueños* de Quevedo y en las danzas de la muerte; con esa verdad dolorosa que descubre la llaga más secreta, la verdad vergonzante. Rosario Castellanos se propone, igual que otros escritores de este tiempo, arrojar a los mitos fuera de sus nichos y exhibir los pies de barro de los ídolos. Este despiadado inventario de la mediocridad que vivimos, de los mitos que alimentamos, de la demagogia que padecemos, de la inexistencia que propiciamos, parece cerrar la puerta de la esperanza.

No es así, sin embargo. Esta otra cara de la ternura, esta "noche oscura", esta despiadada ironía, no es sino el complemento de la imagen total de la vida, que otorga y arrebató —con igual ceguera— dones y sufrimientos.

Acercarse a la poesía de Rosario Castellanos es como tener el privilegio de presenciar la trayectoria fugaz e intensamente luminosa de un espíritu colmado de preguntas frente a un paisaje desolado. Es la asistencia al milagro del nacimiento del poeta, cuando aún lleva atados a sus venas y encerrados en sus ojos la canción y el vuelo. Es el encuentro con el mar, el árbol y el viento; con la desilusión y la ausencia; con el amor, el polvo y la ceniza; con la esperanza inseparable de la muerte.

De la angustia que provoca esta búsqueda en la profundidad de la conciencia, tenía que escapar por caminos seguros: convertir la oscuridad en luz, la experiencia en poesía; ser una y muchas voces; organizar el canto taciturno con la armonía universal; ser, más que una imagen que pasa, una palabra que permanece con sabor de eternidad. Alentar hoy en la oscuridad de la tierra para ser flor mañana. Y constar, a cada paso, que de esa soledad, de esa sensación de vacío, sólo el goce del trabajo podía rescatarla:

*Todo el día el zumbido
del trabajo feliz va esparciendo en el aire
el polvo de oro de un jardín lejano.*

*En mí crece un rumor lento como en el árbol
cuando madura un fruto.
Todo lo que era tierra —oscuridad y peso—,
lo que era turbulencia de savia, ruido de boja,
va haciéndose sabor y redondez,
¡inminencia feliz de la palabra!*

*Porque una palabra no es el pájaro
que vuela y huye lejos.
Porque no es el árbol bien plantado.*

*Porque una palabra es el sabor
que nuestra lengua tiene de lo eterno,
por eso hablo...*

*El ser eterno, único,
la redondez del círculo cumplida.*

VII

¿Habrá alguna buena razón, después de las presentaciones que he hecho, para dudar que la profesión de las letras puede ser desempeñada con dignidad y excelencia, indistintamente por hombres o por mujeres, con tal de que —además de la capacidad intelectual y de la vocación—, exista en ellos —o en ellas— la disciplina necesaria para aspirar a la perfección?

Pido perdón por haber distraído la atención de ustedes tan largo tiempo. No tengo en mi descargo, señores académicos, sino el deseo, comprensible por tantos conceptos, de recordar la contribución con que han enriquecido las letras nacionales algunas escritoras notables. Ha sido consciente el hecho de que para lograr ahuyentar mi natural timidez —que me abrume ante la grave responsabilidad que implica el hecho de ocupar un sitio en institución tan respetable— me acerco aquí, no sola y sin merecimientos sino comprometida conmigo misma a honrar la institución que me acoge, y apoyada en el ejemplo de estas escritoras que han sido, esta vez, mi *grata compañía*.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don AGUSTÍN YÁÑEZ

En su año centenario, esta Casa instituye fecha memorable, al abrir sus puertas, por primera vez, a una mujer.

Nada lo impedía, ningún estatuto erigía valladar. El precedente queda roto.

La Corporación y sus individuos jamás fueron insensibles al empeño femenino en el cultivo de las letras. Acabamos de oír la reseña de colegas que aplicaron luces y simpatías al examen y ponderación de cuanto nuestro patrimonio literario debe a tantas escritoras, en histórica sucesión. (Permítaseme personal preferencia: entre tantas cúspides universales de la poesía fincadas en México, una sobresale, soberana, vencedora del tiempo: Sor Juana, cuyas claras corrientes fertilizan por siempre los rumbos del corazón. Hoy, aquí, le rendimos memoria, homenaje.)

Verdad es: las verdades perennes encarnan en símbolos. Misterio de la encarnación.

Modestia temperamental hace decir a la doctora María del Carmen Millán que su ingreso académico "es más un acto simbólico"; "significa que las puertas de la Academia Mexicana se han abierto, no para dar entrada a una mujer, sino a tantas mujeres mexicanas con merecimientos, dedicadas a los quehaceres de la cultura."

Ciertamente fue considerado abundoso elenco de figuras y obras meritísimas —venturoso por abundoso—, lo que revela, reeleva conquistas de la mujer en la república de las letras. Fío en futuros votos que asocien a nuestras tareas la sensibilidad, los méritos y conocimientos de otras cultoras del idioma.

Para su creación, el símbolo requiere raíces de realidad, frondas, frutos, lo cual se da en la recipiendaria; contra lo que afirmó, fue distinción personal el haber sido electa para ocupar la vacante del maestro Julio Torri.

Puedo dar testimonio —testigo sin excepción alguna— de los créditos con que la candidatura de la doctora Millán, presentada por los académicos Mauricio Magdaleno, Alí Chumacero y Ernesto de la Torre Villar, fue unánimemente sufragada.

Estudiante, desde la Escuela Nacional Preparatoria, luego en la Facultad de Filosofía y Letras, al amparo de la preñada tradición, de la traza y armonía arquitectónica —en sí pétreas, permanentes lecciones: almos recintos de nuestra cultura— de San Ildefonso, de Mascarones, María del Carmen Millán alcanzó singular sobresalencia. Afecto a escrutar destinos en la cátedra, contemplé luminosa estrella sobre aquella muchacha, ensimismada y despierta, lúcida en trabajos e interrogatorios. Luego sus exámenes de maestría y doctorado, que le valieron máximas menciones; el desempeño de cátedras, por oposición, en luen-go ejercicio; maestra de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras, donde impartió las asignaturas de metodología literaria y composición, iniciación a las investigaciones literarias, cursos y seminarios de literatura mexicana; ha profesado en centros de cultura nacionales e internacionales, y llevado la representación de México al extranjero, en congresos y varias otras actividades académicas; consejera técnica del Departamento de Letras, secretaria de la Facultad de Filosofía y Letras; directora de Cursos Temporales de la Universidad Nacional; ostenta las Palmas Académicas de Francia y la Bandera Yugoslava con corona de oro y collar; atiende los proyectos multinacionales de televisión educativa de la Organización de los Estados Americanos, y es responsable de los artículos acerca de literatura mexicana en los *Diccionarios de la literatura latinoamericana*, editados por la Unión Panamericana, y de *Historia, biografía y geografía de México* por la Editorial Porrúa; cofundadora y animadora de la revista *Rueca*, una de las más importantes que hayan congregado en México la expresión del pensamiento y la sensibilidad femeninos; colaboradora de otras publicaciones: *Hispania*, *Revista Interamericana de Bibliografía*, *Humanidades*, *Cuadrante*; sobre todo en las que han dado a conocer y labrado prestigios de sucesivas generaciones: *Tierra Nueva*, *Letras de México*.

Quien considere sólo las piezas mayores en la bibliografía de la doctora Millán, podrá compararla con la obra conocida del maestro Julio Torri, a quien sucede aquí, en el asiento XII de la Academia, que antes ocuparon los académicos Manuel Peredo, Rafael Delgado, Federico Escobedo y José Rubén Romero. Bastaría el parangón: obra breve, incisiva, enjundiosa. Lo dijo el maestro Gracián: "más obran quitaesencias que fárragos". Pero como la de Julio Torri, la labor literaria de la doctora Millán es profusa en estudios, prólogos, recensiones, con los cuales podrán formarse varios orgánicos volúmenes y, como en el caso de Torri, habrá de añadirse la larga paciencia de la cátedra, informadora y formadora, despertadora de vocaciones, institutriz de disciplinas; lo que alguna vez fue definido como meta educativa: "enseñar a aprender y a hacer".

Con haber sumado prendas —cada cual podría inclinar la desusada, difícil

votación— destaca una, para mí decisiva: la labor de la doctora Millán al convertir el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional —bosquejo de buenas intenciones, improvisadas— en macizo instituto de investigación, por cuya madurez hablan sus frutos: el *Diccionario de escritores mexicanos* y las ediciones, rigurosamente críticas, de autores y obras nacionales, lo cual supone selecto equipo, con amplia, paciente preparación.

A lo que ha de añadirse la multiplicación de libros que pródigamente llegan al pueblo, en la serie SEP/SETENTAS, bajo la dirección y empeño de la novel colega.

Remontados a sus dones de sagacidad y empatía, ciencia y conciencia, interpretación y saber de transmisión, interés y tesón, los confirmamos en ángulos recónditos con que ha desenvuelto la personalidad y cosecha de tres tan distintas, representativas escritoras mexicanas, estrellas de igual constelación, regida por Atenea, Erato y el coro que Apolo concierta; las tres —María Enriqueta Camarillo de Pereyra, Concha Urquiza, Rosario Castellanos—, cuyos ríos, en opuestos, encontrados cauces, caudales, van a dar al mismo mar de temporalidad y eternidad.

El eterno femenino trae frescos aires, esencias, impulsos, a esta casa centenaria. Bienvenidos.

Anchas puertas a su adelantada. Bienvenida.

EL HOMBRE DE LOS HONGOS *

Por don SERGIO GALINDO

Señor director, señores académicos,
señoras y señores:

Es norma, casi obligación, que el novel académico dé disculpas por su entrada en esta casa, y que, justificadamente, lo considere un alto honor siempre inmerecido. Así, y en términos quizá mucho más amplios —por lo inmerecido—, yo debería iniciar esta disertación. Aunque hacer discursos nunca ha sido ni será mi fuerte, porque esa habilidad de autor-actor que posee el buen discursista me es tan ajena como el boxeo o el alpinismo, que, por otro lado, también merecen mi debido respeto, quizá por mi incapacidad para practicarlos.

Pido, pues, disculpas a los presentes por la torpeza, y sobre todo inexperiencia, con que me inmiscuyo en este tan respetable género oratorio.

El 23 de julio de 1965 —o lo que es lo mismo hace diez años y dos días—, Justino Fernández tomó la palabra en esta misma sala para decir su discurso de ingreso en la honorable Academia Mexicana, con ese bello ensayo al que dio por título El lenguaje de la crítica de arte, y al cual respondió otro eminente académico, don Ángel María Garibay. Me corresponde ahora el honor de decir estas palabras, para ocupar el sitio que dejó vacío el inolvidable y erudito don Justino.

No tienen idea de cuántas veces y con qué pasión dudé en aceptar este puesto de académico, por el pánico y angustia que iba a sufrir al decir lo que en este momento digo. Pero, gracias a mi habitual dosis de Librax y a la eventual de Anafranil (úsese sólo en casos extremos, como el presente) oso decir estas palabras.

El ingenio de Lope de Vega viene a mi memoria, y al pensar en mis dificultades recuerdo las primeras líneas de ese extraordinario Soneto que todos aprendimos durante nuestros precarios, o no, estudios de secundaria:

*Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tal aprieto...*

* Leído en la sesión pública efectuada el 23 de julio de 1975.

Así, señoras y señores, me siento esta noche, y desde luego, ni haré un soneto, que por catorce versos, es decir, por la brevedad (entiéndase muy bien, sólo por la brevedad), me sería tan cómodo y leve; como, tampoco, haré un extenso y encomiable discurso.

Regreso a mi muy querido don Justino (maestro mío en Mascarones, cuando decidí que mi vida sería la Literatura), quien el día de su ingreso en esta Academia, citando a Bernard Shaw, dijo:

"¿Quién os pidió hacer de mí un académico? Yo era feliz. Era libre... ahora estoy preocupado... y tendré que aprender un lenguaje escolástico... es fácil decir que pudiera no haber aceptado, pero no he tenido el valor porque estoy intimidado..."

Yo, queridos amigos, estoy mucho más que intimidado. Pueden preguntarme: Entonces, ¿por qué aceptó? Y honestamente respondo: Aún no lo sé.

Creo que en todo esto lleva su parte la vanidad, esa bellísima vanidad, que al oído nos dice muy en privado: "Sí, te lo mereces, podrás con ello..."

Por las líneas anteriores cabe reconocer que la vanidad no me es ajena, pero también debo admitir que no es mi veta más profunda... aunque tampoco la modestia es mi característica esencial.

No creo, sin embargo, que mi presencia aquí justifique un autoanálisis de mi personalidad que, además de ser aburrido para ustedes (pues les juro que como buen enfermo mental no sería sincero), resultaría algo fuera de lugar.

Regresemos a la realidad circunstancial y social:

Estoy en un sitio de honor, al cual sin lugar a dudas he llegado (pues no podría, aunque lo intentase arduamente, encontrarle otra explicación) por mis méritos creativos.

Creo desde luego, y la considero uno de los máximos valores de la humanidad, creo en la amistad. Esta creencia me ha sido indispensable en los últimos meses que he vivido. Pero creo en la amistad no solamente desde el punto de vista personal sino desde el colectivo, humanitario; es la amistad entre los hombres, entre los pueblos, la que puede rescatarnos de la catástrofe a la que paso a paso y con abinco los gobiernos nos han conducido, olvidándose cada vez más del ser humano. Aunque, ¡por fortuna!, el ser humano posee valores indestructibles, como por ejemplo la capacidad de amar y la capacidad de crear; esto nos lleva a un área que es patrimonio del hombre de cualquier latitud: el arte. Los gobiernos pueden cometer muchos errores; el arte no, o no es arte. El arte es la esencia más profunda de lo humano y el vínculo más fuerte de humanidad y de amor entre los hombres es la amistad. Tal vez sea la amistad de mis queridos y respetados amigos académicos que me propusieron para ocupar este sitio: don Francisco Monterde, don Mauricio Magdaleno y don Antonio Acevedo Escobedo... tal vez sea la amistad de estos queridos amigos la que influyó en la aceptación de mi candidatura como académico. Aunque tampoco podría soslayar la amistad que me ha profesado el director de la Academia, don Agustín Yáñez, a quien admiro como maestro y escritor. Es indispensable, asimismo, hacer alusión a mi amistad con el académico a quien solicité respondiera a estas palabras que patentizan mi ingreso dentro de este selecto grupo:

José Luis Martínez, hombre de gran valor intelectual y de indiscutible generosidad humana.

Mas todos mis amigos aquí enumerados, y los no enumerados que también dieron su voto a mi favor, tienen algo que les es común y que sobrepasa la frágil (por no decir obcecada o muchas veces ciega) razón de la amistad: son objetivos, son racionales, son inteligentes, Acepto, pues, este honor que atribuyo —perdón por lo reiterativo— a que mi capacidad de creador, de escritor, es la que han tenido en cuenta para pensar en mí.

Vuelvo a don Justino:

Y, ya que no voy a hacer un ensayo de su obra —pues muchas personas doctas lo han hecho con gran acierto—, vuelvo a él en el lugar en que lo conocí: el viejo edificio de Mascarones, que entonces albergaba la Facultad de Filosofía y Letras. Don Justino impartía la cátedra de Arte Moderno y Contemporáneo. Yo llegué a su aula ávido de conocimientos y lecturas. Justino me enseñó a ver a Picasso, a Braque, me descubrió a Modigliani, y, lo más importante, me hizo admirar el muralismo mexicano. Mascarones era un núcleo vital de la cultura, por él y por muchos otros maestros que en ese tiempo impartían sus cátedras, como José Gaos, Agustín Yáñez, Carlos Pellicer, María del Carmen Millán, Fernando Wagner, Julio Torri, etc. Tuve la suerte no solamente de encontrar brillantes maestros, sino también brillantes compañeros. Allí hice amistad con Fernando Salmerón, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Luisa Josefina Hernández, Emilio Carballido y Jaime Sabines, quienes posteriormente, en sus respectivos campos, han dado a nuestro país las muestras de su talento. No puedo olvidar que en esa época todos hacíamos nuestras primeras publicaciones en la revista Fuensanta, regida por Jesús Arellano, y en América, que era conjuntamente dirigida por Efrén Hernández y Marco Antonio Millán.

Don Justino, creador él mismo, fue también creador de creadores, fue un gran maestro, y caigo —debo admitirlo— en la zozobra de preguntarme si uno alguna vez en su vida es capaz de saber con certeza qué fue, qué es el maestro para uno mismo. Mi pregunta es: ¿Qué tanto de él quedó en mí? ¿Qué tanto de él soy yo? Y desde luego no me refiero solamente a Justino Fernández, sino también a José Gaos, y sobre todo a Fernando Wagner, a quien le deberé (por toda la vida) haberme descubierto a Rilke. Doy gracias, pues, a todos los maestros que me formaron y, fundamentalmente, a don Justino.

Señoras y señores, los aquí presentes tienen un mayor o menor conocimiento de mi producción literaria, y como eso es lo único importante para mí, quiero pedir que me permitan leerles un texto inédito. Un texto que durante muchos años me habitó en el sentido en que Cernuda usaba este término, y que me obsesionó no sólo por la importancia estética que representaba para mí, sino también por la ilimitada terquedad de Emilio Carballido —grande y querido amigo mío—; terquedad que me obligó a escribir lo que ahora voy a leerles: El hombre de los hongos, que considero el más misterioso y logrado de mis cuentos.

Empiezo:

1—Yo, Emma, soy quien mejor recuerda el arribo de Gaspar. A mis hermanos, Sebastián y Lucila, les quedó una imagen imprecisa, como uno de esos incidentes a los cuales no se les da —oportunamente— la debida importancia y por lo tanto no quedan registrados con exactitud en la memoria.

Llegó en una tarde sepia, y ese día los cascos de los caballos sobre el adosquín del patio frontal resonaron con especial estruendo. Los tres abandonamos nuestros juegos y corrimos —entre risas y gritos— hacia la entrada. Yo, con la seguridad (sin antecedente que la justificara) de que algo distinto nos traían de esa cacería. No sé si tuve miedo o una gran dicha por esa posible sorpresa —ese tipo de alegría que brota rodeada de celos, cual si al mismo tiempo pudiera definirse más que por futura dicha, por solapado peligro. Lucila, que me precedía en la carrera, se detuvo como petrificada, y esa súbita inmovilidad me impresionó como si de pronto hubiera ocurrido algo cuya explicación no me sería dada ni ese día ni en años; Sebastián, que venía detrás de mí, me sobrepasó también, y unos pasos adelante de Lucila se detuvo, aunque con menos rigidez. Sólo yo seguí la carrera hasta toparme con el caballo de papá.

2—Everardo, mi padre, tenía entonces cuarenta y tantos años; era muy fuerte, y hermoso y cruel como leopardo, como Toy, su mascota. Cuando él me cargaba, era yo como un sueño de mí misma o como un pájaro. A veces nos tomaba a los tres hermanos, de uno en uno, y en un solo brazo, de un impulso, nos hacía volar. Preferíamos que ese juego se realizara en el jardín porque allí parecía que podíamos ascender hasta las copas de los árboles sin ningún peligro. Pero en la sala, el mismo juego nos aterraba y dábamos de gritos. No pretendo desde luego que mi memoria sea tan buena como para que pueda precisar todos los episodios de esa época en la que el tiempo era tan largo que los días parecían terminar y empezar miles de veces, sin noche de por medio. He olvidado mucho, y ahora al escribir, me da la impresión de que todo girara alrededor de Gaspar, y de que lo ocurrido antes de aquella tarde no pudo grabarse en mí. A veces alguna canción me hace, débilmente, regresar a una niñez más remota; tan imprecisa que no alcanzo la certeza de que me pertenezca. Eso de no saber a ciencia cierta qué me pertenece o qué no, es algo frecuente. Y por esa razón sufro la exactitud de todo lo que me es ajeno e inalcanzable. Sufrir siempre me ha resultado más cómodo y fácil. La alegría me produce un gran esfuerzo que considero a la larga innecesario. Por eso desde chica no luché por muchas cosas que tal vez debían haber despertado mis celos y mi pasión. Por ejemplo, no me empecé en pelear con Lucila y Sebastián por el amor de mi padre, la competencia filial no me atraía, y menos aún sentía atractivo por el amor sin competencia hacia mi madre. No nací para combatir y todo lo he aceptado con una mansedumbre tal, que si no hubiera estado disfrazada de desprecio habría rayado en la estupidez. Por estas líneas puedo causar la impresión de que no amé a mis padres, y eso sería falso; los amé con el debido cariño y su debido tiempo.

3—Los ojos de mi padre eran alegres, y en ocasiones, cuando me veían con fijeza, me contagiaba esa alegría. Esa tarde fue así. Duró unos segundos con sus ojos clavados en los míos, y luego me indicó que viera lo que traía en sus brazos. Entonces lo vi: envuelto entre la capa de mi padre, Gaspar me observaba, sereno, como si se hallara en el sitio exacto en que debiera estar. Era un niño de ojos negros y rizado pelo. Alguien vino a quitarle la carga, y fugazmente, mientras pasaba de una capa a otra, vi que estaba desnudo. Mi padre bajó del caballo de un brinco, me dio un beso en la frente, me tomó entre sus manos, y preguntó: "¿Te gusta...? —yo asentí—. ¡Te lo regalo!" "¿Cómo se llama?" "Lo vamos a llamar: Gaspar."

Lucila y Sebastián reanudaron la interrumpida carrera y llegaron junto a nosotros.

—¿Qué mataste? —preguntó Sebastián.

—Un jabalí estupendo, ya lo verás.

—¿Quién es? —preguntó Lucila.

—No sé quién sea.

Gaspar, me repetí yo, como un rey mago. Lucila continuó con preguntas que papá no respondió. La explicación amplia y detallada le fue dada a mi madre, que fue la única que no lo solicitó.

4—Mamá estaba frente al espejo del tocador. Todo el día, a cualquier hora, si uno necesitaba de ella corría a buscarla en un espejo. Y a veces aunque no la necesitaba acudía a contemplarla, por ver qué nueva maravilla había logrado con su pelo, pues su fantasía no conocía límites.

Cada nuevo peinado —creo que nunca los repetía— parecía convertirla en otra mujer. Esa tarde (los tres seguimos a mi padre), volvió a sorprendernos: su pelo parecía humo, volutas de humo que ascendían hacia el infinito. No parecía un ser humano, era el producto de un creador cuya imaginación sobrepasaba la realidad y la locura. Costaba trabajo convencerse de que seguía siendo ella. Con placidez, sus manos descansaban sobre el mármol del tocador, y con sus ojos brillantes y satisfechos se observaba en el espejo. Y desde el espejo, sin volver el rostro, nos vio entrar. Como nos sucedía con frecuencia, mis hermanos y yo quedamos tan maravillados con la magia de su nuevo peinado que no nos atrevimos a acercarnos mucho. La voz de papá quebró a medias aquel encanto mientras relataba...

5—. . . Y sabes que conozco la comarca tan bien que podría caminarla a oscuras, en la noche más cerrada, sin luna sin estrellas sin luceros, y llegaría al sitio que yo quisiese. No hay un rincón desconocido para mí en toda la llanura; así como en las barrancas a las que he descendido tantas veces, siempre con el acicate de encontrar una nueva flor maravillosa que ofrecerte; y tampoco la escarpada roca es ajena a mis exploraciones. Mil veces la he ascendido, por distintos puntos, por nuevos caminos que yo mismo he formado para gozar de ese placer de sentirme en la cúspide y contemplar el remoto mar. Mi reino acaba allí...

Llegamos a un paraje que me sorprendió, no por desconocido, sino porque

sobre él caía una luz indescriptible, que no parecía proceder del sol. Ordené que nos detuviésemos y fui el primero en bajar del caballo. Había un silencio absoluto. Coloqué el rifle sobre un tronco y resbaló. Al caer a tierra se disparó y de repente, como si el disparo rompiera un hechizo, miles de colores adquirieron vida y convertidos en frenética parvada, entre graznidos y cantos, ascendieron al cielo por millares. ¡Tantos, tantos, tantos!, que durante varios segundos el cielo dejó de serlo. Percibí el terror de mis compañeros; yo, al contrario, experimenté una estupefacción sin límites. Ellos cerraron los ojos y se cubrieron el rostro como si temieran que los pájaros los dejaran ciegos. Yo, en cambio, los abrí más para no perderme nada de ese espectáculo irrepetible, de una belleza que sólo puedo conceptuar de demoniaca. Cuando los pájaros habían desaparecido, vimos que frente a nosotros se abría una brecha que conducía hacia una barranca nueva para mí en la que los verdes de las plantas eran tan tiernos y vivos que parecían acuáticos. Mientras más descendíamos más tenía la sensación de haber penetrado a un mundo submarino en el que las hojas no eran hojas sino esmeraldas o ¡qué sé yo! Una catedral vegetal nos cobijaba. Inmensos helechos góticos ascendían hacia un cielo de tan lejano invisible, hiedras y líquenes trazaban decoraciones religiosas, míticas, fálicas. Esa exactitud humana que sólo puede medir el miedo, dejó inmóviles a mis acompañantes. Avancé a pasos sobre esa superficie de un color tan hermoso como sólo posee el traicionero pantano. Pero mis pies se apoyaban tan firmes como aquí mismo, y mientras más avanzaba sobre esa tierra de terciopelo, advertí que de ella brotaban miles de setas, ¡las especies más raras y más apetecibles que puedas imaginar! Y en el corazón de la barranca, contemplándome con una sonrisa, estaba él; me esperaba. Lo tomé en mis brazos y lo traje... Se me ha ocurrido que se llame Gaspar...

—Como el rey mago —dije yo.

Mi padre rio con alegría y de repente esa risa se interrumpió. Acababa de advertir la cabeza de mi madre; fascinado, exclamó:

—¡Qué bella estás!

—¡Qué inútil! —respondió ella como si fuera un sinónimo.

6—El odio de Sebastián empezó esa misma noche.

La cena, como siempre en el verano, se sirvió en la terraza. Cuando nosotros tres llegamos, el único que estaba allí era el hombre de los hongos, sentado en el primer peldaño de la escalinata que conduce a la huerta. Nos miró con ojos tristes, como los ojos de todos los hombres de los hongos. Para nosotros, él era como un objeto o un mueble más; no lo saludamos. Caminamos hasta el barandal y desde allí, mudos, contemplamos la noche. En otra ocasión hubiera yo reído o habría hecho algún comentario sobre las luciérnagas. Pero esa noche no. Nos llegaba un denso perfume de frutas y flores de estío; el aire pegajoso y denso como la miel, nos untaba la ropa a los cuerpos, y aquello que hasta el día anterior nos había hecho agresivamente felices, ahora nos hundía en algo confuso y molesto. Todo (aunque ellos aún no lo podían precisar) por la llegada de él.

Oímos los pasos de mi padre que se acercaba y nos dimos vuelta para recibirlo. Gaspar venía de su mano. Lo habían vestido con ropas de Sebastián y le quedaban estrechas. De pie, era más alto que mi hermano. Papá nos presentó con él por orden de edades: Lucila, Sebastián, Emma. Mamá llegó junto a nosotros sin que lo advirtiéramos; también fue presentada a Gaspar y lo observó con una fijeza y ternura que jamás había prodigado a ninguno de sus hijos. Doña Elvira, que tan parca fue siempre con los mimos, le acarició el rostro con una dulzura inusitada. Sentí un extraño dolor, pero vi a Sebastián, y entonces, con mayor intensidad que el mío sentí su dolor. A hurtadillas (y fui la única en notarlo) observé que mi hermano daba un paso atrás y se secaba una lágrima, la única que le vi en toda la vida.

El hombre de los hongos emitió un quejido débil. Un criado se acercó a mi padre con la charola de las bebidas. Él tomó un vaso y se lo ofreció a mi madre. Los amigos llegaban, elegantes y alegres. Se formaron tres o cuatro grupos y las risas apagaban los quejidos cada vez más frecuentes del hombre de los hongos. A nosotros nos ofrecieron jugo de anona. Otros criados iniciaron el acostumbrado desfile con fuentes llenas de espárragos tiernos, corazones de alcachofa, aceitunas rellenas de anchoas, canapés de huevos de hormiga... Gaspar no nos hizo ninguna pregunta: nos sonreía, y aceptaba todo como si hubiese vivido siempre a nuestro lado. No sé de qué, pero de pronto los cuatro reíamos. Lucila propuso que dejáramos nuestros vasos y fuéramos a la huerta a cazar luciérnagas. El hombre de los hongos, con los músculos contraídos por el dolor, se revolcaba sobre el piso. Saltamos por encima de su cuerpo y bajamos los escalones, presurosos. Sebastián nos ganó en la carrera y fue el primero en coger un cocuyo. Cuando nos acercamos a él para rendirle homenaje por su triunfo, su rostro se iluminó, y con una sonrisa peculiar, apretó el cuerpecillo del coleóptero, lo arrojó a un lado y echó a correr de regreso a la terraza. Nosotros tratamos de cazar también, pero los insectos huyeron, y derrotados decidimos regresar. Antes de subir la escalinata Lucila nos ordenó: "No le digan que fracasamos, se envanecerá más de lo que ya está."

Pero Sebastián no hizo preguntas, nos miró con una mueca burlona. Sabía que su victoria era exclusiva.

7—El cadáver del hombre de los hongos aún no había sido retirado. Saltamos sobre él y corrimos a buscar, sedientos, nuestros vasos.

Entonces Gaspar se acercó a mí y preguntó:

—¿Qué le pasó? ¿Quién es él?

Fue Lucila la que explicó:

—Era el hombre de los hongos. Los de hoy son venenosos —se rió—, son de los que crecían donde te halló mi padre.

En ese instante dos mozos tomaron el cadáver y desaparecieron con él dentro de la negra espesura de la huerta. Una mujer vino a limpiar el vómito que había quedado sobre el mármol del piso. Mis padres, tomados de la mano, se aproximaron a la escalinata.

—Everardo, esta noche no habrá hongos —dijo Elvira.
—Es una desgracia —respondió él—, se veían tan deliciosos...

8—Los músicos empezaron a tocar, y Venecia —sus canales, sus palacios, su poesía— vino a nosotros, vía Vivaldi. Las bebidas y las fuentes circulaban. Gaspar tomó un canapé de huevos de hormiga y me lo ofreció. Lo tomé deleitada. Lucila inquirió perentoria:

—¿No me ofreces a mí?

Gaspar tomó otro y se lo ofreció con la misma cortesía.

—¡Ya no lo quiero! —gritó ella—. ¡Tíralo!

Gaspar se lo llevó a la boca y lo tragó. Se retaron con la mirada y Lucila acabó por morderse el labio inferior; su costumbre habitual cuando estaba furiosa. Sebastián se había acercado al grupo y también le preguntó a Gaspar:

—Y a mí, ¿no me ofrecerás?

Gaspar asintió. Tomó otro bocadillo y se lo entregó con deferencia.

Sebastián lo dejó caer al suelo; dijo:

—Tendrás que aprender a servir sin tocar la comida con los dedos.

—Si es necesario, aprenderé —respondió Gaspar, y con aplomo, con una mirada, ordenó a un mozo que recogiera el canapé.

La derrota de mis hermanos no me produjo placer. Quise humillar al advenedizo, pero algo me contuvo...

9—Las risas eran cada vez más frecuentes y estruendosas. Los músicos, impávidos, continuaban su concierto ajenos al público. Al terminar, durante un breve silencio que cubrió la terraza, se escuchó el rugido de Toy. Lucila se pegó a mí llena de miedo. Yo busqué a mi madre con la mirada pues sabía que a ella le aterraba el leopardo. En esta ocasión no sufrió el terror de costumbre, porque sin lugar a dudas no había escuchado a la fiera. Ella y Everardo estaban solos, de espaldas a nosotros, en el extremo izquierdo de la terraza. Al rugido de Toy siguió la risa alegre de mi padre, y los músicos regresaron a otra composición de Vivaldi. El brazo de Everardo se apoyaba en la espalda desnuda de Elvira. Jamás los había visto así. Mis ojos quedaron clavados en ellos, y vi cómo la mano de mi padre acariciaba la espalda y la nuca de ella. Luego sus dedos se extendieron y trataron de ascender para tocar el pelo de Elvira, pero quedaron a medio camino cual si un muro invisible impidiera esa caricia. Las venas de la mano se le hincharon por el esfuerzo para vencer ese obstáculo; pero no lo logró y la mano cayó temblorosa. Paso a paso, me acerqué a ellos. Ahora estaban los dos de perfil: se contemplaban de una manera nueva, desacomtumbrada. Sus rostros se acercaron. Cuchicheaban. Mamá dio de pronto un grito de salvaje alegría. Se volvió bruscamente hacia nosotros y azorada se llevó la mano a la boca. Todo el mundo la observaba. Pero ella no nos veía. No se enteró. Sus ojos eran de fuego y ardían para ella sola desde una reconditez en la que contemplaba algo tan ajeno a esa realidad de sus hijos y sus invitados, como el mar es ajeno a las luces de los barcos que lo surcan en la noche. Yo nunca había visto nada semejante: no sabía lo que es, o puede ser, el amor.

Aquello debe haber durado unos cuantos segundos que a mí me parecen hasta la fecha, siglos. Me acerqué y les pregunté:

—¿Qué esperamos para comer?

—El jabalí —respondió mi padre—, ¿tienes hambre?

—Mucha.

Un "¡oh!" colectivo se extendió por toda la terraza. Entre dos cocineros conducían una inmensa bandeja en la que humeaba, dorado y apetecible, el jabalí. Su hocico entreabierto con los dientes brillantes...

Esa noche, por primera vez, mi asiento quedó entre Sebastián y Gaspar. Esa noche, también por primera vez, asistí al espectáculo del amor. No sabía que la risa de una mujer puede transformar el mundo. No sabía que un hombre puede olvidarse de todo lo que le rodea y ver únicamente a la mujer que ama, como si no existiese nada más. No creo que ellos se hubieran amado antes. Tenían tres hijos, sí, pero eso es otra cosa. Sé desde entonces que el amor es un milagro que no se repite, y que no todos llegan a vivirlo. ¿Verdad, Gaspar?

10—Al amanecer, me despertó el rugido del viento. Abrí los ojos. Las ventanas temblaban y por las rendijas se escurría un frío helado y se filtraba un quejido agónico que no era producto de la tempestad; lo he escuchado otras veces, sobre todo en días pasados, y sé que es un aviso; un extraño Morse criptográfico, cuya clave, estoy segura, podré descifrar antes de la muerte. En aquel amanecer —de niña— me aterrorizó; intuí que era un mensaje que nos venía de muy lejos; no de los bosques ni de las montañas que nos rodeaban; tampoco de más abajo, de ese mar cuyos huracanes nos dejaban días y días sepultados por una neblina. Era algo más distante, procedente de una remota selva que avanzaba hacia nosotros sin obstáculos. Esa selva que habita en nuestro interior, y a la que nos unen extrañas cuerdas que se ponen a vibrar con un diapason maligno y monótono. De una intensidad terca, de sepulcro.

11—La felicidad no se graba, no deja cicatrices, es como el cauce de esos arroyos cristalinos, preñados de destellos mágicos, dueños de una música suave y arrulladora que dicen que alivia enfermedades y restaura el alma. Así fueron los años que siguieron a la llegada de Gaspar. Nos acostumbramos a él y él a nosotros y a los hombres de los hongos que año tras año —durante el verano— morirían. Hubo un mes en que perecieron nueve. Mi padre dijo iracundo que estábamos de mala suerte, y su humor no fue muy grato durante esa temporada. Nunca fue tacaño —más bien pecaba de lo contrario—, pero se exasperó cuando no tuvo más remedio que aumentar el sueldo de los catadores, ya que nadie de las aldeas vecinas aceptaba el empleo, por lo que se vio en la obligación de contratar gente que vivía a veinte o treinta leguas de distancia. A veces eran jóvenes, a veces casi niños, pero lo normal era que el trabajo lo desempeñara un hombre adulto o un anciano, para quienes la vida significaba muy poco, o tanto que se exponían a sacrificarla por la supervivencia de sus familiares. Everardo les pagaba con creces. Era frecuente que las futuras viudas, o los herederos inmediatos, cobrasen el sueldo por adelantado.

12—Y otro amanecer —que marcó el fin de esta tregua, durante la cual terminó la infancia—, el rugido del viento me despertó. El terror, las mismas advertencias; la reiteración, piadosa, que anunciaba el exterminio. Yo ya era mayor; el pánico no se posesionó de mí. Me levanté, y sin premura empecé a arreglarme. Me sabía linda en el vestido de gasa amarilla estampada de racimos de flores lilas. Por eso me lo puse. Y como si no hubiese sido el amanecer, sino el mediodía, la tarde o la noche, bajé a paso lento. Crucé silenciosa la penumbra de las salas, avancé por la galería, abrí sin ruido la puerta de cristal que da a la terraza. Aspiré un aire puro; de esa pureza que sólo se puede disfrutar cuando, agotados el ímpetu y el fragor del viento, queda limpio el mundo.

Era muy temprano. Ningún criado estaba despierto. La huerta presentaba un aspecto de devastación increíble. La tempestad había desgajado los frondosos laureles y los recios liquidámbares, se había ensañado con los vetustos encinos, y en la batalla casi había liquidado los frutales. Sobre la tierra, aún encharcada, las ramas mutiladas daban testimonio de la inclemencia del ataque; y en aquellos brazos ayer vivos y cobijadores, ahora piaban, agonizantes, pequeños y desnudos pájaros cuyos padres revoloteaban cerca de mí sin entender ese asolamiento que rompía con el orden, y despojaba a sus críos del hogar construido amorosamente. Pero los cantos no eran sólo de pesar, había estupor, y tal vez hasta disfrazada alegría, al comprobar que en la naturaleza todo puede ser tan frágil como uno mismo.

Olvidé pronto a los pájaros, y mi pensamiento regresó a su obsesión habitual: Gaspar. Me dediqué, pues, a recolectar de aquel sombrío campo de batalla todo lo que a mi parecer pudiera serle grato. Pero la saña de la tormenta había sido tanta que sólo encontré una orquídea sin ninguna herida.

13—Me interné en la huerta. Poco rato después, encontré a Gaspar bañado por una luz dorada. Como si otra vez hubiese regresado a su origen —como si fuera un ser capaz de renacer—, desnudo y hecho luz como un sol.

Yo llevaba la orquídea sostenida por las dos manos: avancé hacia él y se la ofrecí. Antes de aceptarla me besó la frente, después se inclinó a besar la flor y tomándola me la colocó en el pelo. Sonreía. Me dijo:

—Qué linda eres. A ti también la tempestad te ha purificado.

Me abrazó y echamos a caminar hacia el estanque.

Allí, nos contemplamos los dos sobre el agua. Tuve entonces la certeza de que nos observaban desde distintos puntos; y no fue necesario voltear la cabeza para saber que las espías —en escondites separados, tal vez sin saber una la presencia de la otra— eran mi madre y Lucila.

Tomé la mano de Gaspar, y en voz baja dije:

—Vamos a ver a Toy.

No sé si lo invento ahora o si de antemano supe —en ese momento— que el leopardo había roto su cadena. Con una felicidad que guardé para mí misma, di un grito que trató de ser de miedo.

—¡Toy está suelto!

Mi grito fue suficientemente fuerte como para que mis espías lo escucha-

ran. Por lo tanto, podía estar segura de que ellas dos huirían aterrorizadas hacia la casa.

Gaspar y yo quedamos solos y nos tendimos sobre la hierba.

Algún tiempo después, Toy, tranquilo y amoroso, se acercó a nosotros y empezó a lengüetearnos los rostros. En su hocico aún tenía algunas plumas de pájaro y restos de sangre. Jugamos con él. Luego, se dejó encadenar con manedumbre. Gaspar y yo nos dimos un beso. Volvimos a la casa por distintos caminos.

14—La violenta pasión amorosa que despertó en Everardo y Elvira aquella noche en que Gaspar entró en nuestras vidas, siguió con una fuerza que parecía no tener límites. Al principio, Everardo no interrumpió su vida normal: la vigilancia diaria de las fincas cercanas, los paseos a las ciudades vecinas y las carcerías continuaron su ritmo normal. Pero, con frecuencia, ellos dos no bajaban a cenar. Y también (cosa que nunca antes habían hecho) empezaron a viajar juntos. Esos paseos duraban dos o tres semanas o dos o tres meses, y durante ellos ninguna carta, ninguna noticia de su existencia nos llegaba. Esto nos permitió vivir en una libertad sin precedente. Los maestros —de gramática, matemáticas, historia y música—, que eran cumplidos con su horario y ponían especial empeño en hacernos entender aquello que nos era difícil, perdieron la dedicación y la puntualidad. Se enfermaban con frecuencia y pedían permiso para ausentarse por varios días. Y nosotros otorgábamos ese permiso con gran placer. Las clases nos las daban en la biblioteca, y poco a poco Sebastián y Lucila, aun y cuando estuvieran presentes los profesores, dejaron de asistir y se olvidaron por completo de la educación. Sólo Gaspar y yo continuamos. Sebastián había entrado a una nueva fase de su vida. Su voz cambió, se hizo ronca como la de mi padre. Le gustaba nadar, correr a caballo, hacer ejercicio y practicar esgrima. Quería ser fuerte e invencible, y cuando lo afirmaba parecía lanzar un reto a Gaspar. En cambio Lucila heredó la pasión de mi madre por los espejos, los perfumes, las ropas y las joyas. Numerosos comerciantes llegaban día a día a nuestras puertas, y sus baúles guardaban, sin lugar a dudas, algo nuevo que extasiaba a Lucila, quien compraba sin mesura y sin regatear.

La biblioteca era el lugar predilecto de Gaspar, por lo tanto también era el sitio en que estaba yo más horas. En el invierno nos acercábamos al calor de la chimenea y pasábamos horas sumidos en la lectura sin decirnos palabra. De cuando en cuando él dejaba el libro para echar más leños y yo aprovechaba la oportunidad para sonreírle.

15—Fueron varios los años de viajes de mis padres, y era notorio que de cada uno de ellos Everardo regresaba más envejecido. Su pelo súbitamente fue gris y escaso; su corpulencia desaparecía, y pronto empezó a enfermarse. Por Elvira, en cambio, no pasaba el tiempo. Su belleza, sus fantasiosos peinados, su gusto por vestir bien y con las mejores telas, eran los mismos.

Para Gaspar y para mí fue un sacrilegio que una mañana ella entrara y acercara un sillón a nuestro lado, frente a la chimenea de la biblioteca. Tomó un

libro y pretendió leer, pero a los pocos segundos lo dejó, y se dedicó a interrumpirnos. Cualquier cosa le servía de pretexto para contarnos alguna anécdota, o describirnos una gran ciudad, o las peripecias del último viaje.

Y luego, también Lucila y Sebastián se unieron a nosotros, con lo cual se desvaneció aquel encanto casi místico que antes habitaba en la biblioteca. Hasta Everardo, en los días en que mejoraba su salud, se unía al grupo. Los criados adquirieron la costumbre de introducir allí a las visitas. Era el nuevo lugar de tertulia, y la reina Elvira alteró la sobria decoración, aumentó sillones y mesitas y cambió los cuadros.

La primavera, por fortuna, hizo que se restablecieran las costumbres antiguas y que las reuniones matutinas se celebraran como siempre, en las terrazas y los jardines. Y como llegaron amigos de otros países, o de distantes ciudades, se olvidaron, temporalmente, de nosotros.

16.—Esa noche bajé a cenar con el mismo vestido amarillo que me había puesto desde el amanecer. Me alegré al ver que nos acompañaban cerca de diez amigos, lo cual impediría que Lucila —o mi madre— pudieran hacer comentarios desagradables. Ambas me vieron con una mirada fría, casi... amenazadora. En cambio, Gaspar me contempló con la misma dulzura con que me había mirado en el alba.

Mi padre, que se había recuperado bastante en las últimas semanas, me dijo cuando me acerqué a besarlo:

—Qué linda te ves.

—Debe ser el efecto de la tempestad —comentó con sarcasmo Lucila.

—Sin lugar a dudas, lo es —le respondí.

Esto dio pie para que el tema de esa noche fuera, de principio a fin, la tormenta. A la hora en que íbamos a ocupar nuestros asientos habituales, mi madre dijo:

—Creo que es hora de que hagamos algunos cambios. Tú, Emma, te sentarás a partir de hoy junto a tu padre. Veo, con regocijo, que tu proximidad lo alivia más que los medicamentos.

Y ella ocupó mi silla; al lado de Gaspar.

Con nitidez, los rugidos de Toy llegaron hasta nosotros.

17.—A partir de entonces Elvira se posesionó de Gaspar. Debía acompañarla en sus cabalgatas, en las visitas a los vecinos y en las fiestas a las que mi padre no quería asistir. A mí me divertía mucho ver que Lucila no le dejaba el campo libre y siempre encontraba algún pretexto para unirse a ellos. Como dije antes, no me interesa la competencia. Prefería mi papel de observadora de ese duelo mudo e hipócrita que sostenían Elvira y Lucila.

Sin que nos hubiéramos puesto de acuerdo, nuestro lugar de reunión era al lado de Toy, a quien desde hacía tiempo le llevaba la comida, ayudada por Gaspar.

Por esa época, mi padre empezó a desvariar.

Un día, un mozo llegó a mi lado a la carrera; con el rostro pálido de terror, me gritó:

—¡El amo soltó al leopardo!

Lucila y Sebastián estaban junto a mí. Ella se puso a llorar. Con calma le dije:

—Entra a la casa y advierte a mamá. No salgan hasta que yo regrese.

Histérica, gritando y gimiendo, echó a correr al interior. Sebastián dijo:

—Espera, voy por mi rifle.

—¡No! —le rogué—. No es necesario. Deja que me encargue de esto, y será mejor que no vengas.

Se volvió furioso hacia mí, y gritó:

—¡Tú no vas a ordenarme! Yo sé lo que debo hacer.

También él entró a la carrera. Angustiada, dije al mozo:

—El señor Gaspar debe estar en la biblioteca, dile que corra a alcanzarme, que tenemos que encontrar a Toy antes que Sebastián.

Eché a correr desesperada y apenas me interné en la espesura lo llamé ansiosa. Él me contestó con un rugido, desde muy lejos. La tranquilidad volvió a mi alma, y corrí a su lado. Mi padre estaba con él, y también Gaspar, lo cual me llenó de alegría.

—Vamos a encadenarlo —dije y lo tomé del collar—, Sebastián quiere darle muerte. Padre, debes impedirlo.

Entonces me di cuenta de que no estaba bien. Tenía los ojos extraviados, y de sus labios escurría una baba larga y brillante que le humedecía la camisa. Pero me entendió, y con un asentimiento de cabeza echó a andar tras de nosotros. Al llegar al lugar que servía de hogar a Toy, vimos a Sebastián, con el rifle listo para disparar. Nos ordenó:

—Sepárense de él.

Mi padre montó en cólera y gritó:

—¡Tú, maldito, necio! ¡Toy es mío! Nadie puede tocar lo que me pertenece. Yo soy el dueño de todo; el único que puede matar o destruir lo que quiera. En esta casa sólo hay un hombre: yo. Tú no tienes voluntad, y si la tienes, si quieres mandar y ser dueño de los seres y las cosas que te rodean, debes irte de aquí. ¡Baja el arma!... Entrégasela a Gaspar. Ahora, regresa a casa. Hablaré contigo más tarde.

18—Everardo le hizo a Sebastián generosos y diversos ofrecimientos; de todos ellos, él prefirió una casa en la capital. Y esa noche, después de que los invitados se habían retirado, permanecimos varias horas enfrascados en discusiones y proyectos sobre el futuro de Sebastián. Durante esas horas, curiosamente, pareció olvidarse el hecho que daba motivo para que viviera a solas. La superficialidad y vanidad de Elvira condujeron la charla a lo mundano: empezó por decidir en qué barrio debía comprarse la casa (un palacete digno de él); el estilo en que sería decorada, hizo recomendaciones sobre qué familias debía tratar con especial deferencia, y a quiénes no valía la pena invitar ni a una taza de té; haría una lista de las tiendas importantes, y de qué debía comprarse en cada una de ellas; Lucila estaba entusiasmada pues se le abría —también a ella— una

puerta para conocer ese mundo que aún no había pisado. El propio Sebastián se entusiasmó como un pequeño al entrever ese futuro dorado que le esperaba con los brazos abiertos. Gaspar se retiró sigilosamente y yo fui la única en notarlo. Creo que también me ilusioné con la visión apasionada de Elvira, que describía las divertidas horas en los cafés de las grandes avenidas, los teatros, los restaurantes, las modas, las tertulias, hasta los museos. A veces Elvira y Everardo —llevados por un recuerdo común— se apartaban de nosotros y reían y comentaban sucesos dichosos o trágicos, en los que se hablaba de misterios, muertes súbitas y enigmáticas, en las que se barajaban nombres y lugares que nos eran desconocidos y despertaban curiosidad y... Al final, se llegó a la conclusión de que era necesaria una semana —como mínimo— para hacer todos los preparativos del viaje, mientras Everardo enviaría a algún empleado de confianza para que iniciara esos trámites, engorrosos y aburridos, a los cuales Sebastián no estaba acostumbrado.

Ya para retirarnos, Lucila preguntó:

—¿Y qué se va a hacer con esa fiera?

Su pregunta abrió una grieta en esa efímera unión de que disfrutábamos por vez primera.

—¡Creo que lo mejor es matarlo! Everardo, amor mío; son tan pocas las cosas que yo te pido... Prométeme que mañana...

—¡No! ¡Jamás!

—Pero mi amor, es un peligro. Y me quita la tranquilidad y el sueño. ¿No has oído cómo ruge en las noches? Despierto aterrada y me siento sola, en el desamparo absoluto, a merced de las fauces de esa maldita bestia.

Everardo soltó a reír y dijo:

—Cuando te sientas así, ven a mi lecho. Yo te haré perder el terror, y ¡basta!, no diremos una sola palabra más sobre este asunto.

—Pero tú... duermes como un lirón.

—¡Despiértame! ¡Sacúdeme!

19—Las cartas de Sebastián eran jubilosas. Descubría el mundo; lo gozaba. Lucila aprovechó también la oportunidad para viajar, pues insistía, llorosa, en que a ratos no soportaba la ausencia de su amado hermano. Y creo que en eso no era falsa. Siempre se quisieron mucho. Por lo tanto, se volvió costumbre que se alejara por varias semanas.

Elvira pensó que su turno había llegado.

¡Era asqueroso! Nunca creí que su degradación llegara hasta esos extremos. Acosaba a Gaspar de día y de noche, a solas o en público. Por fortuna, la salud de mi padre empeoró y no se enteró de la desvergüenza de mi madre. Pasaba muchos días en cama, y cuando estábamos reunidos (con permiso del médico bajaba a comer o cenar), a mitad de una conversación su cabeza caía de lado, y se sumía en un profundo sueño que aprovechaba Elvira para hacerle una caricia a Gaspar, o cuchichearle al oído, sin importarle mi presencia. Mi etapa de amor hacia ella había concluido. Me daba lástima, y la despreciaba. Cada vez que trataba de ser seductora, se veía más detestable.

Un día, sin el menor pudor, delante de mí le dijo que la puerta de su alcoba estaría siempre abierta para él. Yo pensé entonces que aquello no podía prolongarse, que era urgente hallar un remedio.

Fue una bendición para mí que Everardo decidiera pasarle a Gaspar varias responsabilidades. Así, poco a poco, él tuvo que dedicarse a atender los negocios de mi padre, visitar las fincas, revisar las cuentas, vigilar las cosechas... Quedaba por lo tanto, por horas o días, fuera del peligro de mi madre.

20—Toy envejecía. Sus movimientos ya no tenían la agilidad ni la rapidez de antes. Su humor también cambió, se volvió irascible y con frecuencia trataba de atacar a los mozos. Yo amaba a Toy —hasta la fecha lo amo—; amar a los animales, aun al más salvaje, puede conducir a la ternura más íntima e ilimitada. Una puede amar a un animal sin medida y con la confianza de que ese amor será siempre correspondido. Por eso sufrí tanto en esa época, al no entender la conducta de Toy: ese cruel deseo de matar a los mozos. Deseaba vencerlo —con caricias, con palabras— de que ellos no eran malos y que debía tratarlos como a mí. Hasta que un día descubrí qué originaba el furor de Toy.

Era frecuente que durante las noches él rugiera iracundo, desesperado, como nunca antes lo había hecho. Me despertaba. Intranquila, bajo una zozobra inapaciguable, escuchaba esos rugidos, casi lamentos... Y una noche comprendí lo que pasaba, y bajé.

Mientras más me acercaba más crecía mi ira.

Y era cierto: Javier, un mozo, flagelaba a Toy con un látigo. Cuando me vio quedó aterrorizado y dio unos pasos hacia atrás murmurando:

—Es orden de la señora, debemos hacerlo... Perdón, amita querida, nosotros la queremos a usted, pero debemos obedecerla a ella.

El hombre, de rodillas, se acercó a mí implorando:

—Perdón... perdón.

Me extendió el látigo, lo tomé, y con una saña que me impidió dormir esa y varias noches, lo azoté hasta que cayó desmayado.

21—Los desvaríos de mi padre, aunque esporádicos, iban en aumento. Perdía la noción del tiempo, y era frecuente que desencadenara a Toy. Una vez el leopardo, de un mordisco le arrancó la mano al hijo de una cocinera.

Fue una tragedia espantosa y mi madre casi enloqueció de pánico cuando le contaron lo sucedido. A partir de entonces, mi vigilancia se duplicó. Ya no tenía tranquilidad. A cualquier hora tenía la impresión de que Toy estaba suelto otra vez y avanzaba, torpe y sanguinario, hacia su presa. Debía vigilar a ambos; a Toy y a mi padre, para que no cometieran errores.

Everardo tuvo otra recaída, su corazón fallaba y le ordenaron permanecer en el lecho.

La segunda víctima de Toy fue mi madre. Gaspar y yo encontramos el cadáver. Sus certeros colmillos le destrozaron el cuello, y sus garras abrieron surcos sobre sus hermosos senos.

Fue en la terraza, una tarde. Cuando enteramos a mi padre pareció no entender la noticia.

22.—El luto hizo que Lucila regresara. También vino Sebastián, pero él partió unos días después del sepelio, y esa fue la última vez que lo vimos. Se llevó todas las joyas de mi madre y en un barco salió hacia el extranjero. Antes vendió su palacete y las propiedades que le dejó Elvira de herencia.

Lucila le odió por esa huida que la obligaba a reintegrarse al hogar; si es que a nuestra casa podía dársele ese nombre.

El médico que veía a Everardo era una especie de mago, pues casi del sepulcro lo volvió a la vida, y a la siguiente primavera era un hombre saludable, que día a día recuperaba su vigor y su sonrisa. Los amigos retornaron, y de nuevo la sala y el comedor fueron testigos de alegres fiestas y opíparas comidas. La terraza que daba a la huerta no volvió a usarse para festejos.

No dudo de que Lucila necesitaba apoyo. Desde pequeña buscó el mimo —aunque desde luego, nunca el mío—. Y esa necesidad de amor la hizo centuplicar sus atenciones y caricias a mi padre. A la larga llegaron a ser inseparables, parecían disfrutar de todo y entenderse con un lenguaje propio que me excluía. Lucila trató también, como mi madre, de seducir a Gaspar. ¡Qué ilusa! ¿Acaso no se enteró, desde el primer día, de que Gaspar era mío? Everardo me lo regaló: y es obvio que fue el mejor regalo que recibí en toda mi vida.

Gaspar me amaba y yo a él. Pero teníamos temor de que alguien más lo supiera. Lo sospechaban, sí. Mas nunca nadie nos había visto amarnos.

23.—Los hombres de los hongos se sucedían unos a otros, pero cada vez resultaban más caros y, sobre todo, más escasos.

Por eso una mañana, Lucila, melosa, le dijo a Everardo delante de mí:

—Es mucho dinero, ya no somos tan ricos como antes. ¿Por qué no pones a Gaspar de catador? Has gastado mucho en él, y no tiene nada que ver con nosotros, no es de la familia... es justo que pague lo que te debe.

Yo sentí que me convertía en una estatua de hielo. Y como nunca a nadie, oí a Lucila.

Mi padre, desconcertado, dijo:

—¿Gaspar... el hombre de los hongos?

—Sí. El trabajo que él hace lo podemos desempeñar nosotras. O yo sola.

—Es que Gaspar... —murmuró Everardo, incapaz de aceptar la proposición.

—Lo merece. Hazlo, padre, así harás justicia.

—¿Qué dices?... ¿Qué justicia?

—Vengar la muerte de mi madre.

Palidecí y en forma estúpida pedí a los dioses que Toy entrara en ese momento y la matara. Mas los dioses no saben, tan bien como yo, abrir la complicada cerradura de la cadena de Toy. Sin poder dominarme me puse de pie y grité:

—¡Él no lo hizo!

—¿Estás segura, querida hermana?

—No estoy segura. *Nada* es seguro, ya que no nos es dado enterarnos del destino. Si eso fuese posible, tal vez podríamos cambiarlo a nuestro antojo. Y no podemos. El destino se cumple a nuestro antojo, o a pesar de nosotros mismos.

Lucila acarició el rostro de mi padre y suplicó:

—Hazlo, es por tu bien.

24—Gaspar estaba sentado, como todos los hombres de los hongos, en el primer peldaño de la escalinata que conducía a la huerta. La terraza se usó de nuevo, por decisión de Lucila, quien ahora daba todas las órdenes y manejaba la casa y las finanzas a su antojo.

Me senté junto a él, y le dije:

—*Bolletus Satanas*.

Me respondió abstraído:

—Es más fácil alguno de la familia de las Amantias. Son más comunes y no despiertan... temor.

Recordando nuestras lecturas, como entre sueños, respondí:

—El verde, sí... es mortal. Aunque hace siglos que no veo uno.

—Pero —dijo él con una sonrisa gris—, ¡ha llovido tanto este año! Por todos lados brotan las especies más raras; como flores en primavera.

—Sí, es cierto; ayer, cuando cabalgábamos, a un par de leguas de las rocas, vi unos color escarlata.

—¿*Satanas*?

—Casi seguro.

Oímos la risa de Lucila y eché a correr hacia la huerta, temerosa de que me viera. Permanecí en la oscuridad un buen rato, y luego, con cautela, entré por la cocina sin que las criadas se dieran cuenta. Salí al pasillo interior que me condujo de nuevo a la terraza. Sentí de inmediato la mirada de escrutinio con que me recorría mi hermana, y sin ver a los invitados avancé hacia ella con una sonrisa, y exclamé:

—¡Sabía que con este vestido ibas a verte como una diosa! Es más que eso, ¡mucho más, sobrepasa lo que imaginaba! Lucila, es tan grato verte así de bella que no puedo sentir envidia.

Le di un beso y me correspondió. Estaba feliz con mis elogios. Con el mismo afán de servirla, como una esclava, que practicaba hacía varios días, le pregunté si deseaba que hiciese algo por ella. Dijo que no. Se acercó un mozo. Acepté la bebida, y nos unimos a un grupo que, al igual que yo, empezó a elogiar a mi hermana. Mientras respondía con frases huecas y estúpidas aproveché para observar a Gaspar: tenía los ojos tan tristes como cualquier otro hombre de los hongos. Sentí ganas de llorar... ¿y si muriera? Ambos sabíamos que, a fin de cuentas, la especie más conocida podría resultar venenosa; todo dependía de aquello de que se hubiera nutrido, y ¿quién podía saber eso? Nadie. Por ello existían los hombres de los hongos.

25—Los pretendientes de Lucila se habían multiplicado, pero ella coqueteaba con todos sin poner especial atención en ninguno. Creo que esperaba que Gaspar muriera antes. Me acerqué a ella y la separé del grupo.

—Míralo... —le dije—. Tiene tanto miedo como los otros... Me da asco, nunca imaginé que fuera un cobarde.

Lucila me miró, y, azorada por mis palabras, comentó:

—Pero... ¿no lo amas?

—¡Lucila preciosa! Yo sólo amo a Toy. Los hombres me repugnan; no quiero casarme. Sólo aspiro a que tú me permitas vivir a tu lado hasta la muerte. A veces, ¿sabes?, me siento enferma...

—Eres extraña, Emma. Ni yo ni Sebastián te comprendemos nunca.

—Es natural. Creían, o esperaban, que fuera como ustedes. Pero... no lo soy. Ni puedo amar ni puedo odiar. Ni tampoco... nunca seré tan bella como tú...

Everardo se aproximó a nosotras. Le sonreímos; luego, asidas a sus brazos, para cumplir con el ritual acostumbrado, nos acercamos a observar al hombre de los hongos. Mi padre preguntó:

—¿Ningún dolor?

—Ninguno. Estaban deliciosos. —Y Gaspar nos guiñó el ojo.

Los músicos tocaban.

De las huertas, de los bosques, de las montañas, del mar, nos llegaba un perfume incontaminado.

26— —Estoy aterrada. Creo que te vigilan o te van a vigilar. ¡Haré algo! ¡No sé qué...! Puedo... pero... como máximo podrás contar con cinco minutos.

—Me bastará.

Me retiré de él y al segundo paso advertí que Everardo y Lucila nos observaban. Me sentí débil.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —inquirió Everardo.

—Siempre hemos estado aquí, padre, desde pequeños; el amor a la lectura es mi lazo de unión con Gaspar.

—¿Y por qué estás tan pálida? —preguntó Lucila.

—¿Se nota? ... Te lo dije hace unos días, no me siento bien. Duermo mal en las noches y siento... dolor... en todo el cuerpo... como si la muerte se acercara.

Los convencí. Lucila se acercó, pasó su brazo por mi cintura y me condujo hacia la alcoba. Y temblaba. Estaba helada. Frente a mí veía, cual si estuvieran presentes, los bellísimos hongos color escarlata que comería Gaspar... dentro de unas horas.

27—Cuando bajé la escalera me observé en el espejo del vestíbulo. Parecía yo un cadáver. Una criada se acercó a mí y en voz baja me dijo, mientras simulaba sacudirme o desarrugarme el vestido:

—Desde que comió lo vigilan. Javier tiene órdenes del amo de no perderlo de vista.

Desfallecida, murmuré: —Gracias...

Lo primero que hice al entrar a la terraza fue observarlo; estaba tan pálido como yo. Nuestras miradas se encontraron por un par de segundos. Lucila y un grupo de amigos se acercaron a mí. Mi hermana, amorosa, comentó:

—Esta pobre chiquilla no se encuentra muy bien. ¿Por qué bajaste?

—Creo que me siento peor arriba. Aquí cuando menos tengo el consuelo de estar acompañada por ustedes. —Me acerqué a ella—. Me hace bien estar a tu lado, me siento protegida junto a ti. Creo que mi enfermedad es el miedo, me estoy volviendo pusilánime. Necesito una copa.

Alguien fue rápidamente a conseguírmela.

—Estás muy pálida... y helada —me dijo Lucila tocando mi rostro.

—Perdóname... no quiero causar problemas.

Vivaldi, como la primera noche en que Gaspar jugó con nosotros. Vi la tarde sepia. Vi a Lucila petrificada. Y comprendí que no había mentido al afirmar que el destino no puede cambiarse.

La copa se me cayó de las manos. Oí que Lucila gritaba.

—¡Javier...!

Me desmayé. Con los ojos cerrados oía gritos confusos, recomendaciones. No sé quién me cargó. Me acostaron en un sofá de la sala. Oí la voz de Everardo.

—¿Qué?... ¿Qué le sucedió?

Alguien me tomaba el pulso. Sentí que el rostro de mi padre estaba muy próximo al mío. Me dio un beso en la frente y su baba me escurrió hasta la sien. Imaginé sus ojos lacrimosos, llenos de dulzura. Entonces, horrorizada de mí misma, verdaderamente, me desmayé.

28—Cuando abrí los ojos vi que Lucila, mi padre y muchos invitados me rodeaban. Sonreí y supliqué:

—Por favor... que toquen los músicos. Ya estoy mejor. Es que no he comido bien estos últimos días. Lucila... —imploré— llévalos, yo los alcanzaré en pocos minutos.

Una criada permaneció a mi lado. Su mano torpe y áspera acariciaba mi frente, y con esa voz dulce que tienen las nanas, con ese amor que nunca recibí de Elvira, me decía:

—Pequeñita... pequeñita linda...

Vivaldi. ¡Vivaldi, Vivaldi! Respiraba con dificultad, sentía el peso del tiempo: los eternos minutos que como lasa caían sobre mi pecho. Estaba confusa, casi demente. Debía ponerme en pie.

Con pasos rápidos llegué a la terraza. Mi padre y Lucila pusieron cara de satisfacción al verme entrar. Todo mundo me hacía preguntas que contestaba con rapidez y risas. Pedí otra copa y me senté a la mesa. A mi izquierda, Everardo, amoroso, me pellizcó la mejilla.

—Deberás comer mejor.

—Lo haré. Ya pasó todo. —Busqué los ojos de Lucila, y cuando se encontraron con los míos, supliqué: ¿Puede sentarse Gaspar a mi lado?... Te lo ruego... Es un capricho. No sé por qué...

—¡Si tú quieres!

Me levanté y fui por él. Lo tomé de la mano. Ambos éramos de hielo. En el trayecto pude preguntarle:

—¿Tuviste tiempo?

—Sí.

29—Fue la cena más alegre de muchos años. No comí de todo, tomé la sopa y pedí que me volvieran a servir. Mi decisión fue aprobada por los comensales: eso me haría bien. Necesitaba yo entrar en calor. Ya que nuestras manos no podían unirse, ni siquiera tocarse, mi comunicación con Gaspar era de rodilla a rodilla. Nosotros temblábamos, pero... ¡qué alegres estaban todos! ¡Hasta tuve envidia!

Normalmente, las cenas no se prolongaban más allá de las once de la noche. Pero ésa era una noche especial. A petición mía —y nadie se atrevió a negarme nada— permanecimos más tiempo. Se bailó hasta las tres de la mañana. Se bebió en abundancia. Me reconfortaba verlos felices.

La algarabía creció y hubo instantes que parecieron de locura. Los músicos estaban también eufóricos. Los criados, desde las puertas de la cocina, bebiendo, estaban felices y soltaban ruidosas carcajadas.

Todo hubiera sido perfecto, si no hubiese escuchado el quejido de Toy. No me levanté. No podía interrumpir dos veces la fiesta. El destino. Gaspar y yo supimos, al mismo tiempo, que Toy acababa de morir. Su ciclo había concluido. Los invitados bostezaban.

30—Cuando el silencio se adueñó de la mansión, aterida, caminé descalza hasta el cuarto de Gaspar; entré y le dije:

—Esta noche debemos estar juntos. Vente a mi recámara.

Abrazados, temblando, nos dormimos cuando entraban a mi cuarto los primeros rayos del sol.

31—*Bolletus Satanas*. Una de las especies más venenosas que existen. Si se vomitan antes de dos horas de haber sido ingeridos, es posible salvarse; de otro modo la muerte es inevitable. Los primeros síntomas son: una gran euforia (ver semejanza con *Hongos alucinantes*, *op. cit.*, p. 23, vol IV); después viene una gran laxitud, palidez, deseo de dormir...

32—No guardé luto. Mi dolor era tan grande que no hubiera soportado la enclaustrada soledad, las ropas negras, los interminables rezos. Nuestra boda fue sencilla. Pocos invitados: los supervivientes: aquellos que no asistieron a esa mortífera cena que llenó de pesar a toda la comarca. Ha llovido tanto en estas últimas semanas, que sus tumbas están cubiertas de extrañas y hermosas setas: azules, amarillas, escarlatas.

33—El reflejo de los rayos del sol caía directo sobre los ojos de Gaspar, y el juego de la luz sobre sus pupilas los volvía miméticos. Ahora él podía observar todo con una tranquilidad tan grande, tan sin interrupciones, que eso podía —de anhelarse— ser la eternidad. Pero la eternidad es algo... más ingrato y prolongado.

Una noche de tormenta desapareció. No sé cómo. Ya no tengo idea del tiempo ni del espacio. Busco, cada vez que despierto —al mediodía o a media-noche—, un símbolo, una luz que me conduzca a él. Pero no hay luz. Pienso en los hongos, y lo busco inútilmente en ellos. Cada día el universo se torna más negro. Creo que pronto vendrá la oscuridad absoluta.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Al señalar los requisitos que deben seguirse para la recepción de nuevos académicos, los estatutos de la Academia Mexicana establecen, en su artículo 25, que "El discurso de ingreso será sobre el tema que elija el nuevo académico, quien deberá hacer en ese discurso el elogio de su antecesor". Puesto que esta última prevención, acerca del "elogio del antecesor", ha sido cumplida de manera ortodoxa por Sergio Galindo, cabe hacer en principio un comentario acerca de la innovación refrescante que ha introducido en nuestras tradiciones el nuevo académico, al ofrecernos, como sustancia de su discurso, la lectura del fascinante relato que acabamos de escuchar.

Son varias las acepciones del vocablo "discurso", además de aquella, más común, por la que llamamos discursos a los escritos o arengas "en que —según el *Diccionario de la Academia*— se discurre sobre una materia para enseñar o persuadir". Pero discurso es también, como nos ilustra el *Diccionario de autoridades*, la "facultad racional con que se infieren unas cosas de otras, sacándolas por consecuencia de sus principios", lo cual nos acerca a la acepción en que puede ampararse al peculiar discurso acerca de *El hombre de los hongos* que esta noche nos ha envuelto en su magia.

Por otra parte, no todos los discursos han sido graves reflexiones en prosa. Ronsard escribió en versos sus *Discursos sobre las miserias de este tiempo*, para protestar contra los horrores de las guerras de religión. En versos también, aunque tan monótonos como moralizantes, escribió Voltaire sus *Discursos sobre el hombre*. Y nuestro Carlos Pellicer compuso, no hace mucho, su *Discurso por las flores* en galanos versos:

*Entre todas las flores, señoras y señores,
es el lirio morado el que más me alucina.
Andando una mañana solo por Palestina,
algo de mi conciencia con morados colores
tomó forma de flor y careció de espinas.*

Hay pues, varias formas y muchos contenidos posibles para los discursos, pero, sin duda, el discurso-narración como el que hemos escuchado es de naturaleza distinta al discurso-reflexión, ilustrativo o persuasivo, como los que escuchamos tan a menudo y como tendrá que ser el que ahora voy diciendo.

En ambos casos, se van infiriendo "unas cosas de otras, sacándolas por consecuencia de sus principios"; pero mientras que en el discurso habitual o reflexivo, como el que hago, me es preciso esforzarme en emplear principalmente la razón, más una pizca de imaginación, para contestar a Sergio Galindo, en el caso de la narración-discurso se ha dado otro giro a ese inferir unas cosas de otras y se ha empleado la imaginación en mayor dosis que el puro razonamiento.

Cuando escuchamos al autor leer: "Yo, Emma, soy quien mejor recuerda el arribo de Gaspar", la familiaridad que tenemos con los recursos narrativos nos facilita la adecuación a una serie de convenciones implícitas en esa frase: el autor va a contarnos una historia que ha imaginado; esa historia la comienza a relatar como si fuera contada por uno de sus personajes, en este caso, por una muchacha, Emma. Ahora bien: Emma, Gaspar y la historia mágica que acerca de ellos escuchamos, no existían antes, como sí existen de manera tangible o intangible la Academia Mexicana, Sergio Galindo y su obra y las nociones de literatura acerca de las cuales ahora voy discurrendo. Existen mujeres y hombres como Emma y Gaspar, ambientes tropicales como el del cuento, incertidumbre respecto a la naturaleza de los hongos, y aun, según lo sabemos por la historia, rudas costumbres como la del empleo de catadores para los alimentos, hábitos que subsisten, con menor riesgo, en los restaurantes franceses que tienen aún catadores para sus vinos. Pero con estos datos de la realidad racional, el novelista, el contador de nuevas, ha individualizado cada una de estas nociones y les ha dado una voz propia, que comienza a existir de manera autónoma a partir del texto en que han sido contadas. Emma es una muchacha de pasiones cuya reserva o intensidad ella misma desconoce; Gaspar es un ser de origen misterioso, sensible y puro. Tienen también sus propios rasgos los padres y los hermanos de Emma, y el leopardo, y el gusto por los hongos, y el juego de las pasiones que van entrelazándose. La madre, hermosa y ausente; el padre cazador, refinado y violento en su vitalidad; los hermanos un poco en la sombra, carcomidos por sus resentimientos, van tramando inconscientemente y fatalmente una historia de crueldad. El desenlace, imprevisto, será como una revancha por el horror de la inhumanidad con que se dispone de "los hombres de los hongos", inhumanidad acerca de la cual el narrador parecía no mostrar ninguna reacción. Y cuando el proceso de la historia va a desembocar en otro crimen, se ve interrumpido de pronto por la mortandad general que, a pesar de serlo, nos produce una sensación de alivio. Tras de fascinarnos con la magia de su historia, el narrador nos ha movido también hacia una noción de justicia, aunque de naturaleza en sí misma brutal: la matanza purificadora de Ulises o de Hamlet.

"Todos los hombres tienden por naturaleza al conocer", decía Aristóteles. Pero además de este interés por las nociones y las interpretaciones reflexivas acerca de las cosas, otro de los secretos y de los ingredientes principales de la condición humana es la curiosidad. La relación de los sucesos del pasado, que es la materia de la historia, y la relación de sucesos imaginarios, que es la sustancia de las ficciones novelescas, tienen la virtud de atraernos o de distraernos poderosamente. En sus principios, la historia misma no establecía la distinción radical que después ha existido entre verdad histórica e imaginación.

Heródoto cuenta tantas fábulas como hechos reales, y cuando el grave Plutarco refiere la vida de Alejandro, llamado el Grande, no tiene escrúpulos para recoger, junto a las hazañas posiblemente reales, las fantasías que la leyenda atribuía al héroe casi mítico. El que nos atraigan los hechos del pasado se explica por el interés natural que tenemos por conocer cuáles fueron las acciones de nuestros antepasados, y cómo se realizaron los flujos y reflujos de la historia por los que llegamos al estado actual de nuestras sociedades e instituciones. En cambio, el interés por los sucedidos imaginarios parece un impulso mucho más secreto y que adopta múltiples caminos, que van desprendiéndose paulatinamente de los hechos reales, desde la historia novelada y la novela realista hasta la fantástica que busca la máxima inverosimilitud, el mayor alejamiento posible de la realidad y sus módulos y apariencias. Aquella, la historia, nos ofrece el inventario de lo que ha existido o existe o de lo que sabemos que ha hecho el hombre; ésta, la ficción, nos propone el inventario de lo posible y nos seduce con las infinitas combinaciones de la condición y la conducta humanas. Y, desde los tiempos más remotos, seguimos atraídos por el viejo arte de contar, acaso porque es otra manera sutil y amable de vivir otras vidas y de entendernos y conocernos.

En la tierra veracruzana, la poesía y la canción suelen ser costañas, mientras que el arte más concentrado de la narración es de tierra adentro. Algunos de los más distinguidos narradores mexicanos vienen de estas tierras en que el trópico va ascendiendo a las mesetas centrales, y los nortes y huracanes del Golfo se convierten en lluvias y neblinas persistentes y en una vegetación suntuosa. Acaso de estos climas húmedos y tibios, que propician la interioridad, le viene a Sergio Galindo el gusto y la capacidad para las introspecciones psicológicas, su sensibilidad para escarbar en los móviles complejos de las acciones humanas y en la variedad infinita de los temperamentos. Así se trate de los primeros cuentos, de la novela acerca de una solterona sentimental, de las aventuras y tropelías de unos agentes de migración, de la historia de una familia engreída y trágica, de la visión carnavalesca de una nueva clase social o de la desolación y gratuidad de las relaciones entre personajes modernos, lo común a todas estas narraciones es el talento de su autor para interesarnos, para atraernos con un arte cada vez más seguro y una simpatía llena de calor humano hacia la comprensión de las complejidades y de los móviles que impulsan las pasiones y la angustia de sus personajes.

Algunos de los novelistas de hoy compiten en desnudarse en todos los sentidos posibles y en describir la mecánica y los recursos de la "inquietud que el hombre llama placer". A pesar de sus esfuerzos, muy poco han logrado añadir a la antigua literatura libertina, si no es su insistencia y su prolijidad, acaso porque el hombre de hoy no ha logrado ser ni más imaginativo ni más libre que el de épocas pasadas. En el caso de Sergio Galindo, sin que haya en su obra nada parecido a la pudibundez y sin que sus personajes dejen de ejercer, cuando es el caso, todas sus facultades, hay algo como una visión más ancha de cuerpos y almas, algo como una capacidad de piedad, de ternura y de perdón, que

es como su propia visión de la condición humana, y como su propia condición personal.

Porque, además de su obra literaria, cabe recordar en esta ocasión las tareas culturales realizadas por Sergio Galindo, que nos permiten apreciar más cabalmente su personalidad. Después de sus años de estudios en su ciudad natal y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, volvió a Jalapa para trabajar en la Universidad Veracruzana. Cuando fueron sus rectores Gonzalo Aguirre Beltrán y Fernando Salmerón, se creó en esta Universidad un ambiente de altura académica, verdaderamente universitario, que se manifestó en el mejoramiento de la formación intelectual y científica. Testimonios de los trabajos de aquellos años son las colecciones "Ficción" y "Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras" y la revista *La Palabra y el Hombre*. La colección literaria dio a conocer nuevas voces jóvenes, recogió la obra de escritores ya conocidos y publicó buenas traducciones de obras modernas; y la revista, recientemente reanudada, llegó a ser una de las más importantes de su tiempo, por la amplitud humanista de su contenido y la calidad de sus colaboradores. En estas empresas culturales, Sergio Galindo, como director de la Editorial de 1957 a 1964, fue uno de los animadores principales, dentro de aquel equipo académico que merece recordarse en la historia de las universidades de provincia.

El éxito de aquellas empresas culturales fue la causa de su desarraigo. En efecto, cuando en 1965 se buscaba, para constituir el equipo del Instituto Nacional de Bellas Artes, a la persona que hubiera mostrado mayor capacidad e imaginación para propagar la cultura en la provincia, se llamó a Sergio Galindo para ocupar el Departamento de Coordinación. Después de aquel sexenio en el que, parafraseando al *Pensador Mexicano*, cada uno "hizo lo que pudo por su patria", Sergio Galindo tras de dos años en la Dirección de Divulgación de la Secretaría de Educación Pública, volvió a Bellas Artes como subdirector y, desde septiembre de 1974, dirige el Instituto. Si en esa función no han existido periodos tranquilos, a él le ha tocado sobrellevar chubascos e internos remolinos. Mas a pesar de las inclemencias prosigue imperturbable su tarea. Comprende, sin duda, que en tanto no se creen organismos y sistemas verdaderamente mejores, es preciso mantener, así sea en forma precaria, el estímulo a la creación, las labores de difusión, la educación artística y las múltiples tareas de conservación de los bienes culturales.

Por las creaciones de su pluma, de las cuales hemos escuchado esta noche una muestra tan persuasiva, y por sus tareas como animador cultural, Sergio Galindo tiene un lugar merecido en la Academia Mexicana. Sea en ella cordialmente bienvenido.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, MÉDICO *

Por don ERNESTO RAMOS MEZA

Correspondiente en Guadalajara, Jal.

Alto es el honor que me confiere la Academia Mexicana de la Lengua al elegirme como miembro con residencia en Guadalajara. Este acto realizado tiene, como singular distintivo, la generosidad; y la generosidad, humana prerrogativa, es el estímulo que crea una reacción o respuesta: el de la gratitud, aunada al sentimiento de deuda hacia todos ustedes, señores académicos.

La Academia Mexicana, institución benemérita de la nación, casi centenaria, que con entrega ejemplar se dedica al estudio de la Lengua Española, "en especial cuanto se refiere a los modos peculiares de hablar y escribir en México", congrega numerosos hombres representativos de la cultura nacional, y a través de su historia los frutos han sido notables. El acercarse al pueblo, como elemento creador de la lengua, es una de las actitudes que más han contribuido a que el estudio específico de los académicos sea trascendente, ya que se ha considerado que la "máxima virtud creadora del pueblo es la idiomática". Nosotros, en continuo trato con una entidad federativa como Jalisco, tenemos el espectáculo, la configuración de la casa toda, con el folklore, las tradiciones, el arraigo ancestral, la montaña, el lago, el valle, el mar, la transparencia del aire, la lenidad del clima, los hombres blancos, mestizos e indígenas puros: éstos son factores, seguramente, que han contribuido al enriquecimiento de la Lengua, bajo el imperativo del castellano antiguo y de la influencia de las lenguas autóctonas como el náhuatl, tarasco, huichol y cora. Y no solamente vocablos de uso local, parcelado, deleznales e impertinentes: sino de las que cumpliendo una función semántica han vivificado la lengua castellana. No me detendré en esta aportación de Jalisco. En cambio, considero atingente mencionar a los jaliscienses ilustres que han pasado por la Academia Mexicana dejando un trasunto de luz en nuestra patria: Mariano Coronado, Francisco González Guerrero, Enrique González Martínez, Carlos González Peña, Gutiérrez Otero, José López Portillo y Rojas, Eduardo Luquín Romo, Amado Nervo, Manuel Puga y Acal, Victoriano Salado Álvarez, Atenógenes Silva y José María Vigil. En homenaje a estos hombres que cimentan vitalmente la cultura mexicana, y en homenaje a Jalisco, es por lo que se realiza esta solemne ceremonia; por razón de considerarlo así, me presento ante ustedes, señores académicos.

* Leído en la sesión pública efectuada el 22 de marzo de 1974.

No siempre se tiene conciencia de la bondad del aire que se respira, por ser un acto involuntario: de la misma manera, se habla el castellano sin reparar en su bondad y en su belleza. Permítanme que les señale el instante en que tomé conciencia de ello, gracias a uno de los pocos auténticos maestros que he tenido; el Dr. Gregorio Maraón. El día 24 de abril de 1956, después de las horas de labor en la Policlínica del Instituto de Patología Médica, del Hospital Provincial de Madrid, me encontraba en la biblioteca anexa a las salas de los enfermos. Pasaba en limpio la historia clínica de un enfermo que después examinaría el maestro Maraón. Éste llegó cuando me encontraba absorto en mi tarea, y me dijo que por la tarde habría una ceremonia en la Real Academia de la Lengua. Él disertaría sobre *La comunidad de la lengua hispánica*. Me invitaba para que asistiera, si tenía tiempo y deseo. Desde luego allí estuve, en compañía de dos amigos, también jaliscienses. Aquella tarde saludamos a los siguientes mexicanos, si no hay traición de la memoria: don Francisco Monterde, don Alberto María Carreño, don Alfonso Junco, don Artemio de Valle-Arizpe y don Julio Jiménez Rueda. La conferencia del maestro Maraón se ocupó en destacar "el influjo vivificador que ejerce el talento literario de los grandes escritores y el genio del pueblo en el desarrollo del lenguaje, que aun cuando repugna la extravagancia de los audaces y necesita de los técnicos del idioma, no puede dejarse aprisionar en moldes reglamentarios estrechos, porque si tal fuere el caso, se pudriría. Es necesario encauzar a las fuerzas creadoras, y muchas veces pulirlas; pero —añadió el doctor Maraón— sin esa exuberancia popular, las lenguas morirían de la muerte peor, que es la de la pedantería y el fastidio". Habló también de la gran capacidad de creación idiomática hispanoamericana, y dijo que "la lengua común, el castellano ecuménico, debe adaptarse a la vida diversa de ambos lados del mar". Cuando terminó su lectura, ruidosa pero comedida ovación se rubricó en el aire. Bajó el estrado y con paso corto y rápido se dirigió al fondo de la gran sala donde nos encontrábamos los jaliscienses. Al darme un abrazo, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: "¡Qué hermoso es el idioma castellano! ¡Qué hermoso es el idioma castellano!" Descubriéndome esa gran verdad, me conmovió profundamente. He dicho que no siempre se tiene conciencia de la bondad del aire que se respira, y si he deseado contarles esta vivencia mía, emotiva, reveladora, es para manifestarles el inicio de mi respeto a quienes, como ustedes, trabajan todos los días porque el viejo y noble castellano siga siendo el hermoso, puro y siempre remozado idioma que Castilla derramó por los insólitos paisajes de las Américas y de las Filipinas. Porque cada uno de nosotros podría decir con Jorge Luis Borges: "Mi destino es la lengua castellana. . ."

Estoy ante ustedes para hablarles de Enrique González Martínez, jalisciense que vino a ocupar un sitio de honor en la Academia Mexicana. González Martínez fue un romero que durante su viaje por la vida llevó el fuego de la doble lámpara vocacional: lámpara votiva de la Medicina, lámpara votiva de la Poesía. En esta ocasión nos acercaremos a Enrique González Martínez, médico.

La vida de un hombre está marcada por los frutos de su vocación. Serán una constante si logran trascender el tiempo de su ciclo vital, con lo que —insertos en la Historia— ocuparán un casillero específico: militar, político, poeta, arquitecto, médico, inventor, matemático o maestro. Es el resultado de haber obedecido diariamente, tal vez en forma obsesiva, la voz interior. Y si la fuerza de su vocación es débil, aún así arrastrará en el área más o menos corta de su actividad, y en la brevedad de su tiempo, la impronta de su habitual quehacer o lucha.

Esta reflexión adquiere evidencia al hojear la historia del arte, de la ciencia, de las mil actividades del hombre. Y en el caso particular que nos ocupa, al meditar sobre el quehacer del hombre conocido en la historia de la cultura mexicana como Enrique González Martínez, por unanimidad se le incluye en el capítulo donde viven para la posteridad los poetas que han enriquecido al mundo. Enrique González Martínez, poeta. Sí, poeta; pero también para una legión de hombres, mujeres y niños que cruzaron por su camino de romero alucinado, este personaje solamente fue: Enrique González Martínez médico. Y si juntamos los dos señalamientos obtendremos: Enrique González Martínez, médico y poeta. Con ello casi completamos el refrán popular que dice: "De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco." ¿Había locura en González Martínez? Desde luego que sí: la descripción está contenida en sus libros autobiográficos y nombrada como *La apacible locura*. Es la apacibilidad de una divina locura.

Dos son las vertientes de su vocación, colosal montaña con la vertiente roja de la Medicina y la vertiente azul de la poesía. Es, por lo tanto, un ejemplo más de los casos en los cuales la doble vocación impulsa a forjar una obra, un destino. No es el momento de especular sobre este notable fenómeno; solamente señalaremos cómo la doble vocación se trae, para bien o para mal, incardinada en lo más profundo de la personalidad. No es, por lo tanto, la de aquellos hombres que al escoger profesión o actividad, equivocan el llamado interior, y posteriormente dedican el esfuerzo de su vida a la realización de otras tareas más afines, más gratas y de mayores logros. Es oportuno mencionar a los médicos Pío Baroja, Somerset Maugham, Georges Duhamel. Estos hombres abandonan el quehacer médico, cambian el estetoscopio por la pluma, y con esta transferencia de instrumentos se realizan, manifiestan su autenticidad al escuchar el mandato de su vocación cierta, en toda su pureza. Paradigmas de vocación doble —Letras y Medicina— son el español Gregorio Marañón y el mexicano Mariano Azuela, quienes no abandonan las dos trincheras. Marañón, hasta el momento de su muerte; Azuela, todavía en la ancianidad atendió a su clientela en la colonia Santa María de la ciudad de México, a la que ha servido no por los emolumentos, sino practicando la Medicina como apostolado.

Es muy comprensible por qué le hiere profundamente a Enrique González Martínez el pinchazo de una frase ingeniosa del poeta Xavier Villaurrutia, cuando dice que la única operación quirúrgica que realizó fue "torcerle el cuello al cisne". González Martínez, médico por vocación, celoso de su actividad médica, con el orgullo de una tarea cumplida con rigor y nobleza, con la satisfacción de

haber sufrido al unísono con los atormentados por la miseria, por el dolor, por la ignorancia, replica:

¡Qué engañado está el gran poeta amigo! En aquellos largos años de vida profesional recibí en mis manos centenares y centenares de vidas nuevas que llegaron, unas con espontaneidad normal y otras a merced a mi versión oportuna, a mi fórceps salvador o a cualquier otra intervención delicada. Me habría visto el amigo poeta con mi bisturí en la mano, improvisando ayudantes, valiéndome de cuanto recurso estaba a mi alcance para conseguir una asepsia rigurosa; practicar operaciones que no admiten espera en casas pobres y en condiciones lamentables, fiado en que el organismo sabe defenderse solo y forzado por la necesidad. Me habría visto en laboratorio improvisado confirmando o rectificando un diagnóstico dudoso, entregado a mis propias fuerzas y sin tener a quien volver los ojos en busca de ayuda o de consejo. Todo aquello era algo más que "torcerle el cuello al cisne".

Esta es la respuesta violenta a quien se atreve a tocar una fibra sensible. Sensible, porque forma parte de un ideal concebido hacía muchos años, en aquella remota época en que el niño, formando coro con los padres, va diseñando en la imaginación la arquitectura del futuro. A estos tiempos siguieron la lucha en el estudio, lucha con la apremiante realidad con que tropieza el médico en la diaria práctica, de complejidad mayor si se lleva a cabo en los apartados pueblos o pobrísimas comunidades de nuestra nación. González Martínez confiesa: "En un ansia imposible de dominar y dirigir la vida por una senda fijada de antemano por el deseo, mis padres y yo habíamos formado un plan ilusorio, que la vida misma se encargó de quebrantar. El ideal que yo perseguía era bien modesto: ser, andando el tiempo, un médico famoso en mi ciudad natal; hacer una brillante carrera científica en la propia escuela en que me había educado; ser catedrático —fui nombrado a poco de recibirme, profesor adjunto de Fisiología— y llegar a ser director de la Facultad, cuando la muerte o la vejez dejara vacantes los puestos que ocupaban mis profesores. Luego, al margen de aquella vida honesta y honorable, con hijos y mujer que habrían de acompañarme, el cultivo silencioso de la poesía."

He aquí la estructuración de un ideal nacido en la adolescencia. En primer lugar, y como programa para llenar plenamente con el esfuerzo de una vida, la dedicación a la profesión médica; secundariamente, para satisfacción íntima y en forma inconfesada, "el cultivo silencioso de la poesía". Pero este cultivo silencioso fue simplemente un propósito que nunca se llevó a efecto debido a que había una fuerza interior, incontenible, que se derramaba a la superficie: por ello, desde la época de su primera juventud, ya el nombre de Enrique González Martínez se leía en revistas y periódicos de provincia. Y cuando los estudios formales de la carrera de Medicina acaparan los minutos, las horas y los días, aún así, burla burlando, la sensibilidad germina y florece en forma inexorable. He aquí configurado el admirable cuadro de la doble vocación que se trae, no a cuestas, no como algo postizo, adherido, sino como el latido mismo del

corazón, en la profundidad del ser: no como adjetivo, sino como la limpieza ingénita de lo sustancial. Vocación doble. Fatiga doble. Angustia doble. Pero también la doble alegría que inunda las almas de los escogidos.

Los estudios de medicina

En 1886, a los 15 años de edad —González Martínez había nacido el 13 de abril de 1871— ingresa a la Escuela de Medicina de su ciudad natal, Guadalajara. Deja atrás el Seminario donde realizara estudios que le crean "fama de buen estudiante" y cimenta la base de su cultura con los conocimientos del latín y de la filosofía escolástica, y por virtud de sus copiosas lecturas. En cuanto al bagaje científico con que ingresa a la Escuela de Medicina él mismo considera que era suficiente para poder iniciar la carrera que había escogido sin mayores tropiezos. Porque esta profesión la eligió siguiendo el impulso de su vocación, ya que como él afirma: "nunca tuve que violentarme ni hubo vacilación de mi parte para emprender esta carrera". Aunque sus estudios anteriores, además de los realizados en el Seminario Conciliar, los ha hecho en la Preparatoria y en el Liceo de Varones del Estado, cuando los años pasan y la serenidad campea y los juicios se afinan, se atreve a decir con firmeza y sinceridad: "No tuve más maestros que mis padres. Esta afirmación categórica se funda en el concepto que tengo del magisterio. Catedráticos tuve muchos; varios de ellos me enseñaron buena parte de lo poco que sé; los recuerdo con cariño respetuoso y les agradezco en el alma su bondad y su ciencia; pero ninguno, de no ser mis padres, dejó en mi espíritu una huella honda, un impulso definitivo, una dirección permanente; ninguno sembró en mí un estímulo o un propósito ni descubrió en lo más recóndito de mi ser lo que era digno de robustecerse, reprimirse o modificarse."

Con estas palabras podríamos entrever la realidad de una época, o cuando menos, la de un periodo que desgraciadamente se repite con fatal frecuencia en la historia de los pueblos: la carencia de maestros. Porque un maestro no es aquel que atiborra de conocimientos, en forma más o menos brillante, a sus alumnos; sino quienes logran elevarlos en la búsqueda o el descubrimiento de un ideal, de una conducta, de un camino, de una vocación. Quienes enseñaron a González Martínez no poseían la textura espiritual para encuadrarlos en el noble término de maestros, haciendo nuestras sus palabras escritas cuando la vida se acaba, cuando se empieza a hacer el final balance.

En la propia Escuela de Medicina también encuentra a los profesores repetidores de lecciones, ignorantes, carentes del hálito creador, del entusiasmo que pueda contagiar a los alumnos. "Mi padre —dice confidencialmente— habría querido hacer de mí un sabio; mi madre, un triunfador. El ideal de mi padre era tener por hijo a un Newton, un Leibnitz, un Pasteur; mi madre pensaba en el héroe, el santo o el artista; Bonaparte, Cervantes o Francisco de Asís." Los años darán forma a los deseos de la madre: el artista entrará para siempre en las páginas de la Historia.

González Martínez, en *El hombre del bicho*, delinea el carácter, la capacidad

intelectual, la solvencia profesional de cada uno de sus profesores de Medicina. Y aunque muchos han muerto hace medio siglo, con respeto y alteza de miras, haciendo gala de admirable actitud moral, señala sus defectos y limitaciones, pero no menciona nombres. Y cuando juzga a algún catedrático y escribe su nombre, es para enaltecerlo. Es decir, solamente cita con su nombre a quienes considera que merecen un reconocimiento, un halago, un adjetivo de admiración. En dicho libro autobiográfico dedica varias páginas en las cuales exploya los juicios que conserva de sus profesores que aún no se han diluido en el olvido. Solamente transcribimos unas líneas para rescatar los retratos de unos cuantos hombres que enseñaron a González Martínez:

Mi profesor de Fisiología era un médico todavía joven, inteligente, de palabra fácil, juerguista, bebedor, poco puntual en sus clases, a las que llegaba con frecuencia marcando el rostro con las huellas de su vida desarreglada que lo condujo prematuramente a la muerte... El profesor de Histología Normal era un tonto sin atenuaciones. Acostumbraba decirnos el texto de memoria —la muy fiel— y esto daba ocasión a chascarrillos y quid pro quos positivamente grotescos. Por ejemplo, un día que nos repetía algún pasaje del texto de Anatomía General —creo que era el libro de Cadiat—, nos soltó esta frase que, en su boca, resultaba ridícula: "Cuando mi amigo Robin y yo hicimos un viaje a Berlín para conferenciar con el profesor Virchow..." Aquellas palabras, en boca de quien no conocía más mundo que su pueblo natal y la ciudad de Guadalajara, a donde lo había llevado para ocupar una cátedra la complacencia de un gobernador sin escrúpulos, hubieran provocado la más estrepitosa carcajada colectiva, si el miedo que nos causaba aquel tonto hubiera corrido parejas con su estupidez... El profesor de Anatomía era un cincuentón alto y flaco, de muy poca cultura como no fuera en asuntos de su especialidad. De palabra torpe y escasa, se servía de términos anatómicos hasta en las conversaciones más usuales de la vida; no conocía otro léxico que el de su ciencia, y eran de ver los esfuerzos que hacía por traducir en expresiones técnico-anatómicas cualquier suceso familiar. En el anfiteatro, sobre el cadáver, con el escalpelo y las pinzas en la mano, sufría una maravillosa transformación. Las manos largas, morenas y huesudas de nuestro profesor se movían como arañas que tejieran una tela milagrosa... Por desgracia, aquel conocimiento profundo de la Anatomía, aquella mano diestra para la disección, no le servía al maestro sino para la enseñanza de sus alumnos. No operaba nunca, casi no ejercía su profesión y carecía de amor a la clínica. Allí sobre la mesa del anfiteatro, quedaba la obra maestra para ser arrojada horas más tarde a la fosa común... Nuestro profesor de Clínica Interna era un médico de gran mundo, rico y bien emparentado, que ejercía poco y atendía sólo a los enfermos de la clase más alta de la ciudad, y todavía a éstos, a ruegos y encargos. Era un hombre alto y flaco a causa de una dolencia crónica que le habría producido una enorme dilatación del estómago... El profesor de Clínica Quirúrgica era un práctico muy distinguido. Hombre de mediana inteligencia, suplía con su dedicación al estudio y a la clínica la falta de dotes intelectuales brillantes. Reposado y minucioso para el examen de los enfermos, sus diagnósticos eran por lo

general muy seguros, y sus intervenciones, salvadoras y oportunas... El catedrático de Obstetricia era un partero muy conocedor de su oficio. A su lado aprendimos lo necesario para no salir desprovistos de observaciones, y bajo su dirección asistimos a un número de mujeres en preñez o en trabajo, bastantes para que nos sintiéramos dueños de una suficiente práctica. Sus lecciones teóricas dejaban mucho que desear; tenía la palabra confusa e incorrecta, que él trataba de disimular con hablar mucho y de prisa; pero a la hora de palpar, de auscultar, de diagnosticar presentaciones y posiciones y al tiempo de intervenir, era muy diestro y de gran competencia... La figura más brillante e ilustre de nuestra escuela, era, sin disputa, la del doctor don Fortunato G. Arce. Era lo que se llama un médico por los cuatro costados; médico por vocación, enamorado de todo lo que se refiere a la medicina y ciencias auxiliares. Frisaría entonces en los cincuenta y dos años; era bajito, rechoncho, moreno y calvo... Era médico de gran clientela; curaba a todos los ricos de la ciudad, que lo explotaban miserablemente con iguales cuyo monto causaría risa o indignación...

No hace falta meditar mucho para llegar a la conclusión de que esta descripción de González Martínez constituye una tipificación valedera hasta nuestros días: allí caben muchos profesores que han deambulado por las Escuelas de Medicina de nuestro tiempo y de nuestro mundo.

El joven González Martínez realiza los estudios de Medicina bajo el signo de una alegría de vivir inextinguible, a pesar de las nubes preñadas de tormenta de los exámenes semestrales, de las cuitas de amor, del ansia febril de la poesía. Entonces le llamaban "el hombre feliz". Dos tipos diferentes de amigos forman su mundo: los compañeros de Medicina, con los que se discuten los problemas de la fisiología, de la patología, de la terapéutica; donde se cuentan las anécdotas originadas en las horas de clases donde los profesores son quienes motivan el chiste malicioso o mordaz. El otro grupo lo constituían las amistades literarias: con éstas el tema era la literatura; comentario de libros recién leídos, lectura de textos recién escritos y conversaciones en las cuales se creía que se adentraban más en el arduo oficio de escritor. Con éstos se reunía procurando que sus compañeros de la carrera médica no supieran de su disimulada propensión a frecuentar las tertulias literarias de claro matiz bohemio. Sin embargo, éstos "sabían vagamente —dice González Martínez— que yo hacía versos y comentaban el caso con cierta ironía que demostraba su convicción de que entre la Medicina y la Poesía mediaba un abismo, de que eran dos cosas absolutamente irreconciliables". Y agrega: "Guardaba yo en un relativo misterio mi irresistible afición, como pecado oculto, tanto más cuanto que algún profesor, y no de los peores, me aconsejó desviarme de tan peligroso ejercicio. Yo, como es natural, seguí en las andadas."

Y así, esclavizado con el yugo bipolar de la Medicina y la Poesía, cuando casi cumplía los veintidós años, el 7 de abril de 1893 recibe el título de médico. Luz roja, luz azul que inundan su doble vocación.

El ejercicio de la medicina

Ya pasaron los exámenes, el enfrentamiento con los profesores sabios, nobles, estúpidos, arribistas, de "sociedad", abnegados, apóstoles, ignorantes, vividores, influyentes, viciosos. Ya pasó el sueño oscuro, el sueño verde, el sueño rosa de la época estudiantil. Ya pasó, y el viento sigue siendo transparente en la ciudad de Guadalajara cuando el siglo XIX va llenando su casillero de cien años. El nuevo médico exclama: "Adiós, amigos, adiós, vida alegre y confiada; adiós, juergas nocturnas que el mundo protegía y perdonaba; adiós, novias fáciles, generosas para dar y desinteresadas para exigir; adiós, sueños acariciados, que hoy era preciso realizar; adiós, juventud..."

Tal vez en algún momento de soledad, cuando el hombre se recoge en el rincón apacible e interno del yo, González Martínez sintió un estremecimiento de duda ante el futuro que avizoraba incierto, envuelto en la niebla de lo desconocido. Saturado de la disciplina que le impusieron los estudios, la voraz y constante lectura de libros disímboles, los profesores de más o menos capacidad, de la pobre experiencia que no se podría presumir de pródiga, tal vez el joven médico experimentara una profunda crisis. Su sensibilidad la turba el viento tanto como la idea del viento. Si la idea del viento, un concepto, conmociona, ¿qué no hará la visión de un nuevo camino que se abre en la oscuridad y en el dédalo de las posibilidades, donde la vida —su vida— se realizará?

Por lo pronto el descubrimiento de la realidad: trillada, vulgar, miserable, con la inmediatez insoslayable del enfrentamiento con las circunstancias creadas por los hombres, manoseadas por los hombres, deformadas por los hombres, envilecidas por los hombres. En fin, un banquete preparado por la Historia en donde se podrían escuchar las músicas de un funeral o las fanfarrias carnavalescas de la vida. Enrique González Martínez era uno más de los invitados. Y el temblor, la duda, la decisión, la ambrosía, la euforia, la ambición o el miedo podrían conturbar el alma de un hombre joven. Pero este hombre inició inmovible el camino. ¿Cuál camino? El camino inventado, creado por la vocación. Sí, desde luego: la noble vocación de hombre en plenitud que busca con denuedo su realización, el encuentro con su cabal autenticidad.

Guadalajara todavía es una ciudad pequeña. Todo mundo se conoce: raíz, tronco, ramas y frutos. Y el hijo del profesor José María González y la señora Felicianita Martínez de González entra a la sociedad para servirla: una placa de hierro niquelado exhibe el nombre de *Enrique González Martínez, médico*.

Pronto designan al nuevo médico profesor adjunto de Fisiología y poco a poco la clientela ayuda a cubrir los gastos personales. Además, el doctor Benítez, uno de sus profesores, cirujano de numerosa clientela, le hace su ayudante, y González Martínez adquiere experiencia quirúrgica que tan útil le sería en la siguiente etapa de su vida como médico de pueblo, experiencia que no necesitaría para torcerle el cuello al cisne...

Dos años y medio ejerce la Medicina en Guadalajara. Y el mes de diciembre de 1895 su padre va a hacerse cargo de un colegio en Culiacán, Sinaloa. Su familia le acompaña: su esposa, su hija y su hijo el doctor González Martínez.

Este duda y se resiste al viaje ante el porvenir que en Guadalajara se muestra sonriente. Un médico amigo de la familia le dice: "A los pueblos se va a engordar, a enriquecer y a embrutecer." Sin embargo, González Martínez sube a la diligencia con su familia, y después de ocho días de viaje llegan a Mazatlán. Aquí le recibe un espectáculo grandioso: el mar, el antiguo mar de las Olas Altas que azulea su piel convulsa, infinita. Este descubrimiento será recordado siempre por el poeta: "La gran lágrima azul..." Y cuando habla del mar, siempre será "el mar de Mazatlán, el de las olas bravas, el de las rompientes rumorosas, el de los escollos empenachados de espumas, el mar en libertad, sin trabas, presidido por la alta verdura de los cerros y la luz piadosa de sus faros; el mar de iniciación, el primer mar".

Los viajeros siguen a Culiacán. Aquí el médico González Martínez trata, durante seis meses, de establecerse y formar clientela, inútilmente: su juventud le hace parecer sin experiencia. Visita El Fuerte con intenciones de radicar allí, pero decide quedarse en la ciudad de Sinaloa. Éste sería el teatro donde el médico González Martínez actuaría solo durante largos años, sin la mirada vigilante del amigo o del maestro de larga experiencia. "Ya no era yo, dice González Martínez, el médico *señorito* de Guadalajara, el mimado de los amigos y protegido de los maestros, el muchacho bien, en carrera fácil, para quien se allanan todos los obstáculos; era ya el médico rural, en contacto con personas muy otras de aquellas que había conocido en mi ciudad natal, más ingenuas, más abiertas, más susceptibles de ser amadas y comprendidas."

La pequeña ciudad de Sinaloa tenía 2,192 habitantes, pero era la cabecera de la Directoría y Distrito: de todos los confines de este Distrito acudían sus habitantes en ayuda del médico; y aunque al principio desconfiaban, no del médico, sino de su juventud, en poco tiempo se entregaron en manos del facultativo. Y éste, viviendo en aquel nuevo mundo para su experiencia, inmerso en el brillo de una pequeña comunidad llena de magia, también sucumbió bajo el hechizo de la vida de sus habitantes, limpia, sincera, antisolemne, pegada a la Naturaleza. También aquí, en el aislamiento de la ciudad de Sinaloa, encontraría la compañera de su vida: Luisa Rojo.

El joven médico es solicitado desde todos los rincones del Distrito. Él señalará como factor importante de su éxito al médico que le antecedió en el ejercicio de la profesión en esa zona, el doctor De la Torre, quien pudo acostumbrar al pueblo a visitar al médico y no a los curanderos o charlatanes que entonces proliferaban. Y en su caballo negro transitó por todos los caminos del Distrito, de día y de noche. Se enfrentó a todos los problemas del ejercicio de la Medicina, podemos asegurarlo, porque ¿cuál médico en servicio activo en la campiña mexicana, alejado de los centros adecuadamente equipados, en medio de la gente humilde, miserable, no se enfrenta y lucha ante la insalubridad, la ignorancia médica, la nutrición inadecuada y las inveteradas prácticas de la medicina mágica heredada de los pueblos aborígenes? "Dura gimnasia de voluntad es el ejercicio del médico en provincia —reflexionará él más tarde—, que ha menester carácter entero, serenidad a toda prueba, valentía para no dejarse dominar por el miedo de fracasar en la hora decisiva. Llamadas de medianoche en

que hay que diagnosticar de prisa e intervenir a tiempo: cirugía de urgencia en que nada hay a la mano y en que es forzoso improvisar lo que hace falta, a riesgo de una vida; pánicos familiares que turban el espíritu ante la propia inseguridad del tratamiento; todo ello angustia el alma del pobre médico inexperto y privado de cuanto ayuda, ilustra y tranquiliza. Escuela severísima, que estruja los nervios y sacude el alma; pero de la cual se sale, a la postre, con la voluntad recia henchida de experiencias y enseñanzas."

La vida en Sinaloa es vida de acción para el médico, de constante disponibilidad. Pero si bien es vida de acción, también hay tiempo para meditar y para escribir poemas. El médico que vive en Sinaloa es el poeta que firma sus trabajos en numerosas publicaciones de la capital de la República y de la provincia mexicana. Y también lee y estudia en su retiro maravilloso. También ama. Y lo que después será fuente de angustia durante mucho tiempo apresa al médico, al poeta: una pasión malsana. Como a Dostoyevski, el admirable novelista ruso, de repente se ve atado por la pasión del juego, donde pierde lo que recibe de los humildes, donde invierte las horas disponibles del día y las horas que hurta al sueño por las noches. Pero al fin el amor gana la batalla y la guerra: se casa con Luisa Rojo en noviembre de 1898, y los dos vencen.

Durante años siguió escribiendo para las revistas de la capital y de las provincias: cosechaba elogios y se le instaba a que siguiera colaborando. Sus tareas literarias las consideraba como un pasatiempo, que no debería entorpecer su práctica profesional, sus estudios. Afirma: "Me gustaba afectar cierto desdén por mis trabajos poéticos, deseoso acaso de demostrar con ello que un hombre puede ser un profesional de alto copete y tener otras ventanas abiertas a la vida. Me consideraba ligado por un juramento inviolable a la Medicina; ella era para mí la mujer legítima con quien se vive y a quien se presenta orgullosamente en sociedad; la poesía era mi querida, no inconfesada, sino de la cual se habla entre amigos íntimos y de cuyos favores hay que ufanarse en medio de negativas que acaban por ser afirmaciones." Muchas veces le hicieron sugerencias de que publicara libros: él se negaba. Quería seguir viviendo la doble vida, la doble vocación: una, que la miraran todos; otra, que permaneciera oculta, cubierta con un cierto rubor y pudibundez.

Pero de pronto algo vino a hacerlo meditar. Tenía 29 años, o sea que ya corría el año 1900. Tenía esposa y un hijo, Enrique González Rojo, quien después también sería poeta; además, una posición ganada por el esfuerzo y entregada a la comunidad de Sinaloa. ¿Qué vino a turbar los vientos rojos y azules de aquel fecundo aislamiento? Un relámpago y un trueno que se percibieron en todo el país: los periódicos y las revistas literarias publicaron la noticia de la muerte del joven médico, del joven poeta Enrique González Martínez. Quien más, quien menos, construyeron elogios, lanzaron sinceras condolencias y se empeñaron en demostrar la ingente pérdida para la república de las letras: González Martínez, el gran poeta, muerto en plena juventud. La pérdida se consideraba irreparable. Era un malogrado. Los amados por los dioses mueren jóvenes, se repetía por todos los ámbitos.

Si todas sus amistades literarias se sorprendieron por lo inesperado de la no-

ticia, la sorpresa no fue menor para el propio González Martínez, quien una mañana se levantó a leer los periódicos y se enteró —con un temblor en el alma— que había muerto.

Nadie supo de dónde provino la falsa noticia. Se recibieron numerosos telegramas, condolencias a la familia. Después llegarían los trabajos donde se analizaba su obra poética, a la que siempre se elogiaba. Antes de publicar su primer libro, la noticia falsa de su muerte le dio cierta popularidad. Entonces creció el ruego de sus amigos, como don Joaquín D. Casasús, Victoriano Salado Álvarez y muchos más, que le decían dejara su aislamiento de la provincia y se fuera a radicar a la ciudad de México: esto empezó a hacer mella en su espíritu. Poco a poco se iba venciendo la idea de que se hallaba ligado por un juramento inviolable a la Medicina.

Aunque González Martínez se hacía sordo al canto de las sirenas, algo le quedaba en el fondo del alma: el germen de una posibilidad. La posibilidad de que la realización de un encuentro con su misión en la vida, sería el camino de la poesía. La medicina era la mujer legítima. Pero ésta era una frase nada más. La comparación no es justa. Sin embargo, a la Medicina le entregó todo. En cambio, había algo que la Medicina le daba cotidianamente: frustración, angustia, desesperanza, sensación de impotencia. La Medicina era traicionera. Tal vez los tiempos no estaban maduros. Es cierto, ayudaba a mitigar el dolor de los hombres, al pueblo que él tanto amaba. Podría aceptar que viniera la muerte a llevarse las vidas. Estaba bien. Ley natural. Pero, analizando esto en el momento en que el siglo XIX deja el sitio al siglo XX, efectivamente es decepcionante lo que la Medicina puede hacer. Más todavía, la Medicina que practica un médico rural, como orgullosamente se ostentaba y en efecto era González Martínez. La Medicina no responde, es ineficaz, le falla. Tal vez esto no se abra camino a su conciencia, pero ¿carece de fundamento esta presunción de nuestra parte? Asumémoslo un instante a la historia de la Medicina de aquella época, conocida como época positivista. Caracteriza al médico del último tercio del siglo pasado su proyección a la sociedad en que vive, y le sirve con mayor eficacia más "por lo que evita que por lo que cura" (Pedro Laín Entralgo). Y con esta frase señalamos, resumidamente, la situación de la Medicina, investida de grandes limitaciones y de prometedoras realizaciones. Sin embargo, lo que logra en el campo de la profilaxis ya es considerable, sobre todo en el campo de las enfermedades infecciosas. En el mundo de la Medicina estaba vigente la era listeriana, o sea la aplicación de la asepsia.

Pero las ideas no se imponen universalmente hasta que transcurre algún tiempo. Así, recordamos que Rafael Heliodoro Valle, en su obra *La cirugía mexicana del siglo XIX*, p. LXXXIV, se refiere al doctor Tobías Núñez, uno de los cirujanos más destacados de la capital del país, y que tal vez era de los que opinaban que los microbios eran fantasmagorías, por la siguiente observación del doctor Fernando Ocaranza, uno de sus discípulos, en plena época de la antisepsia: El doctor Tobías Núñez "manejaba el bisturí entre chupada y chupada de cigarro, y alguna vez le vi introducir sus dedos llenos de pus en la

boca de un individuo que sufría un accidente clorofórmico y regresar los dedos, ahora llenos de pus y saliva, al campo de la operación”.

Lo anterior, aunque no fuera la norma de lo que se practicaba en los centros de mayor rigor científico, lo cierto es que aún quedaba mucho por realizar en el campo de la formación médica. Los médicos, sobre todo en las áreas rurales, seguían las prácticas empíricas, tradicionales y retardatarias, ayunas de ciencia las más de las veces. ¿Y qué decir de la educación del pueblo? Aquellos médicos, como Enrique González Martínez, con cultura, con afán de perfeccionarse en la ciencia que practican, seguramente percibían un choque entre la realidad de las enfermedades que enfrentaban, y la otra realidad, la de las armas con que contaban para combatirlas. El arsenal efectivo, de valor científico, de eficacia comprobada, hoy podemos más árido, era muy pobre; la terapéutica nula. Es cierto, los conocimientos clínicos estaban muy adelantados; pero la farmacología y otras ciencias auxiliares como la bioquímica, o tenían una existencia embrionaria, o en realidad no existían.

Podemos concluir, entonces, que González Martínez practicó la Medicina durante 17 años, y que actuó en su momento con los conocimientos coetáneos, con entrega y vocación supremas. Y que no tuvo objeción en escoger, valientemente, el terreno más árido, que requería superior actitud heroica para llevar a cabo su actuación: la de médico rural. El poeta Xavier Villaurrutia no ha tenido razón: solamente hizo una frase hiriente y en todo caso ingeniosa. Y no la tienen tampoco los que le siguieron, como Fernández Mac Gregor, quien dijo del poeta González Martínez: “¿No muerde continuamente a este poeta el remordimiento? Su ansia de bondad y de progreso espiritual no se siente aliquebrada ante el crimen que cometió su orgullo? Siempre que me lo imagino se me presenta con las morenas manos (que tal vez nunca han sabido del escalpelo), ensangrentadas con sangre inocente...”

Como médico rural González Martínez hizo sus primeras armas en la ciudad de Sinaloa; pero los últimos años de su ejercicio profesional, fecundos en las dos vertientes de su vocación —roja, azul—, transcurrieron en Mocorito, del propio Estado de Sinaloa, a donde fue bajo contrato, y donde nace su hijo Jorge. Entonces ya había impreso su primer libro, *Preludios*, en la imprenta Retes de Mazatlán. Este libro fue saludado con alborozo por la crítica. Era el triunfo de la vertiente azul de la vocación. Los amigos siguieron escribiendo cartas para que se fuera a México. Incluso llegaron a ofrecerle un puesto de médico inspector de escuelas, y clases de Literatura en la Preparatoria. La vertiente roja, la que señalaba la Medicina, languidecía.

Poco a poco fue creciendo, agigantándose, el deseo de viajar a la ciudad de México. Ayudado por los amigos de Mocorito, al fin se decide a ir en un viaje de observación. Este viaje le sirve para afirmar antiguas amistades y crear nuevas: encuentro con Victoriano Salado Álvarez, Joaquín D. Casasús, Amado Nervo, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Manuel G. Revilla, Rafael Ángel de la Peña. Pero este intento de conquistar la capital resultó fallido, y regresó a Mocorito. Aquí publica *Lirismos*, en 1907. Dos años después aparece *Silenter*, con prólo-

go de Sixto Osuna, y en 1911 *Los senderos ocultos*. Pronto la vertiente roja de su vocación, la Medicina, es eclipsada definitivamente por la vertiente azul de la Poesía. ¿Definitivamente? No. Siempre quedará un tibio rescoldo. Tibio, lo cual significa que aún había fuego.

González Martínez, al publicar sus libros, va entrando por la puerta ancha de la fama. Deja, finalmente, Mocorito el año 1911 y se establece en México. Le designan sucesivamente, miembro correspondiente y luego miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua, Subsecretario de Instrucción Pública. Funda revistas literarias, como *Pegaso*, con Ramón López Velarde y Efrén Rebollo; colabora en los principales diarios como editorialista. Después, es nombrado Ministro Plenipotenciario de México en Chile; luego en Argentina, en España, en Portugal. Los libros siguen brotando de su corazón, de su mente, de su sensibilidad. Y cuando regresa a la patria, después de prolongadas tareas diplomáticas, es Presidente del Seminario de Cultura Mexicana, y miembro fundador de El Colegio Nacional. Y ya que los años le encumbran al inefable campo de la plenitud y la serenidad, todavía sentirá viva una voz: la antigua voz de su amor a la Medicina envuelta en el sudario de la nostalgia. Entonces, el universo —su universo— sería azul, presidido por el sapiente búho.

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR.

Por don AGUSTÍN YÁÑEZ

Estudiante ferviente, fervoroso; alumno predilecto de don Gregorio Marañón y su heredero en la conjugación de ciencia y letras; peregrino ávido; médico prestigioso; investigador, maestro, escritor, mantenedor asiduo de la tradición cultural jalisciense, don Ernesto Ramos Meza fue llamado —llega hoy— al coro de correspondencias para la noble tarea de limpiar, fijar y dar esplendor a nuestro idioma: clave de nuestra cultura.

Con clara conciencia del empeño, el recipiendario acaba de refrendar su adhesión al trabajo para mantener y fecundar la hermosura, pureza y tenaz remozamiento de la lengua que Castilla derramó por lontanas tierras; y en esto recurrió a la fuente del habla popular, donde se fraguan los idiomas: "la máxima virtud creadora del pueblo es la idiomática".

Confirmación de la doctrina, la obra, desde la ficción: *La muerte de Pamilo*, novela, y las evocaciones de personas y sitios: *Gregorio Marañón, médico y humanista*, *Voces de Talpa: historia y leyenda*, *Lago de Chapala: testimonio y paisaje*, hasta la investigación y la didáctica: *Arqueopatología*, *Mamutes: hallazgo de un cementerio en Jalisco*, *La medicina en Jalisco*, *Manual de endocrinología clínica*. Estos, algunos títulos de la bibliografía de Ramos Meza, humanista: nada humano le es ajeno; el ejercicio profesional de la medicina, deja sitio al cultivo desinteresado, libérrimo, de múltiples campos: paleontología y arqueología, antropología e historia, letras y música, con el almo coro de las otras artes.

Propicio recinto de cordiales, fecundas tertulias, donde desde siempre se ha fraguado la cultura regional, donde se acrisolan vocaciones, la biblioteca del doctor Ramos Meza es una de las más ricas bibliotecas tapatías, engrandecida por el acervo que perteneció a nuestro antiguo colega J. de Jesús Núñez y Domínguez.

En otro surco: el mantenimiento de revistas y otros géneros de publicaciones, que han significado secularmente a Jalisco. Ramos Meza fue cofundador de la revista *Ariel* (1949) y subdirector de *Estudios Históricos* (2ª época: 1955-1958); es director de la *Colección Siglo XVI* (obras de Historia Mexicana) y secretario de la revista *Et Cætera*.

No menos amplia, su labor docente, no sólo en materias médicas de su especialidad, sino en otras esferas de la cultura: historia de la historiografía, historia antigua de México, arqueología de América Media.

Suma de actividades, aunadas a temple cordial, generoso de sus dones, han labrado a don Ernesto Ramos Meza indiscutible prestigio nacional e internacional.

La disertación que acabamos de oír: *Enrique González Martínez, médico*, proyecta desconocidas luces para mejor entender la personalidad y la obra de quien ha sido uno de los más claros varones de nuestra Casa y stirpe; quien es y seguirá siendo alta cumbre de la poesía: "romero que durante su viaje por la vida llevó el fuego de doble lámpara vocacional: lámpara votiva de la medicina; lámpara votiva de la poesía". El recipiente, plástica, coloridamente la llama vertientes roja y azul. "Doble vocación, impulsa a forjar una obra, un destino." González Martínez no fue "de aquellos hombres que al escoger profesión o actividad, equivocan el llamado interior"; ni fue su intervención quirúrgica única, según amable, ingeniosa ocurrencia de Xavier Villaurrutia, el haber torcido el cuello al cisne.

Largos años en duros climas, ejerciendo la medicina, con precarios recursos; en tierras entonces incomunicadas; en contacto diario con la miseria, el dolor, la ignorancia rurales; y tras transitar, día y noche, sobre familiar caballo negro, lugarejos donde menesterosos demandaban curación y compasión; tras atender urgencias a horas de sueño, diagnosticar de prisa e intervenir improvisadamente, a riesgo de vidas, frente al pánico de deudos, González Martínez, robador de horas al descanso, se refugia en el silencioso reino de la poesía, escucha sus voces, vive ansias febriles, recoge y recrea vivencias, hechas verso, en el crisol de la fantasía, que consume circunstancias e induce a lo eterno del hombre y del mundo.

La "dura gimnasia de voluntad... que ha menester carácter entero, serenidad a toda prueba, valentía para no dejarse dominar por el miedo de fracasar en la hora decisiva... escuela severísima que estruja los nervios y sacude el alma; pero de la cual se sale con la voluntad recia, henchida de experiencias y enseñanzas", el apostolado de médico rural, en ostracismo voluntario, por quien era reiteradamente llamado al foro de la fama —ejemplo que hoy como nunca debemos presentar a las nuevas generaciones, renuentes al sacrificio, ansiosas de

comodidades urbanas y fácil prosperidad, con perjuicio de tantos desvalidos que sufren y mueren por falta de asistencia profesional—, esos diecisiete años en que sin seducirlo, sin forzarlo a olvidar perentorios deberes, el poeta supo escuchar, y responder, y concentrar incitaciones de sirenas, cautivantes melodías, ritmos conturbadores; esos años de prolongada lucha entre hondas crestas: roja y azul, explican el misterioso, insondable manantial poético de González Martínez; el despojo de vanas pompas, que oponen el búho al cisne; la introspección, el reencuentro de la interioridad; la tácita misión parabólica; el hechizo del silencio, de senderos ocultos; de la fuerza, la bondad y el ensueño; las señales furtivas, los cantos de ausencias, el ánfora de rosas, el signo mortal; y esa inaudita música recóndita, que abrió caminos nuevos a la poesía de habla española, comparables a los abiertos por Darío.

En la esencial entraña de la personalidad, pervivió y alentó inextinguible alegría de vivir: muchas ventanas abiertas al mundo. Así lo hallé, lo encontré, invariable, durante veinte años, desde aquella profícua conversación —1932— en que la torpeza de un provinciano recién venido a la "conquista de México" poco podía decir, mas quien, colmado de don de gentes, todo amabilidad y espontánea risa, volvía de dilatado periplo diplomático, allanó temas y alargó los compases de memorable, deliciosa charla. (Yo lo había conocido, a distancia, cuando el Gobierno de Jalisco lo invitó a participar —1919— en el homenaje del Estado al recién fallecido Amado Nervo; con expectación visceral, con emoción vocacional, desde alejado sitio del Teatro Degollado, en Guadalajara, vi su aparición en el escenario, aplaudí su renombre, su figura, "todo de negro hasta los pies vestido", gallardo, con los mostachos de madurez, que luego tonsuró; espejeando familiaridad a través de sus lentes; tapatío inconfundible; unciosa, recogidamente lo escuché; persona y ritmos devinieron poderosos acicates de juventud. Más tarde, los que izábamos *Bandera de Provincias* [1929-30] recibimos, con estimulante dedicatoria, el tomo de *Poesías* reunidas y editadas por Espasa-Calpe, que acrecentó juveniles bríos.) Veinte años de asiduo, cordial trato con el admirado amigo, que gustaba sumarse, poseído de alegría inmarcesible, a los desbordamientos jocundos, desenfadados, de cuantos novilleros aparecían en los ruedos de las letras; era puntual a repetidas reuniones jacarandosas y fiel a las reglas del juego, de los ingeniosos juegos; contra dolores acerbos y reveses, hasta sus últimos días, curtido en los dolores y miserias del pueblo al que asistió como médico, mantuvo enhiesta su eterna juventud.

Aquí, ahora, evoco el auspicio que me dispensó para llegar a esta corporación. Tampoco he de olvidar la distinción que Jalisco me confirió para representarlo en uno de los últimos homenajes nacionales que la República rindió al poeta, y para despedirlo, cuando su cuerpo ascendió a la rotonda de los mexicanos esclarecidos.

Don Ernesto Ramos Meza: sean sus luces bienvenidas a esta Casa, donde brilla la incombusta flama, donde vibra la inexhausta inspiración del dilecto Enrique González Martínez.

LA POESÍA CHIAPANECA ACTUAL *

Por don ENOCH CANGINO CASAHONDA

Correspondiente en Tuxtla Gutiérrez, Chis.

Señor Director de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, distinguidos académicos, amable concurrencia:

Agradezco, en forma emocionada, la honrosa distinción que tuvo a bien otorgarme esta venerable Institución, próxima a celebrar el Primer Centenario de su Fundación, al haberme designado Miembro Correspondiente por mi estado natal, Chiapas.

Al hacerlo así entiendo la responsabilidad que adquiero y me dispongo, en forma entusiasta, a poner lo mejor de mí mismo, para luchar dentro del medio donde me desenvuelvo y vibro, sin más frontera que mis limitaciones, por servir a los altos fines que entraña contribuir a la conservación de nuestro idioma, alma de la raza.

La provincia, antes mundo distinto y apacible, ha modificado sensiblemente su naturaleza al conjuro de las modernas vías de comunicación y de los movimientos migratorios que ellas propician, y que han llevado a las antes apartadas regiones, junto con el progreso y sus beneficios, los inconvenientes y desarreglos que todo proceso de desarrollo trae consigo, en forma muy especial los factores contaminantes, los desechos que no sólo estropean el cielo y el agua, sino también valiosas formas de la coexistencia humana, en particular el idioma.

Las deformaciones del lenguaje no sólo atañen a las grandes ciudades, se extienden a las pequeñas poblaciones a donde penetran ya, en otros aspectos en forma positiva, los modernos medios de comunicación masiva con su carga de palabras recién nacidas no sólo bajo los imperativos de la técnica, sino también del comercio y de la impreparación. Eran quizá preferibles ciertos arcaísmos —llenos muchas veces de ingenuidad y ternura—, que algunos neologismos de orígenes absurdos o grotescos.

Y porque pienso que en esta tarea de preservación del idioma, que alcanza en más de un sentido perfiles inabarcables y dramáticos, no hay recurso por insignificante que pudiera parecer a primera vista, que no se ennoblezca y agigante cuando es destinado a tan alto fin, me atrevo a afirmar que un valioso

* Leído en la sesión pública efectuada el 3 de mayo de 1974.

auxiliar de lucha puede ser —hablo en razón de las características espirituales de mi región natural— el gran amor de los chiapanecos por el lenguaje poético. Herencia que nos viene del mundo maya y del acaecer español, germinando en una geografía propicia y determinante.

Tengo la seguridad de que en Chiapas el arte poético puede ser útil a estas metas superiores, y es por ello que quiero exponer en esta ocasión en forma panorámica, o más bien fragmentaria, dada la extensión del tema y el tiempo disponible, *algunas consideraciones acerca de la poesía chiapaneca actual*.

Carente de desarrollo en otros horizontes artísticos, por razones que sería tedioso analizar, Chiapas se ha distinguido, sobre todo de unos años a la fecha, por contar con valiosos exponentes en el campo de las letras, especialmente en el de la poesía, cuyas producciones son ya familiares a través de los medios de divulgación de la palabra hablada o escrita, y este hecho nos proporciona una magnífica coyuntura para el logro de los objetivos antes enunciados, ya que preservar, acrecentar y difundir los manantiales de la poesía, es al fin de cuentas hacerlo con el idioma, del cual es manifestación cimera y esplendente.

Ahora bien, ha sido motivo de estudio, aun por autores extranjeros, la existencia de un movimiento dado en la narrativa de las últimas décadas, inspirada en la vida indígena de los Altos de Chiapas, región que en su primitivo estado cultural, detenido en el tiempo, contiene en sus escasos cinco mil kilómetros cuadrados de superficie a más de doscientos mil tzotziles y tzeltales, y que ha adquirido las significaciones de *una nueva corriente literaria conocida como el ciclo de Chiapas*, y que proporciona un nuevo tratamiento al tema indígena, visto por dentro y no por fuera de la verdadera naturaleza de sus protagonistas.

Esta nueva corriente tiene como principales representantes a Ricardo Pozas, Ramón Rubín, Carlo Antonio Castro, María Lombardo de Caso, y en forma particular a los chiapanecos Eraclio Zepeda y Rosario Castellanos.

Se trata de un enfoque diferente donde la narración se aleja del costumbrismo, del folklore y del énfasis descriptivo de ambientes nativos antiguos o recientes.

Estos escritores toman el tema tzeltal-tzoltzil en cuentos y novelas bajo un punto de vista distinto, viendo al indio dentro de su propio contexto cultural, diseñando personalidades auténticas, convincentes, retratadas en su paisaje anímico específico, penetrando en la psicología y cosmología indígenas, tomando en cuenta otros valores, ojos-no-occidentales, recogiendo conceptos mágicos y sobrenaturales, el valor de los mitos, como componentes definitivos de su ser. De ese otro-mundo donde el nahual es un dato de identidad y el concepto histórico del tiempo es distinto al nuestro y ha hecho resistir al indio sus continuas derrotas al entrar en conflicto con el ladino.

Esto ha sido posible, por supuesto, gracias al auxilio de la antropología y la lingüística, que han permitido contar con nuevos conocimientos y criterios y penetrar en la sintaxis y modismos de los personajes, cobrando ideas, formas y resonancias distintas, leyendas, creencias, lenguaje y símbolos de otras épocas.

Dando como resultado final un balance positivo, que nos indica que estos

autores han absorbido olvidadas fuentes y han creado una original síntesis literaria partiendo de los indios chiapanecos en sus manifestaciones culturales y acercándose a conceptos universales tanto intelectuales como artísticos.

No sería alejarse mucho de la realidad comparar este ciclo *con el que vive la poesía chiapaneca actual*, aunque la creación poética obedezca a otras leyes y esté condicionada a factores *no* del todo semejantes.

No siendo el objetivo principal de esta exposición señalar paralelismos y diferencias entre ambas corrientes, sí cabe observar que ocurren en parecidos límites de tiempo y espacio geográfico, que se enriquecen en mayor o menor grado con voces y giros populares y que trascienden el ser chiapaneco. No necesariamente indígena, incorporándolo a su esencia universal.

Las características de la poesía chiapaneca de nuestros días son, por lo demás, las mismas de la mexicana y latinoamericana de su tiempo.

Entendidas sus raíces nativas, podemos agregar que, como todas, ha recibido la influencia de escuelas y tendencias de todos los tiempos, desde la Biblia, griegos y latinos, hasta las actuales corrientes, sin dejar de pasar naturalmente por el Siglo de Oro Español, la poesía inglesa, los románticos alemanes, el simbolismo, los poetas malditos, el modernismo y su cisne rubendariano, la generación de la guerra civil española, y Whitman, Pound, T. S. Eliot, St. John-Perse.

Pero el espacio del cual estamos ocupándonos arranca fundamentalmente de Neruda y Vallejo, este último aclimatado con posterioridad al primero por razones circunstanciales, y tiende a asimilar nuevas formas constantemente, renovándose, aireándose.

Son pues —hoy por hoy— cotidianos veneros la riqueza metafórica de Lezama Lima, el culto y templo a la palabra de Octavio Paz, la antipoesía —reacción contra el nerudismo de Nicanor Parra y el contragolpe que el genio Neruda diera haciendo también antipoesía—, el grito antimperialista del trapense de Nicaragua Ernesto Cardenal, el discurso poético de Enrique Lihn y la poesía de blancos, huecos y ausencias del profesor argentino Roberto Juarroz.

Tomando como punto inicial los últimos años de la década 1940-1950, podemos distinguir tres grupos claramente definidos en la poesía chiapaneca de estos tiempos. El primero generado a partir de la fecha mencionada, el segundo a partir del último lustro de la década 1950-1960 y el tercero a partir de 1965.

Aunque señalar influencias suele a veces ser interpretado como una tendencia a la disminución de valores, debe ser vista más bien como una realidad necesaria e inevitable, siempre que como ha sucedido por fortuna en Chiapas, sean provechosamente absorbidas a su tiempo y cuidadosamente eliminadas en su oportunidad. Teniendo en cuenta esta advertencia, diremos con ánimo un tanto didáctico y para tomar puntos de referencia, que estos tres grupos fueron influidos en su etapa inicial por Pablo Neruda, César Vallejo y Octavio Paz, en ese orden decreciente, y lo hacemos así para llamar la atención, de una manera un tanto gruesa, sobre las inclinaciones que en este lapso ha ido tomando el quehacer literario.

El primero agrupa a Rosario Castellanos (aunque su caso particular escapa

en cierto modo a este ordenamiento), a Jaime Sabines, a José Falconi, a Mariano Penagos Tovar y a Enoch Cancino Casahonda.

El segundo, a Juan Bañuelos, Óscar Oliva, Eraclio Zepeda, Daniel Robles Sasso, Omar Gordillo y Fausto Cruz Padrón, siendo también contemporáneos Mario Pinto, Jorge Paniagua, Óscar Bonifaz y Luis García Corzo.

Y el tercero, y más reciente, a Leopoldo Borrás, Roberto López Moreno, Óscar Wong, Elva Macías, Joaquín Vázquez Aguilar y Raúl Garduño. Es oportuno aclarar, como un dato que ilustra acerca del proceso de difusión que se vislumbra, que ninguno de estos jóvenes autores es nacido ya en Tuxtla, la capital del estado.

Pudiendo concluirse, en razón de las ideas expuestas, que contrariamente a lo que pudiera pensarse, la poesía chiapaneca de nuestros días *no* está aislada, que está por el contrario bien informada, y que la alimentan la eterna aspiración de la búsqueda, de la renovación, de la destrucción-construcción, de la tesis antitesis, en un continuo proceso dialéctico que mantenga siempre viva la creación. Que poseemos buenos argumentos para justificar *la existencia de un ciclo de Chiapas como una nueva e importante corriente dentro de la poesía nacional*.

A pesar de que varios de los autores que a continuación citaremos ameritan estudios más cuidadosos de su obra (seguimos pensando con Rilke que a la obra de arte no se le enjuicia con la crítica sino que se la entiende con el corazón) nos permitiremos por esta vez, para no cansar la bondadosa atención de los presentes, hacer una semblanza de algunos de ellos —no de todos por la razón mencionada— y hacer la lectura de breves textos para que sea la obra misma la que exprese el genuino aliento de quien les dio vida, advirtiendo que serán leídos sin seguir un orden progresivo.

No obstante que *Rosario Castellanos* nació en la ciudad de México en 1925, su poesía tiene los resplandores del humus y los destellos de las antiguas piedras de Chiapas, donde transcurrió su niñez y de donde procede su ambiente familiar.

No es exagerado afirmar que no existe campo de las letras dentro del cual nuestra actual embajadora en Israel no haya incursionado, novela, ensayo, teatro, cuento, periodismo y hasta autos sacramentales, pero es en la poesía donde alcanza sus más altos registros, su esplendorosa plenitud, y un solo poema, "Lamentación de Dido", es suficiente para consagrarla como la más alta poeta, que no poetisa, de nuestro país y de muchos otros.

Ha publicado *Apuntes para una declaración de fe* en 1948, *Trayectoria del polvo* en el mismo año, *De la vigilia estéril* en 1950, *El rescate del mundo* en 1952, *Poemas 1953-1957*, *Salomé y Judith* en 1959, *Lúvida luz* en 1960, *Materia memorable* en 1969, así como *En la tierra de en medio*, *Diálogos con los hombres más honrados* y *Viaje redondo*, que han sido recogidos junto con los títulos anteriores en el volumen *Poesía no eres tú*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1972.

SILENCIO CERCA DE UNA PIEDRA ANTIGUA

Estoy aquí, sentada, con todas mis palabras
como una cesta de fruta verde, intactas.

Los fragmentos
 de mil dioses antiguos derribados
 se buscan por mi sangre, se aprisionan, queriendo
 recomponer su estatua.
 De las bocas destruídas
 quiere subir hasta mi boca un canto,
 un olor a resinas quemadas, algún gesto
 de misteriosa roca trabajada.
 Pero soy el olvido, la traición,
 el caracol que no guardó del mar
 ni el eco de la más pequeña ola.
 Y no miro los templos sumergidos,
 sólo miro los árboles que encima de las ruinas
 mueven su vasta sombra, muerden con dientes
 ácidos
 el viento cuando pasa.
 Y los signos se cierran bajo mis ojos como
 la flor bajo los dedos torpísimos de un ciego.
 Pero yo sé: detrás
 de mi cuerpo otro cuerpo se agazapa,
 y alrededor de mí muchas respiraciones
 cruzan furtivamente
 como los animales nocturnos en la selva.
 Yo sé, en algún lugar,
 lo mismo
 que en el desierto el cactus,
 un constelado corazón de espinas
 está aguardando un nombre como el cactus
 la lluvia.
 Pero yo no conozco más que ciertas palabras
 en el idioma o lápida
 bajo el que sepultaron vivo a mi antepasado.

Desde la aparición de *Horas*, su primer libro, en 1950, la poesía de Jaime Sabines fue saludada por la crítica como una ráfaga de aire fresco que barría con las telarañas de una poesía "exquisita", de tono menor, de elaborados giros, y la llenaba de una fuerza ancha y vital, ya que tenía las raíces hundidas en una tierra de verdades elementales y eternas. Su obra posterior, al crecer y arborizarse, ha ido ganando en riqueza y afincando sus atributos originales. Su poema "Algo sobre la muerte del Mayor Sabines", sería capaz por sí solo de explicar su presencia en la lírica de habla española.

Nacido en Tuxtla Gutiérrez, el 25 de marzo de 1926, ha publicado hasta hoy: *Horas*, *La señal*, *Adán y Eva*, *Tarumba*, *Diario semanal*, *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, *Recuento de poemas* (recopilación de todo lo publicado hasta 1962), *Yuria*, *Maltiempo* y muchos poemas dispersos en diversas publicaciones.

XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en su cerrado
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse boca abajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

XV

Papá por treinta o por cuarenta años,
amigo de mi infancia todo el tiempo,
protector de mi miedo, brazo mío,
palabra clara, corazón resuelto,

te has muerto cuando menos falta hacías,
cuando más falta me haces, padre, abuelo,
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.
Porque no estás ya no estaremos nunca
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto
a empobrecerlo más, y a hacer a solas
tus gentes tristes y tu Dios contento.

Llevar con amor el aprendizaje de su oficio y ahondar en él hasta sus últimas consecuencias, hasta señorearlo en sus más finas texturas, con la paciencia del artesano y el rigor del virtuoso, así *Juan Bañuelos* ha penetrado en su oficio de poeta y lo ha cubierto con el manto de su dignidad de hombre y de artista.

Nutrido su espíritu en la mitología griega y en la humedad agrícola de los poetas latinos, Bañuelos ha dominado a placer el rumbo de su nave cargada con los rumores del mundo. Pero en sus horas nostálgicas seguramente brotan

en él, junto al sabor y las formas expresivas de la tierra natal, el rumor de sus selvas, el milagro de las fundaciones de ciudades, el ámbar y la danza, la inocencia de los telares humildes, el vigor de sus jaguares, la pereza de sus lagartos, el azul de sus bosques "selvas de nubes" donde vive el quetzal. Y sus marimbas.

Y atento como nadie a la solidaridad humana, ha construido una vigorosa poesía donde la dignidad no se degrada nunca, y menos aún se desvirtúa la incesante lucha que el intelectual ha mantenido por la libertad de la inteligencia, y que ha prevalecido desde la implacable persecución de Platón a los atomistas griegos, desde la destrucción de las obras de los *charvakas* indostanos, hasta las fogatas de Viena que los nazis hicieron con las obras de Freud y las que en muchos países se siguen haciendo en nuestros días con las mejores muestras de la inteligencia, que para ser completa necesita ser libre.

Nacido el 6 de octubre de 1932, en Tuxtla, Bañuelos ha publicado *Puertas del mundo* en 1960, *Escribo en las paredes* en 1965, y *Espejo bumeante*, Premio de Aguascalientes, en 1970.

HUELGA DE HAMBRE

5

Aquí en México escribo estas palabras.

Juan me llamo:

no soy nadie

y soy el pueblo.

Fui gemelo y por dos me voy muriendo.

Aquí en México escribo estas palabras,

Les doy ocupación el día que cumplo años.

Les doy su justo nacimiento.

El día que cumplo engaños

soy un propósito de tiempo.

Las palabras son hijas de la vida.

Sufren, paren; también tienen sus muertos.

Y en la honda capital de la miseria

Las armé de fusiles y de verbos

(En esta Patria muda, perseguida,

Donde hasta el aire mismo va a dolernos).

Yo fui el autor;

lo que suena a dolor me suena a pueblo.

Nací en el sur. Mi nombre:

Juan Bañuelos.

Como Bañuelos y Zepeda, *Oscar Oliva* formó parte del grupo de jóvenes que en 1960 se integraron en "La espiga amotinada". Al igual que Bañuelos, ha dirigido talleres de poesía, ha obtenido el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes y ha concedido primordial interés en su obra a la denuncia social, herencia espiritual que legara a las futuras generaciones el ilustre autor de la

Brevísima relación de la destrucción de las Indias, el obispo de la provincia de Las Chiapas Fray Bartolomé de Las Casas, quien en el presente año está cumpliendo el *quinto centenario de su nacimiento* a una vida consagrada a esforzadas luchas por la causa de la dignidad de los "naturales de estas tierras" mancillada por prejuicios y encomenderos.

En el Oliva de sus inicios advertimos en "Trisagio de fuego" el habla dolorida de los tzotziles "... Toda la noche ardió la lluvia— Jovel hincó su rodilla en la niebla— El Huitepec creció como una piedra— en su garganta murieron los pájaros— y en sus pequeños ojos ardía la leña nocturna. De Chenalhó vinieron— de Navenchauc, de San Juan Chamula, de los árboles vinieron, de las montañas vinieron— vino Pasión Cuchillo y trajo el día— vino Juan Pérez Chanuc y arreció la lluvia— vino la Rosa Zintán con las manos cargadas de hojas y duraznos y se sentó a esperar..."

Oliva, actual jefe del Departamento de Literatura del INBAL, nació en Tuxtla en 1938, ha publicado *La voz desbocada* en 1960, *Áspera cicatriz* en 1965 y *Estado de sitio* en 1971. Actualmente tiene en preparación *Blutstrasse, Calle de sangre*, que es un largo alegato contra el nazismo y una prevención contra los indicios de su reaparición en la noche del hombre.

Aunque su vuelo poético alcanza su mayor poder de realización en el cuento, *Eraclío Zepeda* lo vierte también a los metros tradicionales con calificada maestría. Nacido en Tuxtla en 1940, ha publicado *Los soles de la noche* y *Relación de travesía* en los volúmenes colectivos *La espiga amotinada* y *Ocupación de la palabra* respectivamente.

Luchador social, hombre de caminos de mar y tierra, de vientos y soles, su poesía refleja éstos y otros valiosos atributos.

CUARTO SOL

Sé que en mis venas palpita un toro
que en las noches lame la sal de los caminos.
Y sé que en cada una de mis manos
llevo cinco pájaros del monte
que hago volar a cada instante.
Y sé también que mis cabellos
son un coro de musgos que se tienden
a cantar sobre la tarde.
Y sé, también, que con mis labios
puedo besar a todo el universo,
y dejar después, tan sólo,
un sabor a ceiba y hierbabuena.
Y sé también, yo lo aseguro,
que puedo plantarme en este pecho
un grupo de sabinos viejos,
y echarme a caminar como un arroyo.

Nacidos en Tuxtla y desaparecidos prematuramente, *José Falconi* nos legó su *Canto a la vida* y *Daniel Robles Sasso* su *Viento al hombro*, donde ambos recogen muchas de sus experiencias vitales y las expresan con autenticidad y coherencia, como fue el fluir de sus vidas, limpias y frescas como el amanecer del monte.

Falconi se reintegró al terruño, del que se había alejado tiempo atrás, coincidiendo con el inicio de la etapa cultural que estamos describiendo, y puede ser considerado en más de un sentido como un precursor de ella, ya que su presencia contaminó al precario mundo del Tuxtla de entonces, poco comunicado y con no más de veinte mil habitantes, de un saludable entusiasmo por la creación poética, y del conocimiento de Lorca, Machado, Alberti, Neruda, que eran prácticamente desconocidos en un ambiente que apenas comprendía el modernismo. Falconi obtuvo un premio nacional con su "Padre Hidalgo" y su ciudad natal lo ha honrado con la construcción de un parque que lleva su nombre. Nos dejó la herencia de una poesía llana, cristalina, honda, como una oración para decirse en voz baja a la vera de los caminos.

ALLÁ, EN MIS CASCABELES

Allá, en mis cascabeles
infantiles
de alegría,
en la escuela lejana
de mi niñez de rueda y de campana,
yo jamás comprendía
que la tierra giraba,
ni por qué me decían
que nuestro mundo era
como gigante esfera,
pues lo único redondo
que en las clases veía,
y que al ver me llenaba
de una insana alegría,
eran los amplios pechos
de la maestra mía,
mitad mi novia y mitad hermana.

Después...
cuando la vida
se robó la inocencia
de mi plácida infancia;
cuando sentí en el alma
el dolor, la nostalgia,
cuando guardé en los ojos
una inmensa distancia,
entendí que la tierra
era una inmensa esfera
que giraba, giraba...

Y la vida girando
me arrastró hasta tus brazos,
y, como un torbellino,
me arrancó de tus brazos.

Yo volví a mi poblado
como un viejo viajero
cansado;
fui a la casa materna,
a mi patio soleado
donde antaño, de niño,
mis jilgueros cantaban.

Y al llegar sólo era
un pedazo de esfera
que giraba, giraba...

Aunque Robles Sasso estuvo ligado en un principio a la generación de "La espiga amotinada", las circunstancias de su vida lo alejaron materialmente de ella, pero indiscutiblemente este contacto y sus implicaciones marcaron el rumbo de su obra posterior. Publicó un solo libro, pero existe disperso un abundante material que está esperando la mano cariñosa que lo ordene y publique.

Vigorosa voz la suya, llena de resonancias, de ecos de una antigua sabiduría perdida y recobrada todos los días en las venas del pueblo.

CARPINTERO

Para que se lo digas si ves a la luna,
para que me mire la hierba construirlo,
hago este poema, Tuxtla,
en el llanito de Colón, allí mismo
en donde vive el maestro carpintero
que lava su casita y me lo cuenta
mientras busco el ruido que murió en una tabla
y el frío de una gallina durmiéndose preñada.

Es amigo mío de hace mucho este obrero.
Desde entonces usaba este bastón el viejo.
(Tú lo sabes, Lucero, novia mía, desde la vida,
desde donde dejas la música temblando.)
Maestro, le digo, es usted un hombre
para acá y para allá;
y él se pone más serio
que su bolsa remendada saliéndole del saco,
que su silla consentida cuando bebe,
que su risa de carpintero viejo
con casi un siglo de estar clavando el tiempo.

Yo con veintiún años no me quiero.
Le veo su edad.
Le digo otra vez: maestro,
sabe, me appena, a usted no le merezco.
Y él me mira tan triste que espanta su mirada
a la noche que pasa agitando el sombrero.
En ese momento una ventana
se despierta
pidiéndonos agua. Nos miramos
y vamos los dos a sacarla del pozo.

Para que se lo digas, Tuxtla,
a esas estrellas ardiendo sobre de ti, terribles,
a esa canción saliendo de las piedras que piso,
a esta hora con agujas, costurándome,
a esa botella que tiene sed,
a esa bujía apagándose en un poste
como es ya su costumbre si oye pasos,
termino este poema, triste,
como un pan que tropieza con una guitarra
y la suena. Y luego... El pueblo.

Legítimo representante de la más reciente promoción, en cuya capacidad creadora existe la garantía de la continuidad y ascenso de la poesía chiapaneca es *Raúl Garduño*, quien, aunque nacido en la ciudad de México en 1945, está firmemente enraizado a la tierra por infancia, adolescencia y juventud. Publicó su primer libro *Poemas-Selección 1967* en el volumen colectivo *Poesía joven de México* editado por Siglo XXI en 1967, reeditado en 1969, y en el que también publicaron sus primicias Alejandro Aura, Leopoldo Ayala y José Carlos Becerra. Su segundo libro *Poemas* apareció en 1973. Algunos poemas suyos fueron vertidos al italiano en una antología aparecida en Roma en 1969 sobre poesía mexicana actual.

Aunque su mundo poético aún permanece en estado de incandescencia, flotando en las nebulosas de su rica imaginación, lo escrito hasta la fecha por Garduño lo acredita como una estimulante realidad.

LA PALABRA ARDIENTE

Misteriosa y ardientemente mía,
la soledad de tu cuerpo
se tiende a mi lado para inaugurar la vida.
Y no dejas de pasar con tus racimos de sangre,
lúcida y desnuda,
desnuda hermosamente,
ofuscada como la vela de un barco en el aire,
rotunda;
así la imagen del mundo
sólo es una sonrisa a tus pies.

Conoces el remolino que hay en nuestros corazones,
un remolino profundo,
algo así como un vacío
que va sumando nuestras abundancias,
las formas de la abundancia que eres tú
quitándote las ropas con mis manos,
diciéndome una palabra de la vida,
una palabra oscura y silenciosa,
indecible,
como a ciertas horas el corazón.

Todo es una selva en guerra,
un hundirse en la delicia,
ya no saber nada, ya no ignorar nada,
la lujuria vaga en nuestros cuerpos,
la lujuria es una campana
despertando en tu boca,
todo es el mar, todo es la tierra,
la elegancia con que el sol entra en el cuarto
como si no supiera nada;
los recuerdos, los recuerdos...

En atención al buen gusto, séame permitido en esta ocasión no hablar de mí mismo; únicamente decir que nací en Tuxtla Gutiérrez el 6 de octubre de 1928, que me considero ligado al singular grupo de poetas chiapanecos de mi tiempo más que por los frutos logrados por el empeño puesto en cultivar el huerto, que esto lo digo sin ninguna falsa modestia, y que voy a leerles un poema que le escribí a mi Padre.

He esperado años y días
poderle escribir un poema a mi Padre,
algo digno de su blanca cabellera,
algo acorde con su dignidad
de sol sobre la aldea.

Y he aquí que me encuentro
dándole vueltas al asunto
como en el primer día.
Luchando contra la ambigüedad,
contra las palabras,
contra mi falta de educación y de vergüenza.

Acabando por admitir
lo que desde un principio estuvo bien claro.

Para escribir un poema de hijo a padre
se necesita la humildad de una sombra,
la intuición de un ciego,
la sabiduría de un campesino ya muy viejo.

Y todo para quedarnos como el primer hombre
debe haberse quedado
cuando se asomó a los resplandores del mundo,
viendo los árboles, las nubes,
los ríos, los animales,
las montañas, los desiertos,
los mares y las piedras,
las desoladas piedras.

Porque a un padre sólo se le puede cantar
con canciones elementales,
verlo sólo con deslumbramientos,
hablarle sólo con balbuceos.

Para escribirle poemas a un padre
hay que pedirle antes permiso a Dios.

Así es, don Enoch, que se quedará usted
sin un verso bien peinado,
sin el fruto redondo
que se madura, ajeno, en el cercado.

Aunque viéndolo bien,
para qué quieres versos,
si me paso el tiempo a tu lado
viéndote comer, enojarte, arrepentirte.

Para qué literatura
si estás mirando a tus nietos
como a los becerritos en tu rancho.

Para qué recuerdos,
si con la ida de mi madre
basta para no volver a recordar nada
hasta el día del juicio.

Para qué tragedias,
si basta con que echemos una mirada
sobre el diario
o sobre la calle.

Para qué letras, Padre,
si todavía tenemos la fortuna
de contemplar las ramas
y al acostarnos, la esperanza
de despertar mañana

Ilustres académicos, señoras y señores: hemos hablado acerca de una maravillosa
etapa que vive hoy la poesía chiapaneca, a los ciento cincuenta años de la

Ratificación de la Permanente Mexicanidad de Chiapas y en que también se cumplen otros tantos de la Constitución de la República Federal, y esta feliz coincidencia nos hace ser optimistas al pensar, una vez más, en la imperiosa necesidad de acrecentar el patrimonio espiritual de nuestro pueblo. Y qué mejor manera de hacerlo que cultivar el árbol de la poesía y el arte en general, como un medio de unir cada vez más a todos los mexicanos con lazos indisolubles de fraterna convivencia.

No quisiera terminar mis palabras sin hacer una última reflexión acerca de lo que hemos expuesto:

En la vana tarea de tratar de definir a la poesía, de explicar por qué la escribimos, qué nos obliga a hacerlo, de qué mecanismos estéticos nos valemos para conformarla, nos pasaríamos horas y días, meses y años, inútilmente, como si penetrásemos en un laberinto y de él saliéramos —si esto fuera posible— más andrajosos, solitarios y confusos, que antes.

Esto no tiene explicación posible. Los volúmenes escritos alrededor del asunto nos han llevado siempre a la cruel y esplendorosa confirmación de esta impotencia.

Cada uno de nosotros tiene una percepción distinta de la vida y como consecuencia una diferente actitud ante ella; lo mismo sucede con la poesía, que viene a nosotros, como la noche de los tiempos, sin saber de dónde ni para qué. Eso de ser poeta es un arte difícil y extraño, a pesar de que todos lo somos.

Por eso tratar de distinguir escuelas "buenas o malas", estilos "anacrónicos o permanentes", influencias "provechosas o desafortunadas"; eso de colgar marbetes de "contemporánea o caduca", siempre será un criterio irreal y limitado. Es como si tratáramos de etiquetar al viento con los calificativos de "viejo o nuevo", o como si dijéramos al referirnos a una pintura que es "buena o mala" a condición de que sea abstracta o figurativa.

A pesar de estas consideraciones, y quizá por eso mismo, la poesía está presente, vital e inmarcesible, con nosotros. Pasajera o rígida en sus prisiones por momentos, intemporal y libre en los deslumbramientos semánticos de la que se agita en nuestras horas, en que sobre el caos de las palabras se establece el equilibrio de planos y estructuras verbales donde el asombro es el superviviente del fenómeno poético.

El hombre necesita de la poesía como del aire y el agua, se dé o no cuenta de ello, y el pobre poeta es el encargado de aprisionarla en redes invisibles y servírsela en recipientes de barro o de oro, cuyo contenido seguirá siendo, a pesar de todo, misterioso o tangible, firme o contradictorio, como la existencia misma.

Las modas pasan y vuelven, la esencia permanece. Se regresa a lo antiguo en busca de la modernidad, en ondas siempre iguales y diferentes.

Cada poeta crea sus fórmulas y estilo en razón de su entraña; pero es la actitud que asumo con los demás y con su tiempo lo que justifica su condición, si esto no se cumple diremos con el cantor de *Lascas*: "eso no es ser poeta ni ser hombre".

La poesía como el arte en su generalidad dejará algún día de ser un adorno

colgado en la sala de la política o de la economía, para ser apreciada en su justa proporción de instrumento en la lucha del hombre por la belleza y la dignidad, como un bien útil, como el pan y el techo, el sueño y la esperanza, la simiente y el camino.

Y cuando esto suceda no habrá poetas grandes o pequeños, consagrados o perdidos, sino la humanidad entera construyendo con sus manos anónimas el gran poema de la fraternidad y del amor.

Con esta certidumbre veremos el rostro del mundo en que vivimos menos sucio, y el espectro de la muerte que nos aguarda menos horripilante.

Ya nos lo dijo el *Popol Vuh*: "...llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntos Tepeu y Cucumatz, en la oscuridad, en la noche, y hablaron entre sí Tepeu y Cucumatz. Hablaron, pues, consultando entre sí y meditando, se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento..."

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don MAURICIO MAGDALENO

El poeta Enoch Cancino Casahonda ingresa en la Academia Mexicana de la Lengua, en calidad de Correspondiente con residencia en Chiapas, su tierra natal, en hora en que se cumplen cinco centurias del nacimiento de Fray Bartolomé de Las Casas, redivivo por obra de sus encarnizadas virtudes. Qué bueno que la presencia del poeta excite, por razón de su origen, la reverencia a la memoria de aquel glorioso prócer en el que se hizo fuego el mejor metal de la raza. Por si no fuese bastante, el sesquicentenario de otro nacimiento, el de Chiapas como entidad de la Federación, se suma a la riqueza histórica del año.

El nivel que ha alcanzado en Chiapas el cultivo de las letras, narrativa y poesía —nivel de excepcional linaje— denuncia la herencia, también excepcional, de la concepción maya del mundo y de la vida y del aliento del alma hispánica, fundidos en comunión tan profunda como que quizá sea la más singular del país. Al cabo de un larguísimo periodo —prácticamente desde la consumación de la Conquista hasta tiempos recientes y en tanto el grueso del país vertebraba la estampa de lo mexicano—, Chiapas vivió inmersa en un apartamiento en que los núcleos indígenas mantuvieron los rasgos característicos de su dramática integridad. Con puntuales palabras se refiere Cancino Casahonda, al dar el ambiente de su tema, a "ese Otro Mundo donde el nahual es un dato de identidad personal y el concepto histórico del tiempo es distinto al nuestro y ha hecho resistir al indio sus continuas derrotas al entrar en conflicto con el ladino".

En la meseta chiapaneca tzotziles y tzeltales, los más numerosos de esos grupos de mayaneses, acabaron impregnando por lo hondo y al sufrido paso del tiempo, la sensibilidad local, hasta insertar su aliento en el formato cultural del conglomerado étnicamente mexicano. En el tórrido confinamiento de la selva,

los lacandones, en cambio, se extinguen entre las ruinas de los monumentos de Bonampak, cuyos famosos frescos han atraído y atraen atención y asombro del nacional y el extranjero, y cuya bibliografía se adorna con lujosas ediciones. Es conmovedor el hecho de que no lleguen a la fecha a doscientos individuos; su decadencia física, pese a la atención de diversas instituciones, los tiene convertidos en fantasmales harapos. A un erudito norteamericano, cuya simpatía reclama nuestro reconocimiento, Alfredo M. Tozzer, debemos la primera versión, en inglés, de muchos cantos religiosos de tan reducido grupo de naturales, fruto de su travesía por la selva lacandona en los primeros años del siglo. En 1964 los vertió al español el antropólogo y lingüista Demetrio Sodi M. No se había perdido del todo el estro de esos directos herederos del maya cuando el naufragio humano estaba a la vista.

Coincide la aparición de tan viejos textos con el alumbramiento de una poesía chiapaneca que en la actualidad alcanza un tono singular. Al carácter de la actual expresión lírica de Chiapas, elaborada en las tierras altas de la entidad, que son asiento del tzotzil y el tzeltal del mundo occidental más importante, consagra su tema el compañero que ocupa esta velada. Recuerda con emoción a un precursor, José Falconi, al regreso de cuya fecunda ausencia de su suelo natal introdujo la información y la instrumentación del gran aliento universal de la época y descubrió los secretos —y no fue su menor aportación— elementales de la lozana autenticidad nativa, esos secretos eternos que están a la vista de todos, pero que sólo hieren al inspirado. La lírica subsiguiente alcanzó en breve, muy en breve, nivel tan alto como que configura una de las más particulares expresiones nacionales y extranacionales de hoy.

La vieja y misteriosa tierra cobró, al pronto, esplendor inusitado. Poetas de íntima y poderosa vitalidad, que, como Rosario Castellanos, a la vez celebrada novelista, Jaime Sabines, Enoch Cancino Casahonda, Juan Bañuelos y varios otros de rebotante juventud, aparecieron como una novedosa revelación. Impregnados de la savia de las hasta entonces sumergidas fibras de lo autóctono y dueños, a la vez, del mejor equipo occidental, el doble y feliz accidente se tradujo en inusitada cimera expresión. Cuando la lírica chiapaneca se dio el rango que hoy ostenta en el concierto nacional y continental, algo, sensiblemente considerable, rebasó el medio, por tanto tiempo precario —todo locus aldeano es precario— y anunció el florecer de la indudable magnitud de la era próxima de la entidad. Al progreso material, al fin y al cabo, lo corona y lo explica como razón sustancial un estro de marca culminante. Progreso ayuno de la inspiración del artista no pasará de un simple materialismo sin raíz en el meollo, fundamental, del activo de un pueblo.

En la vida de Enoch Cancino Casahonda el sentimiento del terruño carece de ropaje; se esconde en los secretos esenciales de su poesía. Vida de íntimos ritmos que se explica a sí misma sin intención escénica y sin escenografía. Hijo de Tuxtla Gutiérrez, donde nació en 1928, es médico de profesión y reparte sus traveses entre su ciudad de origen y esta capital, en la cual hizo su carrera y su noviciado. En el agraz de su juventud ganó el premio de poesía *Ciudad de México* en la Feria Mexicana del Libro de 1956. Se ganó el pan

—así solíamos decir antes, y la figura, no por antañona, es apócrifa— en encargos oficiales que, allende la política, dan al hombre sus justas proporciones.

Vuelto a su solar, del que no sale sino en contadas ocasiones, ejerce su ciencia en instituciones de servicio social en las que ha ganado, por su don servicial, querer regional. Recuerda, como médico, a aquel otro chiapaneco de Comitán, Belisario Domínguez, que viajaba a lomo de mula para atender a una parroquia desamparada y que sufrió en México abominable sacrificio. Recuerda a otro altísimo poeta, médico de villorrios, Enrique González Martínez. Ser hombre es eso: llevar a lomo de mula o en rasguñada camioneta las manos que curan, o el secreto de las cosas que dan nombre al destino, o el ejercicio de un decoro por el cual cobra el mundo su cabal dimensión, o poner en el oficio la dignidad de un ministerio, o soltar al sol las cuerdas del alma a mitad de la calle, y todo lo demás que impide que la vida se venga abajo roída por la sordidez de encallecidas codicias... La historia de un poeta de tantas facultades humanas carece del aparato que han puesto de moda las fanfarrias. Le bastó sacar sus entresijos para expresarse.

Recluido en su placenta, empezó a dar voz —desde entonces entrañable— en un libro que anunciaba ya, en el pulso de sus veinticuatro años, las señales que habrían de dar a su poesía un aire cargado de esencias y de inesperadas sorpresas verbales: *Con las alas del sueño*. Años después (1957 y 1964), confirmó su instrumentación en la temática de *La vid y el labrador* y *Ciertas canciones*, textos en los que el zumo de los días desprende sus más íntimas reconditeces. Más tarde, un breve tramo de tiempo más tarde (1970), apareció el que hasta ahora es su último libro, creación de intensa plenitud: *Estas cosas de siempre*, edición del Seminario de Cultura Mexicana, de cuya Corresponsalia en Chiapas es presidente desde 1968. Por su sustancia y su articulación, voz cuyo *leit motiv* registra en simple sentencia la peripecia del hombre y sus fines. También dio su loor a su tierra: su *Canto a Chiapas* carece de inflexiones convencionales, pero en él vibran linaje, destino y grandeza. Le importa, sobre todo, el humilde pero trascendental acaecer del hombre —todo hombre es suceso trascendental—, las contradicciones de su vida y su pequeña gloria terrestre, y quien tenga años —y con años dolencia tardía— sentirá en la vena de su verso una suerte de regalona propiedad:

*La muerte se hizo para pensar en la vida
(brasa perdida en el brasero),
porque es muy triste no tener una historia
que pueda contarse en el invierno.*

Mención aparte merece —y tanto más cuanto vive el fenómeno en su apartada región natal— la reflexión de Enoch Cancino Casahonda sobre la desnaturalización de la vida de la provincia, cuyo casticismo fue tradicional en el formato orgánico del país, y que afecta la salud del idioma por obra de los actuales y arrolladores medios de comunicación. La provincia, hontanar y raíz de la marca nacional, padece la contaminación —la más grave de las contamina-

ciones— de agentes que deforman su íntima, visceral propiedad. El progreso material barrió la legitimidad de su estro. Ya en años que hoy parecen capítulos de otra edad, López Velarde se dolía de un naufragio que es hoy hecho consumado:

Quieren morir tu ánima y tu estilo...

Aquello fue en 1921, el año de *La suave patria*. Hoy, el ánima y el estilo —y por consiguiente el habla, que les es consustancial— están en crisis que demanda, activa y urgentemente, nuestra atención. Concluyo con palabras de Cancino Casahonda que, por auténticas, datan el destino del idioma en México: "Las deformaciones del lenguaje —dice nuestro poeta— no sólo atañen a las grandes ciudades, sino abarcan a las pequeñas poblaciones a donde penetran ya, en otros aspectos en forma positiva, los modernos medios de comunicación masiva con su carga de palabras recién nacidas no sólo bajo los imperativos de la técnica, sino también del comercio o de la impreparación. Nuevos defectos son a no dudar más lamentables que otros antiguos. Eran quizá preferibles ciertos arcaísmos —llenos muchas veces de ingenuidad y ternura— que algunos neologismos de orígenes absurdos o grotescos."

La gravedad de estrago que acusa nuestro nuevo compañero reclama, en verdad, toda nuestra preocupación, y con nuestra preocupación el echar mano de cuantos recursos nos sean accesibles. No basta lamentar el hecho; nos compromete un esfuerzo que, estoy cierto, deberá ser motivo de próximas y necesarias deliberaciones. Acompáñanos Enoch Cancino Casahonda, al que damos bienvenida fraternal, con su probado patriotismo: prendas de la excelencia de las suyas nos son inapreciables.

LA EPÍSTOLA MORAL Y SUS PERSONAJES EN MÉXICO *

Por don SALVADOR CRUZ
Correspondiente en Tehuacán, Pue.

Maestro Agustín Yáñez, director de la Academia Mexicana, señores académicos, señoras y señores:

Sin juramento alguno, a mí también se me podrá creer —como a mi señor Cervantes—, que yo hubiera querido que este trabajo mío fuese digno de tan ilustrado auditorio y tan solemne ocasión como los presentes. Pero yo sí que no pude contravenir a la naturaleza, y el modesto ingenio mío no trae en sus alforjas sino unas líneas de buen amor: de amor a las letras españolas.

Supla la deficiencia del continente, el contenido, pues esta noche traigo ante ustedes —por primera vez reconstruidos en su andadura vital, de la cuna a la tumba—, a dos personajes del Siglo de Oro: el capitán Andrés Fernández de Andrada y el caballero don Alonso Tello de Guzmán, autor y destinatario, respectivamente, de la célebre *Epístola Moral a Fabio*.

De cómo y por qué vinieron a México y de cómo y cuándo tuvieron su fin y muerte en nuestro suelo, vamos a saberlo en un viaje documental a la primera mitad del siglo XVII en Nueva España.

Pero antes quede constancia de nuestra gratitud al maestro Agustín Yáñez, director de esta corporación, por su benévolo interés en proponernos como miembro correspondiente; a quienes apoyaron la propuesta, y a quienes, unánimemente, votaron en favor de ella. Nuestra gratitud va aunada a la más sana intención de continuar trabajando por el buen nombre de Tehuacán, la ciudad que nos vio nacer, y de Puebla, la ciudad a la que debemos nuestra formación intelectual.

Procuraremos ser dignos de la Academia Mexicana y de nuestra provincia, de nuestros amigos y de nuestros alumnos.

La Epístola y sus personajes

Lógicamente, los personajes de toda epístola son dos. En nuestro caso se trata del capitán Andrés Fernández de Andrada, remitente, y don Alonso Tello de

* Leído en la sesión pública del 6 de septiembre de 1974.

Guzmán, destinatario. El sitio de la carta, Sevilla. La fecha límite, antes de octubre de 1612.

Esto que hoy podemos decir en medio minuto ha llevado siglos en ser aclarado. Sucesivamente se adjudicó la *Epístola Moral* a Bartolomé Leonardo de Argensola, a Rioja, a Medrano. Menéndez Pelayo la hizo obra de un «anónimo sevillano»; Foulché-Delbosc pensó que nunca se llegaría a saber quién era el verdadero autor.

El sevillanismo de la *Epístola* fue preconizado por Estala desde el siglo XVIII. En cambio la fecha sí ha cubileteado: Toussaint la creyó de 1618, Baig Baños de 1635.

Nuestro moderno conocimiento del asunto arranca de 1875, en que don Adolfo de Castro publicó su descubrimiento, en la Biblioteca Colombina de Sevilla, del manuscrito titulado: «Copia de la carta que el capitán Andrés Fernández de Andrada escribió desde Sevilla a don Alonso Tello de Guzmán, pretendiente en Madrid, que fue corregidor de México».

De ahí, la sagaz investigación de don Dámaso Alonso puso a flote —casi totalmente— la figura de Tello de Guzmán, el *Fabio*; un poco antes, Toussaint había presentado tres nuevos documentos de Fernández de Andrada en Nueva España, si bien anduvo poco acertado al interpretar sus datos.

Nos complace haber logrado completar «las vidas paralelas de Tello y Andrada», como las llama don Dámaso Alonso. Gracias a su afectuoso estímulo retomamos el hilo de su investigación maestra hasta lograr fijar los extremos cronológicos del autor y el destinatario de la espléndida *Epístola Moral*.

De cómo el Fabio no volvió a España

Don Alonso Tello de Guzmán nació en Sevilla hacia 1580, hijo de Gutierre Tello de Bracamonte y María de Guzmán y Ávila; era, pues, como estima don Dámaso, contemporáneo de Quevedo.

En 1606 se abrió información en Sevilla para otorgar a Tello una veinticuatría en su ciudad natal. (La veinticuatría era una regiduría en el antiguo sistema municipal andaluz.) En 1612 Tello es veinticuatro y aparece casado con doña Marina de Mendoza. Y ese mismo año, en México, muere en su cargo el virrey fray García Guerra; para sucederle es nombrado el marqués de Guadalcázar, nacido en Sevilla en 1578; es decir, paisano y casi de la edad de Tello.

Lo cierto es que el 27 de octubre de 1612, nuestro personaje es designado corregidor de la ciudad de México. Tal vez poco antes, su amigo Andrada le había dirigido la *Epístola*.

Pero nuestro Alonso tarda mucho en embarcarse y aun conocemos con cierto detalle los preparativos del viaje; su esposa no vendrá con él por encontrarse enferma. Al año siguiente, el 3 de septiembre de 1613, desde Puebla escribe al cabildo de México avisando de su llegada; el 16, desde San Martín Texmelucan, repite el aviso y, por fin, el 19 hace su entrada en el Ayuntamiento de México y recibe la vara de corregidor.

Pasa el tiempo, doña Marina de Mendoza muere en España y nuestro Tello

solicita licencia para volver a casarse, pero el Consejo de Indias le deniega el permiso el 8 de junio de 1616. Tal vez ante una situación de hecho, Tello contrae matrimonio clandestino con doña Isabel de la Cueva Colón hacia 1617. De esa unión habrá, cuando menos, un hijo, Diego Antonio Tello Colón de la Cueva y Guzmán.

El corregimiento llega a su fin y el primero de octubre de 1618 nuestro Tello entrega la vara a su sucesor. Como era de estilo en esos casos, se inicia el juicio de residencia que habrá de tener sentencia favorable en 1620.

Gracias a la investigación de don Dámaso Alonso conocemos en detalle la actuación oficial de Tello. Quien quiera saber cómo era nuestra vida metropolitana en esa época, bien hará en paladear la movida narración del ilustre erudito en su estudio *El «Fabio» de la Epístola Moral: Su cara y cruz en México y en España*.

Pero Tello es un pretendiente contumaz, de modo que con fecha 13 de marzo de 1619 el Rey le nombra Alcalde Mayor de Puebla de los Ángeles; será el vigésimo de la nómina de la segunda ciudad del virreinato. El 26 de marzo el cabildo angelopolitano recibe al nuevo Alcalde; al año siguiente, el 2 de mayo de 1620, se le prorroga a nuestro *Fabio* el cargo «por segundo año de doce meses» y al fin, el 14 de mayo de 1621, se nombra al licenciado Miguel de Saldierna Mariaca juez de residencia para el alcalde de Puebla.

Cinco días después, el 19 de mayo, se presenta el funcionario a residenciar y Tello firma por última vez en los libros del cabildo poblano.

Pero nuestro *Fabio* es pretendiente infatigable: ha iniciado diligencias en la Corte, mediante poder, para que se le conceda hábito de la orden de Santiago. Y por una carta del virrey conde de Priego a Felipe IV, de febrero de 1622, nos enteramos que Tello actúa como Alcalde Mayor de las Minas de San Luis, cuando todavía era pueblo la ciudad del Potosí. También sabemos que lo del hábito no se le concedió, pues al estarse haciendo segundas diligencias, Tello murió.

Y hasta aquí llegaba la historia y se abrían las incógnitas: ¿dónde murió?, ¿cuándo?, ¿todavía como Alcalde Mayor?

Fuimos a San Luis Potosí; los archivos municipal y parroquial están incompletos, de modo que hubo que recurrir a la documentación impresa, a la bibliografía potosina que, en este caso, es de primer orden.

La primera y definitiva pista nos la dio el volumen de don Joaquín Meade, *Historia del Nobilísimo y Muy Ilustre Ayuntamiento de San Luis Potosí*; allí nos enteramos que el Alcalde Mayor de 1619 a mediados de 1621 fue don Alonso Guajardo Mejía, a quien sucedería nuestro *Fabio*. Y luego la noticia que vino a ser el tajo definitivo en nuestras pesquisas: el Alcalde Tello falleció en su cargo en enero de 1623.

De su actuación oficial tuvimos una prueba en la *Colección de Documentos* de don Primo Feliciano Velázquez: un Mandamiento del Alcalde Tello al capitán Luis de Leija, teniente de Justicia Mayor, el cual pasó ante el escribano Agustín Pérez el 13 de septiembre de 1622; este documento era uno de los que servían de títulos a la población del Venado.

Pero como lo escribió muy bien don Francisco A. de Icaza, «la realidad

supera casi siempre a lo imaginado», y a través de la *Historia de San Luis Potosí* de don Primo Feliciano, nos enteramos de una aventura póstuma de nuestro personaje.

Refiere el historiador potosino que «falleció de su enfermedad don Alonso Tello de Guzmán, el viernes 27 de enero de 1623. Amortajado con hábito de San Francisco y en un ataúd forrado de tabí de Italia, azul, rosado y blanco por fuera, y de damasco labrado, encarnado y blanco por dentro, fue el día siguiente depositado su cadáver en la sepultura abierta a un lado del altar mayor de la iglesia parroquial, hacia la sacristía, entretanto se le llevaba al convento de San Diego de la ciudad de México, del cual era patrono el finado».

Cuatro meses después, «en 28 de abril del mismo año, a pedimento de la viuda doña Isabel Colón de la Cueva, ordenó el Juez Provisor de la catedral de Valladolid [hoy Morelia] que el cura beneficiado de San Luis, Hernando Hurtado de Mendoza, entregara el cadáver, para ser trasladado al lugar del patronazgo. Y en su obediencia, el 11 de mayo siguiente dio comisión el Cura, por hallarse enfermo en cama, al Lic. Martín de Illera, clérigo, sacristán mayor de la parroquia, para que hiciese la entrega. Entre siete y ocho de la noche del mismo día 11, fue cavada la sepultura y descubierto el ataúd».

Continúa así la fúnebre relación: «Dio fe el escribano Juan de Trujillo que aquel era el cuerpo y huesos del general don Alonso Tello de Guzmán, y de él se hizo entrega al contador Juan de Altuna, para que a su vez la hiciera a la señora viuda. En una carroza enlutada que se había preparado al efecto, se llevó el ataúd, cuerpo y huesos a doña Isabel Colón de la Cueva, quien se dio por recibida en la misma noche.»

Sin embargo, «por estar el cuerpo tan fresco y corrupto y dar de sí tan mal olor, que por entonces era imposible trasladarlo al convento de San Diego de México, y para que en el interín tuvieran los restos de tan gran caballero la custodia y guarda que se requería, la viuda solicitó de fray Juan Larios, guardián del convento franciscano, que los recibiera y depositara en la bóveda de Antonio de Espinosa, sita en la capilla mayor de dicho convento, mediante el beneplácito que la viuda de Espinosa, Luisa de Cañedo, concedió por escrito».

Accedió Larios «y en su virtud, habiendo salido a recibir el cadáver con cruz alta y solemnidad, por preste fray Francisco Rodríguez, Ministro Provincial, con diácono y subdiácono, acompañado de otros frailes del convento, cada uno con su vela encendida y seis de ellos cantando, le sacaron de la carroza y le metieron en hombros dentro de la iglesia».

Y «después de haberle tenido un rato en la capilla mayor, donde le dijeron responsos, se desclavó el ataúd. Volvió a dar fe el escribano que el cuerpo y huesos eran del general don Alonso Tello de Guzmán, el mismo que la noche antecedente habían sacado de la iglesia parroquial. Cerróse de nuevo el ataúd y fue metido dentro de la bóveda y sepultura de Antonio de Espinosa, que están en el altar de San Antonio, al lado izquierdo de la capilla, quedando como antes, cerrada con tablas y puerta con argollones».

Aunque documentalmente no sabemos más de nuestro Alonso, tenemos por seguro que fue reinhumado en definitiva en San Diego de México. El que se le

titule general obedecía a que, con el cargo de Alcalde, ejercía con poder militar en la frontera con los chichimecas.

Pero hay algo de suma importancia que el mismo historiador Velázquez nos refiere, y es que «atento a que la enfermedad no consintió a Tello de Guzmán nombrar teniente, como podía hacerlo, ejercía Andrés Fernández de Andrada el cargo de Justicia Mayor por elección de los diputados, de acuerdo con el cabildo, o sea, de los principales vecinos, pues aún no había regidores». Esto sucedió en tanto llegaba el nuevo Alcalde nombrado, Juan Cerezo Salamanca, quien «tomó posesión de su oficio el 6 de abril de 1623».

Y aquí está patente la confluencia vital de Tello y Andrada —que no será la última, como veremos—. No sólo llegamos al final de *Fabio*, sino a la certeza documental de que Andrada vino a Nueva España y se movía en la órbita de su entrañable amigo. Sus lazos de paisanaje obedecían a un centro seguro: el sevillanismo del propio virrey marqués de Guadalcázar.

Sabemos que al morir Tello fue nombrado tutor de su hijo Diego Antonio el licenciado Juan Rodríguez de Palencia; y que al morir doña Isabel, la viuda de Tello, es nombrado albacea esa misma persona. Pues bien: Rodríguez de Palencia convivirá con Fernández de Andrada más o menos quince años, como después veremos. Y todavía más: al morir Rodríguez de Palencia, los papeles de la tutoría de Diego Antonio pasan al maestro don Antonio Urrutia de Vergara, quien años después será quien le dé sepultura a Andrada.

La ligazón nos parece inconclusa y va más allá de la propia vida de nuestros personajes.

Sólo diremos para terminar con los Tellos que Diego Antonio llegó a ser Alcalde Ordinario de la ciudad de México, en fecha que no hemos logrado precisar; y que en 1643 contrajo matrimonio con doña Luisa de Tovar y Sámano, hija mayor de don Luis de Tovar Godínez, Secretario de Gobernación y Guerra de Nueva España.

En resumen: don Alonso Tello de Guzmán llegó a México en 1613 y aquí tuvo su fin y muerte en 1623; no volvió a España. El polvo del *Fabio* de la *Epístola Moral* quedó en México.

De cómo Andrada se quedó en México

Andrés Fernández de Andrada vino al mundo en Sevilla hacia 1575 —el año en que nació Luis Vélez de Guevara—. Fue hijo de Pedro Fernández de Andrada, hipólogo o sea tratadista de caballos, cuyas obras fueron bien conocidas en Nueva España. Mérimée le confundió con el padre pero Rodríguez Marín y Fitzmaurice-Kelly pusieron en claro las identidades.

Hace poco, don Dámaso Alonso encontró «un documento muy interesante: es una carta escrita por el propio Andrada en 1596, en que comenta con ingenio y humor sucesos de la época». Cuando escribió ese testimonio juvenil tendría 21 años.

En 1610 tuvo lugar la toma de Larache y Andrada escribe con ese motivo

una composición de la que se conserva un fragmento en la Biblioteca Nacional de Madrid. Recordemos que Góngora también escribió sobre el tema.

En 1611, y siempre en Sevilla, Fernández de Andrada despliega «cierta actividad literaria», como señala don Dámaso. Por ese entonces le dedicaría Rioja a nuestro poeta su silva *Al Verano* —que a pesar del título se refiere a la primavera—.

Si en octubre de 1612 Tello es nombrado Corregidor de México y la *Epístola Moral* se dirige a él, que pretendía en Madrid, piensa juiciosamente don Dámaso que tal sería el término *ad quem* del poema. Y aquí cabe otro contacto con Góngora, que por ese entonces escribía el *Polifemo*, según la autoridad de nuestro Alfonso Reyes.

¿Vino Andrada con Tello? ¿Vino después? No tenemos las pruebas documentales del caso, pero lo cierto es que, en 1619, cuando Tello ha concluido su corregimiento, Andrada aparece sirviendo el oficio de Contador de Bienes de Difuntos en la ciudad de México.

Después nuestro poeta se nos pierde, en tanto Tello ocupa las alcaldías de Puebla y de San Luis. Pero en 1623 lo volvemos a tener presente: como ya se ha dicho, en 27 de enero fallece *Fabio* en el cargo y en tanto llega el nuevo alcalde, los potosinos le piden a Andrada, que ejercía de Justicia Mayor, que los gobierne. Su relevo acontece el 6 de abril.

Nuevamente hay otra laguna documental y Andrada se nos esfuma. Lo reencontramos el 28 de enero de 1629 en Cuautitlán, casado con doña Antonia de Velasco y apadrinando a un niño. Pero no todo es frialdad en los documentos; a veces, a través de los siglos, nos llega un soplo del calor humano que alentó en los protagonistas. ¿No adivinan ustedes cómo se llamaba el niño que Andrada llevó a la pila bautismal? No, no se llamaba Andrés como el padrino; se llamaba Alonso, como el *Fabio*. (Y aquí permítansenos una conjetura, la única que nos atrevemos a hacer; si según todos los indicios Andrada no tuvo descendencia, ¿no tendría en este ahijado Alonso el cariño del hijo que no tuvo?).

Pero ya tenemos a nuestro capitán en la región de los lagos, en la cuenca de México, de donde casi no saldrá.

El 27 de febrero de 1630, en calidad de Alcalde Mayor de Cuautitlán, Andrada le da posesión de la hacienda nombrada Huehuetoca, en términos del pueblo del mismo nombre, al licenciado Juan Rodríguez de Palencia —a quien ya conocemos— en relación con Tello. Lo interesante es que hace su aparición este nuevo amigo de Andrada, con quien tendrá tratos comerciales a lo largo de quince años.

Lo cierto es que en 1632 Andrada ya es vecino del pueblo de Huehuetoca, a donde tal vez iría en seguimiento de su amigo. Ese año, el 8 de julio, apadrina con su esposa el casamiento eclesiástico de Diego Conde y Juana Vázquez; entre los testigos figura Rodríguez de Palencia. Al año siguiente, el 13 de mayo, vuelve a apadrinar: los contrayentes son Juan de la Gasca y María Martín, y otra vez es testigo Rodríguez de Palencia.

Por otra parte, consta documentalmente que Andrada, de 1634 a 1642, tuvo cuentas con su amigo el licenciado; y en 1643 y 44 se le menciona como dueño

de la hacienda de labor llamada Santa Teresa. Todo lo cual nos afirma su permanencia en Nueva España, su trasplante de la Península «a otro clima y a otro género de vida», como dice don Dámaso.

En julio de 1646, en la ciudad de México, Rodríguez de Palencia otorga dos codicilos a su testamento; en el segundo declara haber sido tutor de Diego Antonio —hijo del *Fabio*—. Asimismo consta que los pormenores del asunto quedaban en poder del maestre de campo don Antonio Urrutia de Vergara —a quien ya veremos en relación final con Andrada—.

Rodríguez de Palencia murió el 5 de julio de ese 1646. Al hacerse los inventarios, el 9 de octubre, se hace constar entre sus papeles un «Libro grande de medio pliego intitulado, libro en que se asientan las cosas tocantes al albaceazgo de doña Isabel Colón», la viuda del *Fabio*. Y al año siguiente también se anotan «unos papeles y recaudos contra el capitán Andrés Fernández de Andrada para ajustar lo que se debe al dicho difunto».

Al hacerse la glosa correspondiente, constan los cinco adeudos de Andrada que sumaban un total de 406 pesos.

¿Qué era, entretanto, de nuestro personaje? Aquí entroncan los tres documentos encontrados por Toussaint, sobre los que se cernía el peligro de una homonimia, tan común en esos tiempos. Pero no: se refieren a nuestro capitán, casado con doña Antonia de Velasco.

Como el volumen en donde se contienen no aparece actualmente en el Archivo General de Notarías de la ciudad de México, por lo cual no lo hemos consultado, dejamos la palabra a su descubridor, en su disertación leída para ingresar en esta Academia en 1958.

Decía don Manuel que «en 1646, el 14 de octubre, el capitán Andrés Fernández de Andrada, vecino de la ciudad de México, por sí y por doña Antonia de Velasco, vecina de la provincia de Cuautitlán, estante en su hacienda de labor llamada Santa Inés, su legítima mujer, tiró escritura ante el notario Francisco Olalde, en obligación de un mil pesos a favor de Juan González. Dos días antes, es decir, el 12 de octubre, la señora Velasco había dado poder a su marido para extender la escritura y en él se lee que Fernández de Andrada era vecino de Huehuetoca. Poco después Fernández de Andrada, Alcalde Mayor por Su Majestad del partido de Ixmiquilpan, da poder a don José de la Mota y Portugal, vecino de México, para todos sus asuntos».

Y como hasta allí daba la historia, fuimos a Ixmiquilpan. Infortunadamente, desde el siglo pasado no hay archivos en el Ayuntamiento, según ya hacía ver el historiador de la localidad Escandón. Pero en la parroquia de San Miguel —gracias a la óptima disposición del señor cura Enrique López—, logramos encontrar los dos últimos documentos directos de nuestro personaje, ambos de 1648.

El primero de enero Andrada fue padrino de bautismo de María, niña indígena, hija de la iglesia, es decir, expósita; fungió como madrina Cecilia de la Cruz. Y el 27 de junio apadrina a otra niña indígena, Mónica, hija de Juan Miguel y Magdalena Senguteni —de apellido otomí—; ahora la madrina es Juana Francisca. No hay duda: Andrada estaba solo; su esposa doña Antonia permanecía en su hacienda.

Entretanto, en la ciudad de México proseguía el juicio testamentario de Rodríguez de Palencia, y el 30 de abril de 1649 se dan por no cobrados 1,775 pesos de la cuenta general, de los cuales 406 correspondían al débito de Andrada. Sin embargo, el juez de testamentos compele al albacea Pedro de Santillán para que insista en los cobros, so pena de absorber lo faltante; pero por lo que respecta a las deudas de nuestro capitán, en enero de 1650 Santillán hace constar que «fuera de ser antiguas, desde el año de 34 al 42, como se probará murió el susodicho [Fernández de Andrada] en suma pobreza, de suerte que se enterró de limosna; con que habiendo muerto de esta suerte y sin reconocer cosa alguna por no haber asistido en esta ciudad, no hay con quien hacer diligencia»...

Y para que constara su proceder en el caso, Santillán presenta con el juramento necesario una carta suplicatoria de doña Antonia de Velasco, en donde, después del nombre bien claro del capitán Andrés Fernández de Andrada, dice «que esté en el cielo»...

Pero el juicio siguió su curso y el 14 de enero de 1655 se examinó a cuatro testigos —un militar, un mercader, un contador y un escribano—, que conocieron a Andrada y a quienes constaba «que murió en suma pobreza, de suerte que se enterró de limosna por el maestre de campo don Antonio Urrutia de Vergara».

Uno de ellos sobradamente añade que Andrada «quedó debiendo mucha suma de pesos» y otro hace constar que «falleció sin dejar ningún caudal».

Nuestro poeta debió haber muerto a fines de 1648 —el mismo año que Tirso, Castillo Solórzano, Rojas Zorrilla y Saavedra Fajardo—; el mismo año que frente a los volcanes de México nació Sor Juana.

Tal vez no murió en Ixmiquilpan —en donde ya había dejado de ser Alcalde Mayor—, sino en Huehuetoca, lugar de su residencia por más de quince años. Por otra parte, la hacienda de su esposa —que era una propiedad muy pobre, según se desprende de los documentos— unas veces se cita dentro de la jurisdicción de Cuautitlán y otras dentro de la de Zumpango. En cuanto al maestre Urrutia de Vergara consta que en 1655 era Alcalde Mayor de Tacuba, Azcapotzalco, Tenayuca y Tultitlán. Todo, pues, dentro de una zona bien delimitada, pero donde la falta de archivos —o los invencibles obstáculos para consultarlos— nos impidieron afinar el cabo de nuestra indagación.

En resumen: Andrés Fernández de Andrada vivió en Nueva España, a lo que sabemos, más o menos treinta años; de modo que si al morir pasaba de los setenta, casi la mitad de su larga vida la cumplió entre nosotros. De una cosa sí podemos estar bien seguros: de que murió como Cervantes, «viejo, soldado, hidalgo y pobre».

Tal es nuestro repaso a las vidas paralelas de Tello y Andrada con base en no menos de veinte documentos inéditos. Habrá que esperar la publicación, con aparato de notas y apéndices documentales, del estudio que preparamos con el título de *Andrés Fernández de Andrada y su tiempo*.

Una huella de la Epístola en Nueva España

El escribano Miguel Zerón Zapata es el cronista de la ciudad de Puebla en el siglo XVII.

Un día le asaltó el deseo «de referir proezas y escribir alabanzas de la Imperial Cesárea muy Noble y muy Leal Ciudad de la Puebla de los Ángeles», ya en ese entonces la segunda ciudad del virreinato. Pero por poco desiste de sus ideas al hojear libros como la *Crónica de la Provincia de San Diego*, de Baltasar Medina, impresa en México en 1682; el *Teatro Eclesiástico* del maestro Gil González Dávila, impreso en Madrid en 1649; el *Atlas* de Mercator, que se venía editando desde el siglo XVI...

«A la vista de tanto sol se me derritieron las alas», dice con candor. Pero más pudo en él su amor al suelo nativo, y después de algún ordenamiento especial, se sentó a escribir un volumen de noticias, mezclando «lo histórico con lo poético». De acuerdo con la época le dio un título barroco: *Narración en dibujo amoroso que ideó el afecto*... Es la crónica llena de ingenuidad que don Mariano Cuevas —miembro de esta Academia— editó en 1945 con el título de *La Puebla de los Ángeles en el siglo XVII*.

Pues bien, al pasar lista Zerón Zapata a «los patronos santos tutelares» de Puebla, dice a la letra:

«A 12 de diciembre, en el convento de San Cosme y San Damián de la orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos, a Nuestra Señora de Guadalupe, como su abogada y patrona, le hace la ciudad su fiesta; dando por gasto 25 pesos y se le aplica esta canción:

Esta pequeña vida que poseo...»

No interesa, desgraciadamente, el resto. Pero ya se habrá advertido un verso, apenas modificado, de la *Epístola*:

Una mediana vida yo posea...

Si las noticias de Zerón Zapata llegan, de su propia mano, hasta «este año de 1697», el libro pertenece redondamente al siglo XVII. Lo cual quiere decir que estamos ante una brevísima huella de la obra de Andrada en el mismo siglo en que alentó entre nosotros.

Querer dilucidar cuándo llegó la *Epístola* a la Nueva España es entrar en el terreno de lo conjetural, aunque lo más verosímil es que haya venido con su autor o con el *Fabio*, Alcalde Mayor de Puebla. Lo cierto es que ya tenemos una pequeña pero palpable demostración de que la obra de Andrada se conoció en México desde el siglo XVII.

Futuros hallazgos precisarán el tiempo y modo de este importante hecho literario.

¿Cuál puede ser la lección y sentido de la *Epístola Moral*, una vez conocida la andadura vital de sus personajes en Nueva España?

Desde luego podemos intentar un acercamiento: situar a Fernández de Andrada en su tiempo —y de su tiempo al nuestro—. De ahí veremos en qué medida el autor está inmerso en su obra.

Y aquí tampoco iremos por el terreno de las conjeturas; vamos, sobre el andamiaje de los testimonios documentales, al poema mismo, a la *Epístola*.

Ya sabemos que Andrada vino en compañía —o en seguimiento— de su amigo Tello. Y uno se pregunta, ante un hombre que demostró tan pocas ambiciones: ¿por qué vino?

La estrofa XXXIX de la *Epístola* nos aclara en su primer verso:

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama...

Es decir, sabía y quería acudir al llamado de la amistad verdadera. Porque era tiempo el suyo muy desvalido para distinguir el oro del oropel —como en nuestros días—; era el tiempo en que Cervantes añoraba los *siglos dorados*...

Pero son los tercetos XLV y XLVI los que de hecho colman la sinceridad del poeta:

*No quiera Dios que siga a los varones
que moran nuestras plazas macilentos,
de la virtud infames bistriones;*

*esos inmundos trágicos, atentos
al aplauso común, cuyas entrañas
son infanastos y oscuros monumentos.*

Pero he aquí que *Fabio* muere, tal vez en sus brazos, y uno se vuelve a preguntar: ¿qué le impulsó a quedarse en Nueva España, cuando lo más lógico era regresar?

No conjeturamos: en 1629 ya estaba casado y en 1630 —siete años después de la muerte de Tello—, lo encontramos en relación con el licenciado Rodríguez de Palencia, que será su segundo gran amigo. Y al morir éste, Andrada aparece en el círculo del maestre Urrutia de Vergara, paisano suyo. Este alto funcionario será quien le dé sepultura al poeta en la soleada tierra de México.

Por lo demás, Andrada debió ser de bien pocos amigos, como pocos son los verdaderos. Ya lo había sentenciado en la estrofa LVIII:

*Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve...*

Documentalmente sabemos de tres de los amigos de Andrada: todos verdaderos. No hay duda: nuestro poeta vino a Nueva España en aras de la amistad.

Pero una vez hundidas las naves, ¿por qué se mueve en pueblos pequeños y no regresa a la ciudad de México, residencia habitual de la familia política de Tello, que era nada menos que la familia del mariscal de Castilla?

La razón nos parece obvia. Soplaban en el ambiente «la idea renacentista del *Beatus ille* horaciano», para decirlo en frase de Germán Bleiberg. Un libro de éxito era el de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*; fray Luis de León había escrito su *Vida retirada*.

Andrada venía de la Sevilla del Siglo de Oro, casi una segunda Corte, «puerto y puerta de América, capital del Nuevo Mundo», como la titula Morales Padrón. Y sin embargo, rechazaba la vida cortesana. De ahí la estrofa XVIII:

*Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.*

De ahí que Andrada, después del suceso de San Luis Potosí —que entonces era pueblo—, reaparezca en Cuautitlán —donde los virreyes tenían casa de campo—, después se avecinde en Huehuetoca —donde existe la llamada Casa de la Virreina—, y por fin se le pierda la pista en Ixmiquilpan —pueblo con un convento espléndido y unos inquietantes murales al fresco—.

La verdad es que el poeta se complace en cumplir, al pie de la letra, la ya citada estrofa LVIII:

*Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.*

De ahí que Andrada —que afirmaba su afición a la lectura y reafirmaba su fe en la amistad—, se aferraba a la *aurea mediocritas* de la vida aldeana. Una vida que además le permitía, como a Don Quijote, ser «gran madrugador»...

Y dentro de esa dorada medianía, su idea era confundirse con el común del pueblo, envuelto en la suprema elegancia que da la modestia. Tal como él mismo lo había querido en dos versos de la estrofa XXXIX:

*...y callado pasar entre la gente,
que no afecto los nombres ni la fama.*

¡La fama! Andrada vivió largamente en regiones donde confluían idiomas indígenas náhuatl y otomí; tal vez llegó a saber que los antiguos mexicanos llamaban a la fama *niebla y humo*. Pero de lo que sí podemos estar seguros es de su deseo de pasar inadvertido, sin llamar la atención, «ni envidiado ni envidioso», como quería fray Luis.

Así lo expresa meridianamente la estrofa LXIII:

*Una vida mediana yo posea,
un estilo común y moderado
que no le note nadie que le vea.*

Y esto llegó a cumplirse tan al pie de la letra, que al doblar el cabo del siglo XVII, en una información sobre la antigua hacienda de Santa Teresa, los testigos se acuerdan de los dueños de antes y de después del capitán Andrada, pero de él no dicen una palabra...

Este vacío documental raya en lo desesperante para el investigador; pero en la vida cotidiana de nuestro personaje el caso pudo tener, y de hecho tuvo, ese intenso calor humano que envuelve los actos de la gente sencilla.

Sobre el hecho, en la estrofa XLIX se contiene, a nuestro entender, la más plena profesión de fe:

Quiero imitar al pueblo en el vestido...

¡Y claro que Andrada lo debió cumplir! Si en los meses anteriores a su muerte no tenía cargo y estaba tan pobre que un amigo le hubo de sepultar, ¿cómo es que en los últimos documentos que de él conocemos aparece apadrinando niños otomíes?

Para nosotros la razón vuelve a ser obvia: si llegó a ser compadre de indígenas del Mezquital fue porque se identificó plenamente con ellos. De otra manera —y esto lo sabe quien haya vivido en comunidades indígenas—, el alma de esos hombres no se entrega. Y menos un siglo después de la Conquista.

La verdad es que, fuera de los documentos estrictamente oficiales, los contemporáneos de nuestro personaje ni siquiera le llamaban con su nombre completo: era Andrés de Andrada o el capitán Andrada. Es al paso de los siglos, ya en nuestros días, cuando comenzamos a saber quién era Andrés Fernández de Andrada.

Ahora bien: ¿cuál fue el riesgo y ventura de nuestro poeta al desaparecer de la escena literaria en su Sevilla natal? El riesgo fue máximo: se le dio por muerto. Y su colega Rioja —hombre también de pocos amigos— hubo de modificar su silva *Al Verano* dedicada a nuestro personaje. Tachó el *Andrada* y en su lugar puso *Fonseca*, dirigiendo el poema a don Juan de Fonseca y Figueroa.

Pero ya nuestro Andrada había predicho en la estrofa v que:

*Más coronas, más triunfos dio al prudente
que supo retirarse, la fortuna
que al que esperó obstinada y locamente.*

¿Y qué otra cosa hizo en su carrera literaria, sino retirarse a tiempo, una vez escrito el poema que debió estimar único? Nada de él se conoce, ni en una ni en otra España, posterior a la fecha más probable de la *Epístola*. Y si no preparó su obra para la imprenta, menos le preocuparía dejar la puerta abierta a las atribuciones gratuitas de sus contemporáneos.

Lo que enseguida viene está a la vista: después de 150 años de escrito el poema Sedano lo publica por primera vez, y más de un siglo adelante sale a ganar la última batalla su verdadero autor, proclamado por don Adolfo de Castro.

Por otra parte, la estrofa VIII nos vuelve al entorno vital del poeta, pero su lección llega a nuestros días:

*Aquel entre los héroes es contado
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado.*

¿Y qué otra cosa hizo Andrada sino soltar su poema maestro y darle tiempo al tiempo, como decimos vulgarmente? Y al no reunir y disponer su obra para la imprenta, Andrada tampoco buscó la protección de algún poderoso, tan necesaria en esos casos y en esos tiempos. Descartó, pues, lo que hoy se llama, sin embozo alguno, ayuda oficial.

De esta forma la *Epístola* —ya puesta en limpio en nuestros días— ha visto y verá pasar los siglos sin más personajes que el autor y el destinatario.

Sin embargo, antes de dar fin a nuestro itinerario será conveniente ir al encuentro de Andrada en una estrofa que, por cierto, no le agradó a Quintana, al XLV:

*No, porque así te escribo, hagas concepto
que pongo la virtud en ejercicio
que aun esto fue difícil a Epicteto.*

Con saludable anticipación nos dice cuán difícil es ajustar la vida a las ideas. Él no hubiera querido tener deudas (estrofa XLVII) y gracias a las que no pudo pagar sabemos cuándo y cómo murió. Le parecía mal «la sed de los oficios» (estrofa XIX) y lo cierto es que, ya viejo, debió ser pretendiente hasta alcanzar dos alcaldías mayores...

Con todo, la vida de Andrada nos parece una obra maestra. Por esos pueblos donde se nos esfuma tal vez logró «aprender a morir», como quería en la estrofa XXVIII. Y así ganó su muerte, de cara al sol de México; entre nosotros se reintegró «a la común materia», según su propio verso.

De ahí que la máxima lección de la *Epístola Moral* sea la propia vida de su autor. Primeramente, Andrada encarnó sus ideas de poesía y surgió el poema. Después, largamente, durante la mitad de su vida, encarnó su poema, se dedicó a vivirlo, según se desprende de lo que hemos descubierto para su biografía.

Pocas veces poeta y poesía forman un cuerpo indivisible como lo representan Andrada y su *Epístola*. Pocas veces también le está permitido a un hombre cumplir sus propias ideas. Y el señor capitán Andrés Fernández de Andrada cumplió, a lo maestro, su propia admonición, tal como cantó en un endecasílabo que sigue siendo un desafío a la conciencia de todos los hombres:

Iguala con la vida el pensamiento...

CONTESTACIÓN AL DISCURSO ANTERIOR

Por don JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

Como un honor que, además, mucho me complace, he aceptado el encargo de dar al señor don Salvador Cruz la bienvenida a esta Academia, como Miembro Correspondiente suyo.

El señor profesor don Salvador Cruz, en su natal ciudad de Tehuacán, ejerce el magisterio en las cátedras, que él mismo fundó, de Historia del Arte, Historia de México e Historia de la Literatura Mexicana, las cuales sustenta en la Escuela Preparatoria, incorporada a la Universidad de Puebla.

Don Salvador Cruz, con gusto nato por el conocimiento y el cultivo de las letras, publicó sus primeros poemas hace más de veinte años, bajo el valioso patrocinio de aquel muy estimable escritor, y estimadísimo amigo de muchos de los aquí presentes, que fue el poeta y dramaturgo tlaxcalteca, Miguel N. Lira.

Además de la poesía, también otros géneros literarios han obtenido la atención de Salvador Cruz, y me parece que han sido el ensayo, el artículo y la investigación histórica de las artes y de las letras, en donde ha empleado lo más de su tiempo y de su esfuerzo intelectual, logrando en ello muy apreciables frutos. De lo que en eso ha conseguido, aquí solamente quiero aludir, por varios motivos, a lo que atañe más de cerca a las letras y en relación con nuestra patria.

Hace diez años, o poco más, tuvo la suerte de encontrar y, sobre todo el empeño de estudiar, un interesante manuscrito del acervo de la Biblioteca Palafoxiana, de Puebla, dando cuenta de ello, más tarde, en una publicación sevillana. Después publicó otros estudios sobre dos poetas mexicanos, gongorinos, y sobre los ecos y reflejos de las renovadoras ideas del Padre Feijóo en los intelectuales y letrados de nuestro siglo XVIII mexicano; seguramente hay otros varios trabajos que desconozco pero, finalmente, sí recuerdo un par de anticipos a este estudio que nos acaba de leer, al cual quiero referirme con algún mayor cuidado.

Pero es indispensable señalar, previamente, que no es ésta la primera vez que, en un discurso de recepción en nuestra Academia, se habla del autor y del destinatario de la "Epístola Moral", pues ya lo hizo nuestro desaparecido colega, muy querido maestro mío, don Manuel Toussaint, en el acto de su recepción como Académico de Número, el 8 de diciembre de 1954.

Fue don Manuel Toussaint el primero en mostrarnos, documentalmente, la coexistencia, en tierras de Nueva España, y las relaciones amistosas y hasta contractuales, entre el indudable autor de la mencionada "Epístola", el capitán don Andrés Fernández de Andrada, y el "Fabio", a quien estuvo dirigida, que lo fue don Alonso Tello de Guzmán.

Hoy sabemos que don Manuel Toussaint se equivocó, parcialmente, en algunas de sus hipótesis, tanto respecto a la cronología de algunos sucesos particulares de aquellos personajes, como en cuanto a la intención y al significado de ciertos versos de la "Epístola". La equivocación, ahora muy explicable, fue por haber supuesto (suposición lógica pero que resultó no correspondiente al rigor

histórico), que eran valederos para el original del poema dos tiempos verbales que están en el texto de la copia primera hasta hoy conocida. Se trata de esto: el epígrafe de la "Epístola" dice: "Copia de la carta que el capitán Andrés Fernández de Andrada escribió desde Sevilla a don Alonso Tello de Guzmán, pretendiente en Madrid, que fue Corregidor de la ciudad de México." Pues bien, ocurre que esos pretéritos: "escribió" y "fue", son propios de esa copia, es decir, se refieren al momento en que dicha copia se redactó, pero no al tiempo, evidentemente anterior, en que la "Epístola" fue compuesta originalmente, lo cual ocurrió, hoy lo sabemos, cuando el entonces "pretendiente" en la corte, Tello de Guzmán, todavía no había sido, y ni siquiera había comenzado a serlo, Corregidor de México, aunque es posible que tuviese ya segura la designación y estuviera disponiéndose a emprender el largo y siempre azaroso viaje a estas tierras, probablemente sin suponer que en ellas habría de transcurrir el resto de su vida y en ellas habría de quedar, para siempre, el polvo de sus huesos.

Pero el punto más curioso de la investigación de este asunto es que, casi a un mismo tiempo, la búsqueda, en su parte histórica, la iniciaba aquí don Manuel Toussaint y en España don Dámaso Alonso y que lo averiguado y hecho público por el primero en esta Academia, el ya dicho diciembre de 1954, quedó ignorado por don Dámaso Alonso, quien publicó sus hallazgos al respecto cinco años después del discurso de Toussaint, todo lo cual yo juzgué pertinente señalar, correlacionando los estudios de uno y otro, en mi breve "Nota a dos investigaciones sobre la Epístola Moral", que apareció en los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, el año de 1963.

Y ahora, a los veinte años del hallazgo de Toussaint y a los catorce de la publicación de Alonso, otro investigador, que trabaja en su provincia poblana, completa la investigación y nos informa cumplidamente, dejándonos bien enterados de cómo transcurrieron las vidas de aquellos dos personajes, vidas ligadas, para ellos, por la que sin duda fue una fraterna amistad y, para nosotros, unidas por el sutil lazo de un poema imperecedero en nuestra lengua. ¡Y qué bueno, y cuánto nos complace que haya estudiosos que consagran tiempo y esfuerzos a tareas semejantes y que tengan éxitos tan felices en sus trabajos!

Éstos, cuyos frutos nos muestra ahora don Salvador Cruz, mucho ayudan a ir dibujando y perfilando la sociedad culta del primer siglo de la Nueva España; para mí el siglo de nuestra historia más lleno de interés y de riqueza socio-histórica que ningún otro, por muchas y diversas causas que ahora no cabría explicar.

Culta sociedad, muy reducida o pequeña y que, sin embargo, conocemos de modo mucho muy deficiente; pero, por eso mismo, cada grano de arena que contribuya a reconstituirla en nuestro conocimiento y valoración, es muy apreciable.

Por ejemplo, todo el estudio del señor profesor Cruz ha tenido por fin, y lo ha conseguido, el mostrarnos las vidas y la relación entre ellas, de aquellas dos ilustres personas que fueron Fernández de Andrada y Tello de Guzmán. Pero también ha mencionado otro nombre, ha aludido a otra persona, de quien me

alegro conocer ahora otro dato más, para ubicarla en el tiempo que le corresponde. Se trata de otro hombre de letras, o por lo menos aficionado a ellas y amigo de literatos, aunque su profesión ordinaria eran las leyes. Me refiero al licenciado don Miguel de Saldierna Mariaca, de quien el profesor Cruz acaba de decirnos que en mayo del año de 1621, fue designado juez, para llevar al cabo el juicio de residencia de don Alonso Tello de Guzmán, cuando éste concluyó finalmente en su ya prorrogado cargo de Alcalde Mayor de la Puebla de los Ángeles.

Sin duda, los más de mis eruditos oyentes recordarán aquel nombre, que figura entre los primeros que encontramos en la publicación del bien conocido poema de Bernardo de Balbuena, aunque cierto es, y no encomiable, que muchas de las ediciones modernas de la *Grandeza mexicana* han suprimido las páginas de introducción que tiene la edición original, en la que aparece, entre los sonetos laudatorios, este "Del licenciado Miguel Zaldierna de Maryaca", en que dice a su amigo, el autor de la *Grandeza*:

Espíritu gentil, luz de la tierra,
Sol del Parnaso, lustre de su Choro,
No seas mas avariento del tesoro
Que ese gallardo entendimiento encierra.
Ya Erifile fue a España, desencierra
De ese tu Potosí de venas de oro
El valiente Bernardo, y con sonoro
Verso el valor de su Española guerra.
No te quedes en sola esta Grandeza,
Danos tu universal Cosmografía
De Antigüedades y primores llena,
El diuino Christiados, la alteza
De Laura, el arte nuevo de Poesía,
Y sepa el mundo ya quien es Balbuena.

Este soneto fue escrito, casi indudablemente, en 1602, y acabamos de oír que, en 1621, su autor practicó juicio de residencia en Puebla. Sin duda, en ese lapso de veinte años escribiría otros poemas, acaso no sólo de circunstancias, como el citado. ¿Encontrará esos versos alguien, algún día? ¿Y no podríanse encontrar, también, algunas otras obras de Fernández de Andrada? ¿Sería posible que solamente en Sevilla hubiese tenido inspiración para lograr aquellos limpios y lapidarios tercetos y que, venido a este Nuevo Mundo, no hubiese vuelto a escribir un verso más?

Hagamos votos porque continúen las búsquedas y tengan hallazgos fecundos, y reiteremos la bienvenida a esta casa, a quien ha demostrado su interés y laboriosidad en las investigaciones que de varios modos se refieren a las letras castellanas.

ORACIONES FÚNEBRES

A JOSÉ GOROSTIZA

Por don JAIME TORRES BODET

Hemos perdido a uno de los más nobles y puros poetas mexicanos de nuestro siglo: armonioso en la expresión del tránsito de la vida, y profundo en la comprensión patética de la muerte.

Muerte sin fin fue el título de su obra definitiva, y camino hacia esa muerte fue su existencia, a partir de la aparición de aquel libro insigne, en cuyas páginas encontramos una lección de entereza estoica. Sí, una lección que enseña precisamente, como él sin duda lo presentía, "por el rigor del vaso que la aclara".

Lo conocí hace ya más de medio siglo. Estudiamos juntos. Después, trabajamos juntos en la Universidad Nacional y en la Secretaría de Educación Pública, dentro del grupo que supo animar con intrepidez la genial vehemencia de Vasconcelos.

Tuve la fortuna de que José Gorostiza colaborase conmigo durante los años en que representé a nuestro país en las conferencias interamericanas de Quitandinha y de Bogotá. Nadie más lúcido y más preciso. Nadie mejor enterado y más coherente. Nadie más sagaz y más comprensivo. Lo mismo en el aula o en el despacho, que en el ambiente —no siempre fácil— de las asambleas en que participamos, pude apreciar la virtud de su patriotismo, la firmeza de su conducta y el valor singular de su integridad.

Llegó a ser Secretario de Relaciones Exteriores al final del gobierno del Presidente López Mateos. Pero sus cualidades de diplomático, por brillantes que fueran —y lo fueron en grado altísimo—, no atenuaron jamás en su alma una luz perenne: la voluntad de encontrarse y de realizarse en la plenitud esencial de la poesía.

Persuasivo en la acción, en el libro, en la charla —y hasta en las horas de los años tácitos que se impuso—, fue siempre él mismo: el poeta José Gorostiza, fiel a su vocación de continuo ascenso, incansable en su egregio anhelo de perfección.

Si algún talento mereció las palabras que él dijo un día ("¡Oh inteligencia, soledad en llamas!") ése fue el suyo. Solo, entre las vicisitudes de la existencia; solo, en la cúspide que escogió para juzgar las dramáticas variaciones de todo cuanto nace y también parece, descubrió en su carácter una razón de esperanza

* En el vestíbulo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en el homenaje a los restos del gran poeta, el 16 de marzo de 1973.

que otros no aciertan a vislumbrar y se atrevió a medir esos abismos secretos que amedrentan a otros inútilmente. Cuando halló por fin su verdad, recóndita y decisiva, se consagró a contemplar con serenidad a los jóvenes que buscaban —como él, sin pausa— su propio símbolo. Callar, a partir de entonces, representó —para su conciencia— una forma de estimular a quienes lo admiraban y de guiar a quienes más claramente lo comprendían.

Junto con el testimonio de mi pesar personal, tengo la honra de presentar ahora a su viuda, tan abnegada, a sus hijos y a todos sus familiares, las condolencias de la Academia Mexicana de la Lengua, de la que fue José Gorostiza miembro eminente.

Descanse en paz el amigo cabal y el poeta auténtico. Su memoria crecerá con el tiempo en el respeto de las futuras generaciones. Nos inclinamos aquí frente a sus restos mortales. Pero su ejemplo, hoy como nunca, se levanta límpido y generoso. Ante ese ejemplo moral —el de un hombre para cuyo cuerpo, débil y enfermo, llegó a ser un tormento andar y vivir era un sacrificio—, recordemos con emoción otro de sus versos incomparables: "Ya puede estar de pie frente a las cosas."

A LUIS GARRIDO *

Por don SALVADOR AZUELA

En esta espléndida mañana del Valle de México, venimos a despedir a un gran mexicano. La Academia Mexicana pierde a uno de sus Miembros de Número, que más la han servido, a lo largo de su historia.

Luis Garrido estaba hecho para el afecto humano. El signo de su vida fue servir. No hubo quien llamara a su puerta, que saliera defraudado.

Amigo incomparable, siempre se mantuvo leal a sus normas, con los que cultivaban su trato. Amaba los libros, la música, la pintura y la conversación. Largos recorridos por naciones remotas, en la última época de su existencia, contribuyeron a enriquecer el espíritu de nuestro amigo.

Recordamos aquí cómo lo conocimos, hace ya cerca de cincuenta años, en la ciudad de Morelia. El rumbo de su vocación se había definido ya claramente para la cátedra, las letras y el foro. Su carácter afable creaba una temperatura de cordialidad, en donde él estaba presente.

Era un orientador. En horas de confusión juvenil contribuyó, con definitiva eficacia, a incorporarnos de nuevo a la vida universitaria. Catedrático del Colegio de San Nicolás de Hidalgo y de la Escuela de Derecho de la Universidad Michoacana, en Morelia, ocupó también la dirección del plantel, la Secretaría General, y de modo transitorio la Rectoría de la Institución.

Fuimos, en Morelia, discípulos de Garrido en los dos cursos de Economía Política, que servía en la Escuela de Leyes. Las lecciones que daba eran claras y metódicas, expuestas con fluidez, amenidad y conocimiento.

Al venir a México en 1929 sus aptitudes de penalista lo llevaron a trabajar en este campo, sin perder sus preocupaciones sociales y sus gustos estéticos. Ya en Morelia tenía dispuestos los materiales de sus libros sobre Antonio Caso, José Vasconcelos —éste después considerablemente ampliado— y Saturnino Herrán, que dio a conocer en sendas conferencias universitarias.

Con él recorrimos muchos rincones de nuestras viejas ciudades coloniales. Así errábamos por Pátzcuaro y Morelia, "la ciudad de los párpados de rosa", como después vagaríamos con él por Siena, Pisa, Venecia, Florencia y Roma. El París de la Edad Media, en el corazón del Barrio Latino, que también visitamos en su compañía, le era familiar.

* En la inhumación de sus restos, trasladados de París a la ciudad de México, el 20 de octubre de 1973.

Discípulo de don Antonio Caso, lo recordaba con particular simpatía. Había sido de los habituales concurrentes a las cátedras del maestro en la entonces Escuela de Altos Estudios, antecedente de la actual Facultad de Filosofía y Letras, lo mismo que al curso de sociología, en Jurisprudencia. De él aprendió que las más importantes aportaciones de la historia son el cristianismo y el arte, el Evangelio y la Novena Sinfonía de Beethoven.

Por natural gravedad llegó a la Rectoría de la Universidad Nacional. Su entrega a las tareas de la inteligencia fue constante. Siempre había en el telar de Garrido material en proceso.

Concebía las lenguas no como cristalizaciones que se conservan en las páginas de los clásicos y en los textos de gramáticos y filólogos, sino en forma orgánica, que deriva del concurso constante entre el pueblo y los doctos.

Era, en apariencia, un hombre débil. Al hacer el balance de esta fecunda existencia, queda en pie una lección: la de la callada energía.

La llaneza de su trato en la cátedra y en las relaciones consuetudinarias, exenta del lastre pedantesco, ocultaba una sabiduría adquirida de modo infatigable.

La cultura para Garrido era ajena a la voluntad de poderío, porque practicaba la convivencia y el diálogo, en la tolerancia y la liberalidad.

Fue de los hombres que estiman que hay que hacer la vida amable y justa, adecuándola a las normas de la sensibilidad. Temperamento dotado de un equilibrio aristotélico, sabía mantenerse en el fiel de la balanza. En medio de la borrasca, impresionaba la serenidad de su inteligencia.

Representativo de los hombres del altiplano de México, Luis Garrido recordaba a los tipos del teatro de Juan Ruiz de Alarcón, que una corriente de la crítica literaria estima que se significan por el tono menor, el matiz crepuscular, la mesura, dotes a las que él añadía el fino sentido del humor.

Nunca hirió a nadie. Fue un gran laborioso, sembrador de valores esenciales. Triunfó sin más armas que las de su sensibilidad y su disciplina y sin otro oro que el de su conciencia. Tenía la mano tendida en ademán cordial para el que se acercaba a él. Entraña un ejemplo del gobierno de la inteligencia sobre el instinto.

Por los atributos de su personalidad, representa la vigencia de los valores universales, sobre la mudanza de la circunstancia histórica. Y ahora henos aquí, en torno de sus restos mortales, en esta mañana en que parece que la naturaleza inundada de luz, lo acompaña en el tránsito definitivo. Ya no tendremos el juicio claro, el afán de la palabra pulcra, el amor a la justicia y a la dignidad moral de la conciencia.

EN LA TUMBA DE SALVADOR NOVO *

Por don ANTONIO CASTRO LEAL

Perteneció a una generación privilegiada, que desde su juventud sorprendió por una vocación literaria abierta a todos los rumbos, por la variedad y animación de su cultura y por el valor de sus precoces realizaciones.

Trabajador infatigable, ensayó todos los géneros, desde la poesía y el ensayo, la crítica y el teatro, hasta la crónica y la historia antigua y contemporánea. La originalidad fue uno de sus atributos, y el dominio técnico uno de sus dones naturales. En su primer libro de versos no imita a ninguno de los grandes poetas españoles e hispanoamericanos que entonces señalaban los nuevos rumbos líricos. Cantaba con una sinceridad sin estruendo, con una especie de travieso buen humor, que se hacía perdonar por su insinuante cortesía y la gracia y mérito de sus realizaciones. Dio la espalda a la retórica tradicional, pero no lo hizo como un aparatoso desafío.

Su producción en prosa es abundantísima y de gran variedad. Como ensayista se dio a conocer desde hace más de cincuenta años, cuando ese género tenía pocos cultivadores en México. Su poder de observación y su inteligencia le permitieron ver las cosas desde un ángulo original. Sobre esa base construía una doctrina pasajera —a veces inverosímil pero siempre provocativa. Su prosa —tan clara y eficaz, sintaxis de múltiples y bien aceitados goznes— tenía una elegancia sobria y atrevida, que nunca quiso adornarse con lo que no servía a su propia finalidad.

No fue un helenista, ni un latinista, ni un hispanista, ni tampoco un simple erudito lleno de informaciones muertas. Y sin embargo, su espíritu lúcido y fino era capaz de sentir y apreciar el encanto de cualquier obra antigua o moderna. Entraba sin extraviarse en los terrenos de la literatura universal, y podía adquirir en unas cuantas semanas una preparación que, en otros, exigía una dedicación más larga. Esta capacidad de aprender y de sentir es lo que da valor a su crítica literaria. Rechazaba las fórmulas insustanciales y las frases hechas. ¿Con qué sutileza y nuevos puntos de vista se separa del criterio tradicional que ha impedido la verdadera apreciación de una novela tan original y vigorosa como *Astucia*, de Luis G. Inclán!

En el periodismo su carrera es asombrosa. Durante años comentó personas, sucesos y noticias políticas. Muchas de estas páginas andan perdidas en diarios

* En la inhumación de sus restos, el 14 de enero de 1974.

y revistas; pero en las que reseñó la vida de México durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho están reunidas en dos gruesos volúmenes. Sus artículos, ingeniosos y ágiles, ennoblecieron el periodismo, y su nombre en este campo figura al lado de Manuel Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina.

En el teatro la contribución de Novo es de capital importancia. Formó cuadros dramáticos y llevó obras a la escena. Antes de los 24 años fundó, con Xavier Villaurrutia, el Teatro Ulises. Y como Jefe del Departamento de Teatro del Instituto de Bellas Artes organizó y dirigió la Escuela de Teatro, creó actores, adaptó y tradujo obras y fue un constante animador. Su teatro es variado, pero predomina en él la crítica social, y también temas y personajes que pueden expresar una visión intencionada, maliciosa, con frecuencia satírica del mundo de nuestro tiempo. Ha reinterpretado la conducta de personajes históricos como Ulises y Cuauhtémoc, y ha enfrentado en careos escénicos a personajes literarios paralelos, en un diálogo vivaz y rencoroso en que se critican y definen. En el de Adán y Eva —que plantea la eterna rivalidad del hombre y de la mujer— hay una cadena de reflexiones sutiles, algunas de las cuales no habría desdenado Bernard Shaw.

Pero ninguna de las formas que ensayó revela tan íntimamente su ser como su poesía. A su primer libro de *XX poemas*, con sus emociones y experiencias de escolar, siguieron otros. Cantó sus amores y efusiones; pero el sentimiento de donde brotaba esa poesía era un terreno fértil que bañaba una corriente subterránea de ironía. ¡Qué ternura arrepentida y recriminadora! La ironía y con frecuencia la sátira eran las posturas más visibles de Novo, las que conocieron principalmente sus interlocutores ocasionales, para quienes eran una fuente de regocijo. Pero el poeta, al ascender en la vida a paisajes más amplios, siguió cantando con una voz que se unió a las notas punzantes de la orquesta universal.

Poeta lírico de fino y sorprendente dibujo, en el que las imágenes que duermen en las palabras van insinuando sus revelaciones; poeta de una ternura conmovedora y al mismo tiempo escéptica, en que —sólo en vislumbres— se confiesa un alma inquieta, complicada, religiosa y consciente del destino trunco de todo lo humano.

Esa ironía era en él una de las defensas de la vida, una máscara sonriente que se paseó por el mundo. Sus finales poesías religiosas expresan momentos de honda efusión, en la que encuentra palabras nuevas, frescas, limpias de original devoción, libre de contaminaciones rituales. Éste es su ser íntimo, con un fondo de ternura y devoción. La ironía era el escudo de su sensibilidad.

Amigo cordial, obsecuente y devoto; hijo amantísimo lleno de amor y ternura, espíritu de sincera convicción religiosa. La muerte va a dejar lo que es esencial en él, lo que escondió bajo tantas palabras sonrientes. Y ya no le quedarán para su defensa más que su obra literaria —numerosa y excelente— y el recuerdo enterneado de sus amigos.

A JAIME TORRES BODET *

Por don AGUSTÍN YÁÑEZ

Los bronces de México y del mundo plañen calamidad pública, porque al servicio de México y del mundo consagró trabajos y días, entendimiento y voluntad, éste a quien la patria confirma reconocimiento de hijo esclarecido, asociándolo al coro ilustre.

Si a los niños mexicanos proporcionó aulas y libros gratuitos; si prodigó al pueblo de México estímulos culturales en todo nivel; si procuró al Estado mexicano superior categoría en el concierto universal, igual hizo con otras naciones, cuyos caminos recorrió a lo largo y ancho del mundo, sembrando, socorriendo con los dones de la educación, la ciencia y la cultura, empleándolos como siembra de solidaridad humana, donde sólo allí podrá florecer la paz; él mismo, apóstol de la paz por la palabra y la acción, por la prédica de la libertad entre individuos y pueblos, en México y en el mundo. Con fina sensibilidad de mexicano inconfundible, su labor de funcionario internacional, su labor humanitaria encontraba predilección en asistir a países con graves problemas mayoritarios.

India y Egipto, Ceilán y Pakistán, los conglomerados asiáticos y africanos, los indígenas americanos y las grandes masas despauperizadas, discriminadas, envilecidas, las víctimas del coloniaje y los que padecen todo género de daños físicos y morales.

Mente lúcida, buscó las causas de la miseria y las acometió con denuedo: educación fundamental, tierras áridas, tecnologías de productividad, orientación de la ciencia hacia la solución de ingentes cuestiones de la humanidad contemporánea. ¡Cuánto a esta tesonera, generosa tarea —y es deuda no evaluada y reconocida en sus justas, magnas proporciones—, deben su independencia y soberanía tantos nuevos Estados que han venido saliendo de la opresión a la libertad, tras aquella siembra de inquietudes e ideales!

Por eso, los bronces de México y del mundo tañen calamidad pública y reina general consternación.

Innecesario contar uno a uno los frutos de tan fecunda vida. Son conocidos, están ejecutoriados en la conciencia y en el corazón de los hombres de hoy.

* En la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde la República le rindió homenaje, al ser inhumado el 14 de mayo de 1974.

¡No, no aró en el mar! El tiempo habrá de magnificar la ubérrima cosecha y la figura de su labrador.

Voluntariamente retirado de responsabilidades públicas —consta cuántos nuevos, importantes encargos rehusó—, la actividad literaria lo arrebató de nuevo en los últimos años, y en ella puso fervores de adolescencia que sueña con el éxito, éxito cuyas coronas lo colmaban. Pudo, así, rendir profusión de libros; multiplicar cursos, discursos, conferencias, aun en apartados lugares del país y en el extranjero; participar en reuniones internacionales de alto nivel cultural; viajar por lugares amados en el universo; con juvenil ánimo, participar en programas de televisión y radio. ¡Jamás renunció al ejercicio de uno de sus más altos ministerios: el del trato social, donde su tacto, su cordialidad, su don de gentes, la oportunidad y fineza de su conversación eran perpetua enseñanza para quienes disfrutaban su encuentro!

La Academia Mexicana lo cuenta entre sus más insignes miembros.

Larga es la lista, en cien años de fundada la corporación, que pueblan ingenios eminentes, entre los cuales ocupa sitio sobresaliente su nombre y obra: mexicana y universal, patriótica y ecuménica.

En los últimos años —pese a sus dolencias—, fue asiduo concurrente a las sesiones ordinarias y extraordinarias. Ponía medida y acierto en los debates; contribuyó, —todavía en la sesión del mes anterior—, con pertinentes proposiciones para formular el programa conmemorativo del primer centenario de la corporación, que habrá de celebrarse el año próximo.

Él fue quien a nombre de la Academia despidió a su alto par José Gorostiza.

Cumplo ahora el encargo de acompañar a tan ilustre colega a esta cumbre patria.

Pirámides y torres, domos y alminares, montañas de bienaventuranza claman responsorios. Como en el verso de Tirteo, resplandece tu final morada y reina el dolorido sentir de tu ausencia.

A EFRÉN NÚÑEZ MATA *

Por don ANDRÉS HENESTROSA

Cumplo con el doloroso deber —de colega y amigo, de conterráneo y pariente, y aun de simple ciudadano— de decir unas palabras de despedida a don Efrén Núñez Mata, individuo de la Academia Mexicana desde 1966. Con su muerte son tres las bajas que ha padecido nuestra institución durante el presente año, siendo las otras dos la de don Daniel Huacuja y la de don Jaime Torres Bodet. Nuestra casa, la literatura nacional, la erudición mexicana, el afán de saber y de servicio al semejante, están, pues, de luto. Porque no es lo cotidiano, ni siquiera lo frecuente, que un hombre dedique las horas que le faltan para vivir y para procurarse el pan de todos los días, al estudio, a la investigación, a aprender a manejar la pluma; aquí en donde todo invita más a renunciar que a insistir en una vocación, en un oficio que da más espinas que flores. Hombres así son lauros en la frente de la Patria. La flor que México se pone en el pecho. Hombres que a veces sólo alcanzan el honor de pertenecer a la Academia, que les paga con una oración fúnebre, ya que no pudo con oro ni con plata. Pobres suelen morir los que mejor le sirvieron, o quisieron servir, a México.

Núñez Mata fue profesor, maestro de escuela, médico, a fuerza de voluntad, de perseverancia, de constancia. Maestro fue a la manera vieja, es decir, aquel que tomó la enseñanza como magisterio, misión y destino. Mientras la ejercía escribió poemas, textos escolares, lecciones de historia patria, artículos de varia inspiración. Cumplió tareas humildes y trabajos de señalado relieve, siempre firme en la idea y en la certeza de que eran los de mayor rango que le había tocado en suerte. Sin olvidar jamás que hasta en el afán más modesto cabe el amor a la Patria, y se le puede servir. Jamás pospuso la vocación de escritor. Con una mano ganaba la gloria, con la otra, el pan. Mientras Calibán trabaja, sueña Ariel. Y así pudo llegar al final con la certeza de que fue un hombre, esto es, un luchador, uno que se empeñó en realizar sus sueños, en cumplirle a la vida la promesa que le hiciera de amarla y de servirla. Un mexicano, un oaxaqueño que no olvidó la aldea por la Corte: el Barrio Petapa, su cuna, por la ciudad de México en que muere y le da tumba. Nostálgico de su tierra vivió los últimos años. Y bien hubiera querido que allá reposara su cuerpo, según me lo dijo alguna vez.

Fue una de sus últimas alegrías el ingreso a la Academia Mexicana. Uno de

* En la inhumación de sus restos, el 19 de agosto de 1974.

sus últimos pesares no volver a las sesiones, a las que nunca faltó a contar de la fecha de su ingreso. Llegaba a Donceles, sede de la Academia, con algunos minutos de anticipación, para conversar con sus colegas, con sus viejos condiscípulos o compañeros educadores y de oficio literario. Platicaba con don Daniel Huacuja, uno de sus padrinos. Con frecuencia hacía las veces de secretario y levantaba las actas de las sesiones. Satisfizo, diligente y sabio, consultas y tareas que se le encomendaron. Amó a la Academia y siempre creyó que le adeudaba la gratitud de haberlo aceptado en su seno.

La carta en que avisa que por razones de salud no volverá a las sesiones, se diría que se moja en lágrimas más que en tinta. Tenía un dejo de despedida, de adiós; era algo así como el postrer saludo, como las últimas palabras del diálogo con sus colegas académicos. Y así fue: no volvió don Efrén Núñez Mata.

Pocas sus obras. Largo su ministerio pedagógico. Constantes, ininterrumpidos su lección y su ejemplo en bien de la educación nacional. Fiel hasta la última hora la vocación de hombre bueno; mejor, cada día, a aquel que salió del pueblo sin otra esperanza que cumplir el destino que a las primeras luces de la vida formuló. Bien lo dice en una breve evocación de la figura materna. Era yo un adolescente cuando partiste para siempre, madre. Pero tú me enseñaste esta devoción por el trabajo, esta integridad por el honor, esta impaciencia por el estudio, este odio por el vicio, esta hermandad por los humildes... Te debo, con la vida, lo poco que hay en mí sin quiebras, permanente, e intocado por las abruptas tormentas.

Así vivió. Así murió. Hoy que le damos tierra, pidamos a los dioses tutelares de México que con su arcilla formen otro hombre, que, como él, lo ame y lo defienda con el corazón y con la mente.

HOMENAIIES

I.—*Sesión solemne, pública, en el salón de actos de la Academia Mexicana, el 22 de febrero de 1974.*

A DON FEDERICO ESCOBEDO, EN SU CENTENARIO NATAL

Por don OCTAVIANO VALDÉS

El Padre don Federico Escobedo nació en Salvatierra, el 5 de febrero de 1874. Allí cursó la instrucción primaria y recibió al mismo tiempo, "en contacto personal con el poeta don Tirso Rafael Córdoba, el impulso inicial de su afición a las bellas letras".¹ En 1886 ingresó al Seminario Palafoxiano de la ciudad de Puebla, en donde estudió tres años. El año de 1889 pasó al Colegio Noviciado de San Simón de la Compañía de Jesús, cerca de Zamora, y cursó nuevamente latinidad durante un cuatrienio.

Considerando siete largos años de estudios humanísticos, cuatro de ellos con la disciplina y profundidad que antaño regía los estudios humanísticos en los institutos jesuíticos, y además su amor a las bellas letras, se explica el dominio y maestría con que llegó a manejar la lengua latina. Agréguese la oportunidad que tuvo de profundizar en el idioma y literatura del Lacio, con el magisterio de humanidades que ejerció durante un año en el Noviciado de San Simón, y quince en el Seminario Palafoxiano. En 1889 abandonó la Compañía de Jesús por urgencias de familia. Abrió un colegio en Huamantla para dedicarse a la enseñanza, pero al cabo de un año reingresó al Seminario Palafoxiano, en donde recibió al poco tiempo la ordenación sacerdotal.

Al cabo de tres lustros de enseñanza humanística que impartió en dicho Seminario y en la extinguida Universidad Católica de Puebla, se trasladó a esta ciudad de México, empujado por los trastornos de la revolución el año de 1914.

En 1921 fue designado párroco de Teziutlán y después de varios años pasó a Puebla como canónigo de la Catedral. En esta ciudad, el 13 de noviembre de 1914 rindió su larga y rica jornada, entregada al servicio de sus semejantes y de la cultura nacional.

Don Federico Escobedo fue honrado con varias distinciones académicas. El 2 de mayo de 1907 fue admitido en la Arcadia de Roma con el nombre de Tamiro Miceneo. En agradecimiento compuso un poema en latín y castellano. El año de 1908 ingresó a nuestra Academia de la Laguna como correspondiente, y

¹ *Federico Escobedo*, por Gustavo Couttolenc, C. 11, p. 26.

de número en 1915. Cuatro años después la Real Academia Española lo llamó a figurar entre sus miembros como correspondiente. Y en 1940 lo distinguió con el mismo título la Academia de la Lengua colombiana.

Don Antonio Caso así opinó del padre Escobedo: "Continúa el poeta Escobedo la serie, por desgracia hoy bien mermada, de nuestros dilectos humanistas. Es de la raza del Obispo Montes de Oca, del insigne Joaquín Arcadio Pagaza, del glorioso Manuel José Othón."²

Mas todavía —decimos— no queda en desventaja si lo comparamos con Landívar, Alegre y demás humanistas del siglo XVII, en cuanto a conocimiento y manejo de la lengua latina. Pues como éstos, de tal manera llegó a dominarla que además de traducir a sus poetas, expresó con maestría su poesía original en los difíciles ritmos del Lacio. En 1902 publicó su libro de composiciones latinas, titulado *Carmina latina*. Y tiene otros numerosos títulos más, publicados en revistas y folletos.

La piedra de toque del verdadero dominio de una lengua, sobre todo si es lengua muerta como el latín, es no sólo traducirla, sino también expresarse en ella como en la propia. De don Federico Escobedo bien podemos afirmar lo que Menéndez Pelayo dijo refiriéndose a nuestros humanistas del XVII: "No era para ellos lengua muerta sino viva y actual."³ Escribieron en latín porque era su lengua. Escobedo poseyó absoluto dominio del vocabulario y de todos los secretos sintácticos y prosódicos del latín.

Reunió en su persona todas las condiciones que requiere un buen traductor. El cual debe conocer no sólo el significado literal de las palabras, sino sobre de ello el espíritu del idioma extraño tan bien como el del propio. Y si se trata de poesía pienso que sólo un poeta es capaz de traducir airoosamente a otro poeta. Pues no es posible dar una interpretación acertada del pensamiento poético si no existe afinidad de sensibilidades. Ejemplo de hermosa versión es el libro *Jardines de Francia* de nuestro poeta don Enrique González Martínez, traductor de poetas modernistas franceses. Y el ejemplo contrario es la versión de la *Divina Comedia* por el Conde de Cheste, literal y técnica pero sin el espíritu de la lengua de Dante. Acerca de ella don Antonio de Valbuena satíricamente decía que le era más difícil entender la Divina Comedia del Conde de Cheste que la de Dante.

El Padre Escobedo es celebrado principalmente por su traducción del latín al español de la *Rusticatio mexicana* del P. Rafael Landívar. La cual es, hasta el presente, la primera y única versión completa del español, hecha en verso.

Esta versión no es estrictamente literal ni tampoco parafrástica. Podríamos llamarla interpretativa, pues a veces se ciñe al texto original y otras refuerza el pensamiento por adición de epítetos, que tampoco son ripios, y de uno o más versos.

El padre Escobedo echa de menos que Landívar, siendo su patria Guatemala, no haya incluido al Quetzal en el canto XIV que trata de las aves. Y para que el

² Prólogo al libro *Poesías*, de Federico Escobedo. Impresora Teziutlán. Teziutlán, Puebla, 1923.

³ *Historia de la poesía hispanoamericana*, vol. 1, p. 178. Santander, 1948.

coro alado quedara completo, él compone en magníficos exámetros y a la vez en verso castellano el *Elogium Quetzalli*.

Traduce además varias odas de Horacio éstas sí muy apegadas al texto y empleando metros latinos. Gabriel Méndez Plancarte, en su libro *Horacio en México*, señala especialmente las Odas III del L. III y la V del III, como magistralmente vertidas a nuestra lengua.⁴ Entresaca el padre Escobedo algunos pasajes de la Primera Elegía de Tibulo, y traducidos los acompaña de comentarios que son testimonio de su gran cultura humanística.

Siguiendo el ejemplo del Venusino, tuvo preferencia en sus versiones y en su poesía original por la estrofa alcaica y sáfica.

En su libro *Flores del buerto clásico* recoge una interesante selección de frases virgilianas que han pasado al idioma español, como proverbios, sentencias o lugares poéticos:

Dulces excubiæ dum fata Deusque sinebant

que él traduce:

¡Prendas que dulces, para el alma fueron,
mientras Dios y los hados lo quisieron!

Garcilaso lo hace suyo:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
dulces un tiempo cuando Dios quería!

El mismo pasaje pasó a varios de nuestros neoclásicos, casi como estribillo. Carpio entre otros, dice:

Con tu blando desdén y tus favores,
en otro tiempo cuando Dios quería.

Del volumen *Selecta Patrum Societatis Jesu* traduce varios poemas revistiéndolos —dice don Antonio Gómez Restrepo— de elegante forma castellana, interpretando con igual limpieza y gracia de estilo “en aladas y gentilísimas estrofas”.⁵

El padre Escobedo recogió su poesía original en español en el libro titulado *Poesías* y los subtítulos “Horacianas”, “Rapsodias bíblicas” y “Soledades canoras”. “Poesías de noble ímpetu y generosa inspiración religiosa, ceñidas al molde implacable del más sereno clasicismo”, dice don Antonio Caso. Sus rapsodias bíblicas no son descripciones puramente coloristas como las de Manuel Carpio, pues en ellas se funden las reminiscencias bíblicas con su propio y profundo sentimiento religioso. “Pero además —sigue don Antonio Caso— entre evocaciones de la Biblia y figuras de los héroes hebreos... pasan y se animan las re-

⁴ *Horacio en México*, Gabriel Méndez Plancarte, p. 274. Ed. UNAM. México, 1937.

⁵ Prólogo a *Flores del buerto clásico*, Federico Escobedo. Ed. Lumen. México, 1932.

miniscencias de Grecia, que el poeta inconscientemente funde con el paisaje hebreo, el cual como que se suaviza y engalana con el primor de los matices clásicos."⁶

La naturaleza es el escenario de la poesía de Escobedo, como la de Othón y Pagaza, aunque menos descriptiva y más subjetiva. Su inspiración se explaya al favor de su retiro en la soledad florida de Teziutlán. Su poesía, conservando la estructura académica, es por lo general depurada y limpia de los vicios bastante comunes en los neo-clásicos. No es ajeno a sus poemas cierto tono romántico y débilmente la nota modernista. Todo ello contribuye a inspirar la poesía de don Federico Escobedo de un leve aliento de renovación. La mayor parte de su obra poética original es de muy estimable calidad, y algunos de sus poemas pueden figurar con honor entre los más selectos de nuestra poesía neo-clásica.

Don Manuel Revilla, lejos de percibir ese tenue tono modernista, lo elogia "porque no le deslumbraron ni engañaron —dice— tan especiosas y vacías novedades".⁷ Posiblemente el mismo padre Escobedo lo creyó así también. Pero su musa algo recogió, sin darse cuenta, de los nuevos ensoñadores beleños, con la fimbria de su túnica, al roce de las lecturas de poetas modernistas, inevitables para un poeta de la cultura de don Federico Escobedo.

No estoy de acuerdo con quienes han afirmado que no puede haber gran poesía sin aprender la lección de los greco-latinos. Pero sí pienso, ante ejemplos como el de don Federico Escobedo, que su obra es una invitación provechosa y gratísima a conversar con ellos. Ya opinaba así Manuel Gutiérrez Nájera hace más de medio siglo: "La poesía francesa —de la cual fue él ídolo— es muy coqueta y muy hermosa..." "Bueno es cenar con ella pero a la mañana siguiente hay que marcharse a oír el canto de las cigarras virgilianas y el murmurio de la fuente de Tibur" ... "Bebamos una copa de Borgoña con Teodoro de Banville, pero conversemos luego mucho rato con los griegos y latinos. ¡Los grandes sobrios! Y diré que tampoco nos haría mal frecuentar el trato de los clásicos españoles."

Hoy, quizá más que nunca, convendría a los poetas redescubrir la belleza robusta y saludable de los grandes humanistas y grandes clásicos.

VIDA Y TRADICIÓN EN JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, AL CINCUENTENARIO DE SU FALLECIMIENTO

Por don MAURICIO MAGDALENO

Con él desapareció una era que, vista en panorámica, ocupa un grueso considerable de la vida decimonona del país, y no sólo en años, sino en el contexto de un activo cambio social. Una era que impregnó la filosofía del positivismo, cuyo

⁶ Caso, *Ibidem*.

⁷ Prólogo a *Cauces hondos*, Federico Escobedo.

desgaste, una vez concluido su propósito formativo, se haría más y más sensible al final de la primera década de la actual centuria.

Justamente en la idea positivista fundó el núcleo rector de la dictadura del general Díaz, el de los llamados Científicos, algo que si no era propiamente un partido sí alcanzó un grado de predominio político indiscutible hasta antes del estallido de la Revolución de 1910. Pese a su simplismo, el lema barrediano —Libertad, Orden y Progreso—, que en 1867 abanderó el programa de la nueva estructura nacional, tenía al menos el jugo vital que dio armazón al país abatido por la larga guerra y la anarquía. Veinte años más tarde sintomáticamente reducido al puro binomio Orden y Progreso (la palabra libertad quedó relegada al desván de los cachivaches) explicó en su seco pragmatismo el desarrollo del capitalismo industrial y financiero. Un signo cuya dinámica acabaría ahogando el necesario respirar social en aras de un orden y un progreso material cuyos beneficios, en consorcio con intereses extranjeros, fueron exclusivos de la cerrada oligarquía que concertó los acentos más espectaculares del régimen.

Dos generaciones de López Portillo, por méritos singulares, fueron gala moral e intelectual de Jalisco y de México. Padre e hijo, don Jesús y don José, varones de un alto linaje de excelencia humana, atravesaron, en sus sendas jornadas, tiempos henchidos de dramática riqueza histórica. Liberales ambos en la cabal acepción del vocablo, trataron de conciliar, como otros ilustres mexicanos, tradición y necesidad de nuevas normas; se quiere decir que no los arrebató el fragor de la facción. Su temple buscó invariablemente, muchas veces con apuros de conciencia, un equilibrio que en horas de refriega nunca se aviene con los extremos banderizos. A don Jesús se le recuerda como a uno de los más eminentes promotores de la educación popular; su concepción de la escuela elemental gratuita y de los primeros planteles de enseñanza secundaria y normal, le dan jerarquía que no desmerece, a su modo, de la que años antes implantó el doctor Mora. Sirvió a la Reforma sin que lo ganasen extremos que eran ajenos a su innata moderación; ni mochos ni jacobinos pudieron reprocharle su servicial ministerio. En 1842 fue declarado por el gobierno de Jalisco catedrático benemérito.

Por esos años de intensa conmoción nació en Guadalajara José López Portillo y Rojas (26 de mayo de 1850). Por origen, por formación y por índole, fue un liberal de acendrado sentimiento tradicionalista. Tras la implantación de la paz se dejó ganar por la política del grupo jalisciense y en las postrimerías del gobierno de Lerdo de Tejada apareció como diputado al Congreso de la Unión, un joven diputado de veinticinco años. No comulgó, ni entonces ni bajo la administración del general Díaz, con las novedades del positivismo, pero la hora no era propicia ya, para su fortuna, con las antes encarnizadas demasías de la facción. Tras el golpe militar que derrumbó a Lerdo, el advenimiento del nuevo orden no produjo, por lo demás, un trastorno a fondo que volviese a encender la guerra civil. El anhelo de paz era general y los nervios de la República demandaban alivio. El gobierno abatido en Tecuac —lo que quedó del gobierno abatido— no logró levantar bandera. Por lo demás, el caudillo triunfante se esforzó por incorporar a sus filas toda forma de fuerzas adversas y una

tal política de conciliación —la palabra lleva impreso el sello de la época— le ganó prontamente la adhesión del grueso de las viejas banderías, inclusive la de los moderados que figuraron en la planta del frustráneo Imperio. Al fin y al cabo, entonces y siempre, el éxito suele determinar la adhesión. Si no todos, la gran mayoría de los hombres de la Reforma militó activamente en la administración del general. Díaz; otros, los menos doblegados, se acogieron a la diplomacia y murieron en el extranjero, Altamirano y Riva Palacio, entre ellos.

En el curso de la larga jornada porfiriana López Portillo y Rojas escribió la parte más considerable de su variada producción literaria: una buena cantidad de artículos de toda índole, versos —¡también escribió versos nuestro don José—, estudios económicos, cuentos, leyendas, pequeñas escenas teatrales (también en verso), y novelas. En Guadalajara atendió tareas docentes y ocupó puestos de significación en la magistratura. Con otros ingenios locales fundó *La República Literaria*, una de las mejores revistas del país, y colaboró ampliamente en sus páginas. Dos veces más fue diputado, y luego senador, y encumbró, por fin, las más relevantes posiciones: subsecretario de Instrucción Pública, secretario de Relaciones Exteriores y gobernador de su Estado natal.

En 1898 publicó *La parcela*, novela que inmediatamente le ganó la fama. A aquellas alturas del siglo andaban ya en circulación *Clemencia* y *La Navidad en las montañas*, de Altamirano, Emilio Rabasa era autor de *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda falsa*, Rafael Delgado se había hecho presente con *La calandria* y *Angelina*, y cimentaban el renombre de Federico Gamboa sus tres primeras creaciones, *Del natural*, *Apariencias* y *Suprema ley*. A *La parcela* se tributó unánime aplauso; se le tuvo por el más acabado modelo de la novela rural mexicana, y tanto, que se sintió respirar en ella al desbordante aliento del suelo. La nobleza de su trama, el casticismo del idioma, su concienzuda elaboración, el temple de sus personajes, el encanto del terruño y su concepción moral de la vida le dieron lugar de honor en las letras. Tamaño éxito borró cuanto se había escrito sobre el tema rural. El sentimiento de la época se retrata, con cerrada fidelidad, en el encomio de *La parcela*.

Parece natural, en tales condiciones, que los de la élite intelectual de fines de la centuria, que conocían las fragosas rustiqueces de nuestra geografía y el régimen de vida de la propiedad territorial del país tanto como los aduares africanos o las selvas de Birmania, diesen la afamada novela por la más magistral visión del agro nacional. Probablemente hasta creyeron llenarse los pulmones a tufaradas del recio viento que según había oído en charlas con amigos rancheros suele soplar en las apartadas e incógnitas lejanías del interior. La verdad es que la tierra —dicho sea en descargo de la intención de *La parcela*—, la tierra que habría de ser el alegato fundamental de la Revolución, no acusaba aún su formidable material noble.

La influencia de Pereda en *La parcela*, que López Portillo y Rojas, el primero, se encargaría de confirmar, no merma, ni mucho menos, la lozanía de sus prendas vernáculas. La seducción del rico aire rural y el casticismo del montañés ganó tan efusivamente al jalisciense como a tantos autores de ahora mismo la de maestros extranjeros, que, sin embargo, no ahoga su vena mexicana. López

Portillo y Rojas consideraba a Pereda —son sus palabras— "un Cervantes redivivo". Tan excesiva calificación ilustra su gusto por la pulcritud idiomática que da sello a la factura de *La parcela*. Gamboa no exageró tanto el encomio de Zola, al que creyó seguir ortodoxamente. Ni en uno y otro —López Portillo y Rojas y Gamboa— regionalismo español y naturalismo francés son determinantes en sus sendas obras. Por sobre el propósito de emulación señorea el aliento de ambos el inevitable mandato de la singularidad nativa, ese mandato que, por lo mismo, no escapó a cierto tardío aire romántico de progenie criolla.

Que López Portillo y Rojas, propietario de tierras por el lado de Tequila, conocía sus terrones, es indudable. No era, nunca fue un ausentista de hotelito en París, como tantos otros que confiaron sus intereses en segundas manos, aquellas segundas manos —gamonales, mayordomos y capataces— que dieron a la hacienda la bárbara fama de la iniquidad. Unos cuantos latifundistas por algún modo afines al tono de su temperamento, García Icazbalceta en Morelos y Francisco I. Madero en Coahuila, entre otros, dejaron, al igual que él, huella benigna, humana, en la explotación de la tierra. Entonces y después, hasta el final de su jornada, sus contemporáneos, y no nada más los de su clase, sino sus peonadas, disfrutaron su finura en el trato, su natural consideración al hombre. Los trabajadores de sus fincas no sufrieron bajo su condición de amo un género de vejamen que no era propio de su peculiar templanza. Al derrumbe del sistema al que pertenecía no se siguió, en su caso, una nota de odiosidad que lo afrontase.

De su escenario rural sacó la historia, una historia de simples rasgos argumentales, de un conflicto de intereses personales; el de dos terratenientes que se disputan unas hectáreas colindantes; el ingrediente amor, indispensable en toda novela de su tiempo —y de todos los tiempos—, lo dan los hijos de ambos, víctimas del encono de sus padres. En la trama juegan un cura, el conciliador del caso, como es de presumirse, un idiota presidente municipal del lugar, un abogado puesto a todas las chicanas, y los representantes de la justicia, engorrosos y farolones, y un vacío trasfondo de peones que no responden sino a la ley de sus respectivos amos, confundida con la ancestral ley divina. La sangre, finalmente, no llega al río, y si llega es en dosis infinitesimal, y todo se resuelve en venturosa coda.

El autor de *La parcela* no era lo que se llama un hombre de acción. Sus amigos de uno de los bandos de la familia oficial lo ganaron a sus filas, en días en que la marea política enfrentó al general Bernardo Reyes, su paisano, al poderoso clan de los Científicos. La aventura no llegó a mayores porque el viejo dictador, pese a la fuerza que había cobrado el movimiento disidente, lo deshizo sin dificultad, echando al pretendiente de los claveles rojos al extranjero. Era, aunque nadie lo advirtiese cabalmente cuando concluyó el cuento, el principio del fin, toda vez que la colisión produjo irreparables cuarteaduras en el hasta entonces inmovible edificio porfiriano. La política no fue nunca el fuerte de don José; no lo fue en la plenitud del régimen y menos cuando, a la caída de éste, se prestó a servir, con ingenuidad que lo pinta por entero, en las administraciones de Dela Barra, Madero y Huerta. Acabó padeciendo —sus

timbres no lo inclinaban a la adhesión al desmán y al crimen— la persecución del usurpador y se retiró definitivamente a la vida privada. La gran convulsión revolucionaria no lo determinó a huir al destierro, como tantos otros de sus contemporáneos. No era instante de distingos, y, pese a todo, se abatieron sobre él, sin embargo, las desbordadas furias, y si no lo victimaron, que a punto estuvo, fue merced a que se acogió sin ambages a la amnistía proclamada por el caudillo Carranza.

Si *La parcela* produjo ruido tan lisonjero y a la fecha sigue representando las mejores dotes de su autor, *Fuertes y débiles* no tuvo igual suerte. Los años que median entre ambas —veintiuno, pesados y duros— la castigaron con la más injusta indiferencia. Hoy, puestos a considerar su valencia, nos ganan indiscutiblemente sus prendas muy por encima de las de *La parcela*, a la que sobrejuja en dominio del tema, en fuerza dramática y en riqueza de cuerdas humanas y sociales. El simplismo color de rosa de *La parcela* quedó atrás, como la vida misma de López Portillo y Rojas; *Fuertes y débiles* tiene un cuerpo en el que respiran realidades y facultades que le confieren, pese al olvido en que la tenemos, primacía en la producción del novelista.

Las ramas argumentales de *Fuertes y débiles* —y es su más puntual acierto— juegan entre el ocaso del antiguo régimen y el brote de la Revolución, que demolió todo un mundo, el mundo de los plácidos días de los campos de Citlala y el imperio de la burguesía arribista que convirtió la Reforma en provecho y disfrute. Frente a los oropes de la víspera del derrumbe en que una Clara Montalvo pasa —era el orden del día— por parisiense, el drama rural hace víctima de su venganza —la venganza de la gleba, diría el otro gran mexicano que fue Federico Gamboa— al hacendado que afrenta a sus peonadas, un Lencho Bolaños rudo y arbitrario en el que López Portillo y Rojas retrata al latifundista al que destruyó el ciego turbión de sus esclavos. En el viejo triste de *Fuertes y débiles* duele la quiebra de valores tradicionales propia de todo gran cambio. Los fuertes son el pueblo mismo, con su honda herencia histórica, y los débiles los nuevos ricos, los hijos de un materialismo que instauraron, por primera vez en México, la religión del dinero.

En un último y gordo libro, por fin, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, publicado en la víspera de su muerte, descubrió las fallas de la dictadura, "la burocracia de la paz", según sus propias palabras. En su género, documentalmente, es obra cuya consulta ha obligado necesariamente al póster. Fue uno de aquella brigada de mexicanos que, no por haber vivido bajo la dictadura, abdicaron diferencias que les dan tono particular y filosofía frecuentemente adversa. Las horas de crisis no restaron a su envergadura humana nada que averiase su fundamental postura. Pertenecieron a su hora y en ella dieron, sin complicidad con el oportunismo, su mejor, su más sincera conciencia de lo mexicano. Carece de sentido enjuiciar a los hombres de otra época, que no fue la nuestra, en el marco de corrientes que no corresponden a su turno. El hombre de *La parcela* y de *Fuertes y débiles* vivió y murió fuera de las fronteras de nuestro tiempo.

Hoy, cuando otros aludes precipitan a su vez otro gran cambio y el alma

del pasado padece eclipse, como la de todos los pasados que forman el alma inmortal de la vida, llama a sus pósteros inmediatos, los que éramos mozalbetes cuando desapareció, la recordación de aquel ilustre señor antañón que floreció en el ejercicio de superiores afanes. Sus títulos lo trajeron a la Academia Mexicana; finó siendo su Director, hace cincuenta años. Su memoria fundida está al reconocimiento de una herencia que es bien de su patria.

EL POETA JOSÉ GOROSTIZA IN MEMORIAM

Por don JESÚS GUIZA Y AZEVEDO

Que José Gorostiza haya sido poeta, poeta a secas; poeta, por tanto, según los cánones de la tradición, hombre de Dios, que decían los hebreos, el profeta de los griegos y el vate de los latinos, es una verdad luminosa, la cual en vida de él fue su mérito y su gloria y para esta Academia Mexicana, de la que fue individuo de número, adorno y gala, y para el México de hoy y el de las generaciones por venir, nuestra prez y nuestra honra.

POÏÈS, de donde viene la palabra poeta, quiere decir "hacedor". Hace cosas el poeta. Anima, y les presta vida por el mismo consiguiente, a las palabras. Las palabras. Las palabras tienen un contenido y usarlas con propiedad, con el rigor de la precisión, con el concierto de sus sílabas, de sus acentos y de sus desinencias, es establecer un contacto de alegría, de exaltación, de arrebato, de entusiasmo, para decirlo todo de una vez, entre ese contenido y nuestro todo, esto es nuestra sensibilidad, nuestras pasiones, nuestra imaginación y nuestra inteligencia. Entusiasmo es justamente endiosamiento. Y lo que hace el poeta al transportarnos con sus cantos, despertando y avivando nuestra conciencia, es llevarnos a Dios.

La poesía por medio de sus figuras, de sus evocaciones y de su florido lenguaje, todo esto en armonioso conjunto, por supuesto que cuando hay poeta, mueve y aun agita la imaginación del oyente o del lector. Lo llama, lo seduce, lo encanta y lo retiene. Su fuerza persuasiva nos coloca en la misma hondura de nuestras creencias y tradiciones, de nuestras esperanzas y desazones y de las propias insuficiencias. Éstas, eliminadas que sean por ella, dan lugar al incentivo de querer ser buenos.

Esto tiene la poesía: que su canto, que su armonía, que sus ordenadas imágenes y figuras, que su belleza, se estampan y se fijan en el hombre y, por el mismo caso, nos conducen a lo alto, a lo subidamente humano y, para ser exactos y precisos, a la contemplación, a ese estado de bienandanza intelectual, *gaudium de veritate*, gozo de poseer la verdad, de que tan elocuentemente hablaba San Agustín.

Hombre de inspiración divina, visitado por el numen y movido por la voluntad de Dios, profetiza el poeta y, con arranques sublimes de gracia, de dulzura

y aun de cólera, nos lleva a descubrir los secretos de las cosas y de nosotros mismos; nos inclina, ya a la moderación, ya al ímpetu, ya a la piedad, ya al sacrificio, ya a la emulación; nos introduce en el amor, el cual, comunicativo, se asienta en nuestra alma para hacernos amorosos, tenaces en la entrega, prestos a todos los quehaceres de la amistad y de la misericordia; nos da vigor para apartarnos de la molicie, de lo blando y lo flaco y para encararnos, y si es necesario con furor, a las cosas recias y ásperas; nos consuela ensanchando nuestros gozos, alumbrando la inteligencia, purificando las pasiones y depurando nuestros gustos; nos fabrica en todas nuestras potencias cauces en que sólo puedan discurrir los actos de nobleza; nos hace despreciar a los que simuladores, tienen puesto y blanden el pendón de santidad, o de benevolencia, o de desinterés, o de ingenio.

* * *

Antes del mar y de la tierra, antes de ese cielo que lo cubre todo, existía un solo aspecto de la Naturaleza en todo el orbe, y a ese aspecto le llamamos CAOS. Así dice Ovidio muy al principio de sus *Metamorfosis*:

*Ante mare et terras et, quod tegit omnia, cælum
Unus erat toto naturæ vultus in orbe,
Quem dîzere chaos...*

El caos se contrapone al orden. En lo inerte, lo pesado, lo burdo y lo espeso; lo oscuro y las sombras apretadas de una persistente noche. No hay en él figuras, número, límites, y no podemos darle nombre al montón de elementos sólo unidos por la confusión. El orden está en la traza, en el diseño y lineamientos, en la arquitectura del mundo. Es la luz, la individualidad cierta de las cosas, el concierto de unas con otras, la trabazón de sus acciones, la música callada de sus movimientos, en una palabra el esplendor de la inteligencia.

En el caos cada uno de sus componentes, ser informe de necesidad, es un obstáculo para el otro y, dentro de sí mismo, se mueve guerra, se contradice, cuando no se anula. Lo frío en él pugna por deshacer lo cálido, lo húmedo a lo seco, lo muelle a lo duro y lo pesado a lo ligero.

*Obstabatque aliis aliud —dice Ovidio—, quia corpore in uno
Frigida pugnabant calidis, umentia siccis,
Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus.*

Y el mensajero divino, que es el poeta y que, intercesor, nos desdobra su vecindad, su intimidad, las palabras que en silencio oye, y, siendo fiel a su genio, tal como lo fueron los profetas de Israel y los intérpretes de los oráculos en Grecia y en Roma, se enderezará contra el mal, esto es contra el caos general y contra el caos interno de cada quien y, ora en descripciones, ora en admonitorias instancias, ora en son de protesta, ora en condenas de abominación, ora en maldiciones, presagios de destrucción, iluminará nuestras vidas y, moviéndonos a despojarnos de la vileza, de la cobardía, de la ignorancia y de la

vulgaridad, de ese caos, por el mismo consiguiente, el propio y el del ambiente, entraremos al orden.

El poeta es el obrero diligente, gracias a su inspiración, al mandato de comunicarnos la belleza, de la purificación, de la justicia, de la paz consigo mismo, de la amistosa convivencia y de participación de la Bondad Suma. El poeta es el arquero divino, de lanzamiento siempre atinado, que da en el blanco de la muerte para darle fin y remate. Acaba con el ACABÓSE, esto es con el olvido, con la destrucción, con la espesura de la noche. Nos introduce en lo eterno porque ilumina las cosas de la vida diaria. Dice Gorostiza:

Pero en las zonas íntimas del ojo
en su nimio saber,
no ocurre nada, no, sólo esta luz,
esta febril diafanidad tirante
hecha toda de pura exaltación,
que a través de su nítida sustancia
nos permite mirar
sin verlo a Él, a Dios,
lo que detrás de Él anda escondido:
el tintero, la silla, el calendario
...

El poeta se sustituye a todo y con afanes ahincados de tocar, de cantar el orden, de hacérselo ver como la gala de la creación y como la sonrisa de Dios, siente como sintiera la piedra y recoge las angustias y las alegrías con que nos hablan las cosas. Escogido para gozar de la cercanía divina, para ser testigo de la obra creadora y sentir el alborozo de las cosas al plegarse a las maravillas del orden, no deja de ver con advertencia agradecida los colores, Gorostiza el azul sobre todo, por los que conocemos las formas de todo. Dios es azul. Y dice:

Sí, es azul, tiene que ser azul,
Un coagulado azul de lontananza.

El agua en un vaso, en el mar, en los ríos y lagunas, en forma de lluvia al atravesar el aire, hecha nieve para manifestar su blancura, apresurada al ir a fecundar los campos, *properans aqua per agros*, que dijo Horacio, es, como quiera que sea, un don de Dios. Todo lo grande sucede junto a las aguas, *juxta aquas*. En los días de la creación el Espíritu divino flotaba sobre las aguas, según el relato de Moisés. En el pozo de Jacob, en el Tiberiades, en el Jordán, en las bodas de Caná, cuando la conversión en vino a fin de mantener la alegría de los recién casados, en la Quinta Feria, antes de la Cena, en el Costado de Cristo en los momentos de su expiración, en el bautizo de los cristianos, el agua está presente. Y Gorostiza habla constantemente del agua, del agua que vierten los ojos del hombre, de la que acaricia las playas, de la que sostiene las barcas. Dice Elegía a Ramón López Velarde:

Ponga Dios una lenta
Lágrima de mujer
En los ojos del mar.

Las cosas, para Gorostiza, ruegan a Dios, y le ruegan en las aguas.

La barca morena de un pescador
Cansada de bogar
Sobre la playa se puso a rezar:
Hazme, Señor,
Un puerto en las orillas de este mar.

Sería prolijo seguir haciendo citas. Una reflexión más completa quédese para otra ocasión más propicia.

* * *

Con todo, hay que hacer una aclaración. Sabido es el nihilismo, aire respirado por los jóvenes en los tiempos de la juventud de Gorostiza. El Dios personal, Criador del cielo y de la tierra; el Dios hecho hombre, dador de consolación y que, como dice Fray Juan de los Ángeles, consuela y ensancha el alma, la alumbraba y causa en ella deleite y es, por otra parte, el solaz del hombre, su recreación, su entretenimiento, su casa de campo y su regalo, tenía que ser creencia de esclavos, de gente inferior, ignorante y necia. Nietzsche oponía a esta debilidad humana el superhombre y más tarde William Blake se adelantaría a los que hoy afirman que Dios ha muerto, cuando escribió lo siguiente:

*Thou art a man, God is no more,
Thy own humanity learn to adore.*

Eres un hombre: Dios no es más; aprende a adorar tu propia humanidad.

Y Gorostiza respiró ese aire y, siendo un poeta y, por tanto, un hombre de Dios, al fin hombre de su tiempo, incide, si no en la aberración del superhombre ni en la negación de la existencia de la divinidad, sí en una especie de humanización, en consecuencia en una disminución de Dios. Quédese, también para otra ocasión, un análisis pormenorizado y, por el mismo caso justiciero, de lo que dijo, de lo que quiso decir y de lo que no pudo decir, pero que dejó apuntado.

Para terminar, recordemos lo que se lee en el Ion en boca de Sócrates, es a saber que no es en el arte, sino en el entusiasmo y en una especie de delirio donde los poetas encuentran su inspiración.

Los verseros, habilidosos que sean en la rima, profesionales de emborronar las páginas de los álbumes de las niñas cursis, cinceladores tenaces de la nada y, por lo común, ceros recalcitrantes, no pueden ser poetas. Pueden esos verseros desempeñar bien su oficio y merecer aplauso, aunque éste pronto se apague. Y, por más que los celebren, serán siempre artistas menores. Pero ni a esto

llegan los que escriben en renglones cortos, las más veces pese a la propaganda y a las banderías de capillas y cenáculos, ininteligibles, deturpadores que son del idioma, pedantes y llenos de una presunción de originalidad.

* * *

Apliquemos a Gorostiza la sentencia de Ovidio y nosotros, sus admiradores entusiastas, válidamente la ponemos en su boca:

*Cum volet, illa dies, quæ nil nisi corporis hujus
Jus habet, incerti spatium mihi finiat sevi;
Parte tamen molior mei super alta perennis
Astra ferar nomenque erit indelebile nostrum;
Cuaque patet domitis Romana potentia terris,
Ore legar populi perque omnia sæcula fama,
Siquid habent veri vatum præsagia, vivam.*

Que el día fatal, que sólo tiene derecho sobre mi cuerpo, ponga, cuando él quiera, un término al curso incierto de mi vida, la parte más noble de mí mismo se elevará, inmortal, arriba de los astros y mi nombre será imborrable; y en tanto que la potencia romana se extienda, los pueblos me leerán y, famoso por siempre jamás en todos los siglos, yo, si hay algo de verdad en los presagios de los poetas, viviré eternamente.

LUIS GARRIDO

Por don ANTONIO CASTRO LEAL

Hubo un tiempo en que las principales carreras universitarias para el alumno que salía de la Escuela Nacional Preparatoria eran fundamentalmente tres: leyes, medicina e ingeniería. Los que tenían inclinación hacia alguna rama de las humanidades solían escoger la carrera de leyes. Así se explica que hayan sido abogados o licenciados en Derecho aquellos que, unas veces sin haber ejercido nunca su profesión, y, otras, abandonándola en la primera oportunidad que encontraban su verdadero camino, se dedicaban a cultivar la disciplina que constituía su vocación fundamental: la literatura, la erudición, la historia y hasta la arqueología. Así, fueron licenciados en Derecho, entre otros, Alfonso Reyes, Julio Jiménez Rueda, Daniel Cosío Villegas y Alfonso Caso.

Lo primero que hay que señalar en la carrera de Luis Garrido es que, durante toda su vida, persistió, con igual interés y entusiasmo, en sus actividades jurídicas y literarias. Como abogado se especializó en el Derecho Penal, y, además de ocupar puestos importantes en la judicatura, ejerció su profesión en su bufete, contribuyó al mejor conocimiento de esa rama del Derecho como catedrático de

la materia en nuestra principal Universidad; fundó y dirigió una Revista de Ciencias Penales y fue uno de los autores de nuestro Código Penal de 1931.

Adquirió bien pronto autoridad como maestro, y tanto sus virtudes morales como su clara visión de los problemas estudiantiles lo llevaron a la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México, en un momento de progreso y renovación, cuando se inauguró la Ciudad Universitaria.

Nunca abandonó el estudio del Derecho Penal, en el que ocupó un lugar prominente dentro y fuera de México; nunca abandonó su profesión de abogado, ni tampoco el cultivo de las letras. Las cultivaba paralelamente a sus disquisiciones y afanes jurídicos, porque empezó ambas carreras al mismo tiempo, cuando era estudiante, y con un fervor que siempre conservó un impulso juvenil.

Su temperamento reflexivo, la observación atenta de la vida y su espíritu de discreta y tranquila lucidez lo llevaron a un tipo de literatura que fue un comentario —sobrio e inteligente, constructivo y ecuaníme— de las acciones y de las realidades humanas. Amaba el bien y celebraba la bondad; amaba la belleza y nunca dejó de gozarla en todas sus manifestaciones: en las letras y en las artes, en los monumentos y el ambiente de las ciudades, en las obras y en los altos empeños de la conducta humana, en las vistas y los paisajes de la naturaleza.

Porque la forma de la literatura que escogió tenía perspectivas abiertas y perfiles vagos. Escribió apólogos, en los que, al fondo de novedosas reflexiones y de sutiles palabras, se transparenta el encanto de la belleza moral; escribió cuentos en los que, más que las sorpresas de un complicado argumento, lucía una comprensión por los tropiezos equívocos de la vida y una filosofía de cierta nobleza estoica que iluminaba una amable sonrisa epicúrea, de ese epicureísmo que, como el verdadero, es más elevación espiritual que una invitación a los goces sensuales. Escribió también sobre las bellezas que, durante siglos, han ido acumulando las ciudades más famosas del mundo, apreciándolas en lo que tienen de eterno, en una magia cargada de evocaciones que ha ido refinando el espíritu de los hombres.

Amaba la luz, la claridad, el sol que ilumina lo mismo las visiones urbanas y los paisajes, que las intenciones y las ideas. De todos los países del mundo fueron sus preferidos los de estirpe latina: Francia, España e Italia. Y sobre cada uno de ellos dejó sus impresiones de viajero al mismo tiempo alucinado y despierto. Leía en sus monumentos como en un libro abierto; además de las impresiones que le despertaba la contemplación directa de ellos, evocaba los recuerdos de su historia, las reflexiones que había ido acumulando sobre cada una de sus bellezas particulares; contraponiendo unos y otras, fundiéndolos en el momento de la contemplación que le brindaba el viaje gozoso que realizaba.

Pero, junto a sus monumentos, evocaba en esas ciudades insignes, unas veces en el marco de su pasado y, más frecuentemente, en la época moderna, a sus grandes héroes intelectuales; escritores, filósofos, artistas, que coronaban, como banderas luminosas en un cuadro de Tíépolo, el horizonte de la gran ciudad

celebrada. Sus libros sobre Francia, sobre España y sobre algunas ciudades de Italia, como Venecia, parecen la charla amable y tranquila, llena de observaciones sabias, de pertinentes y sobrios comentarios históricos, de explicaciones estéticas de un amigo ilustrado y ecuaníme, que nos entretiene en la discreción de su diálogo, sin el afán de imponernos su opinión, como en un paseo alrededor de monumentos ilustres y el recuerdo de nombres gloriosos.

Muchos de los artículos que forman sus libros aparecieron primero en los periódicos. Era la forma en que siempre quiso ennoblecer el periodismo al que, además de artículos sobre temas literarios y notas de viaje, contribuyó con serios e importantes comentarios sobre cuestiones políticas, sociales y jurídicas —siempre oportunos y bien meditados— la mayor parte de los cuales merecían haberse reunido en un volumen.

Publicó sus discursos y mensajes universitarios, llenos de la más noble y sana doctrina, porque siempre trató, ante los propósitos nacionales, de darle el lugar trascendental que le corresponde a la misión de la Universidad, y a la alta cultura. Hacía sentir a los estudiantes las responsabilidades que tiene la juventud, y sobre todo la juventud estudiosa, en los destinos de la patria. Sus palabras, siempre cargadas de la más patriótica intención, eran como los sabios consejos de un espíritu generoso y amable que iluminan los caminos abiertos a la inteligencia y al saber de los que inician su vida en las aulas universitarias.

Entró también al campo de la crítica y nos dejó libros sobre Antonio Caso, Alfonso Reyes y Saturnino Herrán. Para su espíritu lúcido y responsable la crítica no era pesar en la más exacta balanza los méritos de sus obras. En Luis Garrido la crítica era constructiva. Tanto al hablar de Antonio Caso —cuyas lecciones oyó reverente—, como de Alfonso Reyes —cuyas obras leía con delección— lo que le importaba era subrayar para el público general su valor positivo, la influencia benéfica de sus enseñanzas, no sólo sobre los que habían gozado de las lecciones del filósofo y de las conferencias del brillante humanista, sino para el ambiente y progreso cultural de México. En el libro sobre Saturnino Herrán unió al comentario de las realizaciones estéticas del pintor, el empeño que siempre tuvo de presentar, lejos de las imitaciones de los géneros de la pintura extranjera, la realidad nacional, porque Saturnino Herrán —en su valiente representación de las clases humildes y las formas de su vida— es un verdadero precursor del nacionalismo de los frescos de José Clemente Orozco y Diego Rivera.

Escritor sobrio, elegante y ameno, queda sobre todo en el recuerdo de sus amigos, que lo fueron todos los que lo conocieron, por su elevado espíritu y sus nobles y generosas intenciones. Al pensar en su vida y en sus obras ocurre inevitablemente un pensamiento afirmativo.

Su colaboración en todas las empresas en que intervino, desde la Universidad hasta sus páginas más efímeras, fue siempre un afán constructor, positivo, optimista. Sus discursos universitarios, sus obras de ficción, sus libros, sus comentarios periodísticos, sus notas de viaje, sus artículos literarios y de crítica siempre fueron constructivos. Y éste es el mejor elogio que se puede

hacer de Luis Garrido. Siempre vio la vida, la educación de los hombres, la cultura, el Derecho y la literatura con optimismo, bajo esa luz que difunde la tarde, en la que el mundo adquiere una realidad que revela toda la objetividad y elegancia de sus mejores valores plásticos.

II.—*Sesión solemne, pública, en el salón de actos de la Academia Mexicana, el 13 de diciembre de 1974.*

A SALVADOR NOVO

Por don ALÍ CHUMACERO

De la vastísima obra de Salvador Novo —escritor incansable por igual en el periodismo que en las diversas ramas de la literatura—, abordaré sólo algún aspecto de su poesía, campo en que, a la postre, habrá de conservarse preferentemente el prestigio de su pluma.

Hombre de agudeza singular, dispuesto siempre a percibir en los otros aquellos rasgos que muestran posibilidades de burla o de diatriba, Salvador Novo no desaprovechaba ocasión para probar las armas de su ingenio. Célebres fueron sus sátiras —algunas desmedidas, otras discretas— con que distribuyó abundantes vejaciones entre sus contemporáneos. En personalidades de significación artística, política o científica solía descubrir, o imaginar, defectos sumamente propicios para desatender sus cualidades y, en cambio, evidenciar lo que haría disminuir sus méritos. Esa actitud, cultivada diestramente, se correspondía con un humorismo que invadió casi la totalidad de su trabajo, el cual abarcaba multitud de géneros: poesía, teatro, periodismo, crítica, publicidad, historia. En todos ellos se deslizaba con frecuencia esa intención de buscar el aspecto grandioso, cuando no el ridículo, del mundo en que le tocó vivir.

Desde un principio, en sus *Ensayos*, impresos en el año 1925, apareció ese afán de procurarse trato con el buen humor, aunque al mismo tiempo, como al descuido, humedecía sus versos con emociones tan íntimas, que hubiera deseado dejarlas perdurar ocultas en la sombra. "Su poesía, sin rey ni dama, da la impresión de ser el juego del escolar aniquilado por la sabiduría aunque, a veces, con inteligente sonrisa burle a su corazón para dejarnos en la duda", dice Jorge Cuesta en su discutida *Antología*. La verdad es que sentimiento e inteligencia luchaban en su interior, y a menudo salía triunfante el primero. El poema que cierra sus *Ensayos* olvida aquella actitud premeditada, y concluye:

*Se ha clausurado mi sala de baile,
mi corazón no tiene ya la música de todas las playas,
de hoy más tendrá el silencio de todos los siglos.*

Influido por la poesía norteamericana de vanguardia, Novo fue modelando su manera propia de concebir el oficio. El miedo tradicional a traer al verso hechos y objetos cotidianos —acontecimientos sin importancia, juegos infantiles, retratos familiares, compañeros de escuela— desaparece en su libro *Espejo*, editado en 1933, pleno de referencias a lo que se consideraba antipoético. En el muy citado "El amigo ido" relata con sencillez:

*Me escribe Napoleón:
"El colegio es muy grande,
nos levantamos muy temprano,
hablamos únicamente inglés,
te mando un retrato del edificio..."*

Esas formas de expresión habrán de seguir constantes en sus libros posteriores, si bien es cierto que el principal de ellos: *Nuevo amor*, del mismo año que *Espejo*, contiene las más intensas emociones de que fue capaz Salvador Novo. "Cuanto pude sentir y expresar —confesó— está dicho y sentido en esos poemas." Pero ni en esas páginas, dominadas por el sentimiento a flor de labio, desapareció del todo la actitud con que se había enfrentado desde antes con la poesía.

Xavier Villaurrutia, su colega en desvelos literarios, observó tempranamente que el gusto por el juego fue en él un modo de contrastar y acentuar el impulso lírico, y que en sus mejores poemas "el humorismo es sólo un medio y no un fin último". A este respecto, el mismo crítico había anotado con anterioridad: "Es el poeta que sustantiva las sugerencias más fugaces e inasibles. Y no es que sea más inteligente, que sagaz y emotivo. Sucede, sí, que en sus poesías la nota sensible está detrás de las observaciones, de las imágenes." El rumor de la superficie procuraba disimular el "viento derrotado" que era su corazón. Pero "ni el humorismo y la ironía —afirma Frank Dauster—, que a veces se transforman en sarcasmo, lo despojan de un tono íntimo que se detiene antes de llegar al confesionario, pero no antes de dejar ver la profunda desolación del poeta." Bajo el velo agitado del humorismo, escondía una sensibilidad que naufragaba en la zozobra, temeroso de aparecer ante los demás como quien descubre su juego y pierde de pronto el pudor de sus sentimientos. Novo mismo acabó por confesarlo al explicar sus poemas escritos en la adolescencia: "Encuentro, entre los ecos que les dan voz, las simientes de lo que más tarde germinaría en la mía: la circunstancia, el humorismo —y la desolación."

JAIME TORRES BODET

Por don MAURICIO MAGDALENO

"Nunca me cansará mi oficio de hombre", afirma en uno de los más precoces —el más precoz— de sus libros de versos. El ejercicio de esta hombridad abar-

có su vida por entero, desde el muy temprano preludio de los dieciséis años hasta el dramático final de su camino, el ancho camino que coronan sus Memorias. En el oficio de hombre se batió, sin dar espera a nuevos impulsos, en regiones que componen la vida cuando ésta alcanza un noble rango. Ese oficio de hombre lo afirmó en las venas de su mocedad, en el hacer de la amistad actividad creadora, preparación de posteriores asambleas.

Le preocupaba, era una de sus más encarnizadas preocupaciones, la de la responsabilidad que incumbe a la misión del escritor; en todos sus textos se asoma, si no surge francamente, este vivo torcedor que una vez proclamó así: "Por grandes méritos que posea, el artista debe comenzar por ser hombre, profundamente. Cuanto más humano sea el escritor, cuanto más se mezcle a las aventuras de la existencia, más probabilidades tendrá de allegar el caudal de sensaciones que su obra requiere para durar." Si alguna filosofía cabe desprender de vida y obra de Jaime Torres Bodet, es la que deriva de esta porfiada reclamación.

Fue, hasta su muerte, un incontinente, un atlético trabajador. Su riquísima obra se desarrolló en áreas tan exigentes del servicio público, como la diplomacia en el alto nivel de la UNESCO y la educación, en las que puso sello insigne y llevó a afortunadas realizaciones; pero, señoreándolas con la majestad del verbo —que a tanto llevó su ministerio literario—, fue un excepcional poeta y un destrísimo prosista. En uno y otro dominios, verso y prosa, escribió pródiga e intensamente. Intensamente no quiere decir, ni mucho menos, y menos en su caso, torrencialmente. Excelencia, cuando va de la mano de la disciplina, prohíbe el alboroto de los elementos desatados y la precipitación. "A la técnica de la prisa —dijo aquí mismo, pronto hará tres décadas— es indispensable sobreponer la técnica de la solidez." La sentencia, por demás decir, vale por la letra escrita tanto como por la gran aventura de la vida, que en Torres Bodet se fundieron en compromiso, el eterno compromiso que viene en el que viene a cumplir en este mundo.

Tenemos enfrente el lujo servicial de su vida y el caudal de su obra, pero será el tiempo, en última instancia —él se lo sabía perfectamente— el que los acendre. Si fue su voz una de las más exquisitas que brotaron del coro de sus coetáneos, es materia que no viene al caso discutir; lo fue soberbiamente, y pudo dejar, con frecuencia, trozos de antología; en el más estricto modo, lo que es evidente es que a sus más logrados compañeros, a todos les sobrepujó en robustez, en rotundez, en calado pensativo, en entraña de hombre, en vitalidad.

Alma equilibrada, osó decir, en época bárbara, que la pura tecnología es barbarie si no la anima —como no la anima, las más veces— el soplo del espíritu. La inmensa soledad del hombre de nuestro tiempo, este tiempo en que la comunicación nos juega la más diabólica trampa, se agrava por la vulgaridad, la superficialidad, la prisa, el ansia estúpida de goces materiales, la religión del dinero. "Todo se conjuga —concluye Torres Bodet en uno de sus mejores alegatos— para despertar en el espectador la siguiente idea: a fuerza de progresos materiales, mal asimilados y de datos científicos insuficientemente entendidos, el mundo ha entrado de hecho en un periodo de profunda incultura. Y de la incul-

tura más agresiva: la más pedante." Esto es, esto fue todo él, esencia de hombre: vida y solidaridad, vida y cultura, vida y tecnología, que al fin y al cabo carece de sentido si hace del hombre no el ser excelso al que debe servir, sino al idiota al que ha de esclavizar.

Yo sé que me debo a la obligada brevedad de una simple referencia que, sin embargo, cobra en mis hondones tono de una oración. Así siento, hermosa y escultóricamente, la huella de su paso por este mundo.

DANIEL HUACUJA

Por don FRANCISCO MONTERDE

Desde el 28 de mayo del año que está a punto de concluir, nuestra Academia dejó de contar con la eficacísima colaboración de uno de sus más distinguidos miembros, el profesor Daniel Huacuja, individuo de número a partir del 20 de mayo de 1955. Faltaban entonces unos cuantos días para que él cumpliera diecinueve años de ejercicio constante dentro de la corporación en la cual fue electo hará poco más de veinte años: el 11 de junio de 1954.

De acuerdo con lo establecido por los Estatutos que ordenan y rigen la marcha de la misma Academia, don Daniel Huacuja no había dejado transcurrir todo el plazo que los mismos conceden a los académicos electos para que regularicen su situación dentro de ella: antes de cumplirse un año, leyó su discurso de ingreso, al cual respondió el académico don Carlos González Peña, quien había sido uno de los tres que firmaron la propuesta al postular la candidatura del beneficiario.

Gramático, además de novelista y ágil cultivador de la crónica literaria, González Peña fue consecuente con su vocación bien definida, al proponer a su amigo y compañero don Daniel Huacuja, para que ocupara en la Academia el lugar vacante por la muerte del ingeniero Agustín Aragón, desde el año precedente.

El nuevo académico de número había nacido aquí, en 1883, y era, ante todo, gramático y maestro, consagrado a la enseñanza del español, desde los años juveniles. Fue tan absoluta su entrega al magisterio, que don Daniel Huacuja no encontró a lo largo de su vida un margen suficiente de ocio digno que le permitiera reunir en volumen sus escritos sobre temas gramaticales.

En la mocedad hizo gran acopio de conocimientos acerca del correcto uso del español, escrito y hablado; los amplió en la madurez y aun en su avanzada edad, próximo a la senectud, no dejó de seguir, atento, la evolución de la lengua heredada.

A la Academia correspondió recoger e incluir en sus tomos de *Memorias*, varias de las aportaciones debidas al maestro, hechas por iniciativa propia, o al requerirse de él, por la autoridad que reforzaba la solidez de sus conocimientos.

Desde su ingreso, don Daniel Huacuja, maestro admirado no sólo por sus

alumnos y colega inmejorable —de quien me sentí siempre deudor agradecido por su amistad bien probada— fue uno de los más activos y puntuales colaboradores.

Consistió su aportación inicial en la titulada "Algunos trabajos en pro de la enseñanza de nuestro idioma", que se publicaría en el tomo XV de *Memorias* de la Academia.

Antes de 1962, apenas cumplido un lustro de su ingreso, don Daniel Huacuja ya había respondido a los frecuentes llamados de la Dirección y a las peticiones que la Academia recibe, tanto de las dependencias oficiales como de empresas y de personas que acuden a la corporación a fin de que resuelva las dudas acerca del mejor camino que deben seguir para el buen uso de algunas voces.

En mayo de 1959 había dado lectura, en el seno de la Academia, a su trabajo "En defensa de nuestro idioma", valerosamente escrito, el cual apareció en el tomo XVII de las *Memorias*.

Al preparar la Academia los materiales que presentaría en 1964, en ocasión del Cuarto Congreso de Academias, que se realizó en Buenos Aires, República Argentina, don Daniel Huacuja contribuyó a esas aportaciones mexicanas, con "Algunas de las voces cuya inclusión en el Diccionario se propone". Se trataba de aquellos gentilicios que, según lo propuesto oportunamente, la Academia Española incluyó en la edición inmediata de su Diccionario.

En octubre de 1965 el maestro Huacuja participó en el homenaje rendido por la Academia a la memoria de don Andrés Bello, escritor de Venezuela, como gramático ilustre, y un año más tarde, en septiembre de 1966, correspondió a don Daniel Huacuja contestar al discurso de ingreso de su colega y amigo entrañable, el doctor Efrén Núñez Mata.

Con el Secretario Perpetuo de la Academia, don José Ignacio Dávila Garibi, y otro colega: don Miguel León-Portilla, escribió don Daniel Huacuja la relación de "Principales parcialidades o grupos indígenas de México", presentada por la Academia —requerida para ello especialmente— como contribución especial para el Quinto Congreso de Academias, efectuado en Quito, Ecuador, a fines de 1968.

Al conmemorarse el 95º aniversario de la fundación de la Academia Mexicana, se designó para que participaran en la sesión solemne a los más definidos de quienes representaban, dentro de ella, las diversas actividades, y por eso correspondió a don Daniel Huacuja hablar, en ese acto público, sobre "Los gramáticos en la Academia", en septiembre de 1970.

En la última sesión de 1971, consagrada —como ésta que ahora celebramos— a honrar la memoria de los académicos fallecidos en el curso de ese año, fue el profesor Huacuja quien, por decisión suya, evocó al escritor y diplomático Eduardo Luquín, a quien estimaba por haberlo tratado anteriormente, como colega.

Muchos eran los alumnos que del maestro Huacuja recibían enseñanzas de lengua y literatura españolas, hasta poco antes de que la falta de salud le hubiera obligado a interrumpir sus lecciones en escuelas oficiales y particulares.

Discípulo predilecto del gran educador Enrique Rébsamen, quien formó a una

generación de sobresalientes maestros mexicanos que hicieron perdurar su recuerdo entre nosotros, don Daniel Huacuja fue de aquellos que más lo admiraban, admirado, a la vez, por sus alumnos.

Habían culminado sus estudios, realizados en la ciudad de México, al recibir en la Escuela Normal de Maestros, el 4 de mayo de 1904, el título de Profesor de Enseñanza Primaria Superior, después de aquel de Enseñanza Primaria Elemental, que había obtenido previamente.

En años sucesivos tuvo a su cargo la cátedra de Lengua Castellana, en escuelas superiores, liceos y facultades del Distrito Federal y de algunos estados de la República Mexicana. Desempeñó también, con la excelente eficacia que probó en todos sus trabajos, puestos de importancia en establecimientos docentes, entre ellos, los de Secretario, Subdirector, Subjefe de secciones técnicas, Jefe de clases, Inspector General de escuelas, Delegado ante el Consejo Universitario y Director de la Escuela Nacional de Maestros.

En la Secretaría de Educación Pública se le encomendaron comisiones de aquellas que sólo se confían a quien es capaz de llevarlas a término en la debida forma. Resultado de esas misiones fueron los informes rendidos a la mencionada Secretaría. En actos oficiales que organizaron sus dependencias, pronunció discursos no reunidos aún en volumen.

En la Academia Mexicana se conservan inéditos —ya que aún se carece de un boletín que permita difundirlos— aquellos abundantísimos dictámenes que don Daniel Huacuja rindió con su reconocida autoridad en asuntos gramaticales, además de los que oralmente daba a conocer en las sesiones de trabajo, sobre temas de lingüística y filología.

Pocos meses antes de que una recaída del mal que le hizo sufrir varias intervenciones quirúrgicas —de las cuales se rehacía con firme voluntad— le postrara definitivamente, aún dio lectura, en sesión reglamentaria de la Academia, a un ameno trabajo en el cual recogió algunas expresiones y varios giros locales que su fino oído percibía en el trato diario con gente del pueblo.

Por todos los méritos y cualidades que sus colegas apreciaban cordialmente, la Academia Mexicana, al solicitarle un candidato para ello las autoridades, propuso a don Daniel Huacuja, en el penúltimo año de su activa existencia, para que le fuese otorgada, como demostración de reconocimiento público, la Medalla Belisario Domínguez, concedida alguna vez a educadores eminentes.

Como amigo de largos años y colega a quien debí frecuentes e inmerecidas atenciones, me complace evocar aquí, esta noche, con su perfil de sobrio hidalgo, a don Daniel Huacuja, y rendir este homenaje a su imborrable memoria.

EFREN NÚÑEZ MATA

Por don ANDRÉS HENESTROSA

El 19 de agosto del corriente año, en que fue sepultado don Efrén Núñez Mata,

en representación de esta Academia Mexicana pronuncié las siguientes palabras: [reproduce el texto de la oración fúnebre, inserto en la página 149 de este volumen].

No fue aquella ocasión la propicia para hablar de la extensa obra del doctor Núñez Mata como maestro, como funcionario, como escritor.

Nació Núñez Mata el 9 de julio de 1890, en el pueblo de El Barrio, Distrito de Juchitán, Estado de Oaxaca. Fue Inspector de escuelas primarias del Distrito Federal, Jefe de la Sección Técnica de Primaria y Normal, de la Secretaría de Educación Pública; Director de Educación Federal en Tamaulipas; Secretario General de la Escuela Nacional de Maestros, en México, D. F.; Jefe de Enseñanzas Primaria y Normal del Distrito Federal; Director de Educación General en el Estado de Oaxaca; Director de la Escuela Nacional de Maestros (Departamento de Varones); Secretario Particular del Secretario de Educación Pública y Director de Alfabetización y Educación Extraescolar. Desempeñó cátedras de Español en el Colegio Americano, de la capital; de Español y Literatura en las escuelas secundarias oficiales, números 2, 12 y 13 de México, D. F.; de Civismo en la número 8; de Historia de América y de Civismo en el Instituto Mexicano Madero, de la ciudad de Puebla; de Sociología, Español y Literatura Universal en la Escuela Nacional de Maestros. Catedrático de la Novela Española Moderna; el Modernismo; Etimologías Grecolatinas; la Novela Americana, etc., en el Mexico City College, de México.

Fue autor de las siguientes obras: *El libro de los madrigales* (antología), 1929; *Alma campesina*, 1930, premiada por la Secretaría de Educación Pública; *Ella. Poemas de amor*, 1933; *¡No!...* (poemas), 1938; *Carta Athenagórica de Sor Juana Inés de la Cruz* (edición facsimilar), 1945; *Fuerza* (poemas), 1946; *México en la Historia* (premiada por la Secretaría de Educación), 1951; *5 sonetos*, 1953; *Rosa de primavera* (cuento), 1955; *Albas* (poemas), 1956; *Homónimos, algunos sinónimos y antónimos*, 1956; *Cuadernos de homónimos* (edición ilustrada), 1958; *Canciones* (poemas), 1959; *Oaxaca. Nombres y signos*, 1964; *Voces en cielo y tierra*, 1966; *Nociones de Gramática. La Composición* (Instituto Federal del Magisterio), 1966; *El soneto en español*, 1967; *Historia de la educación*, 1970.

Ha dejado inéditos importantes trabajos con los cuales tuvo el propósito de integrar libros que pensaba titular *La Revolución Mexicana*; *Juárez*; *Belisario Domínguez*; *Estudio del gerundio*; *Artículos y ensayos*; *Hambre en la tierra*.

Por más de cincuenta años colaboró en periódicos y revistas como *El Universal*, *El Nacional*, *Revista de Revistas*, *El Universal Ilustrado*, *El Universal Gráfico*, *La Nueva Democracia*, de Nueva York; *Tribuna Israelita*, etc. Son numerosos sus ensayos sobre literatura, política, sociología e historia.

Fue miembro de las siguientes instituciones: Sociedad Literaria "Ignacio Ramírez", de la Escuela Normal de Oaxaca; Sociedad "Ignacio M. Altamirano", de Oaxaca; Vicepresidente del Club Estudiantil "Licenciado Verdad"; Diputado y Presidente de la Legislatura de Oaxaca; miembro del PEN CLUB de México, D. F.; del Instituto Cultural México-Israelí; de la Sociedad Lingüística Mexicana, de la Universidad Nacional Autónoma; de la Sociedad Bibliográfica Mexicana;

de la Academia Nacional de Historia y Geografía; de la Sociedad Mexicana de Antropología; de la Academia Nacional de la Educación; del Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa; de la Sociedad de Estudios e Investigaciones Militares, etc.

En reconocimiento a sus méritos, recibió premios, menciones y distinciones tales como: Premio de la Sociedad Literaria "Ignacio Ramírez", de la Escuela Normal del Estado de Oaxaca, por su poema *El indio*; Premio de la Sociedad Literaria "Ignacio M. Altamirano", de Oaxaca, por su ensayo histórico "Mina no fue un traidor"; Premio del Ateneo Nacional de Abogados, de México, por su ensayo literario "José Enrique Rodó"; Medalla de Oro del Instituto de Ciencias y Artes de la hoy Universidad "Benito Juárez", por su poema *Morelos*; Premio por su estudio *Canto a Castilla*, del Centro Castellano de México; Premio por su estudio crítico *Manuel José Otbón no es poeta bucólico sino naturista*, del Centro Social Potosino; Flor Natural del Departamento del Distrito Federal, por su poema *Carnestolendas*, en los Juegos Florales del Carnaval; Premio por su poema *México*, del concurso de la Escuela Superior de Comercio; Mención Honorífica por su estudio crítico sobre Sor Juana Inés de la Cruz, Toluca, Estado de México; Mención Honorífica en certamen del Gobierno de Quintana Roo, por su *Oda a Andrés Quintana Roo*; Premio de la Secretaría de Educación Pública por su libro de texto *Alma campesina*, en colaboración con la maestra Esperanza Mendieta de Núñez Mata; Premio de la Secretaría de Educación Pública por su obra histórica *México en la Historia*; Premio por su trabajo histórico *Sitio de Cuautla*, del Ayuntamiento de la ciudad de Cuautla; Palmas Académicas de la Academia Nacional de Historia y Geografía, etc.

Esta Academia Mexicana lo recibió como miembro de Número la noche del 9 de diciembre de 1966, en que dio lectura a su discurso de ingreso con el tema "Los sentidos en la estética de la literatura". Contestó a su discurso el señor académico don Daniel Huacuja.

En la Academia se lamenta su ausencia material; pero está presente en el recuerdo de sus compañeros y amigos, que lo fueron cuantos lo conocimos y tratamos.

ALFONSO JUNCO

Por don OCTAVIANO VALDÉS

Don Alfonso Junco es ejemplo de lo que es capaz el hombre con inteligencia y voluntad firme y tenaz. Tal vez porque su adolescencia transcurrió durante las convulsiones de la revolución o por urgencias familiares, no tuvo oportunidad de frecuentar escuelas de enseñanza superior. Desde muy joven se inició en trabajos de contaduría, en los cuales perseveró hasta la fecha de su jubilación.

Parecería que esta ocupación, poco propicia al cultivo de las letras, en vez de estorbo fue eficaz estímulo de su vocación literaria. Al margen de la jornada de oficina, supo disciplinar su tiempo para hacer lugar a la lectura y al ejer-

cicio de la pluma. El descanso en la estancia silenciosa, los tranvías, de aquel bienaventurado México de un millón de habitantes, cuando los vehículos sin ahogos podían convertirse en tranquila sala de lectura y retazos de tiempo que él sabía encontrar, fueron aulas en donde germinó y creció con vastedad su cultura. Alguna vez él mismo ponderaba la cantidad de lectura que había acumulado en esos viajes de su casa a la oficina. A propósito de lo cual un amigo suyo, con motivo de una huelga de tranvías comentó en tono travieso "Ahora la cultura de Alfonso Junco está en huelga". Y así es, el dicho en broma resulta verdad. La cultura de Alfonso Junco estuvo en huelga, no sólo en ese momento, sino siempre, si entendemos que holgar significa también divertir el ánimo en algo útil. "*Otium in negotio*" decían los latinos y Ovidio llama a sus versos "*otia mea*", el fruto de mis ocios.

Su vocación literaria despertó muy temprano, a la edad de once años dedica un soneto a Juan de Dios Peza, quien le agradece con otro que se inicia así:

*De tu temprana inspiración que admiro,
Recibo con amor la flor primera.*

El soneto está fechado en 1907.

La producción poética de Alfonso Junco se publicó con los siguientes títulos: *Por la senda suave*, *El alma estrella*, *Posesión*, *Florilegio encarástico*, *La divina aventura*, y una Antología.

Porfirio Barba-Jacob, que entonces se firmaba Ricardo Arenales, calificando la poesía contenida en *Alma estrella* dice:

Alfonso Junco "es un poeta de síntesis: tiene de los antiguos la ponderación, el equilibrio, el andar cauteloso, el apego a las formas augustas, mejor dicho, a las leyes primarias que rigen en tales formas, ... y tiene de los modernos el ansia de la perfección formal y el esplendor externo, la sutileza que gusta de los simbolismos". La poesía de Junco se desenvuelve dentro del ciclo postmodernista: ecos lejanos de Darío, Nervo y más perceptibles de González Martínez.

Ella nació con el instinto del decoro formal. Desde sus dos libros de adolescencia y juventud *El alma estrella* y *Posesión* se advierte el empeño de hallar la expresión justa, la limpieza de estilo. "Veo con positiva inquietud —expresa García Naranjo refiriéndose a estos dos libros— la perfección por usted alcanzada en sus versos." Y Enrique Fernández Ledesma a propósito del libro *Posesión*, en el cual se alternan poemas y prosas breves dice: "Prosa armoniosa y mansa, verso erguido y apasionante, forjado en el decoro de la forma de nuestros días... el aterciopelado estilo del que fluyen, a menudo, luciérnagas de elección."

La poesía de Alfonso Junco es en su mayor parte religiosa. La frase evangélica: "*Ex abundantia cordis os loquitur*": "De la abundancia del corazón hablan los labios", es realidad vital en su poesía. La idea religiosa, luz y norma en la vida de Alfonso Junco, se convierte en ritmo interior en la esfera de su alma. Como la misteriosa melodía que escuchaba San Juan de la Cruz, ininterrumpida, aun en medio del tráfico cotidiano y de la noche del mundo material:

*Que bien sé yo la fuente que mana y corre
aunque es de noche.*

Es la fuente de amor sublime que no se ahoga en el bullicio exterior, ni la soterra la sordera de los sentidos corporales. Melodía que no es definible por la inteligencia y sólo experimentada en el ámbito del corazón. El mismo Alfonso Junco interpretando los versos citados de San Juan de la Cruz, nos puede dar algún sabor de esa interior y melodiosa melodía:

*Soledad de perfecta compañía,
tiniebla abajo, arriba resplandores.
Pliégame el alma y sube y se extasia...
porque es de noche.*

*Dulce misterio y santa poesía;
sombra transida de revelaciones
que la luz cegadora no sabía.
Se oculta el sol, para engendrar mil soles
que encienden una arcana sinfonía...
porque es de noche.*

*No sangre que de horror me mataría,
no cruda carne en mesa de pavores;
suavidad maternal de eucaristía...
porque es de noche.*

*Tiempo de amor y de filosofía,
raros atisbos, conturbadas voces,
y, todo, sacramento y celosía...
En la pura esperanza de tu día,
yo te bendigo, Amor... porque es de noche.*

Junco es un poeta religioso, pero "No es un poeta místico —dice don Efraín González Luna—, si corresponde tal título al que se entrega sin cesar a la contemplación extática, al delirio abortivo, a la unión cada vez más íntima y absoluta con Dios; algunas de sus poesías —En tus llagas escóndeme y Locura— sí son hermosas flores de misticismo, particularmente la segunda, conmovedora de exaltación patética y atrevida, y que, al decir de Reyes, trae a la memoria los sonetos de Lope."

LOCURA

*¡Señor, te ha conquistado la locura!
Tu amor voraz, tu fiebre de perdones,
te arrojó de las sacras fruiciones
y te fundió con nuestra raza impura.
Y, de la cruz ya cerca la pavora,
truécase en pan y nutres corazones;
¡y en caos de gloriosas sinrazones
eternizas tu amor y tu tortura!
Hoy, aunque es viva cruz para tu santo
Cuerpo, mi sucia carne pecadora,*

*vienes a mí porque me santifique;
y tu piedad, de mi razón espanto,
clama: "Voy a tu cruz..." ¡Y cada aurora
bajas para que yo te crucifique!*

Un juicio definitivo acerca del valor estético de la poesía de Alfonso Junco lo darán los futuros críticos, libres ya de personales simpatías y antipatías. Pero sí estamos ciertos de que algunos de sus poemas sobrevivirán al vaivén de modas y prevenciones ideológicas.

Alfonso Junco escritor en prosa dejó una imponente bibliografía de más de veinte volúmenes, fruto de tesonera labor periodística, durante medio siglo. Su pluma erudita abarcó los más variados temas, históricos, sociológicos, religiosos, biográficos, gramaticales. Libró sonadas polémicas periodísticas. Sin perder nunca serenidad y cortesía más de una vez con su lógica y erudición hizo saltar a su oponente. Durante una controversia entablada con un famoso líder, lo hizo salir de sus casillas publicando a dos columnas sus afirmaciones contradictorias.

En relación con este caso Santiago R. de la Vega, que firmaba con el seudónimo *Kif*, maestro en manejar la sátira, comentó en su columna: "El líder ignoraba que don Alfonso Junco es dueño de un terrible archivo en donde colecciona los pecados de sus enemigos." Cualidad de Junco es la información cuidadosa en que apoyaba sus tesis. Podría ser discutible alguno de sus puntos de vista, pero nunca la seguridad de sus datos. Este celo por la exactitud auxiliada por su erudición, lo ejerció hasta con los escritos ajenos. No era raro, como director de la revista *Abside*, que usara el teléfono para rectificar algún dato, o corregir el gazapo que se había deslizado en el escrito de alguno de sus colaboradores.

Como articulista en los mayores diarios de México y de provincia, durante medio siglo, practicó siempre el consejo de Rodó: "Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad eso equivale a concedernos el pan de malos modos." "Hablad con ritmo", "respetad la gracia de la forma"... "y creed que aquéllos que os digan que la verdad debe presentarse en apariencias adustas, son amigos traidores de la verdad." La obligación inaplazable de entregar al periódico el artículo hebdomadario no fue para Junco motivo de ser descortés con sus lectores, ofreciendo su verdad en frase harapienta o con desaseos gramaticales. Ábrase en cualquier página alguno de sus libros y se hallará siempre su prosa limpia, bien estructurada, construida con el mismo empeño que señalamos en su poesía, de atinar con la expresión justa, sin viciosos rodeos, sin desgano de estilo.

Alguna parte de su copiosa producción, como es corriente en la escritura periodística, queda condicionada al interés más o menos efímero del momento en que fue escrita. Sin embargo, en esas mismas páginas, quien las relea disfrutará de razonamientos inteligentes y de la armonía de una buena prosa. Mas Junco dejó libros de interés vigente en las condiciones sociales de hoy. Algunos de tema histórico, que suponen estudios nada superficiales y seria investigación, rectifican puntos de nuestra historia nacional deformados por el criterio oficial.

Alfonso Junco fue uno de los portavoces más sobresalientes del pensamiento católico. Su tarea periodística es de inclinación apologética, pero realizada con inteligencia y cultura, sin intemperancia. Fue varón firme y tenaz en la defensa de sus convicciones, pero no intolerante con las ideas ajenas, pues sabía escuchar y dialogar sin violencia ni acritud, antes bien, la cortesía de su espíritu y de su palabra se teñía de discreto buen humor.

Si no siempre estuvimos de acuerdo con algunos de sus puntos de vista nunca dudamos de su honradez y lealtad con su propia conciencia.

En los escritos de Alfonso Junco, aun en los polémicos, no hay amarguras ni rencores. Su religiosidad en ellos "se derrama sobre todas las cosas y sobre todos los instantes de su vida" (González Luna). Son un reflejo de su espíritu sinceramente cristiano, generoso, dispuesto a ayudar a los demás, presto a alentar vocaciones, y optimista, aunque no ingenuo, confinado siempre en descubrir la bondad en la naturaleza humana. Si se me permite valarme de una metáfora diría que Alfonso Junco perteneció al género de espíritus que viven confiando en que cada atardecer el crepúsculo sea promesa de una mejor y más bella alborada. Así vio la vida y así contempló su propia muerte, con serenidad y optimismo en plenitud de esperanzas.

Una de sus prosas breves, loada por Fernández Ledesma, mejor que mis palabras, nos dan su sentir frente a la muerte:

"Loada seas, Muerte, meditación de sabios, olvido de necios, pavor de flacos, luz de atribulados, crisol de héroes, ansia viva de santos.

"Eres augusta como Reina: te venero. Eres fiel como Madre: te amo. Te venero sin temerte; te amo sin buscarte; porque es cobarde el que te teme y cobarde el que te busca; porque en saberte esperar con obradora reverencia, está la perfección del vivir.

"Loada seas, Muerte, porque tú das sabor, trascendencia, coronamiento a nuestra vida; y loada también, porque tú, Reina, nos abres el Reino; tú Madre, nos llevas al Padre; tú, Muerte, nos das la vida."

III.—*Sesión solemne, pública, en el Auditorio del Palacio del Registro Civil, de la ciudad de Veracruz, el 25 de agosto de 1973.*

TRADICIÓN Y AMBIENTE CULTURALES DE VERACRUZ

Por don AGUSTÍN YÁÑEZ

La Academia Mexicana de la Lengua tiene por saludable tradición celebrar sesiones públicas en provincia, con la comparecencia de sus miembros.

Hoy, para celebrar el cuadragésimo aniversario del Ateneo Veracruzano y por invitación del Gobierno del Estado, que rige don Rafael Murillo Vidal, nos congrega la memoria de los veracruzanos que han sido académicos; cuyos nombres enaltecen el historial de la institución.

Valga evocar a los que la muerte nos arrebató: Sebastián Lerdo de Tejada, primero en ocupar el sitio VII de la Corporación, al ser establecida en 1875, cuando don Sebastián era Presidente de la República; don Francisco de Paula del Paso y Troncoso, don José María Roa Bárcena, don José Sebastián Segura, don José Bernardo Couto, don Joaquín María de Castillo y Lanzas, don Rafael Delgado, don Carlos Díaz Dufoo, don Salvador Díaz Mirón, don José de Jesús Núñez y Domínguez, don Erasmo Castellanos Quinto, en cuya unión recordamos a dos colegas que, si no nacidos en Veracruz, ligaron a Veracruz su vida y obra: don Joaquín Arcadio Pagaza y don Silvestre Moreno Cora.

Prosapia ilustre que halla viviente continuidad en don Miguel Alemán y en don Rubén Bonifaz Nuño. [Posteriormente fue electo don Sergio Galindo.]

Muchos años hace, reflexiono sobre la fecundidad cultural de nuestras provincias y el ambiente que la propicia.

Sobre adivinaciones, fiadas en lecturas, en conversaciones viajeras; luego en vivencias de personas y en el descubrimiento de la entidad, en sucesivos trances gozosos, coleccioné imágenes: *Encuentros con Veracruz*, que hallaron publicación bajo el rubro de *Patrias del espíritu mexicano*.^{*} La ocasión es propicia para repasar con paralelo fervor provinciano, fragmentos de aquellos apuntes, que puedo ahora titular *Tradición y ambiente culturales de Veracruz*:

—“Cuál sea la razón que pueda explicar evidente, constante afinidad entre

^{*} *Occidente*, revista, Nº 6, sept.-oct. 1945, México, D. F.

veracruzanos y jaliscienses, nacidos en tierras tan distantes y distintas; ellos mismos aparentemente diversos en aspectos múltiples.

"Común espíritu de libertad y llaneza; parejo ímpetu de rebeldía; común agilidad intelectual y emotiva, verbosa; el temple cordial y la coincidencia en altos propósitos; la conjugación de regionalismo y nacionalismo, de nacionalismo y universalidad, son semejanzas acusadas entre unos y otros, cuyos encuentros establecen rápido entendimiento.

"Larga la historia de afectos memorables que han ligado a hombres de ambas entidades; tan larga como la preeminencia, la influencia de veracruzanos y jaliscienses en la vida nacional.

"¿Son causas en sí o efectos de honda raíz estas características?

"Problema incitante y complejo para una caracterología mexicana. He intentado desbrozarlo, por lo que a mi provincia toca, en el ensayo relativo al *Clima espiritual de Jalisco*. No es el caso intentar la ecuación. Baste señalar el fenómeno y reafirmarlo con vivencias personales.

"Perdido en campos de fragancia y exuberancia, o en dulces jardines, en apartadas calles; tendido frente al Golfo, acariciado por sus olas, visionario de remotos rumbos deseados a través de carabelas o barcos, u olvidado placentaramente del mundo, larga cuerda en espera de peces; refugiado en casas costeñas; transeúnte por caminos y poblados; espectador de la vida provinciana —largas horas— en balcones bajo aleros; participante de saraos y bullangas y desbordamientos populares, al son de huapangos, 'al son del corazón'; contemplativo de montañas y perspectivas —Pico de Orizaba, Perote, valle de Jalapa—, ondulación infinita de la mar: las altas araucarias de Jalapa; fiel secuaz de sonorosos, poderosos ríos; oído alerta: músicas y ruidos del vivir, del hablar cotidianos.

"Cuántas veces, bajo el cielo, en el suelo, en el aire cálido de tierra veracruzana, he sentido estar en casa propia, consanguínea; he gozado plenitud existencial, se me ha impuesto la urgencia de grito y canto, de comunión humana, de dialogar con la naturaleza y con la gente, de soñar despierto y hablar a solas, lleno de alacridad y euforia, como en el juvenil descubrimiento de mi tierra carnal, sintiendo 'mil almas en la mía', como en el verso de Shakespeare.

"Porque Veracruz es una de las grandes patrias de México, una de nuestras grandes casas solariegas.

"Casas en que se fraguó nuestra cultura y el ambiente de nuestro espíritu; fraguas de hombres que concurrieron, desde remotos días, a definir el ser en sí de la nacionalidad."

Fastos y elenco cuya enunciación pormenorizada exceden esta circunstancia.

Con sólo la lista de veracruzanos que han dado esplendor a la Academia Mexicana de la Lengua, se acredita la fecundidad cultural veracruzana.

Y se confirma, con los nombres que militaron bajo banderías opuestas, que coincidieron al abrigo de la Academia, cómo ésta, corrido el siglo de su vida, fue y es Casa de conciliación nacional.

EL NOVELISTA RAFAEL DELGADO

Por don MAURICIO MAGDALENO

Vivió el encanto de Veracruz en dos o tres de sus más clásicas ciudades; cursó de principio a fin una era a la que, avanzada la marcha de la dictadura del general Díaz, dio acento humano e ilustrado el gobernador Teodoro Dehesa, individuo de indudables aciertos. Fuera de tres años que pasó en México, en el verdor de su adolescencia, estudiante del Colegio de Infantes de la basílica de Guadalupe, de sus frecuentes estancias en Jalapa y de un breve lapso en que sirvió, al final de sus días, como director general de Educación en Guadalajara, el grueso de su jornada se deslizó plácida y sosegadamente en Orizaba, de hecho su verdadero y entrañable solar. De su nativa Córdoba salió tan tempranamente que apenas merodeaba las primeras letras. En su encantador escenario inspiraría su más romántica novela.

En el año 53, cuando vino al mundo, su pintoresco y atrabiliario paisano el general Antonio López de Santa Anna ocupaba por última vez la Presidencia de la República. Por cierto que ese mismo año el famoso sátrapa se adjudicaría, a falta de corona, como remate a los más escandalosos desmanes, el título de Alteza Serenísima. Dos más tarde —dos años que fueron como siglos para el depredado país—, la revolución de Ayutla lo obligaría a la fuga, recurso que muchas veces antes había practicado diestramente. Con el triunfo de los liberales se derrumbó toda una época de México; allí finó el predominio del cerrado molde colonial. Al impulso de los tiempos nuevos, otra filosofía social se abrió paso en el fragor de encarnizadas pugnas. El futuro novelista de *La Calandria* era un mozalbete aún cuando el epílogo de Querétaro selló la vieja querrela nacional.

Su familia —y ello explica, en buena parte, la indiferencia política de Delgado— no campeó en la sangrienta controversia. Un su abuelo fue por largo tiempo alcalde de Córdoba: como tal, presumiblemente no tuvo otra intervención en los enredos de Iturbide y O'Donojú que la obligada atención a tan ilustres huéspedes. Un alcalde no cuenta, ni entonces ni ahora, en las grandes tramas a las que toca dar escenario, casual escenario, su ciudad. No es probable, tampoco, que el pequeño y bonachón alcalde, que nunca dio que sentir a sus paisanos, abrigara mayores ambiciones. Al desahogado vivir de la familia respondía la actitud propia de la época, una actitud fundada en los más firmes principios religiosos; pero en la vieja casona de los Delgado no era inconciliable la diferencia de opiniones de los vecinos que la frecuentaban.

La hora era aciaga, como todas las horas en que el alma social cambia violentamente de giro. En la larga contienda de casi diez años, el huracán sacudió con enardecida injuria aun el regazo de ese hondón orgánico que es el hogar. Leyes pavorosas respondían a otras leyes pavorosas, y el patíbulo excitaba al patíbulo. Si la conmoción llegó al Colegio Nacional de Orizaba, en cuyas aulas se formó Rafael Delgado, no la sufrió por su temprana edad. Fraguó en la nueva era, la liberal, y dio en ella su creación. No fue un liberal a lo Altami-

rano, a quien tantas luces debe la cultura patria, ni menos un conservador a lo Arrangoiz, el de la herida derrota que arrastró hasta su avanzado término. El cuerpo de su novelar es desinteresado; carece de tinte político y lo fastidian las cuestiones militantes. Suele poner en boca de sus personajes la discusión de la hora, como que son seres vivos que la viven, pero nunca interviene por ningún modo de reflexión personal en materia litigiosa. En capítulo tan importante como la educación pública, que tantas alarmas provocó en la vieja clase, no se prohíbe, a fuer de atento educador, su adhesión a las nuevas corrientes. A fin de cuentas, carecía de calor y color banderizos.

Su aparición en las letras coincide con el mejor florecer del siglo. Antes que él, Emilio Rabasa había publicado sus cuatro afamadas novelas *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda falsa*. Por esos mismos años, los de *La Calandria*, salieron a luz las primeras obras de Federico Gamboa y *La parcela* de José López Portillo y Rojas. Disímiles los cuatro por su intención; uno, Rabasa, crítico de la vida social de su época; tradicionalista López Portillo y Rojas, y naturalista, a la Zola, Gamboa. Una nota común: la fe católica de los cuatro los mantiene a distancia de toda tendencia ultramontana; responden a cierto tono tradicionalista que controvierte —o apenas controvierte, por lo que ve a las costumbres— con el latido de aquellos años finiseculares. La refriega ancestral estaba liquidada y aires modernos conformarían su novelar: Pereda, que tanto influjo ejerció en ellos, y Zola y los Goncourt. Su miga, la de los cuatro, es entrañablemente mexicana; su factura, muy por encima de la de sus predecesores.

Rafael Delgado no incursionó en otros territorios que los del magisterio y las letras, siempre en su ámbito regional. No lo arrajo el ruido de la capital, y si traslada a ésta buena parte de la acción de *Los parientes ricos*, la visión y el sentimiento no tienen mayor significación. Estamos en la capital simplemente porque allá nos lleva la historia de la orizabeña familia Collantes. No le era grato su barullo; uno de sus pequeños personajes, la criadita Filomena, dice ingenua y claridosamente: —“Muchos palacios, muchos paseos, muchos teatros, muchos coches de lujo como nunca los habría en Pluviosilla; tiendas magníficas, llenas de artículos de subidísimo precio; dulcerías que parecen salones de baile —así de lujosas e iluminadas—; muchas gentes, muchas, como en Pluviosilla en días de grandes fiestas, como en las que llamaron de Colón, las fiestas del centenario del descubrimiento de América. Pero al lado de tanto lujo y de tanto dinero, una pobreza como no la había en ninguna ciudad veracruzana; almas perversas; personas falsas; gentes codiciosas; rateros, timadores, mujerzuelas...” y por ahí sigue la andanada.

Los parientes ricos fue publicada formalmente como libro en 1903, el mismo año en que *Santa*, de Gamboa, vio la luz pública, ésa sí, y de raíz, novela de fiel pulso capitalino. Tampoco Delgado se propuso, ni mucho menos, un calado ajeno a las razones de su episodio metropolitano. Sus lugareños recorren avenidas que no les dicen nada; el Paseo de la Reforma, el bosque de Chapultepec, y visitan, como es de rigor, la basílica de Guadalupe y la Catedral. Al llegar los viajeros a la estación —seguramente la de Buenavista—, un comentario desen-

cantado de la misma criadita Filomena: —¿"Aquel era México? ¿Aquella era la gran capital? ¡Pues qué mal iluminada!". Datas así que no escarban una epidermis y que contrastan con el rico registro provincial de Delgado, en que seres y ambiente se confunden en preciso novelar.

Este veracruzano de callada y pulcra mansuetud, renuente a toda forma de prominencia social y de vanagloria publicitaria, es un caso en nuestras letras. Para su elaboración intelectual le bastó el pequeño y recoleto aforo de su Pluviosilla. Su gran cultura y su siempre atenta información del mundo no las debió a los recursos de la capital —aula oronda y tradicional que atrae irresistiblemente al provinciano—, en la cual sirvió, por unos años, en las oficinas de una negociación minera. En ese periodo figuró en los cenáculos de sus más ilustres contemporáneos y colaboró en varios diarios y en la *Revista Azul*, bandera del grupo acaudillado por Gutiérrez Nájera. En medio de sus tareas, lo sorprendió dolorosamente la temprana muerte del poeta. Y México no logró, a fin de cuentas, capturarlo y asentarlo; se sentía desterrado y pronto escapó en busca de sus aires veracruzanos.

Antes, muy mozo aún, había cultivado, en Orizaba —obligada iniciación del gremio—, la poesía lírica. Escribió versos hasta unos cuantos pasos de su fin. Anda por ahí, entre tantas escondidas curiosidades, el libro de sus sonetos, publicado póstumamente. Escribió para el teatro y para el periódico, y entregó a la literatura preceptiva muy apreciables aportaciones. Fue, en Veracruz, tierra de insignes educadores, un concienzudo maestro que enseñó en Orizaba y en Jalapa historia, geografía, gramática y literatura. Le dio renombre nacional la excelencia de sus novelas, cada una de las cuales señala fecha memorable en el curso del género. Su quehacer, el fecundo y sostenido ejercicio de su vocación, se desenvuelve, prácticamente, entre su larga atención docente y la novela. ¿Y acaso la novela, en su más alto nivel, no es también magisterio?

No confirió a su obra, aunque no podía ocultársele su significación, mayor realce. En el breve prólogo de *Angelina* advierte al lector, para dejar clara su intención: "Tampoco busques en los capitulejos que vas a leer *bondas trascendencias y problemas al uso* —lo marca en negritas—. No entiendo de tamañas *sabidurías* —también en negritas— y aunque de ellas supiera me guardaría de ponerlas en novela." Y más adelante, rematando el mismo texto: "Declárote que tengo en aborrecimiento las novelas *tendenciosas* —otra vez la tilde maliciosa de la palabra— y que con esta novelita, si tal nombre merecen estas páginas, sólo aspiro a divertir tus fastidios y a alegrar tus *murrias*." El lector de entonces agradeció cumplidamente el desinteresado corroer de estas lozanías veracruzanas y mexicanas.

Así lo estimó el inflexible juicio de Mariano Azuela, su más alto sucesor en el cultivo de la novela, al escribir: "Hizo bien en no meterse en honduras, ajenas a su temperamento y de las que tal vez no hubiera salido bien parado. En el justo equilibrio entre las posibilidades de un autor y sus relaciones esriba su mérito." ¿Y acaso, me pregunto a mi vez, la novela, cuando lo es en toda su dimensión orgánica, no recoge el sentimiento de su época y su conciencia social, por vía de sus propios medios y sin engorro de indigestos sermones que tanto

mermaron la cuantía de importantes creaciones de nuestro siglo diecinueve? Este dejar suelto el fluir de sus historias es precisamente el acierto más feliz de Delgado, cuya pródiga tierra veracruzana y cuyo respirar narrativo brotan golosamente de su maestría literaria. Otra justa nota de Azuela, que en su turno frecuentaría el mismo fundamental trato: el "amor sincero y desinteresado que el autor de *La Calandria* muestra por las clases desvalidas, mucho más adentrado y legítimo que el que se grita en los mítines y discursos cívicos". Es verdad: lo mismo en *La Calandria* que en *Angelina* y *Los parientes ricos* e *Historia vulgar*, el orizabeño templea sus mejores cuerdas en el alma esencial de su pueblo.

Dicen por ahí que en el último tramo de su vida pasó por misántropo. No lo era; todo en él —vida y obra— respira humanidad. Confundir al retraído con el misántropo es no entender la índole, la profunda índole de un individuo. Quienes le conocieron recuerdan sus charlas en el seno de la reunión de amigos; uno de ellos, tal vez el más autorizado, el licenciado Miguel Hernández Jáuregui, su albacea literario, no nos da ciertamente la imagen de un misántropo, sino de un solitario que, en ocasiones propicias, no regateaba su humana efusión.

Mi también finado amigo el novelista José Mancisidor, que gozó en su mocedad su trato y prologó su última novela, *Historia vulgar*, lo recuerda así: "Descuidado en el vestir, pulcro y juguetón en el hablar, pronto en la réplica, ausente su lenguaje de interjecciones altisonantes, cuyo uso frecuente parece ser privativo de los jarocho, accesible por temperamento, querido y respetado por todos los que lo trataron, poco dado al bullicio citadino y amante del campo."

El nombre que evoco es titular, creo yo, del homenaje del ilustre Ateneo Veracruzano, en cuyo cuadragésimo aniversario nos reunimos en esta primada, histórica y cordial ciudad. Nos congrega un gobernador de singulares atributos culturales, viejo amigo a mayor abundamiento, y al congregarnos nos brinda la tradicionalmente gentil hospitalidad jarocho. Merced a tan liberales auspicios, por los cuales expresa su cabal reconocimiento, la Academia Mexicana de la Lengua comparte fecha tan señalada para el benemérito Ateneo Veracruzano. Para su activo y empeñoso presidente, don Francisco Broissin Abdalá, nuestra adhesión a afanes que honran a este jirón de la patria al que es connatural el cultivo de superiores manifestaciones.

Celebrada sea, en tan feliz cumpleaños, la siempre florida memoria de Rafael Delgado.

IV—*Sesión solemne, pública, con asistencia del Presidente de la República,
en el Aula Magna de la Universidad Autónoma del Estado de México,
Toluca, 17 de enero de 1975.**

FRANCISCO LABASTIDA Y TESSIER

Por don ANDRÉS HENESTROSA

Beneficia a los pueblos recordar a los hombres ilustres. Les perjudica su criminal olvido. San Pablo recomendaba a los hebreos no olvidasen a sus antecesores, los imitasen en la santidad y en la firmeza de su fe para alcanzar como ellos igual término. Los antecesores, es decir, los padres. Porque los grandes hombres, más que hijos, son padres de los pueblos. Ellos, con su ejemplo y virtudes engendran nuevos hombres, a los que han de continuarlos. Pero, ¿cómo amarlos, imitar sus virtudes, si se les olvida y desconoce? Estas razones, necesarias a la continuidad de la cultura patria, son las que deciden el homenaje que esta noche se rinde a los académicos oriundos de este Estado y la reciente institución de la Rotonda de los Hombres Ilustres. La recordación que se hace de ellos asegura la permanencia de su ejemplo y es simiente de sana emulación. Desafortunadamente, son muy pocas las noticias que se tienen del canónigo Labastida, y éstas, contradictorias y confusas, como se verá de la transcripción que haré en el orden cronológico en que fueron publicadas:

Labastida y Tessier, Francisco. Fueron sus padres don Mariano y doña Soledad, nació en Texcoco en abril 2 de 1857. Hizo sus estudios en el colegio particular del presbítero don Vicente Salinas y en la Escuela Nacional Preparatoria. En 1882 ingresó al Oratorio de San Felipe Neri, en febrero del siguiente recibió la orden sacerdotal y el inmediato 9 de marzo cantó su primera misa solemne en La Profesa, siendo sus padrinos los RR. PP. Vara y Sosa, los señores don Joaquín Urquiaga y don Rafael Muñoz Abolafia. En 1896 fue electo Preósito de su Congregación. En marzo de 1898 ingresó al Cabildo Metropolitano como Prebendado y ascendió a Canónigo. Se ha dedicado a la enseñanza particular y algún tiempo en el Seminario. En abril de 1904 se separó del Oratorio. Es socio de la Academia correspondiente a la Real de Madrid de la Lengua. Ha publicado un libro de oraciones llamado el "Lavalle", y algún otro libro de enseñanza elemental. Asistió a las sesiones del V Concilio Mexicano en 1896 como consul-

* Tuvo por objeto rendir homenaje a los académicos oriundos del Estado de México.

tor. (*Datos biográficos de los señores Capitulares de la Santa Iglesia Catedral*, por Vicente de P. Andrade, México, 1908.)

LABASTIDA (Francisco). Canónigo. Nació en Durango. Siendo muy joven aún, ingresó al Oratorio de San Felipe Neri. Se dedicó a estudiar profundamente las matemáticas, la física y muy especialmente la lengua castellana, hasta alcanzar la reputación de uno de los mejores hablistas en México. Fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua; canónigo de la metropolitana; asistente eclesiástico de la Junta Organizadora de los Congresos Católicos; profesor de Lengua Nacional en la Escuela Nacional Preparatoria; miembro del Consejo Superior de Educación (renunció este último puesto, porque le pareció incompatible con su carácter religioso). Murió en Coyoacán el 29 de diciembre de 1908. (*Diccionario de geografía, historia y biografía mexicanas* por Alberto Leduc, doctor Luis Lara Pardo y Carlos Roumagnac, París-México, 1910, Librería de la viuda de C. Bouret.)

LABASTIDA, FRANCISCO DE P. (1857-1908). Nació en Texcoco. Hizo sus estudios en la Preparatoria en los días de Gabino Barreda, en cuya cátedra de filosofía positivista era famoso arguyendo contra el maestro. Se dedicó a las ciencias naturales, en especial la física y la química, que más tarde enseñó en el Seminario. Entró a la Congregación del Oratorio, en La Profesa de México, y se le ordenó sacerdote en 1880. Fue maestro de lengua española en la Preparatoria. Entró a la Academia de la Lengua como miembro de número y fue tenido por muy perito en el idioma. Fue nombrado Canónigo de la Catedral y dos veces Prepósito de su Congregación. Buen predicador, sólo publicó el sermón dicho en San Luis Potosí (1896), al inaugurarse la Catedral. Autor de: *Estudio sobre el pronombre, M.A.M.*, t. IV. Murió en Coyoacán, D. F. (*Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, Editorial Porrúa, México, 1970.)

Todas las tres semblanzas transcritas proceden, en lo esencial, de la nota necrológica publicada en el periódico *El País*, el miércoles 30 de diciembre de 1908, que copiamos en seguida en sus líneas generales: originario de Durango. Vino con sus padres muy joven a México y se inscribió en el Seminario y en la Escuela Nacional Preparatoria en la que se distinguió en el estudio de las ciencias matemáticas, física y química, y muy especialmente en el idioma español, al grado que, años después, fue tenido como la primera autoridad en esta lengua, en México, después del maestro don Rafael Ángel de la Peña, y tanto fue así que el gobierno, haciendo justicia a sus méritos, y no obstante su carácter eclesiástico, le nombró para desempeñar la cátedra que con el nombre de Lengua Nacional existe en la Escuela Preparatoria, cátedra que el sacerdote desempeñó con singular acierto, así como el puesto de miembro del Consejo de Educación que también le dio el gobierno. En los principales colegios de la capital enseñó el idioma español y en el Seminario Conciliar fue maestro de matemáticas y física.

Conocedor el finado arzobispo de México, ilustrísimo señor [Próspero] Alarcón, de los méritos y virtudes del señor Labastida, le nombró Canónigo de la Metropolitana de México y asistente eclesiástico de la Junta Organizadora de los Congresos eclesiásticos cuyos puestos desempeñó hasta su muerte. Fue el

señor canónigo Labastida un ejemplarísimo sacerdote, caritativo y humilde, de corazón grande y noble.

En efecto, como se ve en los textos transcritos acerca de Labastida, las noticias discrepan. Sin embargo, algunas circunstancias quedan establecidas, por ejemplo, el año de nacimiento; que estudió en el seminario y en la Escuela Nacional Preparatoria, que era versado en ciencias matemáticas, física y química; que devino, en fuerza de estudios, en notable gramático y en uno de los mejores hablistas en México, evidente esto último en lo poco de su producción que se conoce: el *Estudio sobre el pronombre* (1895), la *Oración* de San Luis (1895), el *Discurso* en honor de don Rafael Ángel de la Peña (1910), y que revelan una variada erudición y un estricto y elegante manejo del idioma español.

En una de las síntesis biográficas transcritas se lee que fue alumno de Gabino Barreda en las aulas preparatorias, y en cuya cátedra de filosofía positivista era famoso arguyendo contra el maestro, lo que sería otra evidencia de su formación intelectual, a la vez que lo presenta como uno de los primeros que combatieron aquel sistema filosófico, es verdad que desde el punto de vista de la religión y no de la mera filosofía.

Algo más puede darse como hecho cierto, y es su ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua el 25 de septiembre de 1893, en la silla N^o VII que dejó vacante don José María Marroqui, y ahora ocupa don Miguel León-Portilla. De todas suertes hace falta un estudio completo de este notable hombre de letras y de ciencia. Y ésta es la hora en que alguno debe realizarlo porque, pese a que dos de las síntesis biográficas lo hacen oriundo de Texcoco, queda flotando la duda de que lo fuera de Durango, duda que se agrava si se considera que la nota necrológica de *El País* fue publicada al día siguiente de su muerte.

Como se ve todos coinciden en proclamar su prosapia intelectual. El académico don Alberto María Carreño ejemplifica, con el canónigo Labastida y Tessier, al mencionar algunos de los hombres y de los nombres ilustres de la Academia.

Su mayor fama reside en su discurso académico, *Estudio sobre el pronombre*, publicado en las *Memorias de la Academia* dos años más tarde, es decir, en 1895. El canónigo Labastida presenta una tesis audaz y peregrina en lo que toca a los pronombres. La extrañez —dice— de una opinión que se aparta de la doctrina recibida hoy generalmente, y la trascendencia que implica en mi concepto la clasificación que ahora propugno, me han urgido a someter desde luego a vuestro ilustrado criterio los fundamentos de mis conclusiones, anticipando así un trabajo que me había propuesto no llevar a su término, sino después de mayor estudio y más reposada meditación. A reserva, pues, de ampliarlo y tan sólo para daros muestra de mis aficiones filológicas, voy a presentar las razones que me han inducido a comprender en la clase de los pronombres, así a los posesivos *mí, tu, su; mío, tuyo, suyo*; como a los demostrativos *este, ese, aquel*.

A partir de esta postulación, Labastida y Tessier argumenta brillantemente en favor de sus tesis, con el auxilio de las grandes autoridades en la materia y con apoyo en los textos clásicos. La argumentación, que tiene todas las trazas de un alegato sólidamente fundado, crea en el lector la legitimidad de sus postulados. Sin embargo, las conclusiones de Labastida, que se sepa, no llegaron a

la gramática tradicional, ni a la enseñanza de la materia. Ello no obstante, no le resta brillantez al alegato, ni va contra la buena fama de nuestro autor que espera, repetimos, una investigación y estudio que establezca su valoración final.

Al concluir su *Estudio sobre el pronombre* nos dice: "No concibo siquiera la esperanza de llevar mis convicciones a ningún entendimiento; antes me siento avergonzado por haberme atrevido a elevar mi voz en este respetable concurso y tenido el arrojo de ponderar en la grosera balanza de mi torpe juicio las opiniones de los gramáticos más afamados, cuando debiera esperar de vosotros, los maestros del bien decir, vuestra autorizada decisión. Pero aún es tiempo, señores Académicos, de que cortéis las alas a mi osadía, condenando al olvido estas primicias de mis afanes que os presento."

Humildes que siempre fueron los sabios. Y con esto, señoras y señores, pongo punto final a estos apuntes en torno al canónigo, señor académico don Francisco de Paula Labastida y Tessier.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA

Por don OCTAVIANO VALDÉS

Su patria poética

Nació en Valle de Bravo, Estado de México, el 6 de enero de 1839; estudió en el Seminario de México; fue párroco de Taxco, Cuernavaca y Tenango del Valle; Secretario de la Mitra de México; Rector del Seminario y Obispo de Veracruz, y murió en Jalapa en 1918.

Llamóse entre los árcades "Clearco Meonio"; pero no hubiera habido necesidad de que se disfrazara de fingido pastor, puesto que su nombre de bautismo "Arcadio", como nombre profético, lo había consagrado ya personaje de égloga. Ciudadano de la Arcadia por el nombre que le tocó en propiedad, lo era también por naturaleza y siguió siéndolo hasta el fin de sus días, de modo que su lápida funeraria bien pudo sintetizar, como en el cuadro de Poussin *Les Bergers*, toda su vida, en el sencillo epitafio: *Et in arcadia ego*. Ciudadano de la Arcadia, vivió apacentando místicas ovejas de Cristo y las de su corazón y fantasía.

El ilustrísimo señor Pagaza es un poeta bucólico en el mejor sentido de la palabra. Un hado tenaz benevolente lo mantuvo durante larga parte de sus años, dentro de los escenarios de la naturaleza que más consonaban con su espíritu. Por lo cual, el bucolismo de su poesía no es nostalgia de un desterrado ni mero artificio, sino convivencia con la naturaleza y reciprocidad de entregamiento. Esto es lo que lo levanta sobre otros bucólicos, contemporáneos suyos, que únicamente conocieron el campo desde sus poltronas confortables, en las ajenas páginas pastoriles, o a lo más en fugaces excursiones.

Valle de Bravo, su patria chica, Tenango del Valle, Taxco, Cuernavaca, y las poblaciones floridas de su diócesis veracruzana, vaciaron en sus sentidos de poeta "el himno inacabable de su única primavera", según la expresión de Chocano.

Valle de Bravo con sus aires templados y belleza efusiva, que apropiándose el verso de Zorrilla de San Martín, "espera liras para asirse a ellas".

En Tenango del Valle, según propia confesión, logró una copiosa cosecha de versos. "No pocas de estas producciones —se refiere a *Murmurios de la selva*— ... fueron escritas por mí cuando era cura de aldea (11). Están personificadas en esas coplas —aclara ingenuamente—, bajo los nombres poéticos de Flérida, Mincia, Amarilis, o Galatea, la Villa del Valle, mi tierra natal y Tenango del Valle, mi antigua parroquia" (16). En esos lugares vivió siempre con sentidos de recién llegado, lavándose cotidianamente los ojos en el agua de esos cielos translúcidos, para que no se le envejecieran los panoramas, como a los demás lugareños. Cada amanecer asistiría a la natividad del paisaje.

Por eso, lo mejor de su poesía brota del paisaje, que se vierte en su alma, y se humedece en ella de un suave lirismo melancólico. Pero el paisaje propiedad de Pagaza es el de la altiplanicie de aire fino, y cadenas de montañas coronadas de pinares que circunvalan tierras labrantías. Su índole poética ignora la emotividad ardiente y tumultuosa, y se expresa con más hondura cuando ésta es mansa y contemplativa, como recogida dentro de un ámbito al que llegaron filtrados los sonidos y la luz.

La naturaleza apasionada y acometiva del trópico está débilmente interpretada en su poesía. Cuando rara vez discurre por entre ella, se acompaña de Apolo, Pan o Galatea, que pasean su elegancia entre la barbarie de la tierra caliente. En vez de los ruidos y rumores selváticos, el canto de la siringa, el ritmo de los coros citéreos, y el galope de Diana, cuya aljaba se vacía suprimiendo las divinidades de la selva tropical.

Cuando en sus poemas llega a aparecer la tierra cálida, da la impresión de haber sido antes transportada a un clima de purificación, de donde vuelve sin tintas vehementes, limpia de vahos calenturientos, con un tapiz de musgo que cubre los transpiraderos de la muerte. A veces se hace la ilusión de estar mirando el trópico, pero en realidad sólo contempla allí colores y líneas que emparentan con sus panoramas preferidos. Sirva de ejemplo su soneto "El Papaloapan":

Escucho aún tu plácida quejumbre,
gigante río...: ¡límpida guirnalda
tu sien orne, y del médano la falda
ciñas con aparente mansedumbre!

Del sol hermoso la divina lumbre
retrátese en tu linfa de esmeralda;
y en ti se vea, tinta de oro y gualda,
del Citlaltépetl la nevada cumbre.

De tus riberas el papayo rico
la poma ostente en nido de verdura
del tordo herida por el rojo pico;

y mézcanse tus palmas en la altura
blandamente agitando el abanico
que al dulce Tlacotalpan da frescura.

(Horacio, p. 232)

Fuera de algún adjetivo incoloro es un buen soneto y bello el cuadro; pero contemplado desde muy lejos —no importa que el poeta lo haya tenido delante—, a través del cristal de la altiplanicie. Sabemos que es tierra caliente por la alusión decorativa a las palmas y al papayo. El Papaloapan no se hincha aquí respirando bárbaros efluvios, sino que se desliza elegante bajo el dosel de los ventallones, aspirando el fresco de su "límpida guirnalda". Manuel José Othón, sin ver el río, imaginándoselo en un soneto que dedica al mismo Clearco Meonio, expresa mejor la realidad grandiosa de su fuerza:

Adivino los fértiles follajes
que baña el río...
La basilica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega,
en túmidos e hirvientes oleajes.

Se confirma definitivamente esta opinión leyendo su largo poema "María", de más de doscientas octavas reales, en que pretendiendo pintar la Tierra Caliente fracasa; pues sólo descubre el aspecto incómodo y miserable de ella, y nada de su hermosura terrible y magnífica. Está versificado con la soltura característica suya, pero muy ripiosamente y en un estilo prosaico, salvo unas cuantas estrofas en que logra asomarse el bucólico sin disfraz. Él mismo juzgaba sin mérito esta obra y tan alejada de su temperamento que no quiso reconocerla en público. Fue editada por un amigo sin su nombre.

En cambio, el paisaje de Tenango del Valle, de las alturas de Taxco y de su tierra natal, interpretaba fielmente la vibración apacible de su espíritu. Allí busca los alrededores anidados en pequeñas hondonadas, aldeas y rancharías; perfectos rincones, sordos a la batahola ajena. Allí, sin más nuevas que las de los clarines de los gallos y vientos augures, la vida que se cambia cada cien años, repite la diaria lección, como sus labriegos que pintan surcos a manera de renglones sabidos de memoria.

Aún sobrevivía hace años, en Tenango del Valle, el recuerdo de cuando su párroco, a la muerte de su madre, huyó unos días de las gentes, yéndose a paladear su dolor a la bellísima soledad de San Pedro Tlanixco, remontado en la falda sur del Nevado de Toluca, al borde de una barranca profunda, lecho de una cascada que se despeña desde una altura de treinta metros. Evoca aquel lugar, las soledades de Sierra Morena del *Quijote*, resguardadas en un silencio grandioso, suavemente melancólico, profundizado por el sonar de las aguas y el quejido de los ramajes.

Poeta sensitivo, reconcentrado,

...siempre el retiro
y soledad amó la musa huraña

(Horacio, p. 357).

pudo, dentro de su paisaje exactamente arcádico, medir sin interferencias los latidos de su corazón, con el paso de la nube, el vuelo de las palomas "de alas azules y collares negros", y demás tonadas que componen la sencilla polifonía de la égloga; pudo sincronizarlo a su sabor, con aquel aire de balada sobriamente sentimental.

Así era él, terso y transparente, de emoción que corría fácil, sin complicarse, igual a sus riachuelos pastoriles, y tan espontáneo que no se avergüenza de confesar a su amigo de la epístola "Tirsi" su ternura casi femenina:

"...Si bien no ignoras
que tengo un corazón nada robusto."
"Ni se prohíbe el llanto, ni es afrenta."

(Murmurios, pp. 97, 98)

Al hablar del Nigromante expresamos la opinión de que comparado con Pagaza, en cierto sentido resultaba más clásico. En efecto, Pagaza, siendo un clasicista académico, bajo el formalismo de escuela tiene la entraña romántica; ese "su corazón nada robusto", Pagaza es un intérprete romántico de la naturaleza, por su índole y por el influjo de los poetas de esta escuela; pues su poesía no sólo muestra la nota melancólica virgiliana, sino también el tono romántico muy siglo XIX.

Siendo Pagaza un poeta de sensaciones más que de ideas, entrega los sentidos al suave placer —verdadero descanso bucólico— de pulsar "las señales furtivas" del paisaje. Las abstracciones cuando llegan, a guisa de corolario, o moraleja, son generalmente débiles y suelen enturbiar las líneas de su poético mundo inocente.

Horacio y Virgilio fueron los dioses penates de sus apartamentos bucólicos; pero indudablemente cultivó mayor amistad con el Mantuano que con el Venusino, príncipesco y sagaz catador de hombres y vinos egregios. Pagaza, como Virgilio, tenía *l'anima gentile*, tierna y pacífica, más contemplativa que razonadora. Muy a menudo mira y siente como un niño, en cuya pupila sin pasión se retratara límpida la naturaleza. Con ojos más ingenuos que los del Mantuano, juzga el mundo de afuera y el de su corazón.

De estos complejos de sencillez, de sentimientos tranquilos y diáfanos, resulta que las cuerdas humanas de su poesía carecen de aquellas vibraciones que producen fríos y fiebres medulares. Lo cual no significa que Pagaza haya estado obligado a dar tragedias esquilianas; pues cada quien tiene derecho a pronunciar su palabra a su propio modo. Pero quien nace para la emoción de tonos menores, no puede enfatizarla sin caer en lo hueco. Por esto, gemidos y ayes recargados, al estilo de "¡éstos, Fabio, ay dolor!" suenan a consigna académica. El dramatismo de sus idilios pastoriles y de algunas odas, tiene más de cromo

patético que de realidad humana. De todo eso lo que hay de hermoso y auténtico, es la suave tristeza que moja su poesía; un tenue vapor de lágrimas que enternece sus paisajes.

Espíritu monocorde

Fue su inspiración bucólica tan exclusiva que las voces ajenas a sus campos, o resonaron en su sensibilidad o apenas le dejaron rastros incoloros. El mar, muchas veces lo contemplaría en su diócesis veracruzana, y, sin embargo, sólo alcanza éste a desflorarle la emoción cuando, en el primer encuentro, le echa a los ojos su belleza abrumadora. En un soneto: "Al ver el mar por primera vez" (Horacio, p. 299), lo comenta como un espectáculo interesante, grandilocuente. Después no lo vuelve a recordar, sino de modo fugaz.

Dos años vivió en Taxco y ni un solo vestigio de él en su poesía. No conoció el habla de las piedras primorosas de Santa Prisca, ni el secreto de las callejuelas grises. Ni una sola palabra cruzó con la sombra del gran "Jorobado", Juan Ruiz, quien diariamente lo saludaba desde una de las paredes de la sacristía parroquial.

Su forma literaria

Muy justamente afirmó Menéndez y Pelayo que Pagaza "es sin contradicción, uno de los más acrisolados versificadores clásicos que hoy honran las letras españolas". Indudablemente que es maestro versificador "a lo clásico"; es decir, fiel a las formas del siglo de oro. Es uno de los que en México hacen sonar, por último, los versos de timbres épicos y la antiguada estrofa dorada. Sus ritmos se despliegan con esplendores metálicos y cadencias que se alargan gratamente en el oído.

Rara vez pierde la buena entonación, pero la musicalidad, por desgracia, no es siempre de sana ley. Fue de su tiempo, del tiempo en que a los poetas se les facilitaba la tarea, teniendo a la mano algo así como un catálogo de voces etiquetadas de "clásicas", que fueron llenas de savia en labios de Fray Luis o Garcilaso, pero que de tanto uso estaban más gastadas que oratoria de político: "crudo invierno, ave canora, vocinglera, parlera; aura placentera; el tramontar de Febo, prado ameno, riachuelo cristalino, el rigor del hado", etc. El uso frecuente de estas voces no es extraño a nuestro poeta.

Lástima de ambiente que malogró más de un fruto en los huertos de Clearco. Es la explicación de sus desmayos y prosaísmos. Sus descensos llegan a estrofa como ésta:

¡Oh montes de mi pueblo,
dulcísimos como antes,
amados cual ningunos,
risueños y feraces!

(*Trovas últimas*, p. 178).

Monseñor Pagaza vivió en un medio literario en que el sentido estético debió librar ruda batalla a fin de libertarse de los grilletes académicos. Por eso admira cómo su instinto poético se encuentra a sí mismo a cada paso, fulgurando a través de los formalismos falsos. Usando de sobriedad y savia nueva, desconocidas entre la grey academizante, nos da versos limpios y sonantes a oro de juventud. Por ejemplo:

(La estrella matutina)

Al zafir se levante,
vaporosa y tremante,
cual lámpara en fanal alabastrino.

...el hirsuto sauce
al suelo humilla sus amargas greñas.

Presas las aguas en su verde anillo,
recibe el lago en su hispida junquera
de tordos la falange aventurera.

(*Murmurios*, p. 192)

Y esta preciosa descripción, con todas las excelencias de la buena poesía pagaciana, rica de vocablos briosos y selectos:

Un bosque antiguo, pálido y sonante
de árboles corvos de cimera hirsuta,
de tronco hendido, nacarada fruta,
brazos rastreros, planta vacilante,
un arroyito claro y serpenteante
que fluye al lado de campestre gruta;
un carrizal, un puente y una ruta
siempre en lid con la tierra exuberante.

(*Horacio*, p. 443).

"Un bosque antiguo, pálido y sonante." Tres adjetivos, tres luces colándose entre las frondas de las églogas como el bosque en que Albio Tibulo, el poeta elegíaco amigo de Horacio, amaba gastarse las horas taciturnas.

Estos breves rasgos son claro ejemplo de la alta calidad del poeta. Hay muchas impurezas a lo largo de su obra, pero los riachuelos de oro serpean abundantes por sus poéticos agros.

Lo más logrado de su poesía se encuentra en los sonetos; tiene algunos perfectos. La coraza ceñida de esta forma difícil, lo obligaba a apretarse y seleccionarse. Era capaz de esta superación y la realizó. Es interesante notar que en sus mejores sonetos es donde menos aparece el artificio mitológico. Entre los cuales está "La oración de la tarde", "El río", cuya primera estrofa dice:

¡Salve deidad agreste, claro río,
de mi suelo natal lustre y decoro,
que resbalas magnífico y sonoro
entre brumas y gélido rocío.

(Sitios poéticos del Valle de Bravo)

Resbala este río por los catorce versos con tal "lustre y decoro" y con tan serena majestad su barba de espumas, que parece haber sido alisado entre los dedos de brisas helénicas. Hay muchos otros que podríamos citar, por ejemplo: "A una palmera", "A un cazador", "Al caer la tarde", "A una hiedra", "A un laurel", etc.

"Príncipe afable de la docta lira"

Uno de sus matices más personales, es la dignidad de sus formas. Hasta en sus decaimientos persigue la forma culta. Es un culterano en sentido elogioso. Manera muy natural en quien, además del temperamento, cultivaba tanta familiaridad con Horacio y Virgilio. El latinismo, como enjambre desertor de las églogas, se riega en áureas salpicaduras en su vocabulario, imprimiéndole algo de la enérgica preñez de la lengua madre. (Claro es que junto a los muchos aciertos, aparece a veces el rebuscamiento.) A ratos las palabras cultas brotando en tropel invaden estrofas completas, y en más de un caso resulta bella la intemperancia, para quien alcance el significado latino. Por ejemplo:

¡Hended el éter y apiñadas nubes,
penígeros querubes
que revoláis en torno del Eterno,
y de amor inflamados
fugad a los osados
íncolas torvos del flagrante averno!

Y desterrad de valles y colinas
las húmidas neblinas
y el escuadrón de sombras indecoro;
y encended anhelantes
las hachas crepitantes,
y remeced los incensarios de oro.

(Horacio, p. 320).

La noble silueta de Monseñor Joaquín Arcadio Pagaza pasa flotando, en el acto final de su vida, sobre un erizamiento de odio y barbarie. Padece cárceles por su carácter sagrado, pero no se olvida del canto, ni abandona su grey vecracruzana. "Llevaba el cayado florido como un tirso" —dice Olaguibel—, y también "un alma de hierro incrustada de oro".

MIGUEL SALINAS ALANÍS

Por don ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Enseñar es construir, sentar bases espirituales e intelectuales que permitan a la persona humana desenvolver sus facultades, desarrollar su inteligencia, potencias cognoscitivas y capacidad de reflexión, afinar su sensibilidad y posibilitarla para el trato con sus semejantes y la apreciación y justa utilización del mundo en que vive. Enseñar es educar, guiar, instruir, orientar al hombre para que conviva en paz y armonía con los demás hombres en un medio de justicia e igualdad, sin diferencias por la riqueza, origen o ideas.

México, al igual que todas las naciones, ha necesitado y necesita maestros. El mundo indígena estimaba la capacidad enseñante de algunos de sus miembros y los distinguía con aprecio y honor. Una sociedad en proceso de maduración tenía forzosamente que propiciar a dirigentes espirituales e intelectuales, portadores y difusores de los valores ancestrales y creadores de nuevas ideas y formas de vida. Con la conquista llegaron nuevos maestros que además de aportar el cristianismo, venían cargados de inmenso acervo de cultura occidental greco-latina, vivificada por los arrolladores impulsos del humanismo renacentista. Los misioneros sucedieron a los maestros indígenas y su labor fue más importante por cuanto a la enseñanza tuvieron que anteponer la defensa del indio. Salvación de la vida y de la libertad, pero también enseñanza fecunda y sobresaliente de ideas y métodos de extrema validez y vigencia en el mundo de aquella época. Con el catecismo vino la cartilla, la imprenta, la universidad; castellano y latín sirvieron junto con las lenguas aborígenes para enseñar a los mexicanos. Desde entonces, la labor del que enseña no se ha reducido a instruir, sino que conlleva la obligación, que es una misión, de defender, guiar, orientar a todos los grupos hacia la mejor realización de sus facultades, a la formación de condiciones de vida superiores, a la defensa de un régimen de libertad espiritual que haga posible la existencia de una amplia libertad política, de igualdad social y económica y de auténtica confraternidad.

Miguel Salinas Alanís pertenece a la categoría de los auténticos maestros, de aquellos hombres que cumplen su destino entregando su vida a la enseñanza, que como dijimos es abrir el espíritu y la mente al conocimiento del hombre y de la naturaleza y a convivir armoniosamente. No fue tan sólo un difusor de conocimientos, sino un forjador de caracteres, de recias personalidades, un hombre que atento a las circunstancias de su época, laboró por mejorar las condiciones de los campesinos a través de efectiva instrucción. Fue maestro rural, esto es, misionero consciente de que es menester construir un México mejor. Enamorado ardientemente de su país al que recorrió en buena parte, enfocó su acción cultural y social a construir, a hacer mejores a los mexicanos y por ello se esforzó con el fin de que dotados de mejores elementos culturales, pudieran ocupar lugar digno y relevante.

Educador lo fue notable. Cultivó el magisterio abnegada y rectamente. Estuvo seguro de que era necesario enseñar y para ello formó escuelas como el Instituto

Pape Carpentier, que primero en Cuernavaca y posteriormente en México impartió saber a numerosas generaciones. Más de cincuenta años de vida consagró a la enseñanza y sus discípulos formaron legiones. Su labor didáctica fue excepcional por ejemplar, y su acción magisterial llena de altura y austeridad le hizo merecer el aprecio de todos.

A más de maestro, Miguel Salinas fue notable estudioso. Su sensibilidad literaria la manifestó desde muy pronto, mas en él se impuso notable espíritu de organización y rigor que le llevó a profundizar, orientado por el notable educador don Mariano Oscoz, en el origen, estructura y posibilidades de la lengua, de la que fue eminente preceptista. Salinas no se convirtió en un gramático inflexible y acartonado, ajeno a las posibilidades creativas del lenguaje, sino que por el contrario pensó, y ése es el mérito excepcional que tuvo su acción, que siendo el pensamiento la facultad más noble y esencial en el hombre y el lenguaje el medio de expresar sus ideas, debería posibilitarse la expresión y expansión del pensamiento humano mediante correctas, exactas y hermosas palabras. Buen conocedor del medio mexicano, Salinas dióse cuenta de cómo personas inteligentes no sabían expresar con propiedad sus ideas y motivado por el amor al país y a las bellas letras consagróse a la enseñanza del idioma. Creía y así lo afirmaba que: "la lengua y las letras son el fondo de los estudios, porque son el fondo del ser humano". De este noble afán que fue siempre en él viva preocupación derivó la ocupación que él eligió durante largos años: maestro de lengua y literatura y escritor de notables estudios lingüísticos destinados a perfeccionar las formas expresivas de los estudiantes.

Consagrado durante largos años a la enseñanza de las letras y de la gramática en numerosos planteles de enseñanza media y superior, de su experiencia y amplios conocimientos, de su frecuencia de los autores clásicos y su trato continuo con los orientadores del idioma: Caro y Cuervo, Robles Degano, Bello, pudo elaborar magníficos trabajos notables por su sencillez, claridad y saber que son la *Gramática inductiva de la Lengua Castellana*, *Construcción y escritura de la Lengua Española*, *Ejercicios lexicológicos para el aprendizaje de la Lengua Castellana* y varios estudios filológicos en los que se aprecia el dominio que tenía tanto en el campo de la lingüística y gramática, como en el de la didáctica. En este terreno la labor de Miguel Salinas se emparenta con la de otros notables gramáticos mexicanos como Rafael Ángel de la Peña, Raymundo Sánchez, Carlos González Peña y Daniel Huacuja, consagrados como él a cuidar el manejo de la lengua, del verbo como medio transmisor del pensamiento, de comunicación, de relación humana, de liberación. Ellos defendieron como Mistral el dominio de la lengua como forma de liberación espiritual e intelectual. Sintieron que en tanto el espíritu no se manifestara en perfección mediante el verbo, permanecería aherrojado, sujeto. Por ello esos hombres al igual que el genial provenzal pudieran exclamar como aquél: "Pueblo que tiene o domina su lengua, tiene la llave de su cárcel."

A esa misma finalidad responden varias de sus obras como las *Fábulas del Pensador Mexicano*, corregidas, explicadas y anotadas, *Cuentos*, *Leyendas y poemas escogidos y anotados* que en parte cumplían con su anhelo enunciado en su

conferencia: *Finalidades que persigue la enseñanza de la lengua castellana y la de su literatura*, anhelo consistente en formular amplia antología que permitiera a los educandos, bajo la dirección del maestro, descubrir y apreciar los aspectos lingüísticos, críticos y éticos de los escritores más sobresalientes.

Otro aspecto que ya señalábamos anteriormente, fue el de su amoroso fervor por México. Salinas fue un enamorado de su patria y un cantor sobresaliente de sus bellezas. Hombre de provincia aprendió en ella a apreciar el paisaje, tanto el geográfico como el espiritual. Supo distinguir las variadas características de las diferentes zonas geográficas del país y dentro de ellas advertir las expresiones de civilización espiritual y material que el hombre imprime en ellas. Heredero de los grandes descriptores del paisaje como Pereda entre los españoles y de Altamirano, Justo Sierra, Manuel José Othón, entre los nuestros, volcó su amor a la naturaleza en bellas, frescas y sugestivas descripciones en torno de los *Paisajes morelenses*, el *Santo Desierto de Tenancingo*, el *Acueducto de Querétaro*, las *Playas de Cuyutlán* y muchos otros sitios reveladores de la geografía mexicana. En varios de ellos, como en *Puesta del sol en Cuernavaca*, realiza sugerentes comparaciones entre el ambiente de ese valle y el de otros circunvecinos o lejanos. Sus impresiones fragantes, emocionadas, llenas de enseñanza que Salinas trasluce en sus escritos, son muestra palpable de cómo él se había acostumbrado desde niño a escuchar el zumbido del aire y el deslizarse del agua, de cómo percibía el hálito del viento que ondulaba el trigo y los maizales, el zumbido del grillo penetrante y la abaritonada e incansable canción de la cigarra. De joven, maestro en Tlaltizapán y en Tlaquiltrenango enamoróse de las sierras fragosas, de los atardeceres sureños. Más tarde conoció el mar, y ante su "superficie interminable, cambiante y procelosa" como la llama, discurre acertadamente sobre el desarrollo histórico de México.

Mas si Salinas fue un enamorado del paisaje, ese amor no era tan sólo expresión romántica, sino anhelo sincero de que todos los mexicanos conocieran su país y conociéndolo supieran apreciarlo y engrandecerlo. En su pequeño y primoroso libro *Sitios pintorescos de México*, en el que junto con magníficas descripciones de notables escritores incorpora las suyas, explica la alta finalidad que perseguía, "el que lea tales artículos podrá transportarse, en espíritu, a todas las comarcas de nuestro país, podrá sentirse satisfecho de la hermosura de las regiones del suelo patrio y sentirá avivarse sus sentimientos nacionalistas; quizá se proponga trabajar con buena voluntad, a fin de que una tierra tan bella y tan llena de riquezas, tenga hijos que vivan en paz y concordia y se aprovechen de los dones naturales que poseen".

Su tierra natal, Toluca, en donde nació el 12 de febrero de 1858 no podía escapar, como tampoco Morelos, en donde vivió largos años, a su afán de describirlos, de historiarlos. Amplios estudios reunidos bajo el nombre de *Datos para la Historia de Toluca* constituyen valiosos elementos en torno de esa ciudad. Construidos sin pretensiones metódicas, representan bellas y válidas aportaciones históricas de singular valor, así como muchas otras publicadas en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, y en las *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*. Varios de sus trabajos monográficos

son sobresalientes por su fidelidad, información objetiva y apreciación justa, así como por su estilo claro y agradable. Al igual que muchos hombres de su época y heredero de hermosa y útil tradición, la que hermanaba historia y geografía, nos dejó, como Antonio García Cubas y Jesús Galindo y Villa, importantes estudios geográfico-históricos, como *El río Amacuzac*, *Las fuentes del Río Lerma*, *Mis árboles*, los *Geólogos en Cuernavaca* y otros, muestras de su gran curiosidad y saber.

Maestro auténtico, cumplió Miguel Salinas esforzadamente su misión, hasta el día que murió, el 18 de diciembre de 1938, enseñando a la juventud a amar a México, a ser consciente de su misión histórica y a ennoblecer y liberar su pensamiento a través de una limpia, clara y hermosa expresión. Tal es el sentido que de su obra íntegra se recoge y por ello hoy le recordamos con respeto y amor.

ISIDRO FABELA

Por don MANUEL ALCALÁ

Nace don Isidro el 29 de junio de 1882 en un riente pueblecillo del Estado de México que lo honra y se honra llamándose Atlacomulco de Fabela. Muere el 12 de agosto de 1964 en Cuernavaca.

Entre esas dos fechas se circunscribe la larga vida del patriota que fue también un mexicano con sentido humanista universal; como su amigo Alfonso Reyes, "el mexicano Universal" por antonomasia. Pero nunca un humanista acartonado, altivo y aislado del pueblo y del mundo. No. Sino un humanista, en frase unamuniana, "de carne y hueso"; un humanista que era, antes que nada, un hombre cabal. Que por algo dijo Alfonso Reyes —quien le conoció desde que era estudiante en la Escuela Preparatoria y don Isidro cursaba ya Derecho— lo siguiente:

Hay hombres que llevan la probidad y la sencillez por coraza. Uno de ellos es nuestro Isidro. Siempre siguió siendo el caballero de la sonrisa, de la palabra oportuna, de la solicitud amistosa, de la clásica cortesía mexicana, que tanto nos enorgullece en esta tierra.

Hasta aquí don Alfonso. A lo que añadido yo que todo ello es la flor y quintaesencia de su generosa vida de patriota de profundas convicciones, presto siempre a defender sus ideales; la quintaesencia de su amplísima, a la paz que sólida, labor intelectual. Pues don Isidro, con honradez ejemplar, sólo trataba de aquello que conocía bien. Y ¿qué es lo que no conocía? Humanista, pudo haber hecho suyo el terenciano "nada de lo que es humano me es ajeno".

Por ello no se le puede encasillar en una profesión especial, fuera de la esencial —y tan olvidada— de ser hombre en plenitud.

Sus labores hay que rastrearlas en múltiples campos. Me ciño a recordar a vuela pluma, en esta sesión solemne, once de ellos. A saber, los del hombre

de letras, lingüista y filólogo, orador, periodista, ensayista, crítico de arte, historiador, pensador político y social, diplomático e internacionalista, político y gobernante y, finalmente, educador.

De su labor como hombre de letras quedan, señeras, tres obras. Desde luego, *La tristeza del amo*, cuya segunda edición —ilustrada por Cabral— se publicó en Madrid en 1916 con un prólogo de Francisco Villasespa. Es una colección de cuentos que dan testimonio de su cabal conocimiento de nuestros problemas agrícolas y de su gran amor al campesino. Tengo para mí que habrá que estudiarse esa obra en profundidad y en paralelo con *La parcela* —que la precedió en algo más de diez años— de otro de nuestros académicos: José López Portillo y Rojas. Como dijo el siempre recordado Justino Fernández en su discurso de ingreso a la Academia, en esos cuentos "se encuentran acaso sus más bellas y sentidas páginas y su mejor prosa dramática". Villasespa en su prólogo, subrayaba ya el vigor descriptivo, la verdad psicológica, el amor al paisaje y al terruño nativos y lo mexicano del ambiente y de su alma.

De su constante amor a la patria chica es testigo la obra que con el título de *¡Pueblecito mío!* le publicaron aquí en Toluca en 1958 los "Cuadernos del Estado de México".

Finalmente, recuerdo su enjundioso discurso sobre Don Quijote con el que ingresó a la Academia el 23 de septiembre de 1953. Modestamente —como todo lo suyo— lo calificó de "una impresión". Pero qué impresión en la que hay tanto que espigar y tanto que aprender.

Y no hay que olvidar los hasta hoy —que yo sepa— inéditos *Cuentos de París*.

Sus dotes y conocimientos de lingüista y filólogo dan a todos sus escritos y discursos esa claridad y naturalidad muy suyas. Su frase, parca en afeites y galas, es sencilla y elegante a la vez. Sabía, como pocos, adoptar al tema y a las circunstancias el tono adecuado. Todo lo que salió de su pluma da la razón a aquello de La Bruyère de que "el gran mérito de algunos es escribir bien; el de otros es no escribir nada".

No tuvo el concepto de un idioma momificado y estático, sino vivo y dinámico. Pero le preocupaba el que nuestra lengua, sin perder su libertad ni dejar de renovarse, mantuviese su unidad. Gran lección al respecto es su ponencia ante el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en México en 1951. El título mismo ya es significativo: "Unidad y defensa del idioma español."

La misma pureza, agilidad y profundidad que infundía a la palabra escrita la ponía en la hablada. Fue fecundo en discursos parlamentarios, políticos y de circunstancia.

Periodista en activo durante toda su vida, se ocupó especialmente en asuntos políticos y diplomáticos. Apasionado de la independencia y destino de nuestro

país, siempre le preocuparon profundamente los problemas de nuestras relaciones con los Estados Unidos. Por ello, cuando la expropiación petrolera, expuso en sus artículos periodísticos que corríamos el riesgo de perder nuestra independencia "si nuestros gobiernos —son palabras suyas— no tenían la habilidad y la energía de oponerse a las tendencias absorbentes de los financieros e inversionistas de Yankilandia".

El difícil género que es el ensayo —cuando lo es de verdad y no sólo el pergeñar lo que salga— lo atrajo también. En él nos dejó cosas excelentes. Recuerdense, si no, sus páginas sobre Ortega y Gasset, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Luis Cabrera y tantas otras.

Hombre de fina sensibilidad estética y de amor al arte, don Isidro no sólo vivió rodeado de bellas obras en su "Casa del Risco" sino que también se aventuró con pie firme y seguro en el terreno de la crítica de arte. Aquí descuellan sus ensayos sobre Rubens, Diego Rivera y el Doctor Atl.

El historiador que igualmente fue nos ha dejado, entre otras, obras como *Mis memorias de la Revolución*, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, *Los precursores de la diplomacia mexicana*, *La política internacional del Presidente Cárdenas*, *Los Estados Unidos contra la libertad*.

Tal vez el aspecto más brillante de su vida, porque en ello puso toda su personalidad y pasión y porque lo llevó al conocimiento del gran público, haya sido su lucha constante contra el imperialismo y el colonialismo. Combatió valientemente la política y la práctica de la expansión y de las esferas de influencia de carácter económico; luchó contra la utilización del trabajo indígena barato al igual que contra el control de los mercados en los países que hoy llamamos del Tercer Mundo. Impugnó siempre el dominio de los Estados poderosos sobre los débiles, ya fuesen vecinos cercanos o no.

En su total entrega al servicio de México, Isidro Fabela descuella como diplomático e internacionalista, como político y educador.

Era don Isidro Fabela el diplomático nato. Pero debió a la Revolución el haberse preparado en las lides de la negociación, en el estudio de sus teorías fundamentales y en su práctica y problemas. Además, aunó a la diplomacia la sonrisa y cortesía de que hablaba Alfonso Reyes, su profundo saber de jurista, su gran tacto y prudencia y una fina sensibilidad política.

Su carrera diplomática se inicia en 1913 como jefe del Departamento Diplomático de nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores. Sucesivamente será Oficial Mayor Encargado del Despacho, Agente Confidencial del Gobierno Constitucionalista en Europa, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Alemania. Luego lo vemos como Delegado Plenipotenciario ante la Sociedad de las Naciones de 1937 a 1940. Su último puesto diplomático lo desempeñó como Embajador en el Japón en 1962.

Al terminar en 1946 la gubernatura de su Estado natal —a la que aludiré brevemente después— don Isidro pasa a ocupar el alto puesto de Magistrado de la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

De su brillante labor diplomática traigo sólo al recuerdo esta noche tres de sus capitales actuaciones, todas ellas en el foro internacional de la Sociedad de las Naciones.

Uno, es el caso de España, de la España auténtica y republicana, en cuya defensa expuso con toda claridad la actitud asumida por el Gobierno de México demostrando, en forma irrefutable, que no sólo se fundaba en los principios generales del derecho de gentes, sino también en la Convención sobre Deberes y Derechos de los Estados en Caso de Luchas Civiles suscrita en la Sexta Conferencia Internacional Americana.

Otro, su alegato en favor de Etiopía frente a la agresión fascista musoliniana. Generosa y brillante defensa a nombre de México que le valió en 1954 la visita de agradecimiento en su "Casa del Risco" del entonces emperador Hailé Selassié.

El tercero, el *Anschluss* o anexión de Austria por la Alemania de Hitler, consumada por la invasión del 12 de marzo de 1938. La voz de Fabela, voz de México, fue la única que se escuchó en el recinto de Ginebra. Lo que entonces dijo —y que no cito, pues el tiempo se me escurre— fueron palabras proféticas que nunca perderán su actualidad.

De sus obras de internacionalista señalo: *Neutralidad, estudio histórico, jurídico y político*; *La Sociedad de las Naciones y el continente americano ante la guerra 1939-1940*; *Las doctrinas Monroe y Drago*; *Intervención*; *Cuba ante el Derecho Internacional*.

Político y gobernante, don Isidro se desempeña como Diputado al Congreso de la Unión, Oficial Mayor y Secretario de Gobierno en Chihuahua y, posteriormente, en Sonora. Corona su carrera pública con la gubernatura constitucional de su Estado natal, que ocupa de 1942 a 1945.

En ella realiza una obra ejemplar en todos los terrenos. Pero sobresale por el auge extraordinario que dio a la cultura. Recuerdo, de pasada, que a él se le debe el mérito de haber salvado de la destrucción definitiva las ruinas de la casa donde nació Sor Juana Inés de la Cruz, en Nepantla.

Huelga decir que, en cuanto político, don Isidro mereció plenamente el calificativo de *inmaculado* que justicieramente le adjudicó Manuel Gamio.

Por demás está hablar en Toluca de la labor educativa de don Isidro. Bien conocidos son los problemas que solucionó y la difusión que dio a la cultura superior y a la educación en general. Nunca podrá olvidarse que a él se le debe la autonomía del Instituto Científico y Literario del Estado de México. Digna heredera de él es la actual y floreciente Universidad Autónoma.

El caballero de gran gusto y acendrada sensibilidad que fue don Isidro se rodeó en su casona del siglo XVII en San Ángel de sabios y hermosos libros y de

bellas obras de arte. Pero no los atesoró egoístamente para sí mismo. Con gran generosidad y desinterés donó en vida a la Nación en 1963, por manos del Presidente de la República, todo ese tesoro. Lo guarda la conocida "Casa del Risco", de la que el Banco de México tiene el fideicomiso. Es hoy, para el pueblo de México, una rica biblioteca de casi 20,000 volúmenes, un Museo de Arte Virreinal, una Galería de Arte y una Sala de Conferencias.

Perteneció don Isidro a numerosas academias y sociedades tanto mexicanas como extranjeras. La Academia Mexicana de la Lengua se honró en tenerlo, primero, como Miembro Correspondiente desde el 20 de septiembre de 1950, y, luego, como Académico de Número desde el 14 de noviembre de 1952.

Esta noche nuestra Academia, por mis anteriores torpes palabras, hace memoria suya y le rinde homenaje.

ÁNGEL MARÍA GARIBAY K.

Por don MIGUEL LEÓN-PORTILLA

A poco más de siete años de la muerte del gran humanista, padre y doctor don Ángel María Garibay K., vamos a hacer breve recordación de su personalidad y su obra en esta misma ciudad de Toluca donde él nació. Ejemplo de consagración plena al estudio, la investigación y la docencia, don Ángel se distinguió sobre todo por sus trabajos sobre el legado cultural del México antiguo y también acerca de la herencia clásica, griega, latina y hebrea.

Ángel María Garibay Kintana nació en Toluca el 18 de julio de 1892. Tras concluir sus estudios básicos en la escuela oficial del pueblo de Santa Fe, en las afueras de la ciudad de México, ingresó hacia 1906 en el Seminario Conciliar Metropolitano para cursar la carrera eclesiástica. De sus años de estudiante provino su apasionado interés por todo lo referente al mundo indígena. Durante ese tiempo aprendió la lengua náhuatl, que tan útil le sería en sus quehaceres de eclesiástico en diversas zonas indígenas y que igualmente le permitiría acercarse a los antiguos textos en los que se conservan la literatura y el pensamiento prehispánicos.

También por entonces pudo adentrarse en el estudio de las humanidades clásicas que habrían de llegar a ser el otro gran tema de su atención. Sacerdote a partir de 1917, sus labores nos recuerdan las de figuras eximias como fray Toribio de Benavente Motolinía y fray Bernardino de Sahagún. Primero estuvo en Xilotepec, en el estado de Hidalgo. Allí aprendió, hasta llegar a hablarla, la lengua otomí. También desde entonces se consagró, por todos los medios a su alcance, al mejoramiento de las comunidades a su cargo. Inició así pequeñas industrias con la participación de los indígenas y obtuvo que se introdujeran en la región servicios públicos en materias educativa, sanitaria y agrícola. Campos

de su acción fueron luego San Martín de las Pirámides, Huixquilucan, Tenancingo y, finalmente, Otumba, poblaciones todas éstas del estado de México.

Conocedor de varios idiomas extranjeros, entre ellos el francés, el inglés y el alemán, a pesar de hallarse alejado, en apariencia, del mundo literario y científico, estaba al tanto de las investigaciones más recientes, gracias a las revistas y libros que buscaba y recibía.

Hacia 1941 la vida de Ángel María Garibay cambió en su aspecto externo. Trasladado a la Basílica de Guadalupe, hubo de abandonar con hondo sentimiento las comunidades donde tantos años había pasado. Ocupación suya fue entonces el estudio de los textos bíblicos, a partir de las lenguas originales hebreo, arameo y griego. Junto con esto continuó sus trabajos sobre los documentos y códices nativos. Alejado de reuniones sociales y con supuesta fama de personaje solitario y un tanto hosco, pero teniendo siempre abierta la puerta a sus discípulos, dedicó los postreros veintiséis años de su vida a la investigación y a la docencia.

Monumento de sabiduría siempre asequible es el largo elenco de las obras que fue sacando a luz. En ellas nos quedó la perenne presencia del humanista que, si optó por alejarse del mundanal ruido, jamás estuvo de espaldas a sus problemas. Gracias al interés que demostró por sus trabajos el licenciado Agustín Yáñez, entonces Coordinador de Humanidades, Garibay comenzó a publicar dentro de la Universidad Nacional diversas obras sobre nuestras antiguas literaturas indígenas. Su primer trabajo sobre estas materias había aparecido en 1937 bajo el título de *La poesía lírica azteca*. En 1940, y con pie de imprenta de Otumba, había ofrecido su *Llave del náhuatl*, clara y asequible gramática para utilidad de quienes quisieran estudiar esta lengua. Ese mismo año la Universidad Nacional comenzó a difundir su *Poesía indígena de la altiplanicie* y, en 1952, su recopilación de antiguos mitos y leyendas bajo el título de *Épica náhuatl*.

En ocasión del cuarto centenario de la Universidad Nacional recibió como justo reconocimiento a sus labores, el título de Doctor Honoris Causa. Poco después fue nombrado Profesor Extraordinario de la Facultad de Filosofía y Letras y, a partir de 1956, ingresó como miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la misma Universidad, en su calidad de Director del Seminario de Cultura Náhuatl. Años de prolífica actividad fueron éstos hasta muy poco antes de su muerte. La mejor prueba de ello nos la da su bibliografía que incluye más de cincuenta libros y varios centenares de artículos en revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Tan sólo recordaré aquí su magna aportación, la *Historia de la literatura náhuatl*, en dos volúmenes, los otros dos tomos que publicó en edición bilingüe, náhuatl-castellano, con textos de los informantes de Sahagún, así como su versión al castellano de buena parte de la *Poesía náhuatl*, en tres volúmenes, también bilingües, con el mismo pie de imprenta de la Universidad Nacional.

De entre sus también copiosas aportaciones en lo que toca al estudio de las culturas griega, latina y hebreaica, mencionaré sólo como ejemplo su edición completa de las obras de los tres grandes dramaturgos griegos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, al igual que de la totalidad de las comedias de Aristófanes. Sus ver-

siones de todos estos textos expresamente las dedicó a la juventud mexicana, a los estudiantes y al pueblo en general.

Para Garibay traducir, analizar y comentar un texto jamás fue mera empresa de erudito ni fría exhumación de antigüedades. Al acercarse a nuestra herencia indígena o a la del Viejo Mundo, su propósito fue siempre descubrir y mostrar el mensaje humano de valor permanente y de significación plena en relación con los temas y problemas de nuestro propio tiempo. A no dudarlo era la suya un alma atormentada. El mismo Garibay dejó entrever no pocas veces sus inquietudes e intenciones. Así, cuando ingresó en la Academia Mexicana de la Lengua, manifestó su carácter reformador hablando de la suma verdad de lo que otros tienen por ficción a propósito de las andanzas de Alonso Quijano el Bueno:

"No suenen iconoclastas mis reflexiones", dijo entonces. "La negación de la primacía de una facultad, que en un momento de evasión puso Aristóteles como constitutivo de la esencial humanidad, no es sino el reconocimiento, amargo, si se quiere, de la realidad de la vida. No es el hombre un *zoón logikón*, animal racional: es un *zoón fantastikón*, animal imaginativo..."

"¿Seguir, quizá, las normas del Canónigo? Razón, pura razón, razón estéril, aunque razón sensata. Puede ser una meta a que aspira: nunca será camino que recorrer. El menos racional de los seres es el hombre..."

"No estoy con mi colega, el Canónigo de Toledo, y desdeño sus rígidas limitaciones.

"Yo, que siempre he soñado, que alguna vez he combatido, que jamás ceso de estar anhelante de la inasible belleza, de la remota verdad, apenas entrevista; yo, Señores Académicos, anhelo estar siempre al lado de Don Quijote..."

Por eso al mismo Garibay cabe aplicar lo que escribió a propósito de Platón y del autor del *Eclesiastés*, "era más poeta que razonador, lo cual es un elogio". Anheloso de la remota verdad, encontraba en el mundo de los clásicos la ocasión propicia de hacer de los textos pretextos para pensar y sentir más hondo. Pulir traducciones era para él repensar y revivir en su ser el atisbo ajeno, comulgar como poeta con lo que otros rostros y corazones dejaron dicho, aquí y allá sobre el antiguo y siempre renovado misterio del existir humano en la tierra.

Su logos lejos estuvo de ser un eco. La versión y el comentario traían consigo el hálito de su alma de poeta. Desde su preciada soledad hablaba, convertido en nueva manera de profeta, para hacer revelación contemporánea de antiguas palabras, plenitud de vida. La sabiduría del México ambiguo, el legado hispánico, el de Israel, Grecia y Roma, afloraron así una vez más, con la fuerza del mensaje universal, en la circunstancia de los hombres de aquí y de ahora.

El maestro de la palabra que fue Garibay no rehuyó expresar también en ocasiones el pensamiento suyo propio. Éste afloró en sus introducciones y comentarios, en sus lecciones sacras y profanas, en multitud de ensayos, en la cátedra y en el diálogo con sus numerosos discípulos y amigos. A lo más íntimo y personal de su obra pertenecen los poemas que escribió y de los cuales sólo unos pocos quiso publicar. Entre ellos están los sonetos que integran su *Poema*

de los árboles. Leeré aquí aquel en que cantó al ahuehuete, donde tal vez nos dio una metáfora de lo que para sí mismo deseaba.

Patriarca de los árboles, tus frondas
sacudidas por vientos milenarios,
asemejan jirones de sudarios
o nupciales, deshechas, blancas blondas.
¿Quién dirá los recuerdos que tú escondes?
¿Quién los archivos hallará en tus varios
enormes troncos? ¿quién en los santuarios
penetrará de tus raíces hondas?
Tú guardas el silencio de los siglos,
de mil razas repites el lenguaje
y, año tras año, inmovible avanzas.
Fingen tus ramas lúgubres vestigios,
mas tu florido trémulo follaje
es un plumón cuajado de esperanzas.

A siete años de distancia de la partida de don Ángel, aplicando a su rostro y corazón el poema, bien podemos decir que fue patriarca entre los hombres. Alma abierta y sacudida por vientos milenarios del bíblico Israel, de Grecia y Roma, de la cristiandad, de Hispania y del Anáhuac. ¿Quién podrá decirnos los recuerdos que allegó? ¿Quién los archivos y santuarios donde estuvo en busca de raíces? Su obra sigue repitiendo de muchos pueblos el lenguaje y, años tras años, para quienes fuimos sus discípulos, para la juventud y el pueblo todo de nuestra patria, para el mundo de la cultura universal, su percepción de problemas y rescate de valores, su captación del mensaje y hondura de expresión del hombre indígena quedan como ejemplos de realidad henchida de esperanzas.

DISCURSOS DE ACADÉMICOS QUE HAN RECIBIDO EL PREMIO
NACIONAL DE LETRAS (1973-1975)

AGUSTÍN YÁÑEZ

[1973]

México ha sido aliento cardinal de mi vida, en tenaz escrutinio de raíces, designios, destinos, interpretaciones, transmisiones, ya con vivencias reflexivas, o en el ejercicio del magisterio, las letras y las responsabilidades públicas: caudal de constante, perpetua voluntad para servir a México, para acrecentar su patrimonio cultural en medida de posibilidades que, si limitadas, las inflama visceral vocación.

Desentrañando a México, taladrándolo, aflora su sempiterna universalidad, manifiesta en concepciones cosmológicas y cosmográficas; expresiones lingüísticas y poéticas; monumentales realizaciones plásticas; inconcusos testimonios de creencias y ritos, de costumbres y orden políticos, en el mundo indígena, imperante hasta nuestros días, directa o indirectamente; vigente a través de largo, lento proceso secular, en lucha por definir la conciencia nacional y edificar sus estructuras, con inconfundible fisonomía, fraguadas en formas que, al mismo tiempo, hallen validez ecuménica.

Bajo el imperativo inescindible: nacionalismo, universalidad, se han desenvuelto mis días y trabajos. Inspirados, mantenidamente alentados por el espíritu de México, a México atribuyo el premio que México les otorga.

No puedo recatar mi personal satisfacción. Mas ella se proyecta —y es el fin fecundo perseguido por la República— en estímulo a quienes futuramente merezcan este reconocimiento, por ascendentes empeños para servir a México y enriquecerlo en las esferas de la creación y la investigación.

Me complace recibir tan alta preseña cívica de manos del señor presidente de México, licenciado Luis Echeverría; desde su mocedad, en el tiempo dichoso de la Escuela Nacional Preparatoria, he venido siendo testigo, y algunas veces colaborador, de sus inquietudes y empresas en el ámbito de la cultura patria, que ahora corona su obra de gobierno, con las múltiples aplicaciones a tarea total de una nación que, si entendida como plebiscito cotidiano, requiere la incesante adhesión de cuantos la integramos; especialmente de quienes nos hallamos comprometidos en los campos del pensamiento y el sentimiento.

Señor presidente de la república, confío a su encargo mi gratitud a México por el honor que hoy me confiere.

[1974]

Estoy venturosamente conmovido por haber sido considerado digno de recibir este reconocimiento de la República. Mi satisfacción, mi gratitud, mi orgullo, se incrementan infinitamente cuando pienso que he sido escogido, para recibirlo, al mismo tiempo que uno de nuestros hombres más ilustres: el doctor Edmundo O'Gorman. Muchas cosas es él: acucioso descubridor de los elementos universales de nuestro ser histórico; buscador de la explicación de nuestro particular destino humano; consumado hombre de letras; constructor de vocaciones para la patria; maestro. Y, cualidad que en su ámbito abarca todas las anteriores, universitario ejemplar. Porque O'Gorman es, primordialmente, universitario. A la Universidad se ha dado. La Universidad lo ha reconocido naturalmente como suyo. Su estancia en las aulas me permitió conocerlo, y me dio la necesidad de aprender de él. Parte, él mismo, de la Universidad, encierra en sí, en el desarrollo de su existencia espiritual, ejemplos de gran número de los principios que dan cimientos y altura a la existencia de aquélla: la amplitud del espíritu, la generosidad, la libre solidaridad de las acciones, el sentido del bien para todos.

En la humilde tarea cotidiana del profesor, ha encontrado horizonte abierto para su grandeza. En esta grandeza, la Universidad ha sido para él, como para otros muchos insignes, perspectiva de libertad y de conciencia, rumbo donde multiplicar los dones recibidos, llama guiadora que tomar en la mano.

Voluntad de contenido moral

Si para O'Gorman la Universidad ha sido estimuladora del maestro, para mí es y será la inagotable formadora del discípulo. Cuanto soy, ha sido hecho por ella. La Universidad Nacional Autónoma de México me ha dado impulsos que convertir en pensamientos, y pensamientos que volver en palabras, y palabras para intentar transformarlas en raíces de voluntad de acción. Este reconocimiento que hoy se me otorga, si lo merezco, es sólo por ella, y sólo como cosa mínima suya que soy, lo recibo.

Acaso, para otorgármelo, se tomaron en cuenta mis trabajos alrededor de los poetas de la antigua Roma, cuya obra tantas iluminaciones revela. Pero el hallazgo de ellos no fue para mí sino una confirmación de principios que antes había aprendido.

Cuando hace muchos años, capacitado por mis estudios primarios, secundarios y preparatorios en escuelas oficiales, ingresé a la Nacional de Jurisprudencia, tuve un encuentro, para mí, de significación definitiva: el del espíritu y la lengua de Roma contenidos en sus construcciones jurídicas. Quizá ese estudio del Derecho Romano fue lo que vino a orientar lo mejor de las manifestaciones de mi vida. Porque mediante él empecé a comprender qué es lo que puede construir al hombre en sí mismo, y darle la manera de que se desarrolle junto con los demás.

Entonces aprendí lo que es la justicia: aquella voluntad constante y perpetua de dar a cada quien su derecho. Es decir, no un pensamiento teórico ni un imperio emotivo, sino una voluntad de contenido moral; y una voluntad que no admite tregua, porque es constante, y que carece de término, porque es perpetua.

Todo cuanto más tarde he leído de los escritores de Roma, todo cuanto he vivido, me ha confirmado, directamente, la validez universal de ese principio, y me ha concedido los instrumentos para explicarme el significado de la vida humana, y el sentido del mundo que el hombre está obligado a construir.

Y esta obligación que el hombre tiene de construir el mundo, me lleva a pensar en la manera como actualmente la cumple, o mejor dicho, como parece haberse olvidado de cumplirla.

Porque el mundo del hombre se mira ahora en las condiciones de esencialmente injusto, como precipitado en los absurdos de un vasto suicidio, de una afanosamente buscada destrucción. Nadie posee su derecho; todos, o son despojados del suyo, o son rapiñadores del que corresponde a los demás.

La independencia no puede darse en la ignorancia

Una parte de la sociedad humana, víctima de la opulencia, se arrastra en una concepción a ciegas de la vida, en medio de riquezas y beneficios técnicos, conductentes, primero, a la despersonalización, y luego a la destrucción sin regreso. Abrumados por ella, mares, ríos, cielos, tierra se pudren irremediablemente como consecuencia del ejercicio demente de una economía de desperdicio; en el otro extremo, otra parte de esa sociedad, sufriendo sin culpa la podredumbre ocasionada por la primera, cae desesperanzadamente en los fondos sombríos de la inanición y la asfixia.

Frente a estas condiciones, se hace necesario volver a dar a las acciones humanas el fundamento de los grandes principios, entre ellos, principalmente, el de la justicia.

Ahora bien: la justicia no es concebible sin la independencia, y la independencia no puede darse en la ignorancia. Que el hombre se haga independiente con respecto de la ignorancia, se presenta como la meta primera que debe ser pretendida. Una vez alcanzada, las demás formas de la independencia habrán de venir fatalmente y de suyo. El vencimiento de la ignorancia traerá pues, consigo, la conquista de los derechos y la posibilidad de lograr, con su cumplimiento, las transformaciones sociales conducentes a un porvenir de severa dignidad, porque la dignidad puede fincarse solamente en el conocimiento.

Y en este punto se hace patente la coyuntura para la acción de quienes en la cultura y el pensamiento tienen profesión y destino.

La ignorancia sólo puede combatirse con la educación, sólo mediante ella ha de ser obtenido el cambio que el mundo requiere. Por medio de la educación deben extenderse los beneficios de la cultura, el mayor de los cuales, sin duda, es la libertad en la justicia.

Así pues, se advierte con evidencia: la obligación del hombre de cultura, ma-

temático, literato, médico, sociólogo, es consagrarse a ser maestro de sus hermanos menos afortunados, alentarlos y fortalecerlos para sus justas luchas; dotarlos de las armas de la paz y la conciencia; situarlos en la atmósfera de la ley que establece la dignidad y el respeto del hombre por sí mismo.

Compromiso y esperanza en la Universidad

El oficio de extender la educación, es método de extensión de la libertad del espíritu en sus búsquedas esenciales. Es preparación de caminos para el advenimiento de un mundo renovado. En consecuencia, la obligación del hombre de pensamiento es esforzarse por saber más, para poder enseñar más; es, en suma, aspirar como máxima gloria a la humilde tarea cotidiana del profesor.

Siendo por definición la Universidad medio propicio para esa tarea, su importancia cobra las luces mayores. En la Universidad, defensora primera del ser nacional, la educación se enriquece con lo más claro de la experiencia universal; lo mejor que ha hecho suyo el espíritu en sus combates por el progreso interno y exterior. Ella tiene, al propiciar la formación del alma de los hombres de acuerdo con su propia naturaleza, y con propósitos de llegar a su perfección en la justicia, la oportunidad de allegarse la aportación de los frutos universales de la cultura.

Los mexicanos, que por la geografía y por la sangre heredamos dos tipos diferentes de sabiduría, aquella que se origina en Grecia y Roma, y la que crece en la memoria de las culturas autóctonas de América, somos dueños de la facultad de llegar a todas las otras creadas sobre la tierra, en todos los tiempos. Es un compromiso y una esperanza. Ir creando incesantemente nuestra individual realidad sin renunciar a los conocimientos universales, y fundándonos en ellos. Y ese compromiso y esa esperanza encuentran protección y espacio en la Universidad.

No habrá bienestar, no habrá dignidad humana, si no hay educación. Nosotros, nuestro país, hemos de crecer en la conciencia de ese principio. Debemos por lo mismo, tener la orgullosa conciencia de lo que es nuestra Universidad: una de las herramientas tenaces para difundir, por medio del conocimiento, la certeza de la existencia de la justicia, aquella voluntad constante y perpetua, y para ponerla en acción.

Nuestra fuerza es el espíritu. Acaso, en el mundo de hoy, alguien considere que es una fuerza pequeña. Pero es la única fuerza nuestra, y tenemos que usarla. Afirmémonos recordando que muchas veces el espíritu humano ha triunfado. Ese espíritu que, de modo casi inverosímil, se comporta como si fuera a durar eternamente, acaso porque sabemos que ha de permanecer para siempre.

EDMUNDO O'GORMAN

[1974]

Estas palabras tienen por primordial finalidad —no podía ser de otro modo— la de servir de público testimonio de mi gratitud por la distinción tan señalada con que hoy se me honra.

Mi agradecimiento, pues, a usted señor presidente, por el honor que me confiere al hacerme entrega personal del diploma que acredita mi ingreso a esa hermandad de mexicanos que, año tras año, promueve el gobierno de la República en premio de desvelos y empeños en pro de la cultura patria. Y puesto que se trata, sin duda, del más codiciado reconocimiento público a que pueda aspirar la labor de un intelectual mexicano, no debo ocultar que la emoción al recibirlo, sólo tiene el dique que aconseja la prudencia de un fatigado corazón en vísperas de septuagenario.

Mi agradecimiento, también, por los elogiosos conceptos que en su gentileza tuvo a bien expresar el señor Secretario de Educación Pública en la parte que, en su presentación, dedicó a mi persona y a mi obra; y lo mismo, por supuesto, a los distinguidos integrantes de la honorable comisión que decidió elegirme, entre tantos otros posibles beneméritos compañeros de armas, para recibir, en fraternal unión de mi admirado amigo el doctor Bonifaz Nuño, el premio que destina la ley a quienes se hubieren consagrado al cultivo de alguna de las nobles disciplinas de las humanidades.

Sería omisión inexcusable, en este inventario de mi adeudo, no incluir a la Universidad Nacional Autónoma de México, porque si algunos méritos se me hallaron como motivos de idoneidad para recibir el premio que ahora recibo, está fuera de duda que jamás los habría reunido sin la protección, enseñanzas y estímulos de que he sido el afortunado beneficiario por parte de los rectores, directores, profesores y estudiantes con quienes, a lo largo de los más y mejores años de mi vida, he tenido el privilegio de colaborar.

Pero si he dirigido las seguridades de mi reconocimiento a las personas que era de mi deber significar de un modo particular y expreso, me complace infinitamente tener clara conciencia de que, en última instancia, México es el verdadero y más calificado acreedor a mi gratitud. A México, pues, mi agradecimiento filial y emocionado.

El ritual aprobado para el desarrollo de la ceremonia que nos ha congregado esta mañana me concede la gracia de ser el último de los premiados en hacer uso de la palabra. Para aprovechar tan singular oportunidad me ha parecido pertinente someter a la ponderada consideración de todos ustedes un asunto que me parece de primera importancia y que a ninguno de nosotros puede resultarnos indiferente. Pero antes de abordarlo de lleno, la claridad pide una previa y breve reflexión sobre el tema que puede enunciarse con el título: *Del amor del historiador a su patria.*

Estoy seguro de que tan sugestivo título no dejará de despertar de inmediato en algunos de ustedes un obvio reparo. ¿Qué no, acaso, el amor es siempre el mismo? Pero ¿cómo, entonces, y por cuál motivo ha de reclamar el historiador un modo que le sea privativo de amor a la patria?

Veamos de cerca esta plausible objeción y para disiparla, el camino más expedito será recurrir a unos ejemplos indiscutibles. Nadie, supongo, dejará de convenir en las diferencias que separan el casto amor de don Quijote por Dulcinea, el más bello síntoma de su genial locura; la inflamada pasión que —según lo ha mostrado admirablemente Bonifaz Nuño— desoló el alma sensible de Propercio, y el incendio místico que padeció por su Dios el tierno corazón de San Juan de la Cruz. Ya se ve: en los tres casos hablamos de amor, pero en cada caso se trata de un amor de cuño diferente y la cuestión que plantea esa diversidad consiste en inquirir por su razón de ser.

Pues bien, a poco que meditemos no será difícil advertir que si esos amores son diferentes entre sí, no es por nada intrínseco al sentimiento en cuanto tal, sino a las diferencias que hay entre los sujetos que lo experimentan o quizá fuera mejor decir, que lo padecen. Tenemos en efecto, un hidalgo loco que se siente llamado a reparar agravios para instaurar el reino de la justicia en este mundo. Tenemos, por otra parte, un hombre antiguo, un excelso poeta de la Roma imperial que entrega su vida y su genio a los llamados que significan para él los atractivos fatales de una cortesana.

Tenemos, por último, a un cristiano, también sublime poeta, que con desdén hacia las múltiples voces que tientan al común de los hombres, sólo presta atención a las señales de una divinidad cuya contemplación es el eje y razón de ser de su existencia. He aquí, entonces, la respuesta al pequeño enigma que tan intempestivamente nos salió al paso, porque se discierne con claridad —y esto es lo decisivo— que la diferencia entre los respectivos amores de esos hombres brota de la disparidad en el llamado al que cada uno ha acudido para convertirlo en la estrella polar de su destino. Es, pues, la vocación y la fidelidad a ella el troquel que individualiza como distintos el amor de cada uno de estos tres hombres, pero, entonces ¿qué de extraño tiene admitir que al historiador o mucho mejor dicho, a la vocación de historiador corresponda una manera de amor que le sea peculiar y privativa?

...y la vocación histórica

Vista esa posibilidad, demos un paso más en la dirección a la que apunta el hilo de estas reflexiones y preguntemos por aquello en que consistirá la peculiaridad propia al amor correspondiente a la vocación histórica.

La respuesta a esa pregunta nos remite a recordar la índole creadora, llamémosle así, el vínculo que se establece entre el amante y el objeto de su pasión, y respecto a lo cual me basta atenerme al testimonio de todo aquel que haya experimentado, más en espíritu que en carne propia, los efectos subyugantes de

semejante vínculo. Aludo, ya se habrá adivinado, a la transfiguración que opera el amor en el ser de su objeto y que lo hace aparecer como algo enteramente distinto de como lo ve quien no lo ame. Y en efecto, todos sabemos que a los ojos del amante, el objeto de su pasión se le ofrece —advírtase bien— no necesariamente como lo perfecto, sino como algo mucho más compulsivo y arrollador, es a saber: como un ente absolutamente único e incanjeable que se destaca, en el paisaje de su visión total, como una torre señera en medio del chaparro y romo caserío. Y el propulsor de semejante transfiguración es el amor mismo que por su naturaleza, digámoslo así, requiere que su objeto represente una necesidad cuya hambre sólo puede satisfacer y calmar la presencia y posesión de ese objeto y de ninguno otro.

Es, por consiguiente, la absoluta singularidad y no la perfección, como suele pensarse de ordinario, la esencia de que dota el amor a su objeto y, víctima de la osadía —iba a decir del sacrilegio— en haber inventado un ente tan único, es eso lo que le presta su terrible fuerza a la, por tantos otros motivos, frágil atadura del vínculo amoroso. Y así comprobamos esa ley en la transfiguración de una ruda campesina en la sin par Dulcinea, y de una cortesana, cuyos favores están al mejor postor, en la insustituible Cintia de las desoladoras elegías de Proporcio.

Volvamos ahora sobre el caso del amor correspondiente a la vocación histórica, y a la luz de las anteriores reflexiones, podremos columbrar que el pasado, objeto de ese amor, no se sustrae a aquella ley de la transfiguración que hemos explicado y sin cuya magia no puede hablarse de amor verdadero. Atento el historiador al paisaje de vida humana que le revelan los testimonios —lo equivalente a las sonrisas o a los desaires en el caso del amor por una persona— también él lo va dotando, en la medida en que se enamora, de una realidad única e inconfundible, por más que el sociólogo le asegure, con todo el peso de su ciencia, que, en definitiva, se trata de una instancia más que puede y debe reducirse a otros de igual especie. Es el caso de quien, con la autoridad de Aristóteles, pretenda convencer a un su amigo enamorado de que la mujer que lo ilusiona no es sino un ejemplar más, entre millones, del género femenino del *homo sapiens*. Y cuando aquel proceso (que Stendhal llamó "cristalización") alcanza su cúspide y aquella realidad, ahora tan única, le entrega al historiador el secreto de la singularidad con que él mismo la ha dotado, es cuando se ilumina su contemplación con lo que él llama la verdad de sus investigaciones. Una verdad preconizada, quizá, como válida para todos y así aceptada, quizá, por sus contemporáneos, pero siempre y primariamente, una verdad personal en el mismo sentido entrañable en que Dulcinea le pertenece a don Quijote, y *Don Quijote*, a don Miguel de Cervantes y Saavedra.

Amor patrio y singularidad del pasado

He aquí al descubierto en su resorte medular el mecanismo de la interpretación histórica y la clave para dirimir la vieja y falsa contienda acerca de si el conocimiento que ella es capaz de ofrecer es o no conocimiento verdadero. Pero he

aquí además, la objeción fundamental a esa seudohistoriografía, tan ajena a nuestra idiosincrasia, pero hoy tan en boga y tan aplaudida entre nosotros, a esa seudohistoriografía, digo, que, por una vana esperanza de objetividad, sólo quiere atenerse a estadísticas y generalizaciones con desdén por lo particular e irrepetible. Es, pues, una manera de historia que permite la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo, para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver de verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia. Es historia de computadora y como, sean las que fueren las excelencias de esos artefactos admirables, no se ha logrado todavía insuflarles una vocación, se trata, en suma, de una historia hecha sin amor.

He procurado, dentro de lo permitido por la penuria de tiempo a mi disposición, arrojar alguna luz sobre la índole creadora de la relación que se establece entre el impulso amoroso y el saber histórico, y sólo falta aclarar que cuanto he explicado respecto al pasado humano en general se aplica al propio, es decir, al amor del historiador por su patria. No voy, pues, a repetir lo ya dicho, salvo que tengo especial interés en insistir en que la transfiguración que opera la visión amorosa en el ser de su objeto no supone necesariamente dotarlo de perfección, pero sí, necesariamente, de una singularidad que lo convierte en algo único e incanjeable. La distinción es crucial, porque de esa manera se le reconoce al amor la suprema libertad de su imperio que, de otro modo, quedaría condicionada a las exigencias de lo perfecto. La famosa ceguera del amor se atiene a aquella singularidad y no a los defectos o vicios en el objeto amado que, por lo contrario, son tanto más visibles cuanto que o alimentan la ternura o acarrear el desconsuelo y la desesperanza. Mas, entonces —y sea ésta la conclusión principal de nuestras reflexiones— si lo crucial es la singularidad que, para volver al caso, provoca el amor al pasado patrio, y no las excelencias o perfecciones que éste pueda tener, ese amor implica o mejor dicho, exige la comunión indiscriminada con ese pasado en su cabal y rotunda totalidad.

Lo dominante de nuestra historiografía

Pero no bien hemos alcanzado esa conclusión cuando advertimos, no sin alarma, que la manera ya secular de exteriorizar el amor a la patria implica, paradójicamente e inconsciente, un agravio a lo que es la patria.

He aludido a la supervivencia de la tradición historiográfica que surgió con el nacionalismo moderno. Es la tradición que provocó el chovinismo e inventó los agresivos *slogans* que proclamaron la superioridad de un pueblo determinado sobre todos los demás y aun invocaban la especial predilección de que gozaba en el plan providencial de la voluntad divina. La eficacia de semejantes y desafortadas pretensiones requirió la elaboración de historias nacionales a modo de títulos justificativos, y fue así como se incurrió en el pecado original contra el verdadero amor a la patria al introducirse el soslayamiento sistemático de cuanto, en el pasado nacional, era o podía parecer mancha de la imagen inmaculada que se venía enarbolando como la beata expresión de una verdad histórica inobjetable.

Nosotros, como difícilmente podía ser de otro modo, nos sumamos al cauce de tan poderosa corriente y, en competencia optimista con otras naciones, proclamamos *ad urbe et orbem* nuestra ejemplaridad y nos entregamos con entusiasmo a una hermenéutica de escamoteo que, como leve caña al viento, se inclinaba dócil al soplo de la exigencia oficial en turno. Tal, con excepciones, el tono dominante de lo más de nuestra historiografía nacional, y cuyos dañinos y deformadores efectos denunciaron, a su modo, las ilustres voces de don Vicente Riva Palacio, que le levantó el destierro al pasado colonial, y del maestro Justo Sierra, quien insistió sobre la saludable necesidad de reconocer la culpa propia, en vez de recurrir al fácil expediente de descargarla en la maldad ajena.

El amor del historiador a su patria

Todo aquel programa de autoglorificación tuvo, por supuesto, su razón de ser y su sentido, pero es innegable que el mundo paga ahora el precio con el egoísmo que envenena los sentimientos de justicia y de humanidad que, sueño glorioso de la Ilustración, deberían imperar en las relaciones entre los pueblos.

Pero ahora pregunto: ¿Debe, acaso, mantenerse tan equivocada manera de concebir y expresar el amor a la patria? Porque además de todo lo dicho y además de las vanas esperanzas que alimenta y de la falaz idea que suscita respecto al alcance de las propias fuerzas, aquella trasnochada actitud implica una vergonzante vergüenza de, ni más ni menos, lo que se es y acaba convirtiendo a nuestro pasado en campo siempre fértil en la cosecha de malos mexicanos. Desconocer las flaquezas de los héroes para hacer de ellos figurones acartonados que ya nada pueden comunicar al corazón; no conceder, en cambio, ni un ápice de buenas intenciones, de abnegación y patriotismo a hombres y mujeres eminentes que abrazaron causas históricamente equivocadas o perdidas; predicar, en suma, como evangelio patrio, un desarrollo histórico fatalmente predestinado al triunfo de una sucesión de hombres buenos buenos sobre otra sección de hombres malos malos, no es sino claro eco de un tipo de nacionalismo superado y dañino y cuya supervivencia revela una lamentable falta de madurez histórica. ¿Qué, también en este renglón de la inteligencia hemos de ser subdesarrollados?

Qué júbilo y qué descanso si en la prensa, el radio, la televisión y el cine; en la escuela y en los gabinetes oficiales; en las celebraciones patrias y en los recordatorios de aniversarios, se dejara escuchar el idioma conciliador de una conciencia histórica en paz consigo misma, o si se prefiere, de la convicción madura y generosa de que la patria es lo que es, porque ha sido lo que ha sido, y que sí, tal como ella es, no es indigna de nuestro amor, ese amor tiene que incluir de alguna manera la suma total de nuestro pasado.

No sé si me equivoco, pero sí sé decir que así entiendo el amor del historiador por su patria y que así, en la medida de mis fuerzas y de mis luces, la he amado.

[1975]

No sólo por elemental cortesía, de aquéllas que a nadie excluyen, sino como el más claro deber, mis primeras palabras son de profundo agradecimiento, aunque no aspiren a cubrir la deuda contraída, por este Premio Nacional de Letras que ahora recibo, en acto público al cual la presencia del primer magistrado de la nación proporciona singular relieve.

Como es bien sabido, los premios nacionales son los mayores de todos los que el gobierno otorga a los mexicanos a quienes con él distingue. Por eso, este Premio Nacional está considerado como la más alta de las recompensas a que puede aspirar entre nosotros quien se dedique a escribir: con él ve compensado el esfuerzo que realizó en el campo de las letras.

De igual cuantía es el que lleva el nombre de Alfonso Reyes y se destina a escritores extranjeros que han hecho estudios de importancia sobre la obra del eminente polígrafo regiomontano. Existen, además, premios para novelistas, cuentistas, poetas, dramaturgos y periodistas que otorgan, también anualmente, dependencias oficiales e instituciones privadas.

Para premiar a quienes sobresalen dentro de la música y el teatro, conceden otros, con la misma periodicidad, a creadores e intérpretes, las agrupaciones de críticos y cronistas de esos espectáculos, y el Instituto Nacional de Bellas Artes, por medio de su departamento de teatro, a los artistas que descuellan en el festival que se efectúa anualmente y en el que participan elementos capitalinos y de algunos estados de la República Mexicana.

Diversas iniciativas han creado y sostienen otros premios, como el que recuerda a Xavier Villaurrutia, y varios de menor cuantía con los cuales se estimula a literatos que se han distinguido, en alguna forma, al publicar obras estimables.

Se completaría esa labor estimulante si, además de los premios que suelen recibir los autores de obras que alcanzan la mayor difusión, al efectuarse alguna feria del libro, se galardonara periódicamente a aquellos que ilustran e imprimen esas obras. Debiera darse cada año una recompensa especial a quien ornamentara artísticamente algún libro; de preferencia, al mejor de los ilustradores de obras de calidad indudable destinadas a mentes infantiles, ya que para la infancia y la adolescencia la imagen atractiva aumenta el placer de la lectura.

Tampoco estaría de sobra un premio anual que se concediera a aquél de los impresores mexicanos que lograra una bella edición, no únicamente sin erratas, hecha con pulcritud y esmero, digna de la tradición no interrumpida —gracias a los buenos editores— que prolongue hasta el presente el prestigio de la tipografía mexicana.

Por lo que a mí se refiere, en relación con este Premio Nacional, sinceramente afirmo que juzgo mi obra imperfecta. Al decirlo advertiré que intentar el propio conocimiento, acerca de mis capacidades, ha sido en mí un propósito continuamente renovado. Aseverar sin falsa modestia que no se merece tal premio,

a mi juicio equivaldría a contradecir las bien meditadas opiniones de aquellas honorables personas que pronunciaron a mi favor su dictamen.

Como experimento viva gratitud hacia quienes de ese modo lo han discernido, prefiero afirmar que trataré de hacerme digno de tal fallo. Aliento esa ambición porque veo en este premio una recompensa y un indudable estímulo, sobre todo para la voluntad, por la confianza que comunica a quien lo ha alcanzado y que me permite decir ahora, resueltamente, que me propongo superar en cuanto sea posible lo que hasta aquí he hecho.

En los años —no serán muchos— que me resten de vida, trataré de ponerme a la altura de los mejores entre quienes me han precedido o me acompañan en el honor que con ellos comparto. Lo considero así al hallarme próximo a ellos —cercanía intelectual— y pienso, a la vez, en los que han recibido tal recompensa y en quienes, a pesar de merecerla, aún no la reciben.

Recuerdo también, con íntimo dolor, a algunos de mis contemporáneos para los que no fue pródiga la vida: aquéllos a quienes una muerte prematura impidió que recibieran el mismo premio. Al sentirme entre los más afortunados, el deseo de superarme —ya sea en contención o en libre vuelo del espíritu— presidirá el pensamiento en cuanto escriba.

Confío en que este honor contribuya a impedirme cometer abundantes errores y me obligue a mantenerme lúcido frente a improbables laureles que el futuro quiera depararme. Trataré de sembrar buena semilla en el surco paciente-mente abierto, aunque no sea feraz la tierra que me lo permita, con la certidumbre de que la honra de la última cosecha llegará a su tiempo.

28 de noviembre, 1975

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA RECIBE AL DIRECTOR
DE LA MEXICANA *

Palabras de don AGUSTÍN YÁÑEZ

Sueños, ensueños, alucinaciones de mocedad, nutridas con morosas lecturas españolas, no imaginaron hallarme hoy, aquí; escuchar la bienvenida del director don Dámaso Alonso; recibir señales amistosas de colegas prestigiosos; repasar, adivinar sitios que aquí ocuparían, ocuparon, tantos a quienes debo, con el amor al idioma, la exaltación vocacional.

Dónde, para sólo evocar nombres, figuras que concurrieron a ilusiones juveniles, dónde mirar, admirar a don Marcelino, cuya *Antología de poetas líricos castellanos* me introdujo al estudio formal de nuestra heredad literaria; dónde don Benito, émulo arquitectónico de ambicioso plan a realizar; Pereda y Coloma, leídos, ponderados a instancias escolares; Azorín, ápice de limpidez a conquistar.

Faltaron en esta Casa mis acreedores Valle Inclán, Miró, García Lorca; si no los encuentro, los revivo en el pulso del idioma viviente, al son de mis palabras, en la sinfonía verbal que me persigue, a la que concurren Berceo y los Arciprestes, Manrique y Garcilaso, Cervantes y Lope, Calderón y Gracián, que anacrónicamente tampoco pudieron estar aquí.

Por estos nombres-avales, bien se advierte mi deuda, mi afortunada deuda de amante literario.

A esta declaración que traduce mi reconocimiento por vuestra benevolencia en recibirme añadido el saludo de la Academia Mexicana, que os invita, muy de antemano, a celebrar su primer centenario, en septiembre de 1975.

* En la sesión de la Real Academia Española, Madrid, el 5 de abril de 1973.

LA ACADEMIA EN EL HOMENAJE A LEÓN FELIPE

*Bienvenida a los invitados por don AGUSTÍN YÁÑEZ **

Dichosa estación —florida— y día dichoso en que, con la expresiva concurrencia del Primer Magistrado, México auspicia noble anfictionía, concertadora del idioma sobre cuyos dominios jamás el sol se pone: sus voces, transfiguradas en lenguas de fuego, descienden aquí, ahora, para expresar lo inefable, invitándonos a comulgar el don de la poesía.

El espíritu de la poesía nos congrega en la memoria —símbolo de un poeta, paradigma del quehacer poético: español, americano, ecuménico; antiguo, moderno, futuro, inespacial e intemporal, eterno; atrebatado por furores proféticos de protesta y arrullado por candores de niño; sus viejas raíces injertadas en renuevos, alternando, jovializando, exacerbando vocaciones, en interminables diálogos mayéuricos.

Así recuerdo a León Felipe, durante prolongado trato: apacible, iracundo, fecundo en palabras, gestos y ejemplos; demoledor, constructor, fertilizador, vate: junto a su obra en lucha con la palabra, la del descubrimiento y orientación de destinos.

Tras tantos oficios desempeñados en largo periplo, enriquecedores de su sensibilidad, el documento mortuorio registra la ocupación: *poeta*.

¿Poeta en estos trances del mundo? Sí. Locura bienaventurada que aquí celebramos, exaltamos, invocamos, pues atisbamos en ella venturosos caminos. ¿Verdad, León Felipe Camino, luz de humanos caminos?

Lo acompañé varias veces al taller de Victorio Macho, cuando éste —Lima, 1946— modelaba socrática cabeza, dentro de insigne serie de fisonomías hispanas creadas por el gran escultor; entre otras: aguileña, de búho, la de Unamuno; la encegueda, imponente, de Pérez Galdés; la serena, penetrante, de Ramón y Cajal. Descuidé anotar, y he olvidado las desengañadas filosofías del poeta, en esas horas pacientes, acerca de las postrimerías y del empeño que pintores y escultores gastan en vencer el tiempo y asir a la perpetuidad.

Mas ahora, plasmada su estatua por un hombre, Julián Martínez, que, cuando niño recibió abrigo, formación y aliento mexicanos, con tantos otros naufragos de la República Española —y esto añade nueva significación al acto—; arraigada su figura en el bronce que da ensimismado reposo a los pasos y oraciones de in-

* En el desayuno servido en el Museo Nacional de Antropología, de la ciudad de México, el 11 de abril de 1974.

fatigable caminante, romero alucinado, peregrino sin tregua, siempre ávido de horizontes inéditos; anclado a ras de la tierra que tanto amó y en la que su devoción hizo confluir la rosa de los vientos; a ras de tierra, para que allí posen los pájaros y puedan tocarlo las manos de los niños, de los obreros, y lo imanten los anhelos de jóvenes aspirantes a la grandeza en el servicio de sus capacidades; bajo la luz y el aire libérrimos de México; bajo las épicas frondas y el embeleso de Chapultepec, por él insaciablemente gozado en andanzas, descansos, meditaciones, alucinaciones y versos; frente a su efigie iluminada, el coro de presencias, a su conjuro reunido en la pentecostés —pascua granada de la poesía— lo erigiremos por cartel de la excelencia, de la bondad humanas, en el ministerio incandescente del verbo, hecho inflamada belleza y admonición.

Al ofrecer esta convivialidad a los colegas venidos de los diversos confines del habla que nos une; a los que aman a México y se interesan por nuestra cultura, los escritores mexicanos cumplimos honroso encargo del señor Presidente de la República, licenciado Luis Echeverría: reiterarles a su nombre y a nombre del pueblo mexicano, cordialísima bienvenida, dicha en proverbial, familiar expresión: —están en su casa; la vasta, irrestricta casa de México.*

* Este ofrecimiento del director de la Academia Mexicana que, con la Asociación de Escritores Mexicanos y la Comunidad de Escritores Latinoamericanos, participó en la organización del homenaje, fue contestada por el novelista español Camilo José Cela.

EL IDIOMA ESPAÑOL — ENCUENTROS EN MÉXICO

Reseña y resumen por don AGUSTÍN YÁÑEZ

A iniciativa y organizados por la Academia Mexicana, con el auspicio de la Empresa Televisa, se celebraron en la ciudad de México, los días 9 y 16 de junio de 1973, dos *encuentros* acerca del idioma español, con la participación de los siguientes miembros de academias: Dámaso Alonso, director de la Española; Germán Arciniegas, de la Colombiana; Samuel Arguedas, de la Costarricense; Atilio Dell'Oro Maini, de la Argentina; Aurelio Tió, de la Puertorriqueña, y Agustín Yáñez, director de la Mexicana. Por causas fortuitas no asistieron Emeiterio Barcelón, director, y Ángel Hidalgo, de la Filipina, ni Arturo Uslar Pietri, de la Venezolana, invitados que habían ofrecido concurrir.

La vasta ecumene de la lengua que hablan 260 millones de hombres estuvo representada en sus diversos confines y se buscaron voces expresivas en contraste, por circunstancias geográficas, históricas, políticas y sociológicas.

El idioma es tema clave de toda cultura. Por ello con él se inició la serie de programas que han marcado superior nivel en los fastos de la televisión.

Participantes y moderador: Álvaro Gálvez y Fuentes, convinieron en fijar aspectos a desarrollar en diálogo: la lengua que nos ha unido ¿tiene ahora a dividirnos?; ¿está en peligro la lengua española?; el Diccionario; el idioma ¿lo hacen el pueblo o los escritores, los académicos?; ¿por qué los jóvenes inventan su propio lenguaje?; ¿para qué sirven las academias?; ¿cómo debe ser la enseñanza del español?

Las dos emisiones, transmitidas directamente —una desde la Pinacoteca Europea, en el señorial patio del Palacio de Buenavista, y otra desde la Galería Vireinal del Museo de Historia, en el Castillo de Chapultepec— corrieron con viva, fluvial espontaneidad, saltando de cuestión en cuestión, rodeándolas una y otra vez, ensanchándose, apurándose.

Aquí pretendemos canalizar tan abundoso, divagante caudal.

Primer canal: *Unidad y diversidad idiomática: riesgos modernos de la lengua española.*

El español, en sus fundamentales estructuras, es uno y el mismo idioma, comprendido por quienes lo hablen, si recorren España, los países hispanoamericanos, Filipinas y aun las regiones donde se usa el sefardi; claro que hay vocablos, modismos, matices expresivos, formas sintácticas diferentes no sólo de país en

país, aun regionales, como en las provincias españolas, o del norte a sur, en México; en cada una de nuestras naciones; todavía más, entre los distintos estratos de una ciudad. (Yáñez). Más que separarnos, el idioma español, hoy como ayer, nos une. (Arciniegas).

Los peligros que acechan al idioma son muchos; mas posee tanta vitalidad, que puede arrostrarlos triunfalmente durante siglos. El peligro inminente que debemos contemplar con humor y gusto, es el crecimiento de nuestro léxico, que la vida exige: nombres, verbos, vocablos técnicos y científicos. (Alonso). A lo que debe añadirse que no sólo el español, sino todas las lenguas vivas del mundo son utilizadas como arma de protesta, que las distorsiona, tratando con ello de significar el ansia de nuevas estructuras, justamente simbolizadas en el medular cambio de la expresión lingüística. (Yáñez).

El tema indujo a considerar prolijamente la situación del español en Filipinas y en Puerto Rico; respecto a este país, el académico Aurelio Tió aseveró: el español se conserva intacto; contra lo que muchos creen, Puerto Rico es un país monolingüe; habla española. El inglés se enseña como idioma extranjero, lo que permite distinguir la intromisión de anglicismos, en proporción semejante al habla de otros de nuestros países. Reconozco la poderosa influencia de la lengua inglesa; mas en proporción mínima.

Segundo canal: *El diccionario.*

Preocupación predominante, al ser creada la Asociación de Academias de la Lengua Española y su Comisión Permanente, como uno de los mejores, positivos frutos del Primer Congreso de Academias, efectuado en México, fue la cuestión, las cuestiones del Diccionario General de nuestro idioma. (Arguedas). Una de cuyas misiones principales, cuando surgieran problemas lexicológicos, habría de ser la consulta sobre uso de vocablos y acepciones, para decidir su incorporación al Diccionario. Contra la tesis de Leopoldo Alas, Clarín, sustentada en el siglo pasado: "los españoles somos los dueños del idioma", ahora sostenemos: "los españoles no somos los amos del idioma": somos todos los hablantes del español, dondequiera hubiéramos nacido y vivido. (Alonso). En efecto, el gran problema del Diccionario, tantas veces acusado de insuficiencias, es, primero: la cautela para la precipitada incorporación de voces restringidas a minorías o que no se sabe si pronto serán obsoletas; para las primeras, hay diccionarios especializados, ya que no son palabras de uso común; para las otras, el tiempo y la confirmación de autores reconocidos dan definitiva sanción; de otra manera, el Diccionario se inflaría innecesariamente. Computado el repertorio de autores máximos habrá de advertirse que, por lo menos la tercera parte, no se halla en el Diccionario. A esto debe añadirse la complejidad semántica de matices afectivos y efectos prosódicos que determinan radicales variaciones lexicográficas en sólo un grupo social, urbano. (Yáñez). Cada país debe registrar las variantes que la misma palabra pueda en ellos tener, con relación al uso en otros lugares. Problema fundamental es la insistencia sobre cierto contenido moral de la lengua, en donde se halla retratado el espíritu de

cada pueblo. La crisis idiomática de hoy estriba en que se ha inoculado al vocabulario un espíritu diabólico, que vuelve de revés el sentido de las palabras. (Arciniegas). Y espíritu político. (Alonso). El problema no es de lenguaje, sino de conflagración filosófica, ideológica, biológica, política, en estos momentos de pluralismo; si en este momento se reunieran los académicos para definir la *paz*, encontrarían, más que cuestiones etimológicas, referentes al vocablo, un debate inmenso, intenso, extraño al campo puro del idioma, pues las mismas palabras no significan las mismas cosas, no por deficiencias de éstas, sino por posiciones tomadas frente a ellas; no nos entendemos por deficiencia del idioma, sino porque dentro de los vocablos ponemos contenido diferente. (Dell'Oro Maini). Cualesquiera sean sus eventuales fallas, en proceso de corrección, el Diccionario es instrumento indispensable para el conocimiento y recto ejercicio del idioma. (Yáñez).

Tercer canal: *Lengua popular, culta y vulgar*; ¿por qué los jóvenes inventan su propio lenguaje?

El lenguaje viene del pueblo; luego, sufre infiltraciones en las capas cultas de la sociedad, produciéndose renovaciones que, acrisoladas popularmente, hallan fijación en escritores, oradores, políticos, hombres de varia profesión; no hay problema cuando el pueblo representa nacionalidad única; pero cuando se trata de varias —y es el caso de los hablantes del español—, hay el peligro de que las formas derivadas de la erosión producida en las capas vulgares o menos educadas de la sociedad, crezcan y se desarrollen de modo informe. El caso del español, idioma de una veintena de naciones, ofrece como solución sensata ponernos de acuerdo para que, sin perder los modos de hablar culto, no se pierda la intercomunicación popular, que a todos beneficia. (Alonso). De mí sé decir que mis mayores maestros del idioma fueron mi madre, de origen campesino; los arrieros y rancheros, fecundos en refranes, con que anduve desde niño; y mis amigos de infancia y adolescencia. Lengua popular, diversa de la vulgar. Lenguaje y palabras prohibidas u obscenas, de lugar en lugar. (Yáñez). El tema de las palabras obscenas es interesantísimo y de difícil solución; algunas de estas voces amplían su zona de vigencia. Será menester la elaboración de diccionarios especiales. (Alonso). En México, con la colaboración de la Academia, El Colegio de México elabora un Diccionario del Español en México. (Yáñez).

No sólo los jóvenes hoy, sino grupos cerrados de todos los tiempos tratan de construir lenguajes herméticos: desde los médicos hasta la gente del hampa: ninguno pone a riesgo la lengua: a más de ser sectoriales, resultan transitorios. (Arguedas).

Cuarto canal: *¿Para qué sirven las academias?*

Sirven las academias a la defensa y sano enriquecimiento del idioma; su lema común es "Limpia, Fija, Da Esplendor". Para ello es necesario que sean todas activas, vivas; cuando surgen problemas, la Academia Española y la Aso-

ciación de Academias pasan consultas, que no todas contestan; a veces, sólo una minoría. (Alonso). Las academias deben registrar las variantes analógicas y fonéticas que la misma palabra tiene en los distintos países de nuestra comunidad lingüística. (Arciniegas). Si oportunamente, antes de que un vocablo extraño se haga de uso general, se tuviera la opinión de las academias, conjuraríamos defectuosas o inútiles incorporaciones y deformaciones del español. (Alonso). Las academias no son pontífices ni dictadoras; su función es de consejeros. Para ello deben valerse de todos los medios de difusión, especialmente de los modernos: radio, televisión, cine, prensa, como el que aquí utilizamos para los *Encuentros*, que han despertado enorme interés. El número diario de consultas escritas, telefónicas y personales que reciben la Academia y sus miembros, confirman la importancia que, precisamente por las corrupciones a que se halla expuesto el idioma, concede el gran público a su buen uso. De los tres términos que trazan en su lema la función y servicios de las academias, el primero: *limpiar*, procura despojar al idioma de formas extrañas e innecesarias, que lo desfiguran, y en cambio, señalar, difundir las apropiadas, dentro de la riqueza y flexibilidad del español; *fixar*, busca la precisión y claridad idiomáticas; *dar esplendor* persigue belleza y armonía en el empleo acertado de vocablos, de su composición sintáctica y de sus valores fonéticos; no significa vanos adornos, ni pompas, ni remilgamientos; el fresco relato de un campesino concurre tanto al esplendor de la lengua como la obra de insignes poetas y prosistas. (Yáñez).

Quinto canal: *Enseñanza del español.*

Lo último es la gramática. Para la enseñanza del español, en Puerto Rico empleamos el teatro, la difusión de lecturas, para encariñar con el idioma. (Tió). Se trata de transmitir no sólo una disciplina y acumular nociones y reglas, sino de despertar en el niño y en el joven la plena conciencia de su capacidad para crear, con la palabra que recibe, la frase de que surge. (Alonso). Adiestrar en el empleo correcto, propio, caudaloso de nuestra lengua, mediante asiduos ejercicios prácticos y lecturas enriquecedoras de la capacidad expresiva, oral y escrita. En largos años —medio siglo de docencia— siempre rehuí teorías y reglas gramaticales, dejadas como corolario y deducción de claros ejemplos en los mejores autores españoles e hispanoamericanos, que siembren el interés, el amor por nuestro idioma, por su hermosura y eficacia expresiva. Coincido plenamente con el colega Tió: el teatro es gran maestro; una de nuestras regiones que mejor habla el español, es Guanajuato, donde hace muchos años las promociones estudiantiles han representado, en lugares públicos, los entremeses de Cervantes y otras obras clásicas y modernas; coincido, asimismo, reiterándolo, en la importancia de los medios masivos de comunicación; para bien o para mal, cualesquiera y todos los redactores, los locutores, forzosamente son maestros: tal es la responsabilidad que resonantemente debemos inculcarles. Mas el imperativo mayor es que los maestros, desde la escuela elemental hasta la segunda enseñanza y la superior, concedan a las disciplinas idiomáticas alta preferencia. Despertar interés; o sea: motivar. (Yáñez). Así es: la enseñanza del idioma, en

vez de ser limitación, apocamiento, ha de ser estímulo, fuerza, coerción, unidad, creación. El joven, al llegar a la Universidad carece de conocimientos idiomáticos: propiedad y capacidad expresivas. A mis alumnos de Derecho he dicho, muchas veces: les conviene tanto como saber leyes, el conocimiento y manejo del idioma, porque por esta deficiencia pueden perder la causa. Si cuantos ahora nos escuchan descuidan que la lengua perfecciona su inteligencia y facilita vías de comunicación humana, perderán en la vida valiosas oportunidades. No es cuestión de erudición o elegancia, sino de propia utilidad. (Dell'Oro Maini).

* * *

Tales fueron, con otras muchas, las cuestiones debatidas, vistas y oídas por millones de personas en la República Mexicana; objeto de numerosos comentarios, artículos periodísticos, entrevistas; aumentaron cartas y consultas a la Academia; la repercusión ha proseguido en los países en donde se han proyectado los *Encuentros* en transmisión diferida.

APÉNDICES

DICCIONARIO DEL ESPAÑOL EN MÉXICO

Consideraciones sobre la justificación de un Diccionario de la Lengua Española hablada en México.

Para considerar la justificación de un Diccionario de la Lengua Española hablada en México, es necesario tomar en cuenta, tanto aspectos circunstanciales sobre el estado del español en México y en el resto del mundo hispánico, como aspectos referentes al hecho mismo de lo que significa un diccionario para una lengua y para una cultura.

Tales consideraciones serán las siguientes:

1. Las finalidades de un diccionario como catálogo de voces y como modelo lingüístico.
2. La posición del hablante mexicano e hispanoamericano con respecto a la lengua hablada en España y a la autoridad de la Academia Española de la Lengua.
3. La lengua española frente a las otras lenguas modernas de cultura.
4. Diccionario general frente a diccionario de regionalismos.
5. Conclusiones.

1. El diccionario de una lengua es un catálogo de vocablos utilizados por los hablantes. Su principal función es la de fijar las voces que forman el patrimonio lingüístico de una comunidad para que estas, como la moneda, sirvan de vehículo de intercambio entre los miembros de la sociedad. El diccionario describe los significados de las palabras, las variantes principales en los sentidos de cada una, el origen, la historia y las aplicaciones que se pueden dar a los vocablos. Del diccionario depende, en mucho, la calidad de la educación en una sociedad, puesto que es a través de la lengua como principalmente se transmiten los conocimientos.

Pero también el diccionario es un modelo, una fuente de autoridad, un sostenedor —y a veces un creador— de normas lingüísticas para la sociedad. La aparición de una palabra en sus páginas significa la aprobación de esta como medio de comunicación.

Si nos asomamos al amplio mundo hispánico se verá que dentro de la lengua española no solamente existen las palabras registradas en los diccionarios, sino una multitud de otras, que corresponden a la vida de las variadas sociedades hispánicas. El hispanohablante se da cuenta de la gran cantidad de diferencias dialectales que existen dentro de su lengua. Más de una vez se ha dedicado a encontrar similitudes y diferencias en las conversaciones que sostiene con habitantes de otras regiones hispánicas. Junto a la observación de las diferencias dialectales,

aparece siempre un principio de valoración, que juzga la corrección de aquellas con respecto a un patrón predeterminado y no siempre consciente. La valoración de los dialectos se extiende en una gama muy amplia, que va desde la reprobación total, pasando por la ponderación moderada de "defectos" y "virtudes" de un dialecto, hasta la aprobación a priori de todos los elementos dialectales. Esta valoración se da también con respecto al dialecto del propio hablante, especialmente del hispanoamericano. No es raro encontrar un veracruzano o un argentino que acepten que "hablan mal" el español.

La situación se muestra distinta para el habitante de América y el de España. Mientras el español puede tomar como patrón de sus valoraciones el habla culta de Madrid, que al fin y al cabo es el centro de la vida intelectual y política de su país, el hispanoamericano tiene que establecer una jerarquía de normas lingüísticas encabezada por su conocimiento del español peninsular. Resulta así que se establecen valores supranacionales, que se imponen sobre los de la comunidad americana en cuestión. Y si bien constituyen en gran parte una ventaja, puesto que se preserva la unidad de la lengua española (Cf. *infra*, § 4), cuando el modelo impuesto no es capaz de dar respuestas satisfactorias y adecuadas a la realidad de una región hispánica, se genera un conflicto de normas, cuyo resultado va en detrimento de la conciencia lingüística del hispanohablante americano.

Se podría considerar que este conflicto de normas es campo propicio para que florezca una influencia avasalladora de otras lenguas de cultura, como es el caso del inglés principalmente (Cf. *infra*, § 3). Sin una norma española aceptada por todos, con normas mexicanas e hispanoamericanas en situaciones débiles, cada hablante opta por soluciones diferentes en sus juicios sobre cada aspecto de la lengua que utiliza. Así es posible encontrar en México y en el resto de Hispanoamérica, tanto a aquel que enmudece cuando el diccionario académico veta los usos a que está acostumbrado en su habla familiar, como al que rompe todos sus lazos con los valores españoles, para desarrollar su idioma según su propio sentido común. En realidad ninguno de estos dos casos extremos resulta ser tan problemático como los intermedios, en donde cabe la inmensa mayoría de los hablantes educados, y en donde es posible encontrar las actitudes más caprichosas frente a su propia lengua.

2. Si para el habitante de España, en general, no existe conflicto entre sus hábitos lingüísticos y los que propone la Academia Española de la Lengua, pues se trata del simple reflejo del modo de ser de su propia sociedad, para el hispanoamericano la situación es totalmente diferente. El español americano ha evolucionado de manera distinta a como lo ha hecho el de la península. Sus pronunciaciones, el sistema fonológico y algunos aspectos del sistema morfosintáctico, han tomado rumbos diferentes y el hablante medio se da cuenta de ello. Es ya difícil que el argentino deje de dislocar el acento o que el mexicano comience a decir "ahora voy" (con todo lo que de rudo tiene para nosotros) en vez del familiar "ahorita voy" (con toda nuestra "cortesía").

En el campo léxico la situación se muestra harto distinta para el hispanoamericano. En este punto, en donde los regionalismos dan colorido singular a la lengua, el hispanoamericano busca la existencia de una autoridad que le indique qué vocablo escoger para que la comprensión sea clara en sus interlocutores. Aquí le es necesaria la presencia de un prestigio al cual adherirse. Siendo el diccionario académico la única obra —mayoritariamente reconocida— que se

presenta con ese sello de autoridad, el hablante americano está dispuesto a seguir el consejo o la obligación impuesta por la Academia. Los resultados han sido experimentados por todos: la valoración de la Academia es muchas veces completamente distinta a la valoración de los americanos; aquellas voces que está acostumbrado a usar se ven ignoradas o reducidas a un lugar muy secundario; el sentido de una palabra desconocida resulta diferente al que el propio contexto le indica como necesario. El conflicto es evidente: mientras por un lado el hispanoamericano forma parte de una sociedad con características propias y se siente atraído por sus valoraciones diplomáticas, por el otro se le impone el prestigio del "buen hablar madrileño", ajeno completamente a la realidad de la lengua en Hispanoamérica.

¿Cuál es la razón por la que las valoraciones contenidas en el diccionario académico resultan diferentes muchas veces a las de las comunidades lingüísticas americanas? Los elementos de juicio de la Academia se basan en dos fuentes: el uso de un vocablo en el habla culta madrileña y la información enviada por las academias correspondientes en el resto del mundo hispánico. Generalmente, el uso madrileño es el elemento de más peso en la sanción de los vocablos, ya que la correspondencia entre las academias no parece funcionar activamente. El resultado es un diccionario limitado a las voces con larga tradición en la lengua y a aquellas muy utilizadas en España, y más específicamente en Madrid. La realidad lingüística de Hispanoamérica se ve de esta forma ignorada o deformada las más veces. Se podrían dar muchísimos ejemplos en los cuales el diccionario académico define erróneamente, atribuye usos determinados a regiones que no los tienen, ordena las acepciones con un sentido poco útil para el hablante medio, acepta extranjerismos que el uso hispanoamericano proscribiera y elimina otros que están totalmente extendidos en otras regiones hispánicas.

3. La lengua española es una de las más extendidas del mundo occidental, tanto geográficamente, como desde el punto de vista de la cantidad de individuos que la tienen por lengua materna. Sin embargo, es un hecho que en la actualidad se ve postergada por la importancia de una lengua como el inglés, presente en todos los aspectos de la vida contemporánea. Ante el abrumador predominio de la lengua inglesa, el hablante medio se ve sometido a una tensión entre la influencia de la lengua extranjera y su lealtad por la lengua de sus padres. Esta tensión da lugar a las posiciones más variadas respecto al uso del inglés o del español. Hay quienes adoptan palabras del inglés por simple imitación, nacida de la admiración por la cultura anglosajona, o quienes lo hacen forzados por el dominio económico de Norteamérica, mientras hay quienes se ven obligados a acudir al anglicismo por falta de términos españoles capaces de reproducir los pensamientos del mundo contemporáneo. Hay quienes, en cambio, se niegan enfáticamente a adoptar palabras extrañas y buscan, a veces sin encontrarlos, medios para designar ideas y objetos que en inglés cuentan con formas sencillas y ampliamente difundidas.

La influencia de una lengua como el inglés no puede negarse y, en cambio, puede suponerse que continúe siendo preponderante por largo tiempo. La posición secundaria del español en los aspectos intelectuales contemporáneos tampoco puede ser olvidada, si no se quiere llegar al momento en que sea el inglés el único medio de comunicación en materia científica —en el sentido más amplio del término— aun entre hablantes que comparten el español como lengua materna. Frente a estas dos situaciones es necesario tomar una posición defini-

da, que no niegue lo benéfico de la influencia del inglés, del francés y de otras lenguas, ni acepte la situación de dependencia de la lengua española con respecto a las otras lenguas de cultura.

Tradicionalmente la defensa de la lengua española ha seguido el camino del purismo y del casticismo. Nacidas ambas vertientes en el siglo XVIII como modo de combatir las formas retorcidas que produjeron los últimos años del barroco y la influencia del galicismo sobre la vida intelectual española, no han cambiado sensiblemente sus posiciones hasta la actualidad. Todavía hoy es posible encontrar apasionadas defensas del español que claman por una "riqueza de la lengua" no siempre bien explicada, y tratan de encontrar en la lengua de siglos anteriores formas de expresión para objetos e ideas del mundo contemporáneo. Lo cierto es que difícilmente sería posible hallar en la lengua española los suficientes elementos como para sustituir el uso de términos extranjeros en la vida diaria de hoy en día. Por esta razón, purismo y casticismo, concebidos como armas de ataque frontal contra la influencia de otras lenguas, parecen ineptos y más bien se propone encontrar un medio de defensa menos aparente pero más efectivo.

4. Arriba se dijo que, a pesar de todo, es una ventaja para la unidad del idioma el que exista la conciencia del valor de las normas españolas, puesto que constituyen el punto de contacto de todos los otros dialectos hispánicos. Lo cierto es que, en tanto los criterios valorativos de la Academia no cambien, se crea un vacío de autoridad debido al desmesurado papel que tiene el "buen hablar madrileño" en las sanciones del diccionario académico.

Más bien hay que atribuir el sostenimiento de la unidad idiomática a lo que la Escuela de Praga llama "lengua culta". Frente al mosaico colorido que presentan las voces regionales en el español, existe un nivel de la lengua en el cual se deben mover todos los hablantes cuando trascienden las fronteras de lo coloquial, de lo familiar, de lo regional. Si para un asturiano resultaría difícil entender una conversación entre dos regiomontanos, para todos resulta igualmente sencillo comprender una conferencia, díctela un castellano, un mexicano o un mendocino. Frente a la lengua coloquial o a la regional, se constituye un patrimonio común, que es la lengua culta.

Es necesario precisar este concepto: al igual que la lengua regional, la lengua culta tiene por objeto servir de medio de comunicación entre dos o más hablantes; pero mientras ésta intenta cubrir una gran extensión, haciendo predominar su función representativa, la lengua regional, o la coloquial, tiene como meta específica la completa expresión de una situación social y psicológica, es decir, profundiza más en todos los matices de la comunicación, al precio de cubrir una extensión pequeña, que vuelve difíciles los contactos entre, por ejemplo, argentinos y mexicanos, jarocho y tapatíos, etc.

Por este motivo, se piensa que, en el momento actual de la lengua española, tiene más valor intentar un diccionario de la lengua culta que uno de regionalismos, en este caso, de mexicanismos.

El diccionario de regionalismos forma el catálogo de las peculiaridades lingüísticas de una región. Aparte de que existen ya varios diccionarios de regionalismos en México, emprender nuevamente la tarea significaría continuar repitiendo un proceso que se interesa por lo pintoresco de nuestra lengua española y que deja de lado un hecho fundamental: el cultivo de la lengua culta como medio superior de conocimiento, como necesidad imperiosa de la educación me-

xicana, como forma de salir de las situaciones de subordinación a otras sociedades y a otras lenguas.

No se podrá ver bien la diferencia y ponderar lo suficiente el valor de un diccionario de la lengua culta, si no se toma en cuenta el hecho de que esta lengua es una herramienta que se maneja como cualquier otro instrumento y que, por lo tanto, se necesita cuidar y actualizar como todo instrumento de conocimiento. Si la lengua culta es capaz de dar cuenta a sus hablantes de los últimos pensamientos científicos, de las más recientes corrientes filosóficas, de los hechos históricos contemporáneos, es una lengua útil para su comunidad; si la lengua culta no ha sido capaz de seguir todos los pasos del conocimiento humano, se va deteriorando y cediendo su lugar a otras lenguas que sí cumplan con este cometido.

También se ha esgrimido la idea de la lengua culta para tratar de enfocar de una manera diferente el problema del enfrentamiento del español con el inglés, que no se resuelve adoptando posiciones puristas o casticistas; al mismo tiempo, se ha tratado de mostrar cómo un diccionario del español culto puede eliminar los problemas del regionalismo y de la situación de la conciencia lingüística de los hispanohablantes sin destruir el principio de la unidad del idioma.

5. Con lo anterior se ha tratado de contestar afirmativamente la pregunta sobre la necesidad de un diccionario del español hablado en México. La consideración de la situación de la lengua en España frente a su estado en Hispanoamérica, del valor del prestigio lingüístico para sus hablantes y de la influencia del inglés, se ha basado sobre los que parecen ser los interrogantes más claros para un hispanohablante mexicano.

De esta manera, se puede concluir que un diccionario del español hablado en México daría los siguientes resultados:

1º Dejaría de lado el modelo restringido del "buen hablar madrileño", que no corresponde a la realidad de nuestra sociedad, y sería un motor para crear una conciencia lingüística basada en una mayor amplitud de las normas, que se reestructurarían más adecuadamente con los hechos del idioma en España y en América. Esa nueva escala de valores de comunicación dependería ahora de la lengua culta presentada por el diccionario.

2º No vetaría formas, usos y acepciones de larga tradición en México, sino se concretaría a describir los términos más útiles para el entendimiento entre mexicanos e hispanohablantes de todo el ámbito hispánico. Es decir, la fijación del léxico adquiriría un sentido positivo para los mexicanos, en vez de la continua negación del diccionario académico.

Los corolarios de estos puntos serían:

1º La creación de una base firme para el conocimiento y la enseñanza del español, en cuanto el diccionario centraría los criterios lingüísticos de sus usuarios en un ámbito social, psicológica e históricamente real.

2º La creación de un vértice de prestigio lingüístico en Hispanoamérica, que motivara una toma de posición realista de la Academia Española respecto al resto del mundo hispánico y diera lugar a iguales preocupaciones en el resto de América, con objeto de devolver a la lengua española el lugar que le corresponde dentro del proceso de conocimiento de los hispanohablantes.

3º La creación de una conciencia que contrarrestara la caótica y abrumadora influencia del inglés mediante procedimientos más efectivos que los del purismo y el casticismo tradicionales.

PLAN DE TRABAJO

En este lugar se presenta el plan de trabajo del Diccionario del Español de México (DEM) en la parte correspondiente a la investigación lingüística y a la redacción y preparación de las entradas léxicas de la obra.

Se han dejado fuera todos los aspectos propiamente administrativos que no influyen sobre el trabajo lingüístico directamente.

1. Organización Interna

El DEM estará constituido por: 1) un Consejo de Redacción (CR), 2) un Consejo Consultivo (CC), 3) un Equipo Lexicográfico (EQ) y 4) un Coordinador General.

1.1. Consejo de Redacción

El CR está compuesto por un grupo de personas que se caracterizan por ser lingüistas profesionales, por conocer —según opinión generalizada— las peculiaridades del español de México desde un amplio punto de vista cultural, o por ambas razones. El objeto de esta composición es, por otra parte, doble: desde el punto de vista de los miembros individuales del CR, se ha pensado que el prestigio que poseen en sus campos de trabajo es un punto de apoyo seguro para la aceptación que pueda tener el DEM de parte del público mexicano; desde el punto de vista del Consejo mismo, su capacidad de juicio de los fenómenos lingüísticos que se presentan en el español de México y de la metodología del trabajo lexicológico y lexicográfico constituyen una base suficiente para la fijación de los criterios generales del diccionario (Cf. *infra*, § 2.1).

La función del CR consistirá de dos etapas: en la primera se dedicará al debate y aprobación de los criterios generales y metodológicos del DEM, presentados por el EQ en forma de monografías a lo largo de los seis u ocho primeros meses de trabajo del diccionario. La segunda etapa consistirá en la revisión y aprobación de las definiciones lexicográficas redactadas por el EQ durante los varios años que tarde la preparación del DEM.

Se ha previsto que, una vez indicado el trabajo del EQ, el CR se reúna quincenalmente en el local del DEM con objeto de discutir y aprobar los criterios propuestos en las monografías.

1.2. Consejo Consultivo

En vista de la gran importancia que, desde la presentación de la idea general del DEM se ha concedido al vocabulario científico y técnico, se hará necesario pedir el asesoramiento de aquellas asociaciones y personas que se dediquen a todas las ramas especializadas que contribuyen al léxico del mexicano culto. Este asesoramiento consistirá en la elaboración de listas de obras (libros y publicaciones periódicas) de las cuales se pueda obtener el vocabulario fundamental de su especialidad. Las asociaciones miembros del CC tendrán que tomar en cuenta que la exigencia primordial del léxico especializado que se incluya en el DEM es el uso extendido y aceptado entre el mayor número de profesionales de la rama científica en cuestión.

En un segundo momento, cuando se haya pasado a la etapa de la redacción lexicográfica, la labor del CC consistirá en aconsejar unas redacciones en vez de otras.

1.3. *Equipo Lexicográfico*

El EQ está formado por lingüistas profesionales, la mayor parte de ellos con la preparación ofrecida por el doctorado del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México, y por estudios de postgrado.

Toda la labor del DEM está en sus manos; por una parte se ocupa del establecimiento de las bases teóricas del diccionario y, en su momento, de la creación del programa de computación para el acopio y el análisis del vocabulario; por otra parte, serán ellos quienes redacten las entradas léxicas del diccionario y quienes preparen la edición.

Los miembros del EQ trabajan medio tiempo o tiempo completo. Su dedicación al DEM es total.

1.4. *Coordinador General*

El Coordinador General del DEM forma parte del cuerpo de profesores e investigadores del CELL.

El Coordinador actúa como director del EQ y como medio de enlace entre este y el resto de los participantes en los trabajos del diccionario.

Para el EQ, su labor consiste en el delineamiento de los trabajos teóricos del diccionario y en su participación activa en la producción de monografías.

1.5. El cuadro anexo resume la organización interna del DEM, tanto en su aspecto académico como en su aspecto administrativo.

2. *Organización de los trabajos*

El trabajo del DEM se puede dividir en tres: 1) la elaboración de monografías teóricas, 2) la elaboración del programa de computación, 3) la redacción lexicográfica.

2.1. *Monografías Teóricas*

Desde el punto de vista de la teoría lexicológica y lexicográfica, la idea original del DEM se puede caracterizar de dos maneras: en primer lugar, ha surgido de la crítica a los logros y defectos del Diccionario de la Real Academia Española, que hasta hoy constituye la única obra lexicográfica de referencia obligada para los hablantes de español. El DRAE, como resultado de un trabajo lexicográfico con una tradición de más de 200 años, ha venido incorporando a sus ediciones los conocimientos de la lexicografía con bastante lentitud, por lo que en muchos casos no se ha podido deshacer de los vicios producidos por dos siglos de refundición de la obra original de 1726.

Por otra parte, las características mismas del diccionario, obra de una academia central, que muchas veces no valora debidamente el léxico de las otras zonas de la lengua española, no hacen del DRAE una obra de consulta verda-

deramente útil para las necesidades del mexicano medio, cuyo vocabulario ha tomado direcciones diferentes según las particulares características de su sociedad y de su historia.

Por estas razones parece conveniente iniciar el DEM con un punto de vista distinto al de la Academia Española y sin tomar en cuenta aquella parte de su tradición que hoy solamente obstaculiza la creación de un diccionario moderno.

Pero en segundo lugar, la tarea lexicológica no puede sustraerse de los conocimientos de la moderna lingüística, que han dado lugar a técnicas superiores a las tradicionales, como lo reconocen los principales diccionarios de otras lenguas como, por ejemplo, del francés y del inglés. En este sentido se considera como lo más conveniente que los lingüistas mexicanos pongan en ejecución todas las ventajas que reporta la lingüística contemporánea y que no se concretan a procedimientos de descripción solamente, sino también a una más justa valoración de los problemas que plantea el léxico de un país como México, sujeto en el plano internacional a dos esferas de influencia poderosas: el inglés norteamericano y el español castellano, y, en el plano nacional, a la convivencia de varias sociedades diferentes y a la presencia de un sustrato y de un adstrato indígena de mayor o menor intensidad.

Estos dos pensamientos son los que generan las monografías teóricas. En ellas se intenta presentar todos aquellos aspectos referentes al léxico y al diccionario que constituyen un problema por resolver y que actúan directamente sobre los trabajos de recopilación y estudio del vocabulario y el de presentación final del diccionario.

Las monografías han sido concebidas como tales, con objeto de que el lingüista pueda estudiar con profundidad un problema, sin estar continuamente obligado a tocar todos aquellos elementos que confluyen en la preparación de un diccionario; además intentan también ser de más fácil y cómoda lectura para los miembros del CR, que no están obligados a conocer —de antemano todos los aspectos lingüísticos del diccionario. La presentación seguirá, por lo tanto, un patrón común: la descripción de un problema determinado, los distintos tratamientos que ha recibido por los especialistas, las soluciones que pueden darse para el DEM de acuerdo con su idea original y con las circunstancias en que aparecerá, y una lista bibliográfica de fuentes o de autores que tratan el problema, con objeto de permitir a cualquier persona interesada investigar el tema por su cuenta.

Se pueden dividir las monografías en dos: generales y metodológicas.

2.1.1. Las generales tratan aquellos temas que, por su importancia para la concepción del diccionario dentro de la cultura hispanoamericana y mexicana, hacen necesaria, por lo menos, una toma de posición que rijan el trabajo metodológico del DEM y orienten al lector ordinario en aquellos aspectos que forzosamente surgen al referirse al vocabulario de los mexicanos.

En este momento se trabaja en las siguientes:

1. La unidad o la diferencia del español. Posiciones que puede adoptar el DEM al respecto.
2. El papel de las palabras provenientes de otras lenguas de cultura en el léxico de México. Posiciones posibles del DEM.

3. El español mexicano desde el punto de vista dialectal. Importancia relativa del léxico dialectal en el DEM. Posiciones del DEM en cuanto al problema.
4. La diferencia entre la lengua hablada y la escrita en el español mexicano. Dificultades que presenta para el DEM en cuanto a su relación con la lengua hablada. Posición del DEM.
5. El reflejo de los grupos sociales en el léxico del español mexicano. Problema de una "lengua culta" frente a otros modos de hablar en la sociedad mexicana. Posición posible del DEM.

Otros temas generales serán determinados posteriormente y según se presenten los resultados de los cinco temas iniciales.

2.1.2. Se consideran monografías metodológicas aquellas que traten temas propiamente de estudio lexicológico o de técnica lexicográfica. En estas es posible llegar a un resultado, que será el aplicable en el diccionario. Las monografías tratarán, por ejemplo, de las clasificaciones de palabras (uso general, dialectal, técnico, etc.), de las descripciones del uso dentro de un grupo social (culto, familiar, etc.), de las referencias gramaticales necesarias dentro del diccionario, del cálculo estadístico de las palabras incluidas de las características del estudio semántico y, finalmente, del tipo de definición lexicográfica que se adoptará.

Una vez terminado este trabajo monográfico, se pasará a la segunda etapa de la preparación del diccionario.

2.2. Programa de computación

Los resultados de las monografías anteriores tendrán que formalizarse en términos de la capacidad de la computadora que se utilice para el trabajo de acopio y análisis del vocabulario. Cada monografía representará un punto dentro del programa de computación, que será hecho por el EQ y un especialista en lingüística computacional.

El programa de computación consiste, en términos generales, en lo siguiente:

1. Las claves necesarias para designar los datos informativos de cada palabra registrada (p. ej.: obra de donde procede, lugar dentro de la obra, técnica, familiar, etc.).
2. Los métodos de reconocimiento de las palabras para la computadora, que son equivalentes aproximadamente a los de un análisis lingüístico formal.
3. Los tipos de clasificación requeridos para el estudio léxico y la manera de efectuar las clasificaciones.
4. Las fórmulas para la obtención de resultados estadísticos acerca del uso de cada palabra registrada, etc.

Una vez terminado el programa de computación comenzará un período de reorganización del DEM, puesto que se ha planeado llevar, en ese momento, el programa y los criterios del diccionario a diferentes centros lexicográficos, para recibir la crítica de algunos especialistas.

Independientemente de la asesoría que se obtenga individualmente de algunos lingüistas, se planea visitar los siguientes lugares:

El Centre de Recherche pour un Trésor de la Langue Française, establecido en Nancy, Francia.

El Centre d'Étude du Vocabulaire Français, en Besançon.

Las Oficinas de París del Dictionnaire Alphabétique et Analogique de la Langue Française (Robert).

El Seminario de Lexicografía de la Academia Española, en Madrid.

La Oficina Internacional de Observación del Español (OFINES).

La Editorial Merriam-Webster, de Springfield, Mass., E. U. A., autora del moderno diccionario Webster.

Otros Centros de estudio lexicográfico de Europa y E. U.

El objetivo de estas visitas es recibir el consejo de los lexicógrafos experimentados en cada uno de esos lugares, y observar el desarrollo de los trabajos de los diccionarios mencionados, con objeto de mejorar nuestros métodos de trabajo.

2.3. *La redacción lexicográfica*

Una vez logrados todos los fines anteriores, se pasará a la alimentación de la memoria de la computadora. Las palabras estarán ya perfectamente ubicadas en sus textos y con la información previa necesaria, según haya quedado establecido en las monografías correspondientes.

No es posible, por el momento, calcular el tiempo necesario para que la máquina cuente con un acervo de datos respetable, pero durante ese lapso de tiempo se irán efectuando sondeos periódicos y se iniciará el análisis léxico. El paso inmediato será la obtención de listas de palabras clasificadas, que serán puestas en manos del EQ para comenzar la redacción de las definiciones de cada entrada.

3. El trabajo del DEM se podrá considerar "terminado" en el momento en que se cuente ya con material suficiente como para poder asegurar que el objetivo de mostrar el léxico mexicano ha sido alcanzado.

Los criterios que determinarán el logro de ese objetivo serán:

1. La catalogación de una gran proporción de palabras del español mexicano. La proporción se establecerá mediante cálculos estadísticos.
2. El cálculo del tamaño del diccionario, en términos de páginas, columnas y entradas léxicas por página. El factor subyacente en este punto será evidentemente el cálculo de los costos de impresión.

4. *Efectos marginales del DEM*

1. Gracias al trabajo del diccionario, se puede pensar que al final se contará con un equipo de lexicógrafos bien preparado, lo cual desde el punto de vista académico es de primera importancia.

2. Como resultados parciales del trabajo, será posible publicar, por lo menos, dos obras: una sobre "Los problemas de la lexicografía mexicana", y otra "Manual de Lexicografía". La primera será de interés, tanto para el ambiente académico de México, como para todo el público interesado en el vocabulario mexicano. La segunda cumplirá una función muy importante en el ambiente universitario, desde el momento en que el estudiante tendrá en sus manos un manual de técnicas lexicográficas útiles para los estudios lingüísticos.

3. La cantidad de datos almacenados permitirá contar con un fondo lexicológico indispensable para la creación de nuevos diccionarios, como podrían ser: un

diccionario general del español, un diccionario histórico del español mexicano, un diccionario infantil para la educación elemental, etc.

4. El mismo fondo lexicológico permitirá ofrecer material para estudios lingüísticos de toda clase, que redundarán en nuevos y más profundos conocimientos sobre la lexicología mexicana útiles para ser aplicados en ediciones posteriores del diccionario o en otros diccionarios. — *Luís Fernando Lara*, Coordinador.

SALUTACIÓN A AGUSTÍN YÁÑEZ EN EL ATENEO BARCELONÉS

Por GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

De los hombres, cuenta su obra; cuenta, también, su significación. La personalidad ancha y frondosa de Agustín Yáñez, mejicano de pro, se adelanta en los dos sentidos. Copioso y múltiple, ha desplegado una producción literaria que le coloca en un primer rango de la novelística hispanoamericana; enérgico intervencionista ha dibujado una silueta de político, al servicio de una acción de gobierno, que define una tradición de intelectual realizador que arranca de Madero y Justo Sierra. Una y otra faceta me parecen inseparables, porque el hermoso, patético y desesperado amor de su tierra, que respiran sus relatos, es el mismo que le ha llevado a gobernarla, con la pasión inteligente de un "ilustrado" (de uno de aquellos que en el siglo XVIII llamaban "Amigos del País") desde rectorados universitarios, puestos de responsabilidad pública.

Amar y conocer, según la versión bíblica, ¿no son la misma cosa? La vieja México poscolonial de *Al filo del agua*; la zona ubérrima costera del estado de Jalisco en *Las tierras pródigas*; la enhiesta y reseca porción del interior, que describe en *Las tierras flacas* ¿no son declaraciones o expresiones de amor patético y desesperado? ¿No lo son los trasiegos idiomáticos, con que se recogen los giros populares, las canciones de los charros, el dolor de los humildes, la esperanza de los que miran hacia el mañana?

A dos niveles Agustín Yáñez manifiesta su amor. El primero lo hemos anotado ya: es la captación directa de los hontanares del decir popular; la inmersión en el agua fresca de la realidad idiomática del pueblo mejicano. El segundo aparece entreverado en un decir aristocrático, lujoso, coruscante, barroco. Ahí aparece el Agustín Yáñez (nacido en 1904) hombre de su generación que es un poco la nuestra: la voluntad de perfección que hacia los años 20 animaba en Méjico las revistas *Contemporáneos*, la que él publicaba en Guadalajara, Jalisco, bajo el título de *Bandera de Provincias*, e inspirada, según confesión propia, en *La Gaceta Literaria* de Madrid. Nosotros, desde aquí, seguíamos complementariamente la aparición de estos grupos y de sus nombres que empezaban a ser resonantes: Xavier Villaurrutia, Ramón López Velarde, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Agustín Yáñez, y que nos llegaban a través de los "vasos comunicantes" de la simpatía generacional.

* Presentación el 24 de abril de 1973.

AGUSTÍN YÁÑEZ: DESCUBRIDOR DE NUEVAS PERSPECTIVAS *

Por don JOSÉ EMILIO GONZÁLEZ

El Ateneo Puertorriqueño y su Sección de Literatura, así como la revista *Sin Nombre*, dan la más cordial bienvenida al ilustre escritor mexicano, Agustín Yáñez, quien visita nuestra Patria y cuya presencia nos honra en esta noche.

La obra de Agustín Yáñez es bien conocida entre todos los que aquí se interesan en la literatura latinoamericana. Esa obra ha rebasado las fronteras de su país para difundirse ampliamente por el mundo hispanoparlante. Su nombre se vincula al de notables autores de la narrativa mexicana contemporánea, como Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Francisco Rojas González, Luis Spota, Rosario Castellanos, Sergio Galindo, Luisa Josefina Hernández, Juan José Arreola, Fernando Benítez y Salvador Elizondo, para mencionar sólo a algunos. Se conoce a Yáñez principalmente como novelista, pero también ha hecho aportaciones al cuento y al ensayo.

Nacido en Guadalajara, Yáñez es catedrático de literatura e historia en la Universidad Nacional Autónoma y El Colegio de México. Ha ocupado posiciones destacadas en el gobierno de México, incluso fue gobernador de su estado natal: Jalisco.

Una de sus primeras obras, si no la primera, fue *Pasión y convalecencia* (1938), calificada como "novela poemática", por Enrique Anderson Imbert. La novela que le dio más fama fue *Al filo del agua* (1947), considerada por algunos como un hito decisivo en la historia del novelar latinoamericano. Después, la han seguido otras como *La creación* (1959), *Ojerosa y pintada* (1959), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962). Además, *Archipiélago de mujeres* y *Las vueltas del tiempo*.

De la totalidad de esa obra sólo he podido ver: *Ojerosa y pintada*, *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas*. Es obvio que no se puede hacer juicios definitivos hasta el conocimiento integral del conjunto, por lo que aquí digo padece de cierta provisionalidad.

Agustín Yáñez combina en las tres novelas que acabo de mencionar técnicas tradicionales del relato lineal con nuevos recursos procedentes originalmente de James Joyce, William Faulkner y Eugene O'Neill. En el libre flujo de imágenes y asociaciones mentales, de ciertos personajes, muy posiblemente hay influencias del surrealismo. Mientras que en la descripción del paisaje, el ojo del novelista busca la claridad y el orden —basta asomarse a la descripción del llano en *Las tierras flacas*— a menudo sucede que el paisaje se le va empinando y transmutándose en personaje, como ocurre frecuentemente en *La tierra pródiga*. Tampoco

* Palabras pronunciadas en el Ateneo Puertorriqueño la noche del 1º de febrero de 1974.

es descartable una fuerte influencia de la poesía indígena, como sucede en Miguel Ángel Asturias, y por esa vía también los objetos naturales se le van transformando en personas que hablan como agonistas. Recuérdese el Cívil y el Huehetón de *La tierra pródiga*.

Vale la pena recalcar esa continuidad que viene desde lo autóctono de las culturas indias hasta la utilización de medios nuevos, productos del siglo veinte. Y todo sostenido, cargado, llevado en la magna corriente del idioma español, que en estas novelas de Agustín Yáñez es caudal amazónico, delta orinoquense de infinita proliferación, río planetario. Leer esas novelas es redescubrir la increíble maleabilidad del castellano, su riquísima gama de valores plásticos y cromáticos, el repertorio inconmensurable de sus posibilidades expresivas. Y se le redescubre en virtud de la maestría con que Agustín Yáñez lo maneja, verdadera ejecución de virtuoso, y de la maestría con que sus personajes, brotados de la entraña misma del pueblo mexicano, tañen ese instrumento, que es a la par el cauce por donde vuelcan sus vidas. Leyendo las novelas de Agustín Yáñez he pensado que Cervantes envidiaría la plétora de refranes que afloran a la boca de personajes como Ricardo Guerra Victoria, en *La tierra pródiga*, y de don Epifanio Trujillo, en *Las tierras flacas*.

Pues Yáñez, como tantas veces se ha dicho, ha aspirado a pintar "el retrato de México", a entregarnos las cualidades definitorias de ese pueblo, de esa vida, en toda su realidad. Pero esa realidad social, que palpamos tan de cerca en los campesinos de *Las tierras flacas* y de *La tierra pródiga* y en el taxista y sus pasajeros de Ciudad de México en *Ojerosa y pintada*, esa realidad nos la presenta, a la vez, en forma sencilla y complicada. Sencilla porque la sencillez es la esencia de su visión de artista, porque esa visión funciona sobre una síntesis capaz de abarcar e interiorizar el conjunto, de una sola mirada. Pero complicada porque existe el anhelo de planificar esa visión, de ahondarla, de hacerla más visión con los detalles. Porque en el novelista trabaja la conciencia de que la realidad social de México es extremadamente compleja, y la novela es su medio de ir entendiendo y desenredando esa complicación.

Lo que me parece característico de Agustín Yáñez —dentro de las tres novelas mentadas— es el recorrido de la realidad con un movimiento expansivo de la imaginación que llega hasta la fantasía fabuladora, muchas veces ésta guiada por la rienda de lo mítico-popular, para crear un orbe estético con validez propia. Un proceso importante en ese orbe es el de las construcciones rítmicas, cuyo estudio revelaría mucho sobre cómo Agustín Yáñez resuelve problemas de organización de la novela así como acentos de contenido.

En mi condición de puertorriqueño he aprendido muchísimo sobre México leyendo esas novelas. Me han ayudado a ganar conciencia de sus problemas y de los estilos de ser de los mexicanos. Agustín Yáñez combate los males, la explotación y opresión de los pobres por los ricos, la humillación de la mujer bajo la tiranía del machismo, el sistema feudal de la tenencia de tierras, la indiferencia o la crueldad de los adultos frente a los niños. Hay algo de moralista en su análisis de los problemas sociales mexicanos, tan parecidos a los de otros pueblos de nuestra América. Al leer su obra, me he sentido mexicano de corazón, latinoamericano, una vez más, por vocación vital. Entregado, en ardiente concentración, a los problemas del hombre, del hombre de todas las tierras, Agustín Yáñez nos devela nuevas perspectivas sobre la condición humana. Y éste no es el menor de sus mensajes.

PALABRAS DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA
LENGUA DON EDUARDO GUZMÁN ESPONDA, DIRIGIDAS AL
DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA LICENCIADO
AGUSTÍN YÁÑEZ, EL 19 DE AGOSTO DE 1974

Para la Academia Colombiana es hora de regocijo, ésta en que recibe la visita del licenciado Agustín Yáñez, director de la Academia Mexicana, y una de las personalidades de mayor importancia en el panorama intelectual de su gran patria. Debo dedicarle unas cortas pero cálidas frases de saludo.

Bastaría con el nombre de México, que lleva él como luminosa enseña, para que nos sintiéramos conmovidos en esta ocasión. Nación amiga siempre, y siempre admirada entre los colombianos. Admirada en el itinerario de su recia historia y en sus realizaciones de toda índole, a comenzar por las de su siempre interesante y renovada literatura. Y no podía ser de otra manera, si ella está tocada, en sus orígenes, por dos nombres maravillosos: los de Ruiz de Alarcón y de Sor Juana Inés de la Cruz.

En Colombia siempre se ha mirado a México como a un norte espiritual, a pesar de la deficiencia de comunicaciones, hoy facilitadas por las vías aéreas. Pero qué lejos estaba México, en lo material, anteriormente; qué cerca en las perspectivas del corazón. Puede decirse que las mejores oficinas de propaganda mexicana, entre nosotros, han sido las voces de los colombianos que han conocido a México. No recuerdo de uno solo que haya traído en su equipaje desilusiones o contrariedades. No sé qué hechizo ponen allá al licor *que la bebida agave, para los hijos vierte / del Anábuc feliz*, como dice el verso de don Andrés Bello, aprendido en la escuela, y que fue para muchos la primera noción que tuvimos de la tierra mexicana.

Cuántos colombianos en esa tierra echaron raíces permanentes, acogidos y apoyados, en las zonas del trabajo, de la industria, de las bellas letras.

La satisfacción de tener entre nosotros al director de la Academia Mexicana, don Agustín Yáñez, me mueve a citar de memoria, rápidamente, algunos antecedentes de orden cultural, que han sido puntos de contacto espiritual en nuestras dos naciones —cosa que no será impertinente en esta oportunidad—.

En la Conferencia Panamericana de México, el año 1902, se aprobó una moción de apoyo pecuniario, para la continuación del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, de don Rufino J. Cuervo. En México, por iniciativa de su presidente Miguel Alemán, en 1951, se logró reunir el primer Congreso de Academias de la Lengua, que no fue acto esporádico y efímero, sino el eslabón inicial de una serie, que a lo largo de cinco lustros se ha desarrollado con tan esplendidos resultados, en los Congresos de Madrid, Bogotá, Buenos Aires, Quito y Caracas. Todo con el propósito de atender a la unidad y defensa de nuestro idioma. Pues si antes la primera preocupación era la de la casticidad,

la compenetración del mundo, cada día mayor, nos obliga a velar por la unidad idiomática de veinte naciones. Ese fenómeno creado por España, hace cerca de cinco siglos, y cuya existencia hoy todavía parece inverosímil a los europeos, habitantes de esa intrincada selva lingüística que es Europa. Es decir, que tenemos que velar por un tesoro incomparable. Y todavía nos parece estar leyendo, como noticias importantes de la prensa internacional, los debates e incidentes del encuentro idiomático, convocado recientemente en México, a que concurrirían gentes calificadas de varios países de nuestra habla, empezando por don Dámaso Alonso, director de la Real Academia Española.

Nada más natural en la personalidad del señor licenciado Yáñez, que haberse preocupado, apenas ascendido a la primera posición de la Academia Mexicana, de las cuestiones y problemas inherentes al *roman paladino*, en que suele el *pueblo hablar a su vecino*.

En el itinerario de su vida, puede decirse que él ha sido un obseso de toda actividad intelectual; y en cuántos diversos sectores. El de la narrativa, ante todo. Yáñez es considerado por la buena crítica como el renovador de la novela mexicana, que vino cuando el ciclo de la novela de la Revolución puede decirse que había entrado en decadencia.

En Yáñez el género deja de ser principalmente episódico, para entrar en zonas más hondas, con lo psicológico, con lo reminiscente, con lo simbólico, con lo angustioso, un poco de índole existencialista.

No ha necesitado Yáñez una producción abundante, para ocupar el primer sitio en la novela —prefiero decir así a usar el pedante término de moda, la novelística— en México. Uno de los primeros sitios, en todo caso, en lo que llamamos "nuestra América". Yo no sé si los países mediterráneos, o los países escandinavos han hablado alguna vez de "nuestra Europa", refiriéndose a sus naturales conglomerados, productos de la geografía, de la afinidad de razas y de sus vinculaciones lingüísticas. Pero, en fin, el término me parece que fue inventado por José Martí, y hay que respetarlo.

Cuatro son las novelas que han hecho famoso el nombre de Agustín Yáñez. *Flor de juegos antiguos*, evocación de niñez, considerada como uno de sus libros más bellos; *Pasión y convalecencia*, que penetra en las sensaciones del enfermo en vía de reposición, cuya vida pende del amor de los unos, de la amistad de los otros, mientras en su imaginación repasa las interioridades de una vida, hasta que vuelve "el amanecer de la salud"; *Archipiélago de mujeres*, simbólico de los amores célebres de la historia y de la literatura, que no son sino el eterno amor humano, de una vida cualquiera, Jimena, Isolda, Melibea, Alda, enfocado todo con arte que se ha comparado con el de *La Porte Étroite*, de André Gide.

Y como el público que ha venido a saludar y oír a Agustín Yáñez, es en gran parte de estudiantes, título de que nos debemos envanecer todos, yo les recomendaría que para captar debidamente el *Archipiélago de mujeres*, leyeran antes el Romancero Castellano, La Celestina, la Novela de Tristán e Isolda, de José Bédier.

Réstame por citar la más famosa de sus novelas, *Al filo del agua*. Aquí transcribo un fragmento de Fernando Alegría, para no repetir malamente lo que el ilustre crítico sabe decir muy bien. "La novela de Yáñez es una evocación angustiosa y profunda de la vida en la provincia mexicana (oh Balzac) a fines del siglo XIX. Es una evocación provocada, dolorosa como un parto, y es al mismo tiempo una reencarnación del escritor en el alma oscura, supersticiosa, beata,

primitiva, enlutada de un pueblo espiritualmente condenado. Dentro de esa alma el escritor flota como un ojo submarino, pegado a la sustancia ambiente." Y agrega el crítico: "Retazos de almas en lírico desorden."

Sin desconocer su posición de primera línea en la narrativa americana, algunos críticos no dejan de señalar a la obra de *Al filo del agua*, secundarios defectos de superficie. Lo cual es garantía de éxito. Cuánto más apreciable esa clase de crítica ponderada, que los elogios monocordes tan de uso en nuestros países.

Pero me falta aludir al hombre de acción en el mundo cultural de México, y digo simplemente aludir porque la relación detenida de sus actividades excedería del tiempo calculado para esta circunstancia. El hombre de acción, por ejemplo, director de diversas publicaciones, que viaja con rango diplomático o sin él, a los más diversos países, siempre en plan de instrucción educativa; o el alto funcionario que crea, inventa, se mueve, reforma, enriquece, las zonas universitarias lo mismo que la escuela elemental. Ya desde las más altas posiciones del gobierno federal, ya como gobernador de su bien amado Estado de Jalisco.

Al mirar ese derrotero, se encuentran datos encantadores. Por ejemplo, la edición de 380 mil libros de texto, gratuitos, para la enseñanza primaria, cantidad que ha ido creciendo en cantidades astronómicas; y la erección de talleres, de teatros, de museos; y siempre el logro del aumento de subsidios para orquestas sinfónicas, lo mismo que para investigaciones y museos arqueológicos; no hay sector cultural a que no haya atendido nuestro insigne visitante.

Sea, pues, muy bien venido el Director de la Academia Mexicana, correspondiente de la Española, hermana un poco menor de nuestra Academia Colombiana, como que cumplirá su centenario el año que viene. Y quiero que la primera felicitación que le llegue, sea la nuestra, desde ahora, enviada por tan ilustre y grato conductor.

AGUSTÍN YÁÑEZ

Curriculum Vitae (hasta 1975)

Nacimiento: 4 de mayo de 1904, en Guadalajara, Jal.

Abuelos paternos: Leonides Yáñez y Tomasa Yáñez de Yáñez.

Abuelos maternos: Timoteo Delgadillo y Cenobia Placencia de Delgadillo.

Padres: Elpidio Yáñez y María Santos Delgadillo de Yáñez.

Esposa: Olivia Ramírez Ramos de Yáñez.

Hijos: Magdalena, Beatriz, Olivia, Miguel, María de los Ángeles y Gabriel.

Estudios: preescolares, primarios, preparatorios y profesionales de Derecho en la ciudad de Guadalajara; profesionales de Filosofía en la Universidad Nacional de México.

Práctica jurídica en el bufete de los licenciados Saturnino Coronado, Rodolfo Delgado y Manuel García Guzmán (1927-1929).

Recepción de licenciado en Derecho, en la Escuela de Jurisprudencia de Guadalajara, el 15 de octubre de 1929, con la tesis *Hacia un Derecho Internacional Americano*. Sinodales los licenciados Luis Robles Martínez, Director de la Escuela; Enrique Arreola, decano del Foro Jalisciense; Mariano Ramírez, Manuel García Guzmán y Rafael Ruiz Díaz, secretario de la Escuela.

Recepción de Maestro en Filosofía: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México, el 12 de septiembre de 1931, con la tesis *Don Justo Sierra: su vida, sus ideas y su obra*. Sinodales los doctores Samuel Ramos, Eduardo García Máynez, José Gaos, Julio Jiménez Rueda y Edmundo O'Gorman, quienes otorgaron la mención *Magna cum laude*.

SERVICIOS DOCENTES

Profesor de la Escuela Normal para Señoritas. Guadalajara, Jal. (1923-1929).

Profesor de la Escuela Preparatoria "José Paz Camacho". Guadalajara, Jal. (1926-1929).

Director de Educación Primaria en el Estado de Nayarit y primer Rector del Instituto del Estado de Nayarit (1930-1931).

Profesor de la Escuela Preparatoria de la Universidad de Guadalajara. (De septiembre de 1931 a enero de 1932).

Profesor de la Escuela Nacional Preparatoria (1932 a la fecha, con licencia).

Profesor del Colegio de la Paz "Vizcaínas" (1932-1934).

Profesor de Enseñanza Preparatoria y Secundaria en la Secretaría de Educación Pública (1936-1952).

Profesor de la Universidad Gabino Barreda (1934-1935).

Profesor fundador de la cátedra de Teoría Literaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México (1942 a la fecha, con licencia).
Profesor de la Universidad Femenina de México. Carrera de Letras (1946-1950).

Director del Seminario de Creación Literaria. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional (1959 a la fecha, con licencia).

Profesor de tiempo completo de la Universidad Nacional (mayo de 1959, con licencia a partir de 1962).

Cursos y conferencias en misión del Seminario de Cultura Mexicana en las principales poblaciones de la República.

Cursos regulares anuales en El Colegio Nacional.

OTROS SERVICIOS A LA EDUCACIÓN

Director de la Oficina de Radio de la Secretaría de Educación Pública (1932-1934).

Representante de la Universidad de Guadalajara ante la Universidad Nacional (1932-1934).

Académico de la Escuela Nacional Preparatoria (1933, 1934, 1938, 1943).

Jefe de Clases de Español y Literatura de la Nacional Preparatoria (1936-1952).

Representante de la Universidad Nacional al Congreso de Escuelas Preparatorias, reunido en Puebla (1940).

Consejero Universitario (1936-1937, 1938-1939, 1943-1944).

Miembro de la Comisión del H. Consejo Universitario que dictaminó sobre el proyecto de la actual Ley Orgánica de la Universidad y formuló el proyecto del Estatuto Universitario vigente (1944).

Presidente de la Comisión Editorial de la Universidad Nacional (1945-1947).

Coordinador de Humanidades y Presidente del Consejo Técnico de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Nacional (1945-1952).

Miembro de la Comisión Docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (1943-1952).

Vicepresidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Elegido en la asamblea de Albuquerque (septiembre de 1951).

Representante de las Universidades Nacional de México y de Guadalajara, así como del Gobierno del Estado de Jalisco, a diferentes Congresos, Conferencias y Mesas Redondas.

Enviado del Gobierno de México para entregar el acervo bibliográfico para la reconstrucción de la Biblioteca Nacional de Lima, Perú (1946).

Representante de la Universidad Nacional en misión de acercamiento con las Universidades y Centros de Cultura Superior de Centro y Sudamérica (1946-1947).

Asesor de la Delegación Mexicana a la Segunda Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —UNESCO— (1947).

Sinodal en los exámenes de candidatos al Servicio Exterior. Secretaría de Relaciones Exteriores.

Presidente del Centro Cultural Universitario Mexicano-Peruano (1947-1952).

Secretario del Comité del Centenario del nacimiento del Maestro Justo Sierra (1947-1952).

Miembro de la Delegación Mexicana al Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas, celebrado en Guatemala (septiembre de 1949).

Secretario General del Comité Organizador del IV Centenario de la Universidad de México (1951).

Vocal de la Comisión Nacional de los Libros y Cuadernos de Trabajo Gratuitos (1959-1964).

Miembro de la Comisión Dictaminadora del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional (1962-1964).

CARGOS, COMISIONES, DISTINCIONES Y ACTIVIDADES DIVERSAS

Jefe del Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (1934-1952).

Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco (1º de marzo de 1953 a 28 de febrero de 1959).

Consejero de la Presidencia de la República (marzo de 1959-septiembre de 1962).

Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Misión Especial, ante el Gobierno de la República Argentina (mayo de 1960).

Jefe de la Delegación Mexicana —con rango de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, en Misión Especial— ante la XI Asamblea General de la UNESCO en París (noviembre-diciembre de 1960).

Subsecretario de la Presidencia de la República (septiembre de 1962-noviembre de 1964).

Miembro de la comitiva del Presidente de México, licenciado Adolfo López Mateos, en la visita oficial a la India, Japón, Indonesia y Filipinas (septiembre-octubre de 1962).

Secretario de Educación Pública (a partir del 1º de diciembre de 1964).

Jefe de la Delegación Mexicana —electo vicepresidente— al Congreso Mundial de Ministros de Educación para la Liquidación del Analfabetismo (Teherán, Irán, septiembre de 1965).

Invitado oficial para visitar Italia, Israel y Checoslovaquia, para negociar con estos países su participación en la Olimpiada Cultural, a realizar en octubre de 1968 (septiembre de 1965).

Miembro de la comitiva del Presidente de México licenciado Gustavo Díaz Ordaz, en visita oficial a Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá (enero de 1966).

Jefe de la Delegación Mexicana a la Conferencia de Ministros de Educación y Ministros encargados del planteamiento económico en los países de América Latina y del Caribe. Buenos Aires, Argentina (junio de 1966).

Instaura el Servicio Nacional de Orientación y Formación Vocacionales —SNOV—, el 17 de octubre de 1966.

Representante presidencial en la conmemoración del centenario del Instituto de Aguascalientes (15 de enero de 1967).

Representante del Presidente de México para inaugurar el II Congreso Latinoamericano de Escritores y de la Comunidad Cultural Latinoamericana. México (15 de marzo de 1967).

Presidente de la Academia del Estudio de las Leyes y Reglamentos Concer-nientes a la Educación, de la Asociación Nacional de Abogados (abril de 1967).

Representante de los Tres Poderes de la Unión para pronunciar el discurso conmemorativo del Primer Centenario del Triunfo de la República y la entrega de la estatua del Presidente Juárez, en el Cerro de las Campanas (Querétaro, 15 de mayo de 1967).

Representante del Presidente de México para inaugurar la IV Conferencia Re-gional de Comisiones Nacionales de la UNESCO en el Hemisferio Occidental (12 de junio de 1967).

Representante del Presidente de México para inaugurar el IX Congreso de la Confederación de Educadores Americanos, México (13 de julio de 1967).

Representante del Presidente de la República en las Fiestas Patrias Mexica-nas de Los Ángeles, Calif. (septiembre de 1967).

Jefe de la Delegación Mexicana para intercambios culturales que visitó Fran-cia, Italia, Checoslovaquia y Canadá, cuyas principales actividades fueron: la inauguración de cursos en la Casa de México, de la Ciudad Universitaria de París (10 de octubre, 1967); la develación de la estatua del maestro Justo Sierra en la Plaza de la América Latina —Porte Champerret—, de París (12 de octubre); entrega del acervo especializado de libros al Instituto de Arqueología y Artes de la Universidad de París (13 de octubre); inauguración y participación en la Semana Cultural Mexicana en Roma, Italia (16 a 21 de octubre) y de las Jor-nadas Culturales Mexicanas en Praga, Checoslovaquia (23 a 27 de octubre); asistencia a la clausura del Pabellón Mexicano en la Expo 67 (Montreal, Canadá, el 27 de octubre, 1967).

Disertación sobre el Esplendor de las Culturas Indígenas de México, en el Campidoglio (Roma, 17 de octubre) y en la Universidad Carlos (Praga, 25 de octubre de 1967).

Orador en el acto conmemorativo, con asistencia del señor Presidente de la República, del Primer Centenario de la Ley del 2 de diciembre de 1867 (Au-ditorio del Instituto Politécnico Nacional, el 28 de noviembre de 1967).

Institución del Servicio Nacional de Enseñanza Secundaria por Televisión (1º de enero de 1968).

Representante del señor Presidente de la República en el acto conmemorativo del xxv aniversario de El Colegio Nacional (15 de mayo de 1968).

Inauguración de la Academia de Artes y reinstalación del Museo de Pintura Europea en el Palacio de Buenavista (12 de junio de 1968).

Inauguración del Primer Seminario sobre la Enseñanza Moderna de las Ma-temáticas, como paso ejemplar de la Reforma Educativa (2 de septiembre de 1968).

Presidente de la sesión plenaria del Consejo Nacional Técnico de la Educa-ción para realizar el Plan de la Reforma Educativa expuesto el 1º de septiembre, por el Primer Magistrado de la Nación (5 de septiembre de 1968).

Representante de los Tres Poderes de la Unión para pronunciar el discurso conmemorativo del aniversario de la Emancipación Nacional, frente a la Co-lumna de la Independencia (16 de septiembre de 1968).

Entrega, en conferencia de prensa, del Informe General de la Comisión Na-cional para el Planteamiento Integral de la Educación, instituida el 9 de julio de 1965 (Salón Bolívar de la SEP, el 30 de septiembre de 1968).

Inauguración de la Conferencia Internacional de Educación y Deporte, bajo

los auspicios de la UNESCO (Unidad Cultural de Chapultepec, el 7 de octubre de 1968).

Inauguración de la Exposición El Deporte en el Arte Clásico, ofrecida por el Gobierno de Italia, en ocasión de los XIX Juegos Olímpicos (Palacio de Bellas Artes, el 10 de octubre de 1968).

Inauguración de las Conferencias Nacionales sobre Formación Cívica y Educación de Adultos (Palacio de Bellas Artes, el 24 de febrero de 1969).

Representante del señor Presidente de la República, en el acto conmemorativo del aniversario de la República Española (Centro Republicano Español, el 20 de abril de 1969).

Inauguración del IV Congreso Nacional de Educación Normal (Auditorio de la Escuela Normal de Saltillo, Coah., el 28 de abril de 1969).

Representante del señor Presidente de la República en la celebración del cincuentenario de la muerte de Amado Nervo (Tepic, Nay., 24 de mayo de 1969).

Develación del busto de Juan Zorrilla de San Martín y dedicación de la Plaza Tabaré en la ciudad de México (16 de junio de 1969).

Presidente de la Octava Asamblea Plenaria del Consejo Nacional Técnico de la Educación, convocada para evaluar la marcha de la Reforma Educativa (Auditorio del Museo Nacional de Antropología, el 29 de julio de 1969).

Participación en la clausura del III Congreso Mundial de Orientación Vocacional (Auditorio de la UNAM, el 21 de agosto de 1969).

Representante del señor Presidente de la República en la celebración del primer centenario del nacimiento de don José María Pino Suárez (Tenosique, Tab., 8 de septiembre de 1969).

Inauguración del Coloquio Publicitario, convocado por el Instituto Mexicano de Estudios Publicitarios, con auspicio de la SEP (Auditorio del Museo Nacional de Antropología, el 22 de octubre de 1969).

Orador, en representación y con asistencia del señor Presidente de la República, en la Asamblea de la Cámara Nacional de la Industria de la Radio-difusión (28 de noviembre de 1969).

Proclamación del Año Internacional de la Educación (Mensaje emitido el 1º de enero de 1970).

Presidencia de la Reunión Nacional para el Examen del Desarrollo de la Alfabetización en el periodo 1965-1969 (Centro Experimental de Educación Audiovisual, el 14 de enero de 1970.)

Develación de la estatua de Gandhi (Bosque de Chapultepec, el 24 de febrero de 1970).

Inauguración del Primer Congreso Nacional de Profesores de Matemáticas (Auditorio de la Escuela Normal, Toluca, México, el 25 de febrero de 1970).

Inauguración del Centro Regional de Enseñanza Técnica Industrial y de la Primera Conferencia de Directores de Escuelas Tecnológicas (Auditorio del CERETI en Guadalajara, Jal., el 28 de febrero de 1970).

Representante del señor Presidente de la República en el aniversario del Plan de Guadalupe (Hacienda de Guadalupe, el 26 de marzo de 1970).

Jefe de la Delegación Mexicana y luego Presidente, designado por aclamación, de la Reunión Extraordinaria, a nivel ministerial, del Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura, de la Organización de los Estados Americanos (sede de la OEA, Washington, D. C., del 7 al 11 de abril de 1970).

Inauguración de la Escuela de Comunicación Educativa (Centro Experimental de Educación Audiovisual, el 29 de abril de 1970).

Mensaje al Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores, celebrado en Caracas, Venezuela (julio de 1970).

Doctor honoris causa de la Universidad de las Américas, 15 de julio de 1970.

Recibe Plenos Poderes del señor Presidente de la República para firmar Convenios Culturales con Francia y Polonia, y para el Intercambio de Instrumentos de Ratificación del Convenio Cultural con Italia, actos que se celebraron el 17 de julio en el Quai D'Orsay, sede del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia; el 23 de julio en el Ministerio de Cultura y Arte de Polonia; el 31 de julio en el Palacio Farnesina, sede del Ministerio de Negocios Extranjeros de Italia.

En solemne ceremonia, celebrada en el Palacio Braschi, el Gobierno de Italia y la Comuna de Roma rinde homenaje y entrega los restos del gran historiador mexicano Francisco Xavier Clavijero (3 de agosto de 1970), que al día siguiente son trasladados a México.

En avión oficial de México llega con los restos de Clavijero al puerto de Veracruz (5 de agosto de 1970), que ese día reciben sendos homenajes en el Salón de Cabildos de la ciudad; en el recinto del Congreso y en el de la Universidad Veracruzana, en la ciudad de Jalapa; en el Palacio de Gobierno de la ciudad de Puebla, edificio que ocupó el Colegio donde Clavijero hizo estudios; finalmente los restos llegaron al Museo Nacional de Antropología, donde fueron velados por nutridas representaciones culturales.

A nombre del Gobierno de la República pronuncia el panegírico de Clavijero al ser reinhumados sus restos en la Rotonda de los Hombres Ilustres (Panteón de Dolores, 6 de agosto de 1970).

Representante del señor Presidente de la República a las Fiestas Patrias organizadas por la colonia mexicana en la ciudad de Chicago, Ill. (septiembre de 1970).

Inaugura la Segunda Conferencia de Educación (Palacio de Bellas Artes, el 5 de octubre de 1970).

Inaugura la Biblioteca de la Casa de Cultura Americana en Acapulco, Gro. (12 de octubre de 1970).

Inaugura el Primer Seminario Panamericano sobre Educación y Bienestar del Niño, preparado por la Organización Mundial de la Educación Preescolar (Auditorio del Instituto Mexicano del Seguro Social, San Jerónimo Lídice, 19 de octubre de 1970).

En unión del doctor Galo Plaza, Director de la Organización de los Estados Americanos, preside la Mesa Redonda de Información sobre Programas de Educación, Ciencia y Tecnología (Auditorio del Museo Nacional de Antropología, el 20 de octubre de 1970).

Representante del señor Presidente de México —con rango de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, en Misión Especial— a la transmisión de Poderes en la República de Chile (3 de noviembre de 1970).

Diversas inauguraciones, entre las que destacan la Sala del Arte Universal en el Museo de las Culturas; el nuevo edificio y los estudios de la Dirección de Educación Audiovisual (noviembre de 1970).

Contestación al discurso de ingreso, como Miembro Titular de El Colegio de México, del doctor Miguel León-Portilla (23 de marzo, 1971).

Discurso de clausura de la Semana Nacional de Homenaje a Ramón López Velarde (Zacatecas, 4 de abril, 1971).

Por unanimidad es electo Miembro de la *Academie du Monde Latin* (París, 30 de abril, 1971).

Antonio López de Santa-Anna, espectro de una sociedad: curso regular en El Colegio Nacional: 10 conferencias (Aula Magna, septiembre-octubre).

Cursos breves, conferencias, mesas redondas en Mazatlán, Tampico, San Luis Potosí, Zacatecas, Temisco, Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal las Casas, Tapachula, Tijuana, Ensenada.

Juárez y la razón histórica de México: contribución al centenario de la muerte del Presidente Juárez (Aula Magna de El Colegio Nacional, 3 de julio, 1972).

Antonio López de Santa-Anna, espectro de una sociedad: 2ª y última parte (Aula Magna de El Colegio Nacional, septiembre, octubre y noviembre, 1972).

Teoría literaria, curso intensivo de 6 exposiciones y otras tantas reuniones con el Seminario de Creación Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara (junio 5 a 10, 1972).

Mexicanidad esencial de Benito Juárez, en la Mesa Redonda Panamericana, en cooperación con la Universidad Veracruzana. Teatro Clavijero, Jalapa, Ver. (julio de 1972).

Grandeza de Juárez. Transmisión por TV desde el recinto de Juárez en el Palacio Nacional (16 de julio, 1972).

Importancia, caracteres y deberes de las generaciones. Exposición en el aniversario de la Generación de Abogados "Agustín Yáñez", de la Universidad de Guadalajara (10 de febrero, 1972).

Cursos breves, conferencias, mesas redondas en Mazatlán, Veracruz, Tehuacán, Plaza Santa María B. C., León, Tepatitlán, etc. Entrevistas de prensa, radio y televisión, especialmente sobre temas de la naturaleza y formas de la cultura mexicana.

Electo director de la Academia Mexicana (12 de enero, 1973), toma posesión del cargo el 26 del mismo mes.

El oficio de escribir (antología y autocrítica). Coursillo en la Casa de la Cultura Jalisciense, bajo los auspicios de El Colegio Nacional y el Departamento de Bellas Artes del Gobierno de Jalisco (6, 7 y 8 de febrero de 1973).

Derecho y lenguaje. Conferencia en la Casa de la Cultura Jalisciense (9 de febrero de 1973).

Inaugura en Madrid, España, por invitación del Instituto de Cultura Hispánica y en el aula mayor de la institución, el curso *La literatura hispanoamericana comentada por sus autores* (10, 11 y 13 de abril, 1973). Hizo la presentación el poeta Luis Rosales, de la Real Academia Española y director de actividades culturales del Instituto de Cultura Hispánica. Prosiguieron de inmediato el curso, Jorge Luis Borges (argentino) y Juan Carlos Onetti (uruguayo).

Conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (11 de abril), en el aula Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca (12 de abril), en el Ateneo Barcelonés, Barcelona —esta vez presentado por Guillermo Díaz-Plaja, de la Real Academia Española (26 de abril).

Es recibido por la Real Academia Española y saludado en cordiales términos por el Director don Dámaso Alonso (sesión del 5 de abril). La Corporación le ofrece una comida (10 de abril).

La estancia en España motivó múltiples conferencias de prensa, entrevistas,

actuaciones en televisión y radio, reportajes y comentarios. Algunos de los discursos pronunciados se recogen en este volumen.

Misión de acercamiento e intercambio intelectual en Santiago de Compostela, Toledo, Ávila y Sevilla.

Con igual propósito, viaje a Francia e Italia (abril, mayo 1973). Se anticiparon invitaciones institucionales para concurrir a la conmemoración centenaria de la Academia Mexicana en septiembre de 1975 y se hizo profusa distribución de la convocatoria al Concurso Literario relativo.

A iniciativa y organizada por la Academia Mexicana, con los auspicios de Televisa, se inició en México la serie de programas intitulada *Encuentros*, con el tema: *El idioma español* (9 y 16 de junio, 1973). El resumen de tales conversaciones académicas fue insertado, con el título *El idioma español-Encuentro en México*, en la *Memoria de El Colegio Nacional*, t. VII, N° 4, Año de 1973, México.

Presidencia de la sesión solemne de la Academia Mexicana y salutación a los colegas académicos que participaron en el referido *Encuentro* (15 de junio, 1973).

Presentación del doctor Dámaso Alonso, director de la Real Academia Española, como profesor huésped, en el Aula Magna de El Colegio Nacional (18 de junio, 1973).

Participación en los programas *Encuentro*, por televisión, acerca de la Novela Hispanoamericana (4 y 11 de agosto, 1973).

Años de aprendizaje. Curso de diez conferencias en El Colegio Nacional (agosto y septiembre, 1973).

Corrientes culturales del exterior y su influencia en la sociedad novohispana. Conferencia en el auditorio del Banco Nacional de México (23 de octubre, 1973).

Veracruz y la cultura nacional. Intervención en la solemne sesión extraordinaria de la Academia Mexicana, celebrada en la ciudad de Veracruz, para honrar la memoria de académicos veracruzanos (25 de agosto, 1973).

Participante, invitado de honor, en el Tercer Congreso Continental de la Nueva Narrativa Hispanoamericana. Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook (25 a 28 de octubre, 1973).

Conferencias y diálogos en la Escuela de Graduados de New York University y en la librería Las Américas (29 y 30 de octubre, 1973).

Premio Nacional de Letras 1973, conferido por el Presidente de la República (22 de noviembre, 1973). El discurso relativo se publica en este volumen.

Discurso oficial en la ceremonia organizada por la Asociación de Profesionistas del Estado de México, bajo los auspicios del Gobierno de la entidad, para entregar condecoraciones a los doctores Gustavo Baz, Maximiliano Ruiz Castañeda y a los maestros José Pichardo y Enrique Batiz, en el auditorio de la Universidad. Toluca, Méx. (30 de noviembre, 1973).

Recepción ofrecida por la Editorial Joaquín Mortiz con motivo de la aparición de la novela *Las vueltas del tiempo* (3 de diciembre, 1973).

Abundantes conferencias de prensa, entrevistas, reportajes, presentaciones en televisión y radio, con motivo de haber sido electo director de la Academia Mexicana, de conferírsele el Premio Nacional y de publicar *Las vueltas del tiempo*.

Homenaje al maestro Alfonso Caso. Discurso en representación de El Colegio Nacional en la solemne reinhumación de sus restos en la Rotonda de los Homres Ilustres (7 de enero, 1974).

En compañía del Presidente de la República coloca ofrenda floral y hace última guardia, como director de la Academia Mexicana, en el Salón de Cabildos de la ciudad de México, ante los restos del académico Salvador Novo (14 de enero, 1974).

Da posesión a don Miguel Alemán, electo Tesorero de la Academia Mexicana, por fallecimiento de don Luis Garrido. Se presenta el anteproyecto para celebrar el primer centenario de la Corporación (25 de enero, 1974).

Viaje a la República Dominicana, invitado por la Organización de los Estados Americanos para participar en la Mesa Redonda sobre *Política cultural*, dentro de la tercera reunión del CIECC, a nivel ministerial, alternando Julián Marías (español), Pedro Calmón (brasileño) y Robert Davis (norteamericano), con asistencia de diez ministros de Educación y Cultura y varios viceministros del continente americano; a la exposición, prosiguió prolongado debate (29 de enero, 1974). Entrevista con los directivos de la Academia Dominicana para invitar a los actos conmemorativos del centenario de la Academia Mexicana.

Viaje a Puerto Rico. Recepción ofrecida por el Consulado de México a directivos y miembros de las Academias de la Lengua, de Historia y de Ciencias y Artes Puertorriqueñas (30 de enero, 1974). Visita a los Institutos de la Cultura Puertorriqueña, de Lexicografía y a la Universidad, en Río Piedras (31 de enero). Recepción ofrecida por las Academias de la Lengua, de la Historia y de Ciencias y Artes, que lo designan miembro correspondiente de cada una. Por la noche, conferencia en el Ateneo Puertorriqueño sobre *Naturaleza y formas de la cultura hispanoamericana* (1º de febrero, 1974).

Programa televisado nacionalmente (Canal 2 de México) sobre las intenciones y estructuras de la reciente novela *Las vueltas del tiempo* (7 de febrero).

Cultura y derecho. Exposición en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Guadalajara (11 de febrero).

Contestación al discurso de ingreso del doctor Ernesto Ramos Meza como miembro correspondiente de la Academia Mexicana (22 de marzo, 1974).

Ofrecimiento del desayuno a los huéspedes extranjeros que concurren al homenaje a León Felipe, coorganizado por la Academia Mexicana. Museo de Antropología (11 de abril, 1974). Estas palabras fueron contestadas por el novelista español Camilo José Cela.

Oración fúnebre, a nombre de la Academia Mexicana, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, al ser inhumado el académico Jaime Torres Bodet (14 de mayo, 1974).

Invitado de honor al Cuarto Congreso Continental de la Nueva Narrativa Hispanoamericana, cuyo acto principal fue la mesa redonda sobre *La evolución del lenguaje en la nueva narrativa hispanoamericana*, alternando con Mario Vargas Llosa, Fernando Alegría, Mario Benedetti, Enrique Edwards y otros novelistas, con Zunilda Gertel como moderadora. Cali, Colombia, Universidad del Valle (14 a 17 de agosto, 1974).

Recepción en sesión solemne de la Academia Colombiana, bajo la dirección de don Eduardo Guzmán Esponda, quien presentó al huésped; éste, tras expresar públicamente la invitación para que la Academia Colombiana, primera en el continente, concurra al centenario de la Mexicana, desarrolló el tema: *Defensa del idioma*. Nutrido número de académicos y selecta concurrencia llenó el auditorio de la Corporación. Bogotá, Colombia (19 de agosto).

Visita al Instituto Caro y Cuervo, guiada por su director don José Rivas Sacconi. Yerbabuena, Colombia (20 de agosto).

Las Casas en Chiapas. Exposición leída, y diversas participaciones en el Simposio Internacional celebrado en la ciudad de San Cristóbal Las Casas, Chiapas, para conmemorar el quinto centenario del nacimiento de Fray Bartolomé, con asistencia de muy destacados lascasistas de todo el mundo (26 a 28 de agosto).

Las Casas y las ideas de libertad. Conferencia en el Palacio Municipal de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas (28 de agosto).

Actualidad de Bartolomé de Las Casas. Participación en el segundo de los Encuentros organizados por Fomento Cultural Banamex, bajo el patrocinio de la Universidad Nacional y del Instituto de Cultura Hispánica. Palacio de Iturbide, ciudad de México (29 de agosto).

El proceso creador, curso en El Colegio Nacional: diez conferencias (10 de agosto a 11 de septiembre).

Quinta Asamblea Nacional de Corresponsalías del Seminario de Cultura Mexicana: presidente de la primera comisión, que versó sobre *Problemas culturales*; y diversas intervenciones en el curso de la reunión. Ensenada, B. C. (28 a 31 de octubre).

Valores y bienes de la cultura mexicana. Conferencia seguida de prolongado diálogo en el Centro de Enseñanza Técnica y Superior. Tijuana, B. C. (19 de noviembre).

Sesión extraordinaria, solemne, de la Academia Mexicana, con asistencia del Presidente de la República, para honrar la memoria de académicos oriundos del Estado de México. Aula magna de la Universidad, Toluca, Méx. (17 de enero 1975).

Participación en la jornada cultural organizada por la Generación de Abogados 1958/63 de la Universidad de Guadalajara (10 de febrero).

Participación en el ciclo: *Lectura y conversaciones con escritores mexicanos*, del Instituto Cultural Alemán Goethe (27 de febrero).

Invitado de honor al XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, que se reúne por primera vez en España; iniciado en la Universidad de Alcalá de Henares, prosigue en las Universidades de Madrid y Sevilla, y se termina en Huelva (20 a 26 de marzo). Discurso de clausura que con el título *Plus Ultra-Discurso de Huelva* integra el volumen 15 de las *Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana* — México, 1975. Entrevistas de prensa, televisión y radio. Visitas a Segovia, Burgos, León y Valladolid. Viajes a Grecia e Italia (11 a 22 de abril). Concurrencia a la conmemoración aniversaria de la muerte de Cervantes en el templo de las Trinitarias (23 de abril) y a la sesión de la Real Academia Española, donde se reitera y precisa la invitación a los actos del centenario de la Academia Mexicana (24 de abril).

Indigenismo en México. Exposición en el acto final del Seminario sobre Indigenismo Americano. Auditorio del Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, (27 de abril).

Cena ofrecida por el Presidente y el Director del Instituto de Cultura Hispánica (28 de abril).

Es electo por unanimidad Miembro Correspondiente de la Academia Argentina de Letras (12 de junio).

Contestación al discurso de ingreso de la doctora María del Carmen Millán como Miembro de Número de la Academia Mexicana (13 de junio).

La ladera dorada. Curso en El Colegio Nacional. Siete lecturas comentadas de un libro en preparación (23 de junio a 14 de julio).

Dirige los actos conmemorativos del primer centenario de la Academia Mexicana (11 a 15 de septiembre). La reseña, los discursos y el desarrollo del *Coloquio sobre la lengua española en el mundo contemporáneo* integrarán el volumen XXIII de las *Memorias de la Academia Mexicana* y el XIV de las *Ediciones del Centenario*.

La Madre Matiana y yo. Charla en la Sociedad de Residentes de Medicina Familiar del Distrito Federal. Auditorio de la Unidad de Congresos del Centro Médico, México (16 de octubre).

Invitado de honor al Congreso de Escritores Hispanos. Universidad de California, Los Ángeles. Participación en la Mesa Redonda del Congreso, y tres conversaciones con estudiantes del Departamento de Español, y conferencias en Claremont College y Occidental College, Los Ángeles, Cal. (1º a 5 de noviembre).

Colaboración semanal en el diario *Excelsior*, hasta abril de 1975.

PRINCIPALES REALIZACIONES EDUCATIVAS EN EL GOBIERNO DE JALISCO (1953/1959)

Construcción de nuevos edificios, debidamente equipados, para las Escuelas Normal, Politécnica, de Odontología, de Economía, de Enfermería, nueva Biblioteca Pública del Estado, Casa de la Cultura Jalisciense, Museo de Arqueología del Occidente de México.

81 centros escolares en los municipios; 129 escuelas rurales y un total de 825 aulas nuevas. Dotación de 31 mil 347 piezas de mobiliario escolar.

Duplicación del presupuesto destinado a educación y cultura, hasta exceder la tercera parte del gasto público. Esto hizo posible: duplicar los emolumentos del magisterio; aumentar 500 plazas más para maestros de primaria dependientes del gobierno estatal, y acrecentar el número de planteles oficiales —federales o estatales— en 209 más.

Edición de 380 mil libros de texto, gratuitos, para la enseñanza primaria.

Creación de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Escuela de Trabajo Social, y de las preparatorias de Ciudad Guzmán y Lagos de Moreno, Jal.

Entrega a la Universidad de cinco edificios nuevos y dos adaptados; incremento de 112.5 por ciento del presupuesto estatal para la Universidad; terminación de la estructura, con revestimiento exterior, del nuevo Hospital-Escuela y de la Escuela Rural de Medicina.

Erección del Museo-Taller de Alfarería en Tlaquepaque y de los museos regionales de Ciudad Guzmán y Lagos de Moreno.

Construcción de dos teatros al aire libre en Guadalajara: uno adyacente a la nueva Normal, otro en el Parque Aguazul, y de la biblioteca y auditorio de Sayula.

Aumento de la cuantía y de las ramas del premio anual para el fomento de las Ciencias, las Letras y las Artes, así como de las condecoraciones a ciudadanos distinguidos.

Multiplicación de fuentes, monumentos, estatuas e inscripciones conmemorativas y en honor de próceres.

Celebración de tres ferias y de concursos anuales con estímulos a trabajos culturales, exposiciones, conciertos.

Aumento de subsidio a la Orquesta Sinfónica de Guadalajara y dotación completa de instrumental nuevo a la Banda del Estado.

Fomento del arte popular y de las artesanías regionales.

Creación, por ley, de la Casa de la Cultura Jalisciense y del Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, una de cuyas principales atribuciones es la de conservar y enriquecer el patrimonio cultural de la entidad.

Subsidios especiales para exploraciones arqueológicas en el Estado; reconstrucción de la cúpula y salvación de la obra mural de José Clemente Orozco, en el Hospicio Cabañas; creación de la biblioteca infantil dentro de la nueva Biblioteca Pública del Estado, y dotación de libros a bibliotecas oficiales y de instituciones privadas; publicación de libros, revistas, folletos, series bibliográficas, e iniciación de la Bibliografía de Jalisco.

Donación de terrenos para la construcción del estadio de fútbol.

Aplicación de métodos científicos a la planeación integral del Estado y a la elaboración de programas de desarrollo regional.

Subsidios y diversos estímulos a los grupos culturales de los municipios, en donde bajo los auspicios del Gobierno se realizaron giras de la Orquesta Sinfónica de Guadalajara, de la Banda del Estado, de grupos dramáticos; exposiciones y conferencias.

Cf.: *Informes de Gobierno 1954-1959; Discursos por Jalisco*, Ed. Porrúa, México, 1958; *Nueva imagen de Jalisco y Noticia de Jalisco*, Guadalajara, 1959.

REALIZACIONES PRINCIPALES EN LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA (1964-1970)

Acceso de 12 millones de mexicanos —la cuarta parte de la población— a diversos niveles escolares.

Creación del Servicio Nacional de Orientación Vocacional e intensas campañas publicitarias para despertar el interés público escolar y, sobre todo, extraescolar, por este asunto básico de la educación y del aprovechamiento de los recursos humanos del país.

Enfoque intensivo de la campaña de alfabetización, entendida como instrumento condicionante del desarrollo nacional, con acopio de recursos y técnicas modernos (radio y televisión) cuyo resultado, conforme a datos oficiales de la Dirección General de Estadística, relativos al Censo de 1970, la población de diez años y más es alfabetizada en 76.2 por ciento, frente al 66.5 por ciento registrado en 1960: esto es, un aumento de cerca del 10 por ciento.

Adopción de métodos modernos para la educación de adultos, especialmente los cursos de Radioprimaria, en consecución del alfabetismo.

Acción persistente para simplificar el desarrollo de programas, a efecto de insistir en las nociones básicas, imprescindibles, y acostumbrar a distinguirlas, mentalmente, con hábito de formación arquitectónica, esto es: con espíritu de sistema, desde la primaria, de las nociones secundarias y de las meramente informativas, estimando que el orden de magnitudes y preferencias es, en sí, factor educativo.

Relevancia dada tenazmente a la *motivación* como fuerza motriz de la enseñanza y la educación en sus distintos niveles.

Implantación de las técnicas intituladas *Aprender haciendo*, en primaria y

Enseñar produciendo, en secundaria, con designio de acostumbrar a razonar, entender, saber aprender, a valorar, a practicar las nociones teóricas impartidas y a usar las herramientas fundamentales de trabajo; esto es: a liquidar el verbalismo, a desarrollar equilibradamente las facultades del educando y a orientar la educación al trabajo productivo, sobre formación humanística. Suma preocupación fue armonizar en la educación las humanidades, la ciencia y la tecnología. (Cf. los seis volúmenes, para cada uno de los grados primarios, de las *Guías del Maestro* para emplear la técnica de *Aprender haciendo*, editados por la Comisión Nacional de los Textos Gratuitos.)

Planeación integral de la educación, con previsiones a 1970 y 1980.

Incremento de 822 jardines de niños, 3 766 educadoras y 126 590 alumnos, o sea el 40 por ciento respecto a 1964.

Conforme al principio de que ningún mexicano trasponga la edad escolar sin haber aprendido a leer y a escribir en la escuela, se incrementó la enseñanza primaria federal con 7 034 escuelas, 49 128 nuevas plazas de maestros y 2 y medio millones de alumnos, cifras que superan en conjunto las de administraciones anteriores y las previsiones del Plan de Once Años, que para 1970 estimó 7 millones de alumnos primarios y ahora llegan a 9 millones, o sea el 18.52 por ciento respecto a 1964.

Modificación de los sistemas de pruebas escolares uniformes, para evaluar el aprovechamiento en el ciclo primario.

Institución, en sitios geográficamente adecuados, de escuelas de concentración, auxiliadas por aulas móviles —*diseñadas y puestas en servicio durante el sexenio*—, con recursos asistenciales, para resolver el problema de 50 mil centros de población, en el país, con cien habitantes, donde no es posible mantener escuelas, sino concentrar a los educandos. Además, las aulas móviles cumplen tareas de alfabetización y desarrollo de las comunidades, por lo menos en cuatro sitios diarios; su proyecto funcional mereció minuciosos estudios y fue objeto de Premio Internacional concedido por la UNESCO en 1970.

Desarrollo espectacular de la enseñanza media, como resultado de la expansión de la enseñanza primaria y de la eficacia cualitativa lograda en el sexenio: de 2 783 planteles, 41 562 maestros y 607 623 alumnos en 1964, se pasó en 1970 a 4 379 escuelas, 78 387 maestros, 1 192 153 alumnos, o sea la duplicación superada: 107 por ciento de nuevos establecimientos y 144 por ciento de población escolar.

Unificación de los planes de estudios de las escuelas secundarias generales y técnicas, con objeto de dar fluidez a la movilidad vocacional.

Incremento del segundo ciclo de la enseñanza media —preparatoria o vocacional— de 692 escuelas, 16 460 maestros, 17 165 alumnos en 1964, a 1 009 escuelas, 29 494 maestros, 310 435 alumnos en 1970, cifras superiores al 77 por ciento.

Modificación de los planes y programas de la enseñanza normal, con aumento de un año de estudios —previo a la institución del bachillerato—, como medida substantiva de la reforma educacional, que comprendió la separación del ciclo secundario del profesional.

Impulso considerable de la enseñanza técnica e inserción de materias humanísticas en sus planes y programas. Fueron creadas 125 escuelas técnicas de nivel medio, de las cuales el 50 por ciento tienen carácter de agropecuarias, por la preferencia de sus tecnologías en regiones campesinas en donde funcionan. Se

construyeron, equiparon y fueron puestos en servicio 8 nuevos Institutos Tecnológicos Regionales en Morelia, Torreón, Querétaro, Aguascalientes, Oaxaca, Juchitán, Culiacán y San Luis Potosí, además del Centro Regional de Enseñanza Técnica Industrial (CERETI) en Guadalajara con cooperación de UNESCO, y el Centro Mexicano-Alemán, con cooperación del Gobierno de la República Federal Alemana. Quedaron proyectados, en marcha, los Institutos Tecnológicos de Puebla y León.

Reforma de los planes y programas de las preparatorias técnicas —vocacionales— para crear en ellas carreras de nivel medio, cuyos estudios redunden en créditos escolares para proseguir carreras profesionales.

Desarrollo del Instituto Politécnico Nacional, cuya población escolar era en 1964 de 34 770 alumnos, en 1970 es de 76 719 (excluidos 12 900 de las escuelas secundarias —prevocacionales—, que pasaron a depender de la Dirección de Enseñanzas Tecnológicas). El presupuesto del IPN pasó de 185 a 415 millones de pesos. Entre las nuevas instalaciones del IPN merece destacarse la del Planetario.

Unificación del Calendario Escolar en toda la República.

Incremento de los medios audiovisuales en todos los grados de la enseñanza, con ampliación de locales, equipos y servicios. Proyectos con especificaciones minuciosas para establecer la red de radio y televisión educativa, cuya central será la nueva planta del Canal 11 de televisión que quedó instalada y funcionando en el cerro del Chiquihuite, a inmediaciones de Zacatenco, así como la estación de radio que fue adquirida y se usa con carácter experimental, en espera de su instalación definitiva. Respondiendo a necesidades ingentes, previa radical evaluación en circuito cerrado, se difunden cursos de alfabetización por 200 estaciones de radio y 15 de televisión, mismas que transmiten los tres cursos de secundaria, con inscripción de 49 622 personas, en 1 163 teleaulas controladas dentro de 7 entidades federativas, más los alumnos libres con derecho a exámenes a título de suficiencia. Quedaron evaluados, grabados y en circulación los cursos radiofónicos para educación de adultos —complementarios de la educación primaria y sobre tecnologías, especialmente agropecuarias—; múltiples cortos cinematográficos de difusión cultural cuya exhibición ha constituido éxito permanente nacional e internacional.

Construcciones escolares: 45 618 aulas; 929 laboratorios, 1 973 talleres y 7 923 anexos debidamente equipados.

Edición y distribución de 291 103 230 libros de texto y cuadernos de trabajo gratuitos para la enseñanza primaria; 5 600 000 manuales de alfabetización; un millón de textos para recién alfabetizados y educación de adultos; 600 000 *Guías para el maestro* de la técnica *Aprender Haciendo*; 4 500 textos de primaria impresos en el sistema *Braille*, para invidentes. Se construyó nuevo edificio, se ampliaron los almacenes y se instaló moderna maquinaria en la Comisión Nacional de los Textos Gratuitos.

La labor editorial de la SEP en el sexenio sobrepasa cifras acumuladas en el curso de medio siglo. Aparte las que arriba se registran, deben anotarse 262 títulos de la serie *Cuadernos de lectura popular* con 2 millones 68 mil ejemplares; 21 títulos de *Pensamiento de América*, con 66 mil ejemplares; 3 millones 260 mil textos editados por el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio; un millón del Instituto Nacional de la Juventud; las copiosas ediciones de los Institutos Nacionales de Bellas Artes y de Antropología e Historia, del Consejo Nacional Técnico de la Educación y de otras dependencias de la Secretaría;

las revistas *El Maestro*, *Aliento*, *El Libro y el Pueblo*, *Revista de Bellas Artes*, el *Boletín* y los *Anales* del Instituto Nacional de Antropología e Historia, etc., lo cual asciende a 291 millones de libros y folletos. (Cf. *La Educación Pública en México —1964/1970—*, pp. 161 y ss.)

Expedición de la Ley que creó la Academia de Artes.

Reforma de la Ley del Premio Nacional de Ciencias, Letras y Artes, que diversificó las asignaciones y elevó de 20 mil a 300 mil pesos las recompensas anuales.

Aprobación de la Ley Federal del Patrimonio Cultural. Tratados bilaterales con los Estados Unidos y Japón, para reintegrar bienes culturales ilegalmente sustraídos.

Otorgamiento del *Premio Benito Juárez* en 1967 a tres eminentes iberoamericanos, con cuantía de \$ 300 000.00.

Creación de múltiples premios para fomento cultural a cargo de personas e instituciones privadas.

Fundación del Museo de las Culturas en el antiguo edificio del Museo de la Moneda; acondicionamiento del Palacio de Buenavista para reinstalar el Museo de San Carlos y la Academia de Artes; instalación de los museos de Tehuacán, Pue.; del Recuerdo, en la sede de la Academia de la Lengua; de Tepic, Nay.; de Guelatao, Oaxaca; y de Pachuca, Hgo.; restauración, entre otros muchos monumentos, del Convento de la Merced, que da sitio a la Hemeroteca Nacional del siglo XIX; vasto programa de exploraciones arqueológicas, en el que sobresalen las de Cholula-Puebla; Malpaso, Chiapas; Itzmal, Yucatán, zona sur de Quintana Roo y las determinadas por la construcción del Metro en la capital de la República; localización de los restos del Padre Kino, en Magdalena, Sonora y del Padre Clavijero, en Bolonia, Italia; recuperación de importante monumento maya que había sido llevado a Nueva York y quedó reconstruido en el Museo de Arqueología; cesión del Palacio de Cortés, en Cuernavaca; creación del Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio Cultural, con cooperación de la UNESCO; participación en las exposiciones de Nueva York, Montreal, Roma, Praga, Osaka, Los Ángeles y San Diego.

CONFERENCIAS EN EL EXTRANJERO

Ha dictado conferencias en la Universidad Central de Caracas, Venezuela; el Ateneo Nacional de Montevideo, Uruguay; la Universidad Mayor de San Marcos, Lima, Perú; la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, Ecuador, durante la gira de intercambio cultural por Centro y Sudamérica (octubre, noviembre y diciembre de 1946).

Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos, Guatemala; Facultad de Derecho de la Universidad de Honduras; Ateneo de Managua y Universidad de León, Nicaragua; Teatro Nacional de San José, Costa Rica, entrevista televisada con universitarios y escritores de Panamá. Misión del Seminario de Cultura Mexicana por países de Centro América (enero de 1963).

Profesor huésped de la *Hackett Lectura 1973*, en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas, Austin, Texas (octubre de 1963).

Salón de conferencias de la Embajada de México en Tokio, Japón; Sociedad Cervantina de Manila, Universidad de Filipinas, y Asociación Colombina, también de Manila, Filipinas; Academia de Letras, Nueva Delhi, India. Gira de

intercambio cultural por países asiáticos con motivo del IV Centenario de la Expedición de Miguel López de Legazpi y Gorrochategui a las Islas Filipinas (septiembre de 1964).

Protomoteca del Capitolio, en Roma, y Universidad Carlos en Praga (octubre de 1967).

Asociación de Maestros Polacos, Grupo de activistas culturales y Conferencia de Prensa a la que concurrieron doscientos periodistas llegados de todo el país (Varsovia, julio de 1970).

INSTITUCIONES NACIONALES A QUE PERTENECE

Miembro Titular del Seminario de Cultura Mexicana, desde 1949, y presidente de la institución durante tres periodos consecutivos; 1949 a 1951.

Individuo de Número de la Academia Mexicana de la Lengua. Elegido el 4 de febrero de 1952. Director a partir de 1973.

Miembro Titular de El Colegio Nacional. Elegido el 8 de julio de 1952.

CONDECORACIONES

Oficial de la Legión de Honor de la República Francesa, otorgada el 24 de agosto de 1954; elevado al rango de Comendador, el 26 de agosto de 1969.

Gran Cruz de la Orden al Mérito de la República Italiana, otorgada el 18 de mayo de 1965.

Gran Cruz de la Orden del Sol de Perú, otorgada el 15 de octubre de 1965.

Gran Cruz de la Corona de Bélgica, otorgada el 20 de octubre de 1965.

Gran Cruz de la Orden de Francisco Morazán, de la República de Honduras, otorgada el 8 de enero de 1966.

Gran Cruz de la Orden de José Matías Delgado, de la República de El Salvador, otorgada el 12 de enero de 1966.

Comendador y Caballero, Gran Cruz de la Orden de Vasco Núñez de Balboa, de la República de Panamá, otorgada el 27 de enero de 1966.

Cruz de Comendador, con Estrella, de la Orden de Polonia Restituta, de la República Popular de Polonia, otorgada el 30 de mayo de 1966.

Gran Cruz de la Orden de Rubén Darío, de la República de Nicaragua, otorgada el 12 de julio de 1966.

Gran Cruz de la Orden al Mérito, de la República Federal de Alemania, otorgada en julio de 1966.

Medalla de oro de la Asociación Checoslovaca de Relaciones Internacionales, de la República de Checoslovaquia, otorgada el 24 de octubre de 1967.

Orden del Honor Docente, conferida por la Asociación Nacional de Abogados, el Ilustre y Nacional Colegio de Abogados, la Barra de Abogados, el Foro de México, la Asociación Nacional de Funcionarios Judiciales y el Instituto Mexicano de Cultura, 12 de julio de 1968.

Gran Cruz de la Orden del Libertador Simón Bolívar, de la República de Venezuela, otorgada el 13 de enero de 1969.

Gran Cruz de la Orden del Quetzal, de la República de Guatemala, otorgada el 15 de diciembre de 1969.

Medalla de la Orden del Mérito en favor de la Cultura Polaca (la 5ª que se ha otorgado a la fecha), de la República Popular de Polonia, julio de 1970.

BIBLIOGRAFÍA

Baralípton. Guadalajara, 1931. (Recogido en *Los sentidos del aire*, INBA, México, 1964).

Espejismo de Juchitán. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1940; 2ª ed. *Suma Bibliográfica*, con grabados de Elvira Gascón, México, 1948; 3ª ed. INJ., México, 1966; 4ª ed. Serie Bibliófilos Oaxaqueños, N° 7, con prólogo de Andrés Henestrosa, México, 1968. (Reproduce los grabados de Elvira Gascón.)

Genio y figuras de Guadalajara. Edit. Ábside. México, 1941; 2ª ed. Revista *Et Caetera*, Guadalajara, 1969.

Flor de juegos antiguos. Edit. Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jal., 1942; 2ª ed. Ediciones del Banco Industrial de Jalisco, Guadalajara, 1958; 3ª ed. Biblioteca de Autores Jaliscienses Modernos, ilustraciones de Alejandro Rangel Hidalgo, Guadalajara, 1959; 4ª, 5ª, 6ª, 7ª ed. Novaro-México, México, 1965-1972. Está contenida también en *Obras escogidas*, Editorial Aguilar, México, 31 de julio de 1968. La misma fue su primera creación literaria que se adaptó al teatro y puesta en escena en el Teatro Principal, el más antiguo de América, de la ciudad de Puebla, el 17 de mayo de 1969.

Fray Bartolomé de las Casas. Edit. Xóchitl. México, 1942. 2ª ed. México, 1949. 3ª ed. *Cuadernos de lectura popular*, con prólogo de Gabriel Méndez Plancarte, 1966. 4ª ed. Editorial Jus, México, 1974.

El contenido social de la literatura iberoamericana. Serie *Jornadas*, N° 14, El Colegio de México, México, 1943; 2ª ed. *Casa de América*, con prólogo del doctor Oscar Hasperué Becerra, Acapulco, 1967; 3ª ed., México, 1967.

Pasión y convalecencia. Edit. Ábside, México, 1943. Recogido en *Los sentidos al aire*. INBA, México, 1964.

Archipiélago de mujeres. Ed. de la UNAM. Grabados en madera de Julio Prieto. México, 1943; 2ª ed. parcial con el título de *Melíbea, Isolda y Alda en tierras cálidas*, Colección Austral, N° 577, Ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires-México, 1946.

Isolda, 1ª ed., UNAM, 1943; 2ª ed. 1970.

Alfonso Gutiérrez Hermosillo y algunos amigos. Ed. Revista *Occidente*, México, 1945.

Fichas mexicanas. Serie *Jornadas*, N° 39, El Colegio de México, México, 1945.

Esta es mala suerte. Colección *Lunes*, N° 10, viñetas de Alberto Beltrán, México, 1945. Recogido en *Los sentidos al aire*, INBA, México, 1964.

El clima espiritual de Jalisco. Separata del N° 4 de la Revista *Occidente*, México, mayo-junio de 1945.

Yabnalica. Ed. Cámara de Diputados, México, 1946.

Al filo del agua. Ed. Porrúa, México, 1947, con ilustraciones de Julio Prieto; de la 2ª a la 13ª eds. en la colección *Escritores Mexicanos*, N° 72, de la propia editorial, con prólogo de Antonio Castro Leal. El texto se halla incluido en *Obras escogidas*, Biblioteca de Autores Modernos, Editorial Aguilar, México, 1968. Edición cubana en la *Colección de Literatura Latinoamericana*, Casa de las Américas, Habana, 1967. Traducida al francés, al inglés, al polaco, al checo y al italiano.

Episodios de Navidad. México en el Arte, N° 6, México, 1948.

Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra. Ed. Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1950, 2ª ed. UNAM, México, 1962.

Discurso pronunciado por el licenciado Agustín Yáñez (en su ingreso como Miembro Titular de El Colegio Nacional, precedido de una salutación del doctor Alfonso Reyes, Presidente en turno, y seguido de la contestación del doctor Antonio Castro Leal). *Memoria de El Colegio Nacional*, t. VII, Nº 7, México, 1962.

Discurso pronunciado por Agustín Yáñez en su recepción de Académico de Número de la Academia Mexicana, en el Teatro Degollado, de la ciudad de Guadalajara, el 5 de septiembre de 1953, seguido de la contestación del Académico Jaime Torres Bodet. Suplemento de la revista *Et Caetera*, Nº 15, Guadalajara, 1953. 2ª ed., México, 1964.

Informes del estado de la Administración Pública de Jalisco. Seis volúmenes, de 1954 a 1959. Ed. del Gobierno de Jalisco, Guadalajara, Jal.

Francia y Jalisco. Discurso al recibir la Legión de Honor. Imprenta Universitaria, Guadalajara, Jal., 1955.

Filosofía y lenguaje. Discurso de contestación al de Antonio Gómez Robledo en su ingreso a la Academia Mexicana. Imprenta Universitaria, México, 1956.

Filosofía y Reforma-Universidad y Revolución. Discurso inaugural de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, el 5 de febrero de 1957. Guadalajara, Jal., 1957.

Los libros fundamentales de nuestra época. Encuesta. Ed. de la revista *Et Caetera*, Guadalajara, Jal., 1957.

Discurso por la Reforma. Publicaciones del Gobierno del Estado. Guadalajara, 1958.

Discurso por Jalisco. Ed. Porrúa. México, 1958.

Discurso en contestación al de Eduardo García Máynez en su ingreso como miembro titular de El Colegio Nacional el 28 de abril de 1958. *Memoria de El Colegio Nacional*, t. IV, Nº 1, México, 1958.

La creación. Novela. Letras Mexicanas, 1959. Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. Colección Popular, de la misma editorial, México, 1959; siguientes ediciones: 1963-1968-1971-1975.

De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana. Discurso de contestación al de José Luis Martínez, en su recepción en la Academia Mexicana, México, 1960.

Discurso de contestación al de Antonio Gómez Robledo en su ingreso como miembro titular de El Colegio Nacional el 7 de noviembre de 1960. *Memoria de El Colegio Nacional*, t. IV, Nº 3, México, 1960.

Homenaje de El Colegio Nacional al pintor Diego Rivera. Ed. El Colegio Nacional, México, 1960.

Ojerosa y pintada. Novela. Libro-Mex Editores, México, 1960; 2ª y 3ª ed. en la Serie *Volador*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1967. Incorporada en *Obras escogidas*, Ed. Aguilar, México, 1968.

La tierra pródiga. Novela. 1ª edición: Letras Mexicanas; 2ª edición y siguientes: Colección Popular, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960, 1966, 1971, 1973, 1974. Incorporada en *Obras escogidas*, Ed. Aguilar, México, 1968.

La lección de Juárez. Discurso. Ediciones de la Secretaría de Hacienda, México, 1961.

Agustín Yáñez, Voz viva de México. Universidad Nacional Autónoma de México, disco vv-9/LD (contiene 4 fragmentos de otras tantas obras, leídos por el autor; el cuaderno anexo al disco reproduce los textos, presentados por una nota de Emmanuel Carballo). México, 1961; 2ª ed. México, 1975.

Moralistas franceses. Sobretiro de la *Memoria* de El Colegio Nacional, t. IV, Nº 4, México, 1962.

La formación política. Editorial Justicia Social, México, 1962; 2ª ed. Guadalajara, Jal., 1971.

Las tierras flacas. Novela. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1962; 2ª a 5ª ed.: 1964-1968-1972-1975; 6ª ed. Biblioteca Básica Salvat, Barcelona, 1975. Incorporada a *Obras escogidas*, Ed. Aguilar, México, 1968.

Justo Sierra, Voz Viva de México. Serie: Testimonios Políticos. Universidad Nacional Autónoma de México. Disco TP-3/LD. Selección de textos, nota de presentación y lectura de un fragmento por Agustín Yáñez. México, 1962.

Alumno de Coatlicue. Contestación al discurso de Rubén Bonifaz Nuño como Individuo de Número en la Academia Mexicana, el 30 de agosto de 1963. Ed. UNAM, México, 1963.

Proyección universal de México. Crónica del viaje del licenciado Adolfo López Mateos, Presidente de México, a Japón, Filipinas, la India e Indonesia. La escribió Agustín Yáñez. México, 1963.

Tres cuentos. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1964; 2ª a 6ª eds.: 1965-1967-1969-1971-1974. Incorporada en *Obras escogidas*, Ed. Aguilar, México, 1968.

Mensaje a la Generación de Abogados 1958-1963 de la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jal., 1964.

Días de Bali. México, 1964.

Conciencia de la Revolución. Editorial Justicia Social. México, 1964; 2ª ed. *Cuadernos de Lectura Popular*, México, 1968.

Los sentidos al aire. Edición del Instituto Nacional de Bellas Artes. Secretaría de Educación Pública. México, 1964.

Dante, Concepción integral del hombre y de la historia. Discurso en el Palacio de Bellas Artes para celebrar el VII centenario del nacimiento del Alighieri, la noche del 19 de mayo de 1965. México, 1965.

Discurso pronunciado el 15 de mayo de 1965, en la ceremonia de conmemoración del "Día del Maestro". México, 1965.

Morelos, trasunto de la grandeza mexicana. Discurso pronunciado en San Cristóbal Ecatepec, al conmemorar el CL aniversario de la muerte del generalísimo don José María Morelos, el 22 de diciembre de 1965. México, 1965.

La república victoriosa. Discurso a nombre de los Tres Poderes de la Nación en el centenario del triunfo de la República y develación de la estatua de Benito Juárez en el Cerro de las Campanas, Querétaro, con asistencia de los ex Presidentes de México, el 15 de mayo de 1967.

Perseverancia final. Ensayo con motivo del XXV aniversario de El Colegio Nacional. Sobretiro de la *Memoria* de El Colegio Nacional, t. VI, núms. 2-3, 1967-1968.

La reforma educativa y los maestros. SEP, México, 1969.

Discurso inaugural de las conferencias nacionales sobre formación cívica y educación de adultos. SEP, México, 1969.

Reforma educativa y reforma social. Discurso inaugural de la VIII Asamblea

Plenaria del Consejo Nacional Técnico de la Educación. Auditorio del Museo Nacional de Antropología, México, 29 de julio de 1969.

Desarrollo armónico de facultades y predisposiciones. Entrevista publicada en *Diorama de la cultura*, del diario *Excelsior*, México, domingo 29 de noviembre de 1970. Recogida en los apéndices de *Discursos al servicio de la Educación Pública*. SEP, México, 1970.

Discursos al servicio de la Educación Pública. Seis volúmenes correspondientes a los años 1964/65, 1966, 1967, 1968, 1969, 1970. SEP, México.

Obras escogidas. Prólogo de José Luis Martínez. *Biblioteca de Autores Modernos*. Ed. Aguilar, Madrid-México, 1968; 2ª ed. 1974.

Discurso de contestación al de Miguel León-Portilla en su ingreso como miembro titular de El Colegio Nacional, el 23 de marzo de 1971. *Sobretiro de la Memoria de El Colegio Nacional*, t. VII, Nº 2, México, 1972.

Despertar en Guadalajara. Colaboración en el *Anuario 1970 del Seminario de Cultura Mexicana*. Publicaciones del SCM, México, 1971.

No quiero ser escritor de dos ideas. Entrevista en el diario *Excelsior*, México, 29 de mayo de 1972.

Las vueltas del tiempo. Novela. Ed. Mortiz, México, 1973; 2ª ed. 1975.

Mi obra narrativa. Tres exposiciones dentro del ciclo *La literatura hispano-americana comentada por sus autores*. (Los textos corregidos de las versiones magnetofónicas fueron entregados a la Dirección de Publicaciones del Instituto de Cultura Hispánica, organizador del programa.)

El idioma español - Encuentro en México. *Sobretiro de la Memoria de El Colegio Nacional*, t. VII, Nº 4, año de 1973, México.

Alocución al recibir el Premio Nacional de Letras. Ed. SEP, México, 1973.

Homenaje al maestro Alfonso Caso. Discurso a nombre de El Colegio Nacional en la reinhumación de los restos del maestro. Rotonda de los Hombres Ilustres, 7 de enero de 1974. *Memoria de El Colegio Nacional*, año de 1974. (En prensa.)

Discurso en contestación al de Ernesto Ramos Meza en su ingreso como Individuo Correspondiente de la Academia Mexicana, 22 de marzo de 1974. Suplemento de *Et Caetera* (revista), Nº 29, Guadalajara, enero-marzo de 1974.

Integración de la cultura y formación de la conciencia nacionales. Colaboración en el volumen *Trayectoria de la cultura en México*. Ed. Fomento Cultural Banamex A. C., México, 1974.

Jaimé Torres Bodet. Oración fúnebre a nombre de la Academia Mexicana, al ser inhumado en la Rotonda de los Hombres Ilustres, 14 de mayo de 1974. *Memorias de la Academia Mexicana*, t. XXII, 1973-1975.

Fray Bartolomé de las Casas en Chiapas. Memoria del Simposium Internacional celebrado en San Cristóbal Las Casas, Chiapas, del 26 al 28 de agosto de 1974. (En prensa.)

Por los caminos de la vida. Colaboración en el libro *El pensamiento contemporáneo de México*. Ed. Porrúa, S. A., México, 1974.

Actualidad de Bartolomé de Las Casas. Participación en el 2º de los Encuentros organizados por Fomento Cultural Banamex, celebrado en el Palacio Iturbide, el 29 de agosto de 1974. Ed. Fomento Cultural Banamex, México, 1975.

Por tierras de Nueva Galicia. Ed. del autor. Guadalajara, 1928-México, 1975.

Discurso de contestación al de María del Carmen Millán en su ingreso a la Academia Mexicana, el 13 de junio de 1975. SEP, México, 1975.

Rosario a Rosario. Colaboración en el volumen *A Rosario Castellanos, sus amigos*. México, 1975.

Plus Ultra - Discurso de Huelva. Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana/15. México, 1975.

PRINCIPALES TRADUCCIONES

Demain la tempête. (Al filo del agua.) Roman. Traducción por Mathilde Pomès. Prefacio de Carlo Coccioli. Colección *Feux Croisés - Ames et terres étrangères*. Ed. Plon, París, Francia, 1961.

The edge of the storm. (Al filo del agua.) Traducción de Ethel Brinton. Ilustraciones de Julio Prieto. *The Texas Pan American Series. University of Texas Press*. Austin, Tex., USA, 1963; 2ª edición, 1965.

Burza za progien. (Al filo del agua.) Traducción al polaco de Kalina Wojciechowska. Prefacio de Leslaw Eustachiewicz. Estudio preliminar de Sergio Pitol. Ed. Instituto Wydawniczy. Varsovia, 1965.

The lean lands. (Las tierras flacas.) Traducción de Ethel Brinton. Ilustraciones de Alberto Beltrán. *The Pan American Series. University of Texas*, Austin y Londres, 1968.

Dést Na Spadnutí. (Al filo del agua.) Traducción al checo por Václav Cep. Prólogo de Eduardo Hodousek. Ed. Odeón Praga, 1971.

Su'loro della tempesta. (Al filo del agua.) Traducción al italiano. Ed. Mondadori, Milán. (En prensa.)

ALGUNOS PRÓLOGOS

Crónicas de la conquista. Estudio preliminar, selección y notas de... Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. 2, Ed. UNAM, México, 1939; 2ª edición, 1963.

José Joaquín Fernández de Lizardi. *El Pensador Mexicano*. Estudio preliminar, selección y notas de... Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. 15, UNAM, México, 1940; 2ª ed. 1954; 3ª ed. 1962.

Fray Bartolomé de las Casas. *Doctrina*. Prólogo y selección de... Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. 22, UNAM, México, 1941; 2ª ed. 1963.

Alfredo Maillefert. *Los libros que leí*. Prólogo de... Imprenta Universitaria, México, 1942.

Mitos indígenas. Estudio preliminar, selección y notas de... Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. 31, México, 1942.

José Joaquín Fernández de Lizardi. *Noches tristes y día alegre*. Introducción de... Ed. Mensaje, Selecciones Hispanoamericanas, México, 1943.

Francisco Bramón. *Los sirgueros de la Virgen*; y Joaquín Bolaños: *La portentosa vida de la Muerte*. Prólogo y selección de... Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. 45, UNAM, México, 1944.

Suárez de Peralta. *La conjuración de Martín Cortés y otros temas*. Selección y prólogo de... Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. 53, UNAM, México, 1945.

Francisco Bramón. *Auto del triunfo de la Virgen y gozo mexicano*. Edición de... Textos de literatura mexicana, 1. Imprenta Universitaria, 1945.

Alfonso Gutiérrez Hermosillo. *Teatro: La sombra de Lázaro; La escala de*

Jacob; La justicia, señores... El día de su muerte. Nota preliminar de... Serie Letras, Nº 2. Imprenta Universitaria, México, 1945.

Alfonso Gutiérrez Hermosillo. Mi tío don Jesús y otros relatos. Con estudio sobre Gutiérrez Hermosillo por... Ed Occidente, México, 1945.

Justo Sierra. La educación nacional. Artículos, actuaciones y documentos. Edición ordenada por... México, 1948.

Ignacio Manuel Altamirano, Obras completas. T. I. Discursos. Edición, prólogo y notas de... Secretaría de Educación Pública, México, 1949.

José María Luis Mora. México y sus revoluciones. Edición y prólogo de... Colección de Escritores Mexicanos, núms. 59-61. Editorial Porrúa, México, 1950; 2ª ed. 1965.

J. Trinidad Núñez Guzmán. Mi infancia en la Revolución. Libro-apuntes de un muchacho pueblerino. Presentación de... México, 1960.

La ruta del Padre de la Patria. Introducción por... Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1960.

A cien años del 5 de Mayo de 1862. Ed. de la Secretaría de Hacienda, México, 1962.

Archivo de don Francisco I. Madero. Volúmenes I y II. Introducción, establecimiento de textos y notas por... Ed. de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, Vol. I, 1960; Vol. II, 1963.

Kingsborough. Dos volúmenes. Palabras preliminares de Antonio Ortiz Mena. Estudio e interpretación de José Corona Núñez. Prólogo de... Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1964.

Justo Sierra. Juárez, su obra y su tiempo. Introducción de... Colección *Sepan Cuantos...*, Nº 146, Ed. Porrúa, México, 1970.

ACTIVIDADES EDITORIALES

Director de las revistas *Bandera de Provincias*, Guadalajara, 1929-1930; *Occidente*, México, 1944-1945; *Filosofía y Letras*, órgano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México, 1946-1947.

Miembro de la Junta de Gobierno de las revistas *Historia Mexicana*, El Colegio de México, 1951-1959; *Cuadernos Americanos*, 1959 a la fecha, y de la editorial *Fondo de Cultura Económica*, 1962-1967.

Presidente de la Comisión Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México (1945-1947) y director de las series universitarias: "Textos de literatura mexicana", "Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana", "Obras completas del maestro Justo Sierra", ediciones conmemorativas del cuarto centenario de la Universidad Nacional de México.

Sobre la obra editorial realizada en el Gobierno de Jalisco (1953-1959), cf. el apéndice *Bibliografía* del libro *Noticia de Jalisco*, Guadalajara, 1959 (pp. 419 a 422).

Sobre la labor editorial de la Secretaría de Educación Pública (1964-1970), cf. *La educación pública en México: 1964/1970*, t. I, cap. 5: Labor editorial (pp. 161 a 179); t. II: *Apéndices documentales*: Nº 1: *Principios rectores. Discursos del licenciado Agustín Yáñez al servicio de la Educación Pública* (pp. 11 a 26); Nº 11: *La labor editorial* (pp. 76 a 183); Nº 31: *Libros de texto y cuadernos de trabajo distribuidos* — cuadro estadístico (p. 316). Secretaría de Educación Pública, México, 1970.

- Para la bibliografía en publicaciones periódicas y la indirecta, de crítica, Cf.: —1) *Fuentes para el estudio del pensamiento contemporáneo: Agustín Yáñez Delgadillo*, por Carlos J. Sierra, con numerosas fichas, en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, N° 305, 15 de octubre de 1964. —2) *Literatura mexicana contemporánea. Bibliografía crítica*. Tesis que para obtener el grado de licenciado en Letras Españolas presenta Aurora Maura Ocampo de Gutiérrez. Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras, México, 1965. —3) *Diccionario de escritores mexicanos*. Centro de Estudios Literarios, UNAM, México, 1967. —4) *Homenaje a Agustín Yáñez. Tiras de Colores*, vol. 2, N° 27, México, julio de 1944. —5) *Homenaje a Agustín Yáñez. México en la cultura*, suplemento de *Novedades*, N° 186, México, 28 de septiembre de 1952. —6) *Homenaje a Agustín Yáñez. El Rebilete*, México 1969. —7) Helmy F. Giacomani. *Homenaje a Agustín Yáñez — Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Ed. Anaya-Las Américas, L. A. Publishing Co. Inc., New York, USA. —8) Emmanuel Carballo. *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana*. Empresas Editoriales, México, 1966. —9) Idem. *Agustín Yáñez*, Casa de las Américas, Habana, Cuba, 1966. —10) Alfonso Rangel Guerra. *Agustín Yáñez*. Serie: *Un mexicano y su obra*. Empresas Editoriales, México, 1969. —11) F. Rand Morton. *Los novelistas de la Revolución Mexicana*. México, 1949. —12) José Luis Martínez. *Literatura mexicana. Siglo XX*. Ed. Robredo, 1949. —13) Id. *Problemas literarios*. Ed. Obregón, 1955. —14) John S. Brushwood. *Mexico in its novel*. University of Texas Press, Austin, Tex., USA, 1966. —15) Alberto Zum Felde. *Índice crítico de la literatura hispano-americana. La narrativa*. Ed. Guaranía, México, 1959. —16) Ángel Flores. *Historia y antología del cuento y la novela hispano-americanos*. Las Américas Publishing, New York, USA, 1959. —17) Clara Passafari. *Los cambios en la concepción y estructura de la narrativa mexicana desde 1947*. Universidad del Litoral, Rosario, Argentina, 1968. —18) Joseph Sommers. *The Present Moment in the Mexican Novel. Books Abroad*, Oklahoma, USA, 1966. —19) Id. *Yáñez, Rulfo, Fuentes. La novela mexicana moderna*. Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela, 1970. —20) Rosario Castellanos. *Juicios sumarios*. Ed. Universidad Veracruzana, Jalapa, Méx., 1966. —21) *Homenaje a Yáñez*. Revista Mexicana de Cultura, suplemento cultural de *El Nacional*, México, 11 de octubre de 1964. —22) Octavio Paz. *Novela y provincia —Agustín Yáñez—, A propósito de la aparición en francés de "Al filo del agua"*. México en la Cultura, suplemento de *Novedades*, México, N° 651, 3 de septiembre de 1961. —23) Manuel Ezcurdia. *Traectoria novelística de Agustín Yáñez*. Memoria del Sexto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. UNAM, México, 1954. —24) José Vázquez Amaral. *Novelística de Agustín Yáñez*. Memoria del Octavo Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Ed. Cultura, México, 1961. —25) Eduardo Romano. *Novela e ideología en Agustín Yáñez*, en *Nueva novela latinoamericana*, Ed. Lafforgue, Buenos Aires, Argentina, 1969. —26) Raúl Cardiel Reyes. *El ser de América en Agustín Yáñez*, en *Bajo el signo de Jano*, México, 1968. —27) George Schade. *Angury in Al filo del agua*. University of Texas, Austin, 1960. —28) Jaime Giordano. *La Diótima demoniaca en "La Creación" de Agustín Yáñez*. Separata de los *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, Chile, 1965. —29) Marcel Brion. *Al filo del*

agua. *Les Nouvelles Littéraires*, N° 1793, París, 11 de enero, 1962. —30) Jorge Campos. *La realidad mágica de Agustín Yáñez-Las tierras flacas, Insula*, N° 214, Madrid, España, septiembre, 1964. —31) Cynthia Chlebicki. *La mujer en la obra de Yáñez*, UNAM, México, 1965. —32) Doris H. Schlosser. *El contenido social en las novelas de Agustín Yáñez*. Smith College. 1952. —33) Zoe Squires. *An analysis of the psychological novels of Agustín Yáñez*. Louisiana State University, 1963. —34) Elaine Haddad. *Agustín Yáñez: from intuition to intellectualism*. University of Wisconsin, Madison, 1963. —35) Guadalupe Balp. *La trilogía provinciana de Agustín Yáñez*. UNAM, México, 1967. —36) Gilbert Evans. *El mundo novelístico de Agustín Yáñez*. Universidad de Yale, 1965. —37) Jacques Lafaye. *Nueva estética de la novela mexicana contemporánea a través de la obra de Agustín Yáñez*. París, 1967. —38) Martha Hammerquist. *Agustín Yáñez: Hallazgo de la originalidad en lo tradicional*. Universidad de California. Berkeley, 1968. —39) John J. Flasher. *México contemporáneo en las novelas de Agustín Yáñez*. Universidad de Rutgers. Porrúa, México, 1969. —40) Linda M. Van Conant. *Agustín Yáñez, intérprete de la novela mexicana moderna*. Universidad del Estado de Michigan, Porrúa, México, 1969. —41) Gloria Gamiochipi de Liguori. *Yáñez y la realidad mexicana*. SEP, México, 1970. —42) M^a del Refugio Llamas. *Una trilogía de personajes femeninos en Al filo del agua*. Porrúa, México, 1970. —43) Floyd Fenly Merrell. *Sacred-secular complementarity in Al filo del agua and Pedro Páramo: an inquiry into mythmaking*. The University of New Mexico, Albuquerque. Ed. University Microfilms, Ann Arbor, Michigan, USA, 1973. —44) Zunilda Gertel. *La novela hispanoamericana contemporánea*. Ed. Columbia, Buenos Aires, Argentina, 1970. —45) *Homenaje a Agustín Yáñez en sus setenta años*. *Et Caetera*, año IX, N° 29, Guadalajara, enero-marzo de 1974. —46) *Bandera de Provincias*. Índices y selección de textos... bajo la dirección de Adalberto Navarro Sánchez. Ediciones Et Caetera, Guadalajara, 1974.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abreu Gómez, Ermilo, 15
 Acevedo, Jesús T., 49
 Acevedo Escobedo, Antonio, 5, 9, 10, 12, 13, 67
 Aguirre Beltrán, Gonzalo, 89
 Agustini, Delmira, 52
 Alamán, Lucas, 21
 Alarcón, Próspero, 188
 Alas, Leopoldo [*Clarín*], 226
 Alberti, Rafael, 113
 Alcalá, Manuel, 5, 9, 12, 200
 Alcoforado, Mariana, 52
 Alegre, Francisco Javier, 154
 Alegría, Fernando, 13, 248
 Alejandro Magno, 88
 Alemán Valdés, Miguel, 5, 9, 10, 11, 13, 181, 247, 258
 Alfonso, Luis, 16
 Alfonso X, 38, 40
 Alonso, Dámaso, 10, 11, 13, 15, 124, 125, 127, 128, 129, 137, 222, 225, 226, 227, 228, 248, 256, 257
 Altamirano, Ignacio Manuel, 158, 183, 199
 Altuna, Juan de, 126
 Alzate Ramírez, José Antonio, 22, 23, 25, 26
 Andá Jacobsen, Miguel de, 15
 Anderson Imbert, Enrique, 245
 Andrade, Vicente de P., 188
 Ángeles, fray Juan de los, 164
 Aragón, Agustín, 172
 Arce, Fortunato G., 96
 Arciniegas, Germán, 10, 225, 226, 227, 228
 Arcipreste de Hita [Juan Ruiz], 50
 Arciprestes, [Jos], 222
 Arellano, Jesús, 68
 Arenales, Ricardo, v. Porfirio Barba-Jacob
 Argensola, Bartolomé Leonardo de, 124
 Arguedas, Samuel, 10, 16, 225, 226, 227
 Aristófanes, 41, 205
 Aristóteles, 38, 43, 44, 87, 206, 217
 Arrangoiz, Francisco de Paula, 184
 Arreola, Enrique, 250
 Arreola, Juan José, 245
 Asturias, Miguel Ángel, 246
 Atl, Doctor [Gerardo Murillo], 202
 Aura, Alejandro, 115

Ávila Camacho, Manuel, 146
 Ayala, Leopoldo, 115
 Azorín [José Martínez Ruiz], 222
 Azuela, Mariano, 92, 185, 186
 Azuela, Salvador, 5, 9, 10, 143

B

Baig Baños, 124
 Baibuenta, Bernardo de, 138
 Balp, Guadalupe, 273
 Balzac, Honorato de, 248
 Banville, Teodoro de, 248
 Bañuelos, Juan, 108, 110, 120
 Barba-Jacob, Porfirio, 177
 Barcelón, Emeterio, 225
 Baroja y Nessi, Pío, 92
 Barreda, Gabino, 46, 188, 189
 Barrera Legorreta, Jesús, 12
 Bartolo da Sassoferrato, 41
 Batiz, Enrique, 257
 Baudelaire, Charles, 50
 Baz, Gustavo, 257
 Becerra, José Carlos, 115
 Bédier, José, 248
 Beethoven, Ludwig van, 144
 Beltrán, Alberto, 266, 270
 Bello, Andrés, 173, 198, 247
 Benavente, fray Toribio de [Motolinía], 204
 Benedetti, Mario, 13, 258
 Benítez, Fernando, 245
 Berceo, Gonzalo de, 58, 222
 Bernal, Ignacio, 5, 11, 15, 19, 26, 27, 28, 29, 30
 Bertrand, Aloysius, 50
 Betancourt, Agustín de, 21
 Bién, 58
 Blake, William, 164
 Blanco-Fombona, Rufino, 54
 Bleiberg, Germán, 133
 Bolaño e Isla, Amancio, 15
 Bolaños, Joaquín, 270
 Bolaños, Lencho, 160
 Bonaparte, Napoleón, 41, 94
 Bonifaz, Oscar, 108
 Bonifaz Nuño, Rubén, 5, 9, 11, 181, 212, 215, 216, 268

Borges, Jorge Luis, 13, 91, 256
 Borrás, Leopoldo, 108
 Boturini Benaduci, Lorenzo, 21, 22, 23, 24
 Braque, Georges, 68
 Bravo Ahuja, Víctor, 12
 Brinton, Ethel, 270
 Brion, Marcel, 272
 Broissin Abdalá, Francisco, 12, 187
 Brushwood, John S., 272
 Bucareli, Antonio M^a de, 24
 Bustamante, Carlos M^a, 23

C

Cabrera, Luis, 42, 43, 202
 Cadiat, Robin, 95
 Calamandrei, 41
 Calderón de la Barca, Pedro, 222
 Calmón, Pedro, 13, 258
 Camarillo y Roa de Pereyra, M^a Enriqueta, 52,
 53, 54, 55, 56, 65
 Campos, Jorge, 272
 Cancino Casahonda, Enoch, 15, 105, 108, 119,
 120, 121, 122
 Cañedo, Luisa de, 126
 Carballido, Emilio, 68
 Carballo, Emmanuel, 268, 272
 Cardenal, Ernesto, 107
 Cárdenas, Lázaro, 146
 Cardiel Reyes, Raúl, 272
 Carlos III, 23, 24
 Carlos IV, 24
 Carnelutti, Francisco, 35, 36, 41, 44, 45
 Caro y Cuervo, 198
 Carpio, Manuel, 155
 Carranza, Venustiano, 43, 160
 Carreño, Alberto M^a, 91, 189
 Casas, fray Bartolomé de las, 112, 119, 259
 Casasús, Joaquín D., 100, 101
 Caso, Alfonso, 23, 27, 30, 165, 257, 269
 Caso, Antonio, 33, 34, 37, 49, 143, 144,
 155, 156, 167, 202
 Castañeda, Luciano, 24
 Castellanos, Rosario, 58, 59, 60, 61, 62, 65,
 68, 106, 107, 108, 120, 245, 272
 Castellanos Quinto, Erasmo, 12, 181
 Castillo Solórzano, Alonso de, 130
 Castillo y Lanzas, Joaquín M^a de, 12, 181
 Castro, Adolfo de, 124, 134
 Castro, Carlo Antonio, 106
 Castro, Dolores, 68
 Castro Leal, Antonio, 5, 9, 11, 57, 145, 165,
 226, 267
 Cela, Camilo José, 14, 224, 258
 Cep, Václav, 270
 Cerezo Salamanca, Juan, 127
 Cernuda, Luis, 68
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 94, 123, 130,
 132, 159, 217, 222, 246, 259
 Cicerón, Marco Tulio, 38

Clavijero, Francisco Javier, 21, 22, 23, 26,
 255
 Coccioli, Carlo, 270
 Coloma, Luis, 222
 Colón de la Cueva, Isabel, 125, 126, 127, 129
 Conant, Linda M. van, 273
 Conde, Diego, 128
 Cordero, Enrique, 12
 Córdoba, Tirso Rafael, 153
 Corona Núñez, José, 271
 Coronado, Mariano, 90
 Coronado, Saturnino, 250
 Cortés, Hernán, 22, 23
 Cosío Villegas, Daniel, 165
 Couto, José Bernardo, 12, 181
 Couttolenc, Gustavo, 153
 Covarrubias y Leiva, Diego de, 41
 Cruz, Cecilia de la, 129
 Cruz, Salvador, 12, 15, 123, 136, 137, 138
 Cruz, Sor Juana Inés de la, 51, 61, 63, 130,
 176, 203, 247
 Cruz Padrón, Fausto, 108
 Cuauhtémoc, 146
 Cuervo, Rufino José, 247
 Cuesta, Jorge, 169
 Cuevas, Mariano, 46, 131

CH

Chavero, Alfredo, 26
 Cheste [conde de], 154
 Chlebicki, Cynthia, 273
 Chocano, José Santos, 191
 Chumacero, Ali, 5, 9, 10, 12, 64

D

Dante Alighieri, 268
 Dario, Rubén [Félix Rubén García Sarmiento],
 104, 177
 Dauster, Frank, 170
 Dávila Garibí, J. Ignacio, 5, 7, 173
 Davis, Robert, 13, 258
 Dehesa, Teodoro, 183
 Delgado, Rafael, 12, 64, 158, 181, 183, 184,
 185, 186
 Delgado, Rodolfo, 250
 Dell'Oro Maini, Atilio, 10, 15, 225, 227, 228
 Díaz, Porfirio, 157, 158, 183
 Díaz Dufío, Carlos, 12, 181
 Díaz Mirón, Salvador, 12, 181
 Díaz Ordaz, Gustavo, 252
 Díaz-Plaja, Guillermo, 13, 244, 256
 Domínguez, Belisario, 121
 Dostoyevski, Fedor M., 99
 Duhamel, Georges, 92
 Dupais, Guillaume, 24

E

Echeverría Álvarez, Luis, 12, 14, 211, 214
 Edwards, Eduardo, 13, 258
 Eguíara y Eguren, Juan José de, 21
 Eliot, Thomas Stearns, 107
 Elizondo, Salvador, 5, 15, 245
 Escobedo, Federico, 11, 64, 153, 154, 155, 156
 Espinosa, Antonio de, 126
 Esquilo, 58, 205
 Estachería, José de, 24
 Estala, Pedro, 124
 Eurípides, 205
 Eustachiewicz, Leslaw, 270
 Evans, Gilbert, 273
 Ezcurdia, Manuel, 272

F

Fabela, Isidro, 12, 13, 200, 203, 204
 Falconi, José, 108, 113, 120
 Faulkner, William, 245
 Feijoo, Benito Jerónimo, 136
 Felipe IV, 125
 Fenly Merrell, Floyd, 273
 Fernández, Justino, 11, 15, 66, 67, 68, 201
 Fernández de Andrada, Andrés, 123, 124, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138
 Fernández de Andrada, Pedro, 127
 Fernández de Lizardi, José Joaquín, 16
 Fernández del Castillo, Francisco, 5, 9, 12
 Fernández Ledesma, Enrique, 177
 Fernández Mac Gregor, Genaro, 101
 Fitzmaurice-Kelly, James, 127
 Flasher, John J., 273
 Florencia, Francisco de, 21
 Flores, Ángel, 272
 Fonseca y Figueroa, Juan, 134
 Foulché-Delbosc, Raymond, 124
 Freud, Sigmund, 111
 Fuentes, Carlos, 245

G

Galindo, Sergio, 5, 15, 66, 86, 87, 88, 89, 181, 245
 Galindo y Villa, Jesús, 200
 Gálvez y Fuentes, Alvaro, 225
 Gallego Morell, Manuel, 37, 39
 Gamboa, Federico, 158, 159, 160, 184
 Gamboa, Francisco Javier, 41
 Gamio, Manuel, 203
 Gamiochipi de Liguori, Gloria, 273
 Gandhi, Mahatma, 254
 Gaos, José, 68, 250
 García Cabral, Ernesto, 201
 García Corzo, Luis, 108
 García Cubas, Antonio, 200

García Guerra, fray, 124
 García Guzmán, Manuel, 250
 García Icazbalceta, Joaquín, 28, 159
 García Lorca, Federico, 58, 113, 222
 García Máynez, Eduardo, 250, 267
 García Naranjo, Nemesio, 177
 Garcilaso de la Vega, 155, 194, 222
 Garduño, Raúl, 108, 115
 Garibay, Ángel M^o, 11, 12, 13, 66, 204, 205, 206, 207
 Garrido, Luis, 9, 10, 11, 14, 15, 32, 33, 34, 143, 144, 165, 167, 258
 Gasca, Juan de la, 128
 Gascón, Elvira, 266
 Gemelli Carreri, Juan Francisco, 21
 Gertel, Zunilda, 13, 258, 273
 Giacomani, Helmy F., 272
 Giraudoux, Jean, 42
 Goethe, Johann Wolfgang, 31
 Gómez Restrepo, Antonio, 155
 Gómez Robledo, Antonio, 5, 9, 32
 Goncourt [los], 184
 Góngora y Argote, Luis de, 128
 González, José Emilio, 245
 González, José M^o, 97
 González, Juan, 129
 González Dávila, Gil, 131
 González Guerrero, Francisco, 33, 90
 González Luna, Efraín, 178, 180
 González Martínez, Enrique, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 120, 177
 González Obregón, Luis, 25
 González Peña, Carlos, 90, 172, 198
 González Rojo, Enrique, 99
 González Rojo, Jorge, 101
 Gordillo, Omar, 108
 Gorostiza, José, 9, 10, 11, 14, 15, 19, 141, 142, 148, 161, 163, 164, 165
 Gracián, Baltasar, 64, 222
 Graciano, 41
 Guadalcázar [marqués de], 124, 127
 Guajardo Mejía, Alonso, 125
 Guerra Victoria, Ricardo, 246
 Guevara, fray Antonio de, 133
 Guisa y Azevedo, Jesús, 5, 9, 10, 11, 161
 Gutiérrez Hermosillo, Alfonso, 271
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 146, 156, 185
 Gutiérrez Otero, 90
 Guzmán, Martín Luis, 9, 10, 11, 49
 Guzmán Esponda, Eduardo, 14, 247, 258
 Guzmán y Ávila, María de, 124

H

Haddad, Elaine, 273
 Hammerquist, Martha, 273
 Hank González, Carlos, 12, 13
 Hasperué Becerra, Óscar, 266
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 20

Henestrosa, Andrés, 5, 9, 10, 12, 32, 149,
174, 187, 266
Henríquez Ureña, Pedro, 49, 51
Hernández, Efrén, 58, 68
Hernández, Luisa Josefina, 68, 245
Hernández Jáuregui, Miguel, 186
Hernández Palacios, Aureliano, 12
Heródoto, 88
Herrán, Saturnino, 143, 167
Herrera y Reissig, Julio, 58
Hidalgo, Ángel, 225
Hitler, Adolf, 203
Homero, 58
Horacio Flaco, Quinto, 155, 163, 193, 195,
196
Huacuja, Daniel, 9, 11, 12, 14, 149, 150,
172, 173, 174, 176, 198
Huerta, Victoriano, 159
Huitzilopochtli, 20
Humboldt, Alexander von, 21, 24, 25
Hurtado de Mendoza, Hernando, 126

I

Ibarbouro, Juana de, 52
Icaza, Francisco A. de, 125
Ihering, Rodolfo, 41
Illera, Martín de, 126
Inclán, Luis G., 145
Iturbide, Agustín de, 183
Ixtilxóchil [los], 22

J

Jefferson, Thomas, 25
Jimena, doña, 248
Jiménez Rueda, Julio, 91, 165, 250
Job, 57
Joyce, James, 245
Juárez, Benito, 42, 253, 256, 268
Juarroz, Roberto, 107
Junco, Alfonso, 5, 11, 12, 14, 15, 91, 176,
177, 178, 179, 180

L

Labastida, Mariano, 187
Labastida y Tessier, Francisco de Paula, 12,
187, 188, 189, 190
La Bruyère, Jean de, 201
Lafaye, Jacques, 273
Lain Entralgo, Pedro, 100
Lamb, Charles, 50
Landívar, Rafael, 154
Lara, Luis Fernando, 243
Lardé, Alice, 52
Larios, Juan, 126
Leduc, Alberto, 188
Leibnitz, Gottfried Wilhelm von, 94

Leija, Luis de, 125
León, fray Luis de, 57, 133, 194
León Felipe, 14, 223, 258
León de la Barra, Francisco, 159
León-Portilla, Miguel, 5, 9, 12, 32, 173, 189,
204, 255, 269
León y Gama, Antonio, 22, 23, 25, 26
Lerdo de Tejada, Sebastián, 12, 157, 181
Lizama Lima, José, 107
Lhin, Enrique, 107
Lira, Miguel N., 136
Lombardo de Caso, María, 106
López, Enrique, 129
López, Jesús, 157
López de Legazpi y Gorrochategui, Miguel, 265
López Mateos, Adolfo, 141, 252, 268
López Moreno, Roberto, 108
López Portillo y Rojas, José, 11, 90, 156, 157,
158, 159, 160, 184, 201
López Velarde, Ramón, 33, 102, 163, 244,
255
Lorenzana, Francisco Antonio de, 23
Luquín Romo, Eduardo, 15, 19, 20, 90, 173

LL

Llamas, M^o del Refugio, 273

M

Macías, Elva, 108
Macías, José Natividad, 43
Machado, Antonio, 113
Machado, Gilka, 52
Macho, Victorio, 223
Madero, Francisco I., 159, 244
Magdaleno, Mauricio, 5, 9, 11, 12, 15, 64,
67, 119, 156, 170, 183
Mancisidor, José, 186
Maneiro, Juan Luis, 21
Manrique, Jorge, 222
Marañón, Gregorio, 91, 92, 102
María Amelia [reina], 24
Marias, Julián, 13, 258
Maritain, Jacques, 37
Márquez, Pedro José, 25
Marroqui, José M^o, 189
Martí, José, 248
Martín, María, 128
Martínez, José Luis, 5, 9, 10, 13, 15, 26,
68, 86, 267, 269, 272
Martínez de González, Feliciano, 97
Martínez Peñaloza, Porfirio, 5, 15
Martínez Sotomayor, José, 5, 15
Maugham, William Somerset, 92
Meade, Joaquín, 125
Medina, Baltasar, 131
Medrano, Francisco de, 124
Méndez Plancarte, Gabriel, 57, 155, 266
Mendieta de Núñez Mata, Esperanza, 176

Mendoza, Mariana de, 124
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 20, 124, 154, 194, 222
 Mérimée, Prosper, 127
 Millán, M^a del Carmen, 5, 15, 48, 63, 65, 68, 259, 269
 Millán, Marco Antonio, 68
 Miró, Gabriel, 222
 Mistral, Gabriela, 52, 54, 57, 60, 198
 Modigliani, Amedeo, 68
 Montalvo, Clara, 160
 Monterde, Francisco, 5, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 67, 91, 172, 220
 Montes de Oca, Ignacio, 154
 Mora, José María Luis, 157
 Morales Padrón, 133
 Morelos y Pavón, José M^a, 42, 268
 Moreno Cora, Silvestre, 12, 181
 Moscovsky, Iván [M^a Enriqueta Camarillo], 53
 Mota y Portugal, José de la, 129
 Muñoz Abolafia, Rafael, 187
 Muñoz, Juan Bautista, 24
 Murillo Vidal, Rafael, 12, 181

N

Napoleón III, 25
 Navarro Sánchez, Adalberto, 273
 Neruda, Pablo, 38, 107, 113
 Nervo, Amado, 90, 101, 104, 177, 254
 Newton, Isaac, 94
 Nietzsche, Friedrich Wilhelm, 164
 Noriega, Alfonso, 5, 13, 15, 30, 43, 44, 45, 46, 47
 Novo, Salvador, 9, 11, 14, 32, 145, 146, 169, 170, 144, 257
 Núñez, Tobías, 100
 Núñez Mata, Efrén, 9, 11, 14, 15, 149, 150, 174, 175
 Núñez y Domínguez, José de J., 12, 103, 181

O

Ocampo de Gutiérrez, Aurora Maura, 272
 Ocaranza, Fernando, 100
 O'Donoghú, Juan, 183
 O'Gorman, Edmundo, 5, 9, 10, 11, 212, 215, 250
 Olaguibel, Francisco M. de, 196
 Olalde, Francisco, 129
 Oliva, Oscar, 108, 111, 112
 O'Neill, Eugene, 245
 Onetti, Juan Carlos, 13, 256
 Orozco, José Clemente, 167, 261
 Orozco y Berra, Manuel, 23, 26
 Ortega y Gasset, José, 20, 202
 Ortiz Mena, Antonio, 271
 Oscoz, Mariano, 198
 Osuna, Sixto, 102

Othón, Manuel José, 42, 58, 154, 156, 192, 199
 Ovidio [Publio Ovidio Nasón], 162, 165, 177

P

Pagaza, Joaquín Arcadio, 12, 13, 154, 156, 181, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196
 Paniagua, Jorge, 108
 Papiniano Aemilius, 41
 Parra, Nicanor, 107
 Paso y Troncoso, Francisco de Paula del, 12, 26, 181
 Passafari, Clara, 272
 Pasteur, Luis, 94
 Paz, Octavio, 107, 272
 Pellicer, Carlos, 5, 10, 11, 13, 14, 68, 86
 Penagos Tovar, Mariano, 108
 Peña, Rafael Ángel de la, 101, 188, 189, 198
 Pereda, José M^a de, 158, 159, 184, 199, 222
 Peredo, Manuel, 64
 Pereyra, Carlos, 53, 55
 Pérez, Agustín, 125
 Pérez Galdós, Benito, 222
 Perse, St.-John [Auguste Alexis Saint-Léger], 107
 Peza, Juan de Dios, 177
 Picasso, Pablo, 68
 Pichardo, José, 257
 Pino Suárez, José M^a, 250
 Pinto, Mario, 108
 Pitágoras, 45
 Pitoll, Sergio, 270
 Placencia de Delgadillo, Cenobio, 250
 Platón, 38, 111, 206
 Plaza, Galo, 255
 Plutarco, 88
 Pomès, Mathilde, 270
 Ponce Zavala, Manuel, 5, 15
 Pothier, Roberto José, 41
 Pound, Ezra, 107
 Poussin, Nicolás, 190
 Pozas, Ricardo, 106
 Priego [conde de], 125
 Prieto, Julio, 266, 270
 Propertio, Sexto Aurelio, 216
 Puga y Acal, Manuel, 90

Q

Quevedo, Francisco de, 31, 62, 124
 Quijano, Alejandro, 33
 Quijano, Alonso, 206
 Quijote, Don, 201, 206, 216, 217
 Quintana, Manuel Josef, 135

R

Rabasa, Emilio, 41, 158

Ramírez, Ignacio [*El Nigromante*], 193
 Ramírez, José Fernando, 23, 26
 Ramírez, Mariano, 250
 Ramón y Cajal, Santiago, 223
 Ramos, Samuel, 250
 Ramos Meza, Ernesto, 15, 90, 102, 103, 104, 258, 268
 Rand Morton, F., 272
 Rangel Guerra, Alfonso, 272
 Rangel Hidalgo, Alejandro, 266
 Rebolledo, Efrén, 102
 Rébsamen, Enrique, 173
 Revilla, Manuel G., 101, 156
 Revillagigedo [Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de], 24
 Reyes, Alfonso, 11, 42, 49, 128, 165, 167, 178, 200, 202, 220, 267
 Reyes, Bernardo, 159
 Rilke, Rainer Maria, 68, 108
 Río, Antonio del, 24
 Rioja, Francisco de, 124, 128, 134
 Riva Palacio, Vicente, 158
 Rivas Sacconi, José, 14, 259
 Rivera, Diego, 167, 202, 267
 Roa Bárcena, José M^a, 12, 181
 Robles Degano, 198
 Robles Martínez, Luis, 250
 Robles Rasso, Daniel, 108, 113, 114
 Rodenbach, Georges, 54
 Rodó, José Enrique, 20, 179
 Rodríguez, Francisco, 126
 Rodríguez de Palencia, Juan, 127, 128, 129, 130, 131
 Rodríguez Marín, Francisco, 127
 Rojas, Fernando de, 50
 Rojas Garcidueñas, José, 5, 9, 10, 15, 136
 Rojas González, Francisco, 245
 Rojas Zorrilla, Francisco de, 130
 Rojo, Luisa, 98, 99
 Romano, Eduardo, 272
 Romero, José Rubén, 64
 Romo, Tarsicio, 57
 Ronsard, Pierre de, 86
 Rosales, Luis, 13, 256
 Rubens, Peter Paul, 202
 Rubín, Ramón, 106
 Ruiz Castañeda, Maximiliano, 257
 Ruiz de Alarcón, Juan, 42, 144, 194, 247
 Ruiz Díaz, Rafael, 250
 Rulfo, Juan, 5, 11, 15, 245

S

Saavedra Fajardo, Diego de, 130
 Sabines, Jaime, 68, 108, 109, 120
 Sahagún, fray Bernardino de, 204, 205
 Salado Álvarez, Victoriano, 52, 56, 90, 100, 101
 Saldierna Mariaca, Miguel de, 125, 138
 Salinas, Vicente, 187

Salinas Alanís, Miguel, 12, 13, 197, 198, 199, 200
 Salmerón, Fernando, 68, 89
 San Agustín, 38, 161
 Sánchez, Raymundo, 198
 Sánchez Castañer, Francisco, 13
 San Francisco de Asís, 94
 San Juan de la Cruz, 57, 177, 216
 San Pablo, 187
 San Raymundo de Peñaflores, 41
 Santa Anna, Antonio López de, 183
 Santa Teresa de Jesús, 38, 57
 Santillán, Pedro de, 130
 Santo Tomás de Aquino, 37, 43, 44
 Scialoja, Vittorio, 35
 Schade, George, 272
 Schiller, Friedrich, 37
 Schlosser, Doris H., 273
 Sedano, Francisco, 134
 Segura, José Sebastián, 12, 181
 Selassie, Hailé, 203
 Sengutteni, Magdalena, 129
 Shakespeare, William, 182
 Shaw, George Bernard, 65, 146
 Sierra, Carlos J., 272
 Sierra, Justo, 21, 101, 199, 219, 244, 253, 271
 Sigüenza y Góngora, Carlos de, 21, 22, 26
 Silva, Atenógenes, 90
 Silva Herzog, Jesús, 5, 9, 10, 11
 Sócrates, 164
 Sodi M., Demetrio, 120
 Sófocles, 205
 Sommers, Joseph, 272
 Spota, Luis, 245
 Squires, Zoe, 273
 Stendhal [Henri Beyle], 41, 217
 Storni, Alfonsina, 52

T

Tapia de Castellanos, Esther, 51
 Tello Colón de la Cueva y Guzmán, Diego Antonio, 125, 127, 129
 Tello de Bracamonte, Gutierre, 124
 Tello de Guzmán, Alonso, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 130, 132, 133, 136, 137, 138
 Tessier, Soledad, 187
 Tibulo, Aulo Albio, 155, 195
 Tiépolo, Giovanni Battista, 166
 Tió, Aurelio, 10, 16, 225, 226, 228
 Tirso de Molina, 130
 Torre Villar, Ernesto de la, 5, 9, 10, 12, 64, 197
 Torres Bodet, Jaime, 9, 11, 14, 15, 42, 141, 147, 149, 170, 171, 244, 258, 267, 269
 Torri, Julio, 15, 48, 49, 50, 64, 78
 Toussaint, Manuel, 124, 129, 136, 137
 Tovar Godínez, Luis, 127
 Tovar y Sámano, Luisa, 127
 Tozzler, Alfred M., 120
 Trujillo, Epifanio, 246

Trujillo, Juan de, 126

U

Ulises, 87, 146
Unamuno, Miguel de, 223
Urbina, Luis G., 33, 101, 146
Urquiaga, Joaquín, 187
Urquiza, Concha, 56, 57, 65
Urrutia de Vergara, Antonio, 127, 129, 130, 132
Uslar Pietri, Arturo, 225

V

Valbuena, Antonio de, 154
Valdés, Octaviano, 5, 9, 11, 12, 15, 32, 43, 153, 176, 190
Vallarta, Ignacio L., 41
Valle, Rafael Heliodoro, 100
Valle-Arizpe, Artemio de, 91
Valle Inclán, Ramón M^o del, 222
Vallejo, César, 107
Vargas Llosa, Mario, 13, 258
Vasconcelos, José, 49, 51, 54, 141, 143
Vázquez, Juana, 128
Vázquez Aguilar, Joaquín, 108
Vázquez Amaral, José, 272
Vega, Fausto, 45
Vega, Santiago R. de la, 179
Vega y Carpio, Félix Lope de, 66, 178, 222
Velasco, Antonio de, 128, 129, 130
Velázquez, Prim^o Feliciano, 125, 126, 127
Vélez de Guevara, Luis, 127
Vigil, José M^a, 51, 90

Villaespesa, Francisco, 201
Villaurrutia, Xavier, 92, 101, 103, 146, 170, 220, 244
Virchow, Rodolfo, 95
Virgilio Marón, Publio, 58, 193, 196
Vivaldi, Antonio, 73, 84
Voltaire [François Marie Arouet], 86

W

Wagner, Fernando, 68
Wheeler, Mortimer, 25
Whitman, Walt, 107
Wilde, Óscar, 50
Windscheid, 41
Wojciechowska, Kalina, 270
Wong, Óscar, 108

Y

Yáñez, Agustín, 5, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 19, 63, 67, 68, 102, 123, 147, 181, 205, 211, 222, 223, 225, 226, 228, 244, 245, 246, 247, 248, 250, 268

Z

Zavala, Silvio, 5, 11, 15
Zepeda, Eraclio, 106, 108, 111, 112
Zerón Zapata, Miguel, 131
Zola, Émile, 159, 184
Zorrilla de San Martín, Juan, 191, 254
Zum Felde, Alberto, 272

ÍNDICE GENERAL

Nómina de la Corporación	5
Académica	7

DISCURSOS DE RECEPCIÓN

<i>Arqueología ilustrada y mexicanista del siglo XVIII</i> , por DON IGNACIO BERNAL; contestación de DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	19
<i>Derecho y arte literario</i> , por DON ALFONSO NORIEGA; contestación de DON OCTAVIANO VALDÉS	31
<i>Tres escritoras mexicanas del siglo XX</i> , por MARÍA DEL CARMEN MILLÁN; contestación de DON AGUSTÍN YÁÑEZ	48
<i>El hombre de los bongos</i> , por DON SERGIO GALINDO; contestación de DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	66
<i>Enrique González Martínez, médico</i> , por DON ERNESTO RAMOS MEZA, Correspondiente en Guadalajara, Jal.; contestación por DON AGUSTÍN YÁÑEZ.	90
<i>La poesía chiapaneca actual</i> , por DON ENOCH CANCINO CASAHONDA, Correspondiente en Tuxtla Gutiérrez, Chis.; contestación de DON MAURICIO MAGDALENO.	105
<i>La Epístola Moral y sus personajes en México</i> , por DON SALVADOR CRUZ, Correspondiente en Tehuacán, Pue.; contestación de DON JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS	123

ORACIONES FÚNEBRES

<i>A don José Gorostiza</i> , por DON JAIME TORRES BODET	141
<i>A don Luis Garrido</i> , por DON SALVADOR AZUELA	143
<i>En la tumba de Salvador Novo</i> , por DON ANTONIO CASTRO LEAL	145
<i>A don Jaime Torres Bodet</i> , por DON AGUSTÍN YÁÑEZ	147
<i>A don Efrén Núñez Mata</i> , por DON ANDRÉS HENESTROSA	149

HOMENAJES

I—Sesión solemne, pública, en el salón de actos de la Academia Mexicana, el 22 de febrero de 1974.

A DON FEDERICO ESCOBEDO, <i>en su centenario natal</i> , por don Octaviano Valdés	153
<i>Vida y tradición en JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, al cincuentenario de su fallecimiento</i> , por don Mauricio Magdaleno	156
<i>El poeta JOSÉ GOROSTIZA, in memoriam</i> , por don Jesús Guisa y Azevedo	161
LUIS GARRIDO, por don Antonio Castro Leal	165

II—Sesión solemne, pública, en el salón de actos de la Academia Mexicana, el 13 de diciembre de 1974.

A SALVADOR NOVO, por don Ali Chumacero	169
JAIME TORRES BODET, por don Mauricio Magdaleno	170
DANIEL HUACUJA, por don Francisco Monterde	172
EFREN NÚÑEZ MATA, por don Andrés Henestrosa	174
ALFONSO JUNCO, por don Octaviano Valdés	176

III—Sesión solemne en el Auditorio del Palacio del Registro Civil, de la ciudad de Veracruz, el 25 de agosto de 1973.

<i>Tradición y ambiente culturales de Veracruz</i> , por don Agustín Yáñez	181
<i>El novelista RAFAEL DELGADO</i> , por don Mauricio Magdaleno	183

IV—Sesión solemne, pública, con asistencia del Presidente de la República, en el Aula Magna de la Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 17 de enero de 1975.

FRANCISCO DE P. LABASTIDA Y TESSIER, por don Andrés Henestrosa	187
JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA, por don Octaviano Valdés	190
MIGUEL SALINAS, por don Ernesto de la Torre Villar	197
ISIDRO FABELA, por don Manuel Alcalá	200
ÁNGEL MARÍA GARIBAY K., por don Miguel León-Portilla	204

DISCURSOS DE ACADÉMICOS QUE HAN RECIBIDO EL PREMIO NACIONAL DE LETRAS (1973-1975)

AGUSTÍN YÁÑEZ (1973)	211
RUBÉN BONIFAZ NUÑO (1974)	212
EDMUNDO O'GORMAN (1974)	215
FRANCISCO MONTERDE (1975)	220

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA RECIBE AL DIRECTOR
DE LA ACADEMIA MEXICANA

Palabras de don Agustín Yáñez	222
---	-----

LA ACADEMIA MEXICANA EN EL HOMENAJE A LEÓN FELIPE

Bienvenida a los invitados por don Agustín Yáñez	223
--	-----

EL IDIOMA ESPAÑOL — ENCUENTROS EN MÉXICO

Reseña y resumen por don Agustín Yáñez	225
--	-----

APÉNDICES

I—Diccionario del Español en México	233
II—Salutación a Agustín Yáñez en el Ateneo Barcelonés, por don Guillermo Díaz-Plaja	244
Agustín Yáñez: Descubridor de nuevas perspectivas, por don José Emilio González	245
Palabras del Director de la Academia Colombiana de la Lengua don Eduardo Guzmán Esponda, dirigidas al Director de la Academia Mexicana licenciado Agustín Yáñez, el 19 de agosto de 1974	247
Agustín Yáñez. Currículum vitae (hasta 1975)	250
ÍNDICE ONOMÁSTICO	275